

J.A. SCHUMPETER

Capitalismo,
socialismo
y democracia

I

BIBLIOTECA DE ECONOMÍA

todocoleccion.net 

La presente obra fue publicada originalmente en inglés por la Casa Editorial Harper & Brothers, de Nueva York y Londres, con el título CAPITALISM, SOCIALISM AND DEMOCRACY

© George Allen & Unwin Ltda.,
© Para la presente edición, Ediciones Folio, 1996
Muntaner, 371-373, 08021 Barcelona

I.S.B.N.: 84-413-0513-7

Depósito Legal: B. 33159-96

Impreso y encuadernado por:
Printer Industria Gráfica, S.A.
Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

Printed in Spain

BIBLIOTECA DE
ECONOMIA

**CAPITALISMO,
SOCIALISMO
Y DEMOCRACIA**

(Tomo I)

Joseph A. Schumpeter

folio

TOMO 1

	<i>Pág.</i>
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN.....	11
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN.....	15

PARTE PRIMERA

LA TEORIA DE MARX

PRELIMINAR.....	27
CAP. 1.—MARX, EL PROFETA.....	29
CAP. 2.—MARX, EL SOCIÓLOGO.....	33
CAP. 3.—MARX, EL ECONOMISTA.....	47
CAP. 4.—MARX, EL MAESTRO.....	75

PARTE SEGUNDA

¿PUEDE SOBREVIVIR EL CAPITALISMO?

PRELIMINAR.....	95
CAP. 5.—EL TIPO DE AUMENTO DE LA PRODUCCIÓN TOTAL.....	97
CAP. 6.—LO PLAUSIBLE DEL CAPITALISMO.....	107
CAP. 7.—EL PROCESO DE LA DESTRUCCIÓN CREADORA.....	118
CAP. 8.—LAS PRÁCTICAS MONOPOLISTAS.....	125
CAP. 9.—LA TEMPORADA DE TREGUA.....	150
CAP. 10.—LA DESAPARICIÓN DE LA OPORTUNIDAD PARA LA INVERSIÓN.....	155
CAP. 11.—LA CIVILIZACIÓN DEL CAPITALISMO.....	168
CAP. 12.—LOS MUROS SE DESMORONAN.....	180
I. El ocaso de la función de empresario, 180.—II. La destrucción de los estratos protectores, 184.—III. La destrucción del cuadro institucional de la sociedad capitalista, 190.	
CAP. 13.—LA HOSTILIDAD AUMENTA.....	194
I. La atmósfera social del capitalismo, 194.—II. La sociología del intelectual, 197.	
CAP. 14.—DESCOMPOSICIÓN.....	210

PARTE TERCERA

¿PUEDE FUNCIONAR EL SOCIALISMO?

CAP. 15.—ACLARACIONES PREVIAS.....	223
CAP. 16.—EL PLAN BÁSICO SOCIALISTA.....	229

	<i>Pág.</i>
CAP. 17.—COMPARACIÓN DE PLANES BÁSICOS.....	247
I. Observación preliminar, 241.—II. Análisis de la eficiencia comparativa, 249.—III. Fundamento de la superioridad del plan básico socialista, 255.	
CAP. 18.—EL ELEMENTO HUMANO.....	262
Una advertencia, 262.—I. Relatividad histórica del argumento, 263.—II. De los semidioses y arcángeles, 264.—III. El problema de la gerencia burocrática, 268.—IV. Ahorro y disciplina, 274.—V. La disciplina autoritaria en el socialismo; una lección de Rusia, 276.	
CAP. 19.—TRANSICIÓN.....	285
I. Distinción de dos problemas diferentes, 285.—II. La socialización en una situación de madurez, 287.—III. La socialización en una situación de inmadurez, 290.—IV. La política socialista antes de la promulgación del socialismo. El ejemplo inglés, 296.	

TOMO 2

PARTE CUARTA

SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

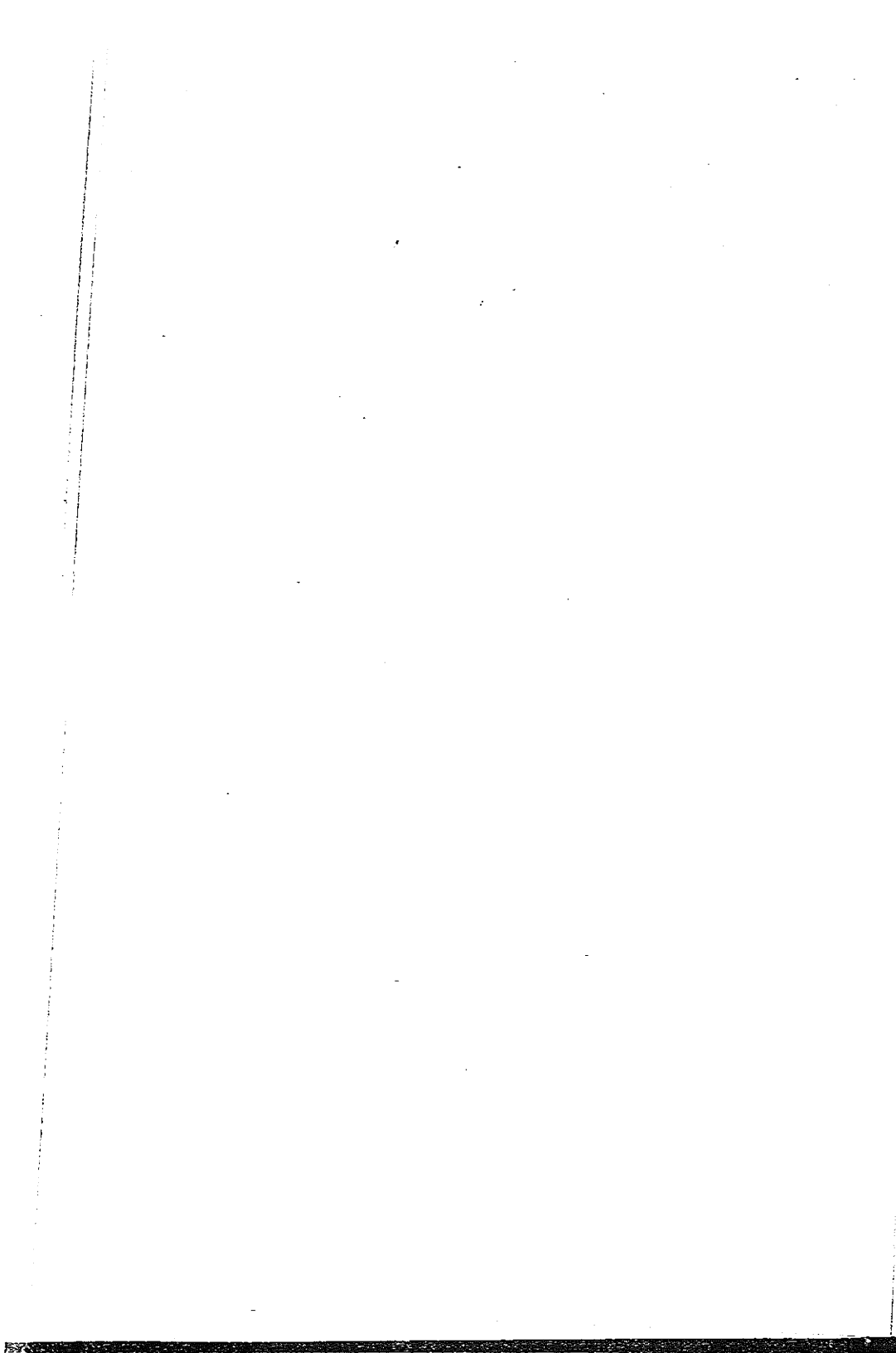
CAP. 20.—EL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	303
I. La dictadura del proletariado, 303.—II. La experiencia de los partidos socialistas, 306.—III. Un experimento mental, 310.—IV. En busca de una definición, 313.	
CAP. 21.—LA TEORÍA CLÁSICA DE LA DEMOCRACIA.....	321
I. El bien común y la voluntad del pueblo, 321.—II. La voluntad del pueblo y la volición individual, 324.—III. La naturaleza humana en la política, 328.—IV. Razones de la supervivencia de la teoría clásica, 338.	
CAP. 22.—OTRA TEORÍA DE LA DEMOCRACIA.....	343
I. La competencia por el caudillaje político, 343.—II. La aplicación del principio, 348.	
CAP. 23.—CONCLUSIÓN.....	361
I. Algunas implicaciones del análisis precedente, 361.—II. Condiciones para el éxito del método democrático, 368.—III. La democracia en el orden socialista, 376.	

PARTE QUINTA

BOSQUEJO HISTORICO DE LOS PARTIDOS SOCIALISTAS

PRELIMINAR.....	387
CAP. 24.—LA MINORÍA DE EDAD.....	389

CAP. 25.—LA SITUACIÓN CON QUE MARX SE ENFRENTÓ.....	Pág. 396
CAP. 26.—DE 1875 A 1914.....	406
I. La evolución inglesa y el espíritu del fabianismo, 406.—II. Suecia, de una parte, y Rusia, de otra, 411.—III. Los grupos socialistas de los Estados Unidos, 418.—IV. El caso francés. Análisis del sindicalismo, 424.—V. El partido y el revisionismo alemanes. Los socialistas austríacos, 430.—VI. La Segunda Internacional, 439.	
CAP. 27.—DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.....	442
I. El "gran rifiuto", 442.—II. Los efectos de la primera guerra mundial sobre el destino de los partidos socialistas de Europa, 444.—III. El comunismo y el elemento ruso, 448.—IV. ¿Administración del capitalismo?, 454.—V. La guerra actual y el futuro de los partidos socialistas, 465.	
CAP. 28.—LAS CONSECUENCIAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.....	469
I. Inglaterra y el socialismo ortodoxo, 470.—II. Las posibilidades económicas de los Estados Unidos, 474.—1. Redistribución de la renta mediante la imposición, 474.—2. La gran posibilidad, 476.—3. Condiciones para su realización, 479.—4. Problemas de la transición, 486.—5. La tesis del estancamiento, 488.—6. Conclusión, 494.—III. Imperialismo y comunismo rusos, 494.	
INDICE ALFABÉTICO DE AUTORES Y MATERIAS.....	507



PRÓLOGOS

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

Esta edición reproduce el libro de 1942 sin más modificación que el haberle añadido un nuevo capítulo. La razón por la que me he abstenido, incluso, de realizar alteraciones de redacción, que estaban claramente indicadas en una serie de lugares, es que, en materias de la especie de las que se tratan en este libro, es imposible alterar las frases sin alterar también el significado o, al menos, sin incurrir en la sospecha de haberlo alterado. Y yo concedo cierta importancia al hecho de que ni los acontecimientos de los últimos cuatro años ni las objeciones de la crítica han afectado a mis diagnósis y pronósis, las cuales, por el contrario, me parecen que están plenamente corroboradas por los nuevos hechos que se han presentado. La única finalidad del nuevo capítulo es desarrollar, a la luz de estos nuevos hechos, ciertos puntos contenidos en el texto antiguo, particularmente en el capítulo XIX, sección IV, y en el capítulo XXVII, sección V, y mostrar cómo la situación actual concuerda con la filosofía de la historia bosquejada en este libro. En este prólogo voy a hacerme eco de algunas objeciones o, más bien, tipos de objeciones que se han dirigido contra él, ya se hayan hecho o no por la imprenta, y quiero hacerlo porque espero que las respuestas que voy a ofrecer resulten de alguna utilidad a los lectores y no porque yo tenga que poner ningún reparo a la acogida del libro. Por el contrario, quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mi gratitud a sus revisores, por su invariable cortesía y amabilidad, y a sus traductores a siete idiomas extranjeros por sus generosos esfuerzos.

En primer lugar, he de hacerme eco de dos censuras de índole profesional. Un economista eminente, de reputación internacional, ha expresado su disconformidad con mi proposición, según la cual el proceso social descrito en este libro tiende, a la larga, a hacer desaparecer los beneficios; la actividad comercial —ha dicho— exige siempre su precio. Yo no creo que haya ninguna diferencia real entre nosotros, salvo que usámos el término "beneficios" en sentidos distintos. La actividad comercial, que aún puede ser necesaria en una economía que está asentada en una rutina estable, tendrá indudablemente que producir su rendimiento, como ocurrirá con cualquier otra especie de actividad desarrollada en la gestión de una empresa. Pero yo incluyo este rendimiento en los salarios de gestión, a fin de separar y realzar

lo que yo creo que es la fuente principal del beneficio industrial, esto es, los beneficios que el orden capitalista concede a la introducción afortunada de nuevos artículos o de nuevos métodos de producción o de nuevas formas de organización. Yo no veo cómo podría negarse que la historia industrial atestigua de un modo convincente la importancia de este elemento de los rendimientos capitalistas. Y sostengo, que con la creciente mecanización del "progreso" industrial (labor por equipos en los departamentos de investigación, etc.), este elemento, y con él el pilar más importante de la posición económica de la clase capitalista, está destinado a desmoronarse con el tiempo.

La censura más frecuente a la argumentación puramente económica de este libro de que he tenido noticia —a veces se ha elevado hasta la reconvención—, se ha dirigido, sin embargo, contra lo que muchos lectores han considerado como una defensa de la práctica monopolista. Sí; yo creo que la mayor parte de lo que corrientemente se dice sobre el monopolio, lo mismo que todo lo que corrientemente se dice acerca de los efectos nefastos del ahorro, responde simplemente a una ideología radical y no tiene ningún fundamento positivo. En ocasiones me he expresado yo en forma más contundente y vigorosa sobre esto, especialmente sobre las "medidas", puestas en práctica o propuestas, que se basan en aquella ideología. Pero aquí, y como cuestión de deber profesional, quiero simplemente afirmar que todo lo que el lector va a encontrar en este libro acerca del monopolio se reduce, en último análisis, a las siguientes proposiciones, que, en mi opinión, ningún economista competente puede refutar:

1ª La teoría clásica de la fijación monopolista de los precios (la teoría de Cournot-Marshall) no carece por completo de valor, especialmente cuando se la ha refundido a fin de tratar no sólo la elevación instantánea al máximo del beneficio de monopolio, sino también de su elevación al máximo en el transcurso del tiempo. Pero opera con hipótesis tan restrictivas que hacen imposible su aplicación directa a la realidad. En particular, no puede utilizarse para lo que se utiliza en la enseñanza corriente, esto es, para establecer una comparación entre el modo cómo funciona una economía puramente competitiva y el modo cómo funciona una economía que contiene elementos sustanciales de monopolio. La razón principal de esto es que la teoría presupone unas condiciones dadas de demanda y de costo, las mismas, además, para el caso de competencia que para el de monopolio, mientras que es esencial a la gran empresa moderna que sus condiciones de demanda y de costo, para grandes cantidades de producción, son mucho más favorables —e inevitablemente lo son— que las condiciones correspondientes que existirían en las mismas industrias bajo un régimen de competencia perfecta.

2ª La teoría económica corriente es casi en su totalidad una teoría de la gestión de una organización industrial dada. Pero mucho más importante que la forma en que el capitalismo administra las estructuras industriales existentes es la manera cómo las crea (véanse capítulos VII y VIII). Pues bien: dentro de este proceso de creación entra necesariamente el elemento de monopolio. Esto coloca bajo un aspecto completamente distinto al problema del monopolio y de los métodos legislativos y administrativos de tratarlo.

3ª En tercer lugar, los economistas que truenan contra los carteles y otros métodos de autonomía industrial no afirman, por lo general, nada que sea erróneo en sí mismo. Pero no hacen las necesarias matizaciones. Y omitir matizaciones necesarias no es presentar la verdad íntegra. Hay aún sobre esto otras cosas que mencionar, pero me abstengo de ello a fin de pasar a una segunda clase de objeciones.

Yo creía que había tenido todo el cuidado necesario para dejar completamente claro que éste no es un libro político y no quería abogar en favor de ninguna tesis. No obstante, y para mi diversión, me ha sido imputada la intención —y más de una vez, aunque no en letra impresa, al menos que yo sepa— de “defender un colectivismo extranjero”. Menciono este hecho no por sí mismo, sino para recoger otra objeción que se esconde detrás de ésta. Si yo no he defendido el colectivismo, extranjero o nacional, ni ninguna otra cosa, ¿por qué me he puesto a escribir entonces? ¿No es inútil por completo elaborar inferencias partiendo de hechos observados sin llegar a recomendaciones prácticas? Siempre que he encontrado esta objeción me ha interesado grandemente como un buen síntoma de una actitud que desempeña un gran papel en la vida moderna. Nosotros planeamos siempre demasiado y pensamos siempre demasiado poco. Nos irrita la llamada a la reflexión y odiamos el razonamiento no familiar que no se aviene con lo que creemos o nos agradaría creer. Caminamos hacia el futuro lo mismo que hemos caminado hacia la guerra: con los ojos vendados. Aquí es precisamente donde yo he querido servir al lector. Yo he querido hacerle reflexionar. Y para ello era esencial no distraer su atención con discusiones acerca de lo que, desde un punto de vista cualquiera, “debería hacerse acerca de esto”, que es lo que habría monopolizado su interés. El análisis tiene un cometido distinto y a este cometido he querido atenerme, aunque tenía perfecta conciencia del hecho de que esta determinación me privaría de una gran parte de la resonancia que habrían suscitado unas pocas páginas de conclusiones prácticas.

Esto lleva, finalmente, a la imputación de “derrotismo”. Rechazo por completo que este término sea aplicable a un esfuerzo de análisis. El derrotismo denota un cierto estado psíquico que solamente tiene

sentido con referencia a la acción. Los hechos en sí mismos y las inferencias de ellos no pueden ser nunca derrotistas ni lo contrario, cualesquiera que sean. La información de que un barco se está hundiendo no es derrotista. Tan sólo puede ser derrotista el espíritu con que se reciba esta información: la tripulación puede cruzarse de brazos y dejarse ahogar. Pero también puede precipitarse a las bombas. Si los hombres se limitan a negar sin más la información, aunque esté escrupulosamente comprobada, entonces es que son evasionistas. Es más: aun cuando mis manifestaciones de tendencias tuviesen un carácter de predicción más definido del que yo he intentado darle, no contendrían, a pesar de eso, sugerencias derrotistas. ¿Qué hombre normal rehusaría defender su vida simplemente por estar plenamente convencido de que más pronto o más tarde tendrá que morir de alguna forma? Esto puede aplicarse a los dos grupos de que ha partido la imputación de derrotismo: los propugnadores de la sociedad fundada en la empresa privada y los propugnadores del socialismo democrático. Ambos pueden ganar si ven, con más claridad de lo que usualmente ven, la naturaleza de la situación social en la que es su destino actuar.

Una presentación sincera de los hechos nefastos no ha sido nunca tan necesaria como hoy, puesto que el evasionismo se ha desarrollado hasta plasmar en un sistema de pensamiento. Esto constituye para mí el motivo y justificación para escribir el nuevo capítulo. Los hechos y las inferencias presentadas en él no son ciertamente agradables ni consoladores. Pero no son derrotistas. Derrotista es el que, mientras clama servir a la Cristiandad y a todos los demás valores de nuestra civilización, rehusa, sin embargo, levantarse en su defensa, siendo indiferente que acepte su derrota como una conclusión prevista de antemano o se engañe a sí mismo con vanas esperanzas contra toda esperanza. Pues ésta es una de aquellas situaciones en que el optimismo no es sino una forma de deserción.

JOSEPH A. SCHUMPETER.

Taonic, Connecticut. Julio, 1946.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION

Este libro es el resultado de un esfuerzo por fundir en una forma legible el volumen de casi cuarenta años de pensamiento, observación e investigación sobre el problema del socialismo. El problema de la democracia se ha abierto paso al lugar que ahora ocupa en este libro porque me ha resultado imposible exponer mis puntos de vista sobre la relación entre el orden socialista de la sociedad y el método democrático de gobierno sin un análisis más bien minucioso de este último.

Mi cometido ha resultado ser más difícil de lo que creía. Parte del material heterogéneo que había que ordenar reflejaba las opiniones y experiencias de un hombre que, en varias etapas de su vida, tuvo más oportunidad para la observación de la que usualmente tienen los no socialistas y que reaccionó ante lo que veía de una manera libre de convencionalismos. No tenía ningún deseo de borrar las huellas de estas reacciones; si yo hubiera tratado de hacerlas desaparecer habría perdido este libro mucho del interés que puede despertar.

Además, este material reflejaba también los esfuerzos analíticos de un hombre que, aunque ha tratado honestamente de calar por debajo de la superficie, nunca hizo de los problemas del socialismo, a lo largo de mucho tiempo, el tema principal de su investigación profesional y que tiene, por lo tanto, mucho más que decir sobre unos puntos que sobre otros. Para evitar causar la impresión de que yo he intentado escribir un tratado bien equilibrado he creído lo mejor agrupar mi material en torno a cinco temas centrales. Entre ellos se han tendido, por supuesto, eslabones y puentes y espero haber conseguido así algo parecido a una unidad sistemática de exposición. Pero, en esencia, son trozos de análisis casi autónomos, aunque no independientes.

En la primera parte he resumido de una manera no técnica lo que tengo que decir y lo que he estado enseñando efectivamente durante algunas décadas acerca de la doctrina de Marx. Para un marxista, lo natural sería iniciar la discusión de los problemas fundamentales del socialismo con una exposición del Evangelio. ¿Pero cuál es el propósito de esta exposición en la antesala de una casa edificada por uno que no es marxista? Está ahí para dar testimonio de la fe de este no marxista en la importancia singular de este mensaje, importancia que es completamente independiente de su aceptación o repudiación. Pero

esto hace difícil la lectura de esta parte del libro. Y en lo que sigue de la obra tampoco se utiliza ningún instrumento forjado por Marx. Por ello, aunque los resultados a que se llega en dicha obra son comparados una y otra vez con los dogmas del gran pensador socialista, los lectores a quienes no interese el marxismo pueden comenzar con la parte II.

En la segunda parte —“¿Puede sobrevivir el capitalismo?”— he intentado demostrar que inevitablemente surgirá una forma socialista de sociedad de la descomposición igualmente inevitable de la sociedad capitalista. Muchos lectores se extrañarán de que haya considerado necesario un análisis tan laborioso y complejo para sentar una tesis que se está convirtiendo rápidamente en una opinión general, aun entre los conservadores. La razón de ello es que, aunque la mayoría de nosotros estamos de acuerdo en cuanto al resultado, no lo estamos en lo relativo a la naturaleza del proceso que está matando al capitalismo y al significado preciso que hay que atribuir a la palabra “inevitable”. Estando convencido de que la mayoría de los argumentos propuestos —tanto por parte de Marx como de otros más populares— son erróneos, he considerado que era mi deber tomarme, e imponer al lector, un trabajo considerable a fin de llegar efectivamente a mi paradójica conclusión: el capitalismo está siendo matado por sus propias realizaciones.

Después de ver, como espero se verá, que el socialismo es una proposición práctica que puede llegar a implantarse de un modo inmediato, como consecuencia de la presente guerra, pasaremos revista, en la tercera parte —“¿Puede funcionar el socialismo?”—, a una amplia esfera de problemas relativos a las condiciones en las que puede esperarse que el orden socialista constituya un éxito en el orden económico. Esta parte es la que más se acerca a un tratamiento equilibrado de sus distintos puntos, incluyendo entre ellos los problemas de “transición”. El amor y el odio han desdibujado hasta tal punto los resultados de los trabajos tan serios que se han realizado hasta ahora sobre esta cuestión —no muchos en número— que aun la mera reafirmación de opiniones ampliamente aceptadas me ha parecido justificada en algunos lugares.

La cuarta parte —“Socialismo y Democracia”— constituye una contribución a una controversia que se está desarrollando en los Estados Unidos desde hace algún tiempo. Pero debe tenerse en cuenta que en esta parte solamente se trata una cuestión de principio. Los hechos y comentarios que tienen relevancia a este respecto están esparcidos por todo el libro, especialmente en las partes III y V.

La quinta parte no se propone ser más que un bosquejo. Más aún que en las demás partes, he querido limitarme a lo que tenía que

decir por mi observación personal y mi muy fragmentaria investigación. Por ello el material recogido en esta parte es, sin duda, lamentablemente incompleto. Pero todo lo que hay en él está vivido.

Ninguna parte del contenido de este libro ha aparecido nunca impresa. Un esquema anticipado del argumento de la parte II ha constituido, sin embargo, la base de una conferencia pronunciada en la Graduate School del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos el 18 de enero de 1936, y ha sido reproducida en multicopista por dicha Escuela. Quiero dar las gracias a Mr. A. C. Edwards, presidente del Arrangements Committee, por permitirme incluir en este libro una versión amplia de la misma.

JOSEPH A. SCHUMPETER.

Taconic, Conn. Marzo, 1942.

ÍNDICE GENERAL

PARTI PRIMERA
LA TEORIA DE MARX

PRELIMINAR

La mayoría de las creaciones del intelecto o la fantasía desaparecen para siempre tras un plazo que varía entre una sobremesa y una generación. Con algunas, sin embargo, no sucede así. Sufren eclipses, pero reaparecen de nuevo, y reaparecen no como elementos anónimos de un legado cultural, sino con su ropaje propio y sus cicatrices personales que pueden verse y tocarse. A éstas podemos darlas el calificativo de grandes, y no es inconveniente para esta definición el que se combinen la grandeza con la vitalidad. En este sentido tal es indudablemente la palabra que hay que aplicar al mensaje de Marx. Pero hay también otra ventaja en tomar el resurgir como nota definidora de grandeza, a saber: que con ello se hace independiente de nuestro amor o nuestro odio. No necesitamos creer que una gran obra tenga necesariamente que ser una fuente de luz o de perfección en sus fundamentos y en sus particularidades. Por el contrario, podemos creer que sea un dominio de las tinieblas; podemos considerarla fundamentalmente errónea o estar disconformes con ella en una serie de puntos particulares. En el caso del sistema de Marx tal juicio adverso o incluso una refutación exacta, en virtud de su fracaso mismo para herirlo mortalmente, sirven tan sólo para poner de manifiesto el poderío de su construcción.

Los últimos veinte años han presenciado un resurgimiento de Marx altamente interesante. No es sorprendente que el gran maestro del credo socialista haya entrado en la Rusia soviética como en algo propio. Y es realmente característico de tal proceso de canonización el que, entre el verdadero sentido del mensaje de Marx y la práctica e ideología bolchevista, haya un abismo por lo menos tan grande como el que había entre la religión de los humildes galileos y la práctica e ideología de los príncipes de la Iglesia y los señores feudales de la Edad Media.

Pero hay otro resurgimiento menos fácil de explicar: el resurgimiento de Marx en los Estados Unidos. Este fenómeno es tanto más interesante cuanto que hasta la segunda década de este siglo no había una corriente marxista de importancia ni en el movimiento obrero americano ni en el pensamiento de los intelectuales americanos. El marxismo que allí hubiera había sido siempre superfi-

cial, insignificante y sin brillo exterior. Además, el resurgimiento de tipo bolchevista no produjo ningún brote similar en los países hasta entonces más impregnados de marxología. En Alemania, singularmente, que de todos los países era el que tenía la más fuerte tradición marxista, se mantuvo viva una pequeña secta ortodoxa durante el alza socialista de la posguerra, como se había mantenido ya durante la depresión anterior. Pero los líderes del pensamiento socialista (no sólo los que estaban ligados al Partido Socialdemócrata, sino también los que iban mucho más allá de su prudente conservadurismo en las cuestiones prácticas) revelaron poca inclinación para volver a los viejos principios y, al tiempo que rendían culto a la deidad, se mantenían a prudente distancia y razonaban en las cuestiones económicas exactamente igual que los demás economistas. Por consiguiente, fuera de Rusia el fenómeno americano es único. No nos preocupan sus causas. Pero merece la pena examinar los contornos y el sentido del mensaje que tantos americanos han hecho suyo.¹

¹ Limitaré al mínimo las referencias a los escritos de Marx y no daré ningún dato acerca de su vida. Esto me parece innecesario, porque cualquier lector que desee una lista de los primeros y una ojeada general sobre la última encontrará todo lo que necesite para nuestro propósito en cualquier diccionario, especialmente en la *Encyclopedia Britannica* o en la *Encyclopedia of the Social Sciences*. Lo más conveniente para un estudio de Marx es comenzar por el primer tomo de *Das Kapital*. A pesar de una enorme cantidad de trabajos más recientes, creo que la biografía de F. Mehring sigue siendo la mejor, al menos desde el punto de vista del lector no especializado.

1

MARX, EL PROFETA

No ha sido un deslíz titular este capítulo con una analogía tomada del mundo religioso. Se trata de algo más que una analogía. En un importante sentido el marxismo *es* una religión. Para el creyente presenta, en primer lugar, un sistema de fines últimos que informan el sentido de la vida y que son pautas absolutas para enjuiciar, con arreglo a ellas, acontecimientos y acciones, y, en segundo lugar, una guía para aquellos fines, lo que implica un plan de salvación y la indicación del mal del que tiene que salvarse la Humanidad o una parte elegida de la Humanidad. Podemos especificar aún más: el socialismo marxista pertenece también al subgrupo que promete el paraíso para la vida terrena. Yo creo que una consideración de estas características por un hagiógrafo ofrecería unas posibilidades de clasificación y comentario que calarían posiblemente mucho más hondo en la esencia sociológica del marxismo que lo que un mero economista pueda decir.

Su característica menos importante es la que explica el éxito del marxismo.¹ Una aportación puramente científica, aun cuando hubiese sido mucho más perfecta de lo que ha sido en el caso de Marx, no habría ganado nunca la inmortalidad en el sentido histórico que tiene la suya. Tampoco habría sido un arsenal de consignas combativas de partido. Parte de su éxito, aunque muy pequeña, es, efectivamente, atribuible a la carretada de frases encendidas, de acusaciones apasionadas y gesticulaciones airadas dispuestas para emplearlas en cualquier plataforma y que él puso a disposición de su grey. Lo único que cabe decir acerca de este aspecto de la cuestión es que tal munición ha servido y sirve muy bien a su propósito, pero que su elaboración lleva consigo un inconveniente, a saber: que, para forjar tales armas destinadas al campo de la lucha social, Marx tuvo, en ocasiones, que doblegar, o desviar, los criterios que se

¹ El carácter religioso del marxismo explica también una actitud peculiar del marxismo ortodoxo frente a sus adversarios. Para él, lo mismo que para cualquier creyente en una fe, el adversario no está simplemente en un error, sino en pecado. La disidencia es condenada no sólo intelectualmente, sino también moralmente. No puede haber ninguna excusa para ella desde el momento en que el mensaje ha sido revelado.

hubieran seguido lógicamente de su sistema. Sin embargo, si Marx no hubiese sido más que un proveedor de fraseología, ya estaría muerto hace tiempo. La Humanidad no guarda agradecimiento para esta especie de servicio y olvida rápidamente los nombres de los que escriben los libretos para sus óperas políticas.

Pero fue un profeta y a fin de comprender la naturaleza de su obra tenemos que examinarla dentro del marco de su propio tiempo. Era el cenit de la realización burguesa y el nadir de la civilización burguesa, la época del materialismo mecanicista, de un *milieu* cultural que no había revelado hasta entonces ningún síntoma de que hubiera en su seno un nuevo arte ni un nuevo modo de vida y que discurría en medio de la banalidad más repulsiva. La fe en sentido auténtico se desvanecía rápidamente en todas las clases de la sociedad y con ella se extinguía el único rayo de luz del mundo trabajador (aparte del que pudiera haberse derivado de la actitud de Rochdale y de las cajas de ahorro), mientras que los intelectuales se declaraban altamente satisfechos con la *Lógica*, de Mill, y la *Poor Law*.

En esta situación, el mensaje marxista, anunciador del paraíso terrenal del socialismo, significaba para millones de corazones humanos un nuevo rayo de luz y un nuevo sentido de la vida. Llámese, si se quiere, a la religión marxista remedo o caricatura de fe —opinión sobre la que habría mucho que decir—; pero no podrá pasarse por alto ni dejar de admirarse la grandeza de la obra. Es indiferente que no hubiese casi nadie, entre aquellos millones, capaz de comprender y apreciar el mensaje en su verdadero significado. Este es el destino de todos los mensajes. Lo importante es que el mensaje estaba concebido y transmitido de un modo que había de resultar aceptado por la mentalidad positivista de su época, que era, sin duda, esencialmente burguesa, por lo que no hay paradoja al decir que el marxismo es esencialmente un producto de la mentalidad burguesa. Esto se logró, de una parte, formulando con incomparable fuerza el sentimiento de estar oprimido y maltratado, que es la actitud autoterapéutica de la masa fracasada, y, de otra parte, proclamando que la liberación socialista de aquellos infortunios era una certeza racionalmente demostrable.

Es de observar aquí con qué supremo arte se han logrado vincular los anhelos extrarracionales, que la decadencia religiosa había dejado fugitivos como perros sin dueño, con las tendencias racionalistas y materialistas de la época, inevitables por el momento y que no tolerarían ningún credo que no se presentase con un colorido científico o pseudocientífico. Predicar el objetivo habría sido ineficaz; analizar un proceso social sólo habría interesado a unos pocos

centenares de especialistas. Pero predicar con ropaje de análisis y analizar mirando hacia las necesidades del corazón es lo que conquistó una adhesión apasionada y dio al marxista aquel supremo don que consiste en la convicción de que lo que se es y lo que se pretende no puede ser derrotado, sino que al fin ha de ser victoriosamente conquistado. Esto, por supuesto, no agota la obra. La fuerza personal y el destello de la profecía actúan independientemente del contenido del credo. Ninguna vida nueva ni ningún sentido nuevo de la vida pueden ser efectivamente revelados sin él. Pero esto no nos incumbe ahora.

Algo habrá que decir acerca del vigor lógico y la precisión del ensayo de Marx para probar la inevitabilidad de la meta final socialista. Sin embargo, basta una sola observación acerca de lo que se ha llamado más arriba su formulación de los sentimientos de la masa fracasada. No era, por supuesto, una verdadera formulación de sentimientos efectivos, conscientes o subconscientes. Más bien podríamos designarla como un intento de reemplazar los sentimientos efectivos por una revelación, verdadera o falsa, de la lógica de la evolución social. Al hacer esto y atribuir a las masas —de un modo completamente irreal— su propio tópico de “conciencia de clase”, falsificó indudablemente la verdadera psicología del trabajador (que se centra en el deseo de convertirse en un pequeño burgués y de ser amparado en esa situación por el poder político), pero hasta donde su doctrina tuvo efecto también le abrió horizontes y le ennoblecó. No vertió lágrimas sentimentales por la belleza de la idea socialista. Esta es una de sus pretensiones a la superioridad sobre los que él llamaba socialistas utópicos. No glorificó a los trabajadores como héroes de la fatiga cotidiana, como gustan hacer los burgueses cuando tiemblan por sus dividendos. Careció en absoluto de cualquier tendencia —tan acusada en alguno de sus seguidores más débiles— a lamer las botas de los trabajadores. Tuvo probablemente una clara percepción de lo que son las masas y miraba por encima de sus cabezas hacia metas sociales que estaban mucho más allá de lo que ellos pensaban o querían. Tampoco predicó nunca ningún ideal establecido por él mismo. Tal vanidad le fue completamente extraña. Al igual que todo verdadero profeta se titula humilde portavoz de su deidad, Marx no pretendió más que enunciar la lógica del proceso dialéctico de la Historia. En todo esto hay una dignidad que compensa muchas pequeñeces y vulgaridades con las cuales, en su obra y en su vida, aquella dignidad forma tan extraña alianza.

Por último, hay otro punto que no debe quedar sin mencionar. Marx era personalmente demasiado cultivado para formar en las fi-

las de aquellos vulgares predicadores del socialismo que no reconocen un templo cuando lo tienen ante su vista. Era perfectamente capaz de comprender una civilización y el valor "relativamente absoluto" de sus valores, por alejado que hubiera podido sentirse de ella. A este respecto no puede ofrecerse mejor testimonio de su amplitud de espíritu que el *Manifiesto Comunista*, que es una exposición nada escasa de entusiasmo² de las aportaciones del capitalismo, e incluso cuando pronuncia *pro futuro* su sentencia de muerte nunca dejó de reconocer su necesidad histórica. Esta actitud implica, por supuesto, toda una serie de cosas que el mismo Marx no habría querido aceptar. Pero indudablemente se fortalecía con ello y se hacía más fácil para él acogerla en el fondo de aquella percepción de la lógica orgánica de las cosas a las que su teoría de la Historia da una particular expresión. Las cosas sociales tenían para él su orden, y, por muy conspirador de café que fuese en algunas épocas de su vida, su verdadero yo despreciaba esta actitud. Para él el socialismo no era una obsesión que apagase todos los demás colores de la vida y crease una aversión o desprecio insanos y estúpidos contra las demás civilizaciones. Y en más de un sentido hay justificación para el título que él reclama para su tipo de pensamiento socialista y de voluntad socialista, que están fundidos por virtud de su posición fundamental, esto es, el de socialismo científico.

² Esto puede parecer una exageración. Pero permítasenos las citas: "La burguesía... ha sido la primera en mostrar lo que la actividad del hombre puede reportar. Ha realizado maravillas que superan en mucho a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas... La burguesía... arrastra a todas las naciones... a la civilización... Ha creado enormes ciudades... y ha redimido a una parte considerable de la población de la idiocia de la vida rural... La burguesía, durante su dominación de apenas un siglo, ha creado fuerzas productoras más masivas y más colosales que las que han producido jamás todas las generaciones pasadas." Obsérvese que todas las realizaciones citadas se atribuyen a la burguesía tan sólo, que es más de lo que pretenderían muchos economistas burgueses a carta cabal. Esto es todo lo que yo quiero dar a entender en el pasaje de más arriba y que difiere notablemente de los puntos de vista del marxismo vulgarizado de hoy día o de las opiniones al estilo de Veblen de los no marxistas radicales modernos. Permítaseme decir también que no otra cosa es lo que va implícito en todo lo que diré en la parte segunda acerca de las realizaciones del capitalismo. (En la edición alemana se hace la aclaración de que la Tecnología de Veblen y sus discípulos constituye en la actualidad la crítica efectiva no marxista del capitalismo en los Estados Unidos. *N. del T.*)

MARX, EL SOCIOLOGO

Vamos a ocuparnos de algo muy censurable para el creyente, que, como es natural, se siente agraviado por la aplicación del frío análisis a lo que para él es la fuente misma de la verdad. Pero una de las cosas que más le contraría es que se truce la obra de Marx y se discuta cada uno de los trozos. Diría que este mismo acto pone de manifiesto la incapacidad de los burgueses para comprender el magnífico conjunto en el que todas las partes se complementan y explican recíprocamente, de manera que se yerra su verdadero significado en cuanto una parte o aspecto es considerado por sí mismo. Sin embargo, no tenemos otra opción. Al cometer la ofensa y ocuparme de Marx, el sociólogo, a continuación inmediata de Marx, el profeta, no niego que exista una unidad de visión social que proporciona a la obra de Marx una cierta medida de unidad analítica y más aún de una apariencia de unidad. Tampoco ello es contrario al hecho de que cada parte de ella, aunque independiente intrínsecamente, ha sido puesta por el autor en relación con todas las demás. Queda, sin embargo, bastante independencia en cada provincia del vasto reino para permitir al estudioso aceptar los frutos de su trabajo en una de ellas al mismo tiempo que los rechaza en otra. Mucho del hechizo de la fe se pierde en este proceso, pero algo se gana salvando lo importante y rescatando la verdad, lo que por sí solo tiene mucho más valor que el que tendría si estuviese encadenado a un naufragio sin esperanza.

Esto se refiere ante todo a la filosofía de Marx, que podemos dejar perfectamente fuera de nuestro camino de una vez para siempre. Dada su formación germánica y su mentalidad especulativa tenía un interés fundamental y apasionado por la filosofía. Su punto de partida y su amor de juventud fue la filosofía pura, de cuño alemán. Durante algún tiempo creyó que era su verdadera vocación. Era un neo-hegeliano, lo cual quiere decir, *grosso modo*, que, al mismo tiempo que aceptaba las actitudes y métodos fundamentales del maestro, él y su grupo eliminaron las interpretaciones conservadoras de la filosofía de Hegel, establecidas por muchos de sus demás seguidores, y las reemplazaron por las opuestas. Este tras-

fondo aparece en todos sus escritos que le ofrecen oportunidad para ello. No es extraño que sus lectores alemanes y rusos, dotados de mentalidad y formación similares, captaran primordialmente este elemento y lo hicieran la clave del sistema.

Creo que esto es un error y una injusticia para la capacidad científica de Marx. Fue fiel a su primer amor durante toda su vida. Le deleitaban ciertas analogías formales que podían encontrarse entre su argumentación y la de Hegel. Le gustaba testimoniar su hegelianismo y usar las expresiones hegelianas. Pero esto es todo. En ninguna parte traicionó la ciencia positiva por la metafísica. Todo esto lo dice él mismo en el prólogo a la segunda edición del primer tomo de *Das Kapital*, y lo que dice allí es verdad y no una autoilusión; puede probarse analizando su argumentación, que siempre descansa sobre hechos sociales, y las verdaderas fuentes de sus afirmaciones, ninguna de las cuales yace en el campo de la filosofía. Por supuesto aquellos comentadores y críticos que partieron del lado filosófico no pudieron hacerlo, porque no sabían bastante acerca de las ciencias sociales implicadas en ello. Su inclinación sistemático-filosófica le hacía, además, oponerse a cualquier interpretación que no procediese de algún principio filosófico. Por eso veían filosofía en las afirmaciones más empíricas de la experiencia económica, desviando con ello la discusión por un camino falso, equivocando por igual a amigos y enemigos.

Marx, el sociólogo, aportó para su tarea un instrumental que consistía primordialmente en un dominio extenso de los hechos históricos y contemporáneos. Su conocimiento de estos últimos era siempre anticuado en cierto modo, porque fue el más libresco de los hombres y por ello los materiales básicos —que no es lo mismo que el material periodístico— le llegaban siempre con retraso. Pero difícilmente se le escapaba cualquier obra histórica de su época que tuviese alguna importancia o alcance general, aunque sí, en cambio, mucha literatura monográfica. Aunque no podemos realzar la plenitud de su información en este terreno tanto como admiramos su erudición en el terreno de la teoría económica, era, con todo, capaz de ilustrar sus visiones sociales no sólo con grandes frescos históricos, sino también con muchos detalles, la mayoría de los cuales estaban, en punto a exactitud, más bien por encima que por debajo del nivel medio de los demás sociólogos de su tiempo. Estos hechos los abarcaba con un golpe de vista que penetraba, a través del desorden superficial de las cosas, hasta la grandiosa lógica de los acontecimientos históricos. En esto no había ni simplemente pasión ni tampoco un impulso meramente analítico, sino ambas cosas. Y el resultado de su intento de formular esta lógica, la llamada inter-

pretación económica de la Historia,¹ es, sin duda, hasta la fecha, una de las mayores aportaciones individuales a la sociología. Ante ella se convierte en insignificante la cuestión de si esta o aquella aportación era enteramente original y hasta dónde la debía en parte a sus predecesores alemanes o franceses.

La interpretación económica de la Historia *no* significa que los hombres actúen, consciente o inconscientemente, total o primordialmente, por motivos económicos. Por el contrario, un elemento esencial de la teoría, y una de sus más importantes contribuciones, es la explicación del papel y de la influencia de los motivos no económicos y el análisis del modo cómo la realidad social se refleja en las psiques individuales. Marx no sostenía que las religiones, la metafísica, las escuelas de arte, las ideas éticas y las voliciones políticas fuesen reducibles a motivos económicos ni que careciesen de importancia. Únicamente trató de describir las *condiciones* económicas que las configuran y que explican su orto y su ocaso. Todos los datos y argumentos de Max Weber² encajan perfectamente en el sistema de Marx. Los grupos y clases sociales y los modos cómo estos grupos y clases se explican a sí mismo su propia existencia, situación y comportamiento, era, por supuesto, lo que más le interesaba. Vertió el raudal de su ira más biliosa sobre los historiadores que habían adoptado aquella actitud y sus tópicos (las ideologías o, como diría Pareto, las *derivaciones*) por su valor aparente y trataban de interpretar por medio de ellos la realidad social. Pero si las ideas y los valores no eran para él los promotores del proceso social, tampoco eran humo de pajas. Si se me permite la analogía desempeñaban en la maquinaria social el papel de correas de transmisión. No podemos tocar el interesantísimo desarrollo de estos principios en la posguerra, esto es, la sociología del saber,³ que ofrecería el mejor ejemplo para explicar esto. Pero era necesario decir todo esto, porque Marx ha sido continuamente mal entendido en este respecto. Incluso su amigo Engels, ante la tumba abierta de Marx, definía la teoría en cuestión precisamente en el sentido de que individuos y grupos están impulsados primordialmente por motivos

¹ Publicada por primera vez en aquel demoledor ataque a la *Philosophie de la Misère*, de Proudhon, titulado *Das Elend der Philosophie*, 1847. Otra versión fue incluida en el *Manifiesto Comunista*, 1848.

² El pasaje anterior se refiere a las investigaciones de Max Weber sobre la sociología de las religiones, y, en particular, a su famoso estudio *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus*, reproducido en sus obras completas.

³ La palabra alemana es *Wissenssoziologie* y los mejores nombres que hay que mencionar aquí son los de Max Scheler y Karl Mannheim. El artículo de este último sobre la materia en el *Diccionario alemán de Sociología (Handwörterbuch der Soziologie)* puede servir de introducción.

económicos, lo cual es falso en algunos aspectos y piadosamente trivial en los demás.

Ya que nos hemos puesto a ello podemos defender a Marx contra otro malentendido: la interpretación *económica* de la Historia ha sido llamada a menudo interpretación *materialista*. Se ha llamado así por el mismo Marx. Esta frase aumentó grandemente su popularidad con algunos y su impopularidad con otros. Pero carece por completo de sentido. La filosofía de Marx no es más materialista que la de Hegel y su teoría de la Historia no es más materialista que cualquier otro intento de explicar el proceso histórico por los medios de que dispone la ciencia empírica. Debe quedar claro que esto es lógicamente compatible con cualquier creencia metafísica o religiosa, exactamente igual que lo es cualquier imagen física del mundo. La misma teología medieval proporciona métodos con los que es posible establecer esta compatibilidad.⁴

Lo que realmente dice la teoría puede resumirse en dos proposiciones: 1ª Las formas o condiciones de producción son el factor determinante fundamental de las estructuras sociales, las cuales, a su vez, engendran actitudes, acciones y civilizaciones. Marx ilustra su punto de vista con la famosa afirmación de que el "telar de mano" crea la sociedad feudal y el "telar de vapor" crea la sociedad capitalista. Esto lleva a un extremo peligroso la importancia del elemento técnico, pero puede aceptarse en la inteligencia de que la simple técnica no es todo. Popularizando un poco y reconociendo que con ello perdemos mucho del verdadero sentido, podemos decir que es nuestro trabajo cotidiano lo que configura nuestro espíritu y que es nuestra situación dentro del proceso de producción lo que determina nuestra perspectiva de las cosas —o de los lados de las cosas que vemos— y el ámbito social de que disponemos cada uno. 2ª Las mismas formas de producción tienen una lógica propia; es decir, cambian de acuerdo con las necesidades que les son inherentes, de forma que crean sus sucesoras simplemente por su propio funcionamiento. Para ilustrarlo con el mismo ejemplo de Marx: el sistema caracterizado por el "telar de mano" crea una situación económica y social en la que la adopción del método mecánico de tejer llega a ser una necesidad práctica que los individuos y los grupos son impotentes para alterar. El establecimiento y la puesta en funcionamiento del "telar de vapor" crea, a su vez, nuevas funciones y situaciones sociales, nuevos grupos y modos de ver las cosas, que se desarrollan y actúan de tal modo que sobrepasan su

⁴ He encontrado varios católicos radicales, entre ellos un sacerdote, todos católicos devotos, que compartían esta opinión y se declaraban, efectivamente, marxistas en todo, menos en las cuestiones relativas a la fe.

propio marco. Aquí tenemos, entonces, el propulsor que es responsable, primeramente, del cambio económico, y, como consecuencia de ello, de todo el cambio social propulsor para cuya operatividad no se necesita ningún impulso exterior.

Ambas proposiciones contienen indudablemente una gran cantidad de verdad y son inapreciables hipótesis de trabajo, como veremos en diversas fases de nuestro camino. La mayoría de las objeciones corrientes son un completo fracaso; ejemplo de ello son todas aquellas que orientan la refutación hacia la influencia de los factores éticos y religiosos o la que ya formuló Eduard Bernstein, quien afirma con deliciosa simplicidad que "los hombres tienen cabeza" y pueden obrar por ello como ellos elijan. Después de lo dicho más arriba apenas es necesario insistir sobre la debilidad de tales argumentos; los hombres "eligen", por supuesto, el curso de sus acciones, las cuales no están directamente constreñidas por los datos objetivos del medio que los rodea; pero eligen desde sus puntos de vista perspectivas e inclinaciones que no forman un grupo de datos independientes, sino que están ellos mismos moldeados por situaciones objetivas.

Sin embargo, surge la cuestión de si la interpretación económica de la Historia es algo más que una cómoda aproximación de la que quepa esperar que actúe más o menos satisfactoriamente, según los casos. El hecho mismo de plantearlo significa una manifiesta limitación. Las estructuras, los tipos y las actitudes sociales son monedas que no se funden fácilmente. Una vez que se han formado persisten, posiblemente durante siglos, y, como las diferentes estructuras y tipos despliegan grados diferentes de esta aptitud para sobrevivir, casi siempre encontramos que el comportamiento efectivo de grupo y nacional se aparta más o menos de lo que habría que esperar si tratáramos de inferirle de las formas dominantes del proceso de producción. Aunque esto tiene validez casi general, se ve más claramente cuando una estructura de larga duración se transplanta de un país a otro. La situación social creada en Sicilia por la conquista normanda ilustrará lo que yo quiero decir. Estos hechos no los pasó por alto Marx, pero apenas percibió todas sus implicaciones.

Hay un caso afín cuyo significado es más patente. Considérese el nacimiento del tipo feudal de señoría territorial en el reino de los francos durante los siglos VI y VII. Fue ciertamente un acontecimiento de la mayor importancia que configuró la estructura de la sociedad durante muchas generaciones e *influyó también sobre las condiciones de producción, incluyendo las necesidades y la técnica*. Pero su explicación más sencilla hay que verla en la función de

caudillaje militar desempeñada anteriormente por las familias y los individuos que (conservando dicha función) se convirtieron en señores feudales después de la conquista definitiva del nuevo territorio. Esto no concuerda en absoluto con el esquema de Marx y fácilmente podría construirse en una dirección diferente. Hechos de esta naturaleza pueden, indudablemente, ser integrados en el esquema por medio de hipótesis auxiliares; pero la necesidad de introducir tales hipótesis es normalmente el comienzo del fin de una teoría.

Muchas otras dificultades, que surgen en el curso del ensayo de interpretación histórica aplicando el esquema de Marx podrían resolverse admitiendo cierta medida de interacción entre la esfera de la producción y las demás esferas de la vida social.⁵ Pero ese hechizo que le rodea, es decir, el de poseer la verdad fundamental, depende precisamente de la rigidez y simplicidad de la relación unilateral que afirma. Si ésta se pone en cuestión, la interpretación económica de la Historia tendrá que ocupar su lugar entre otras proposiciones similares —como una de tantas verdades parciales— o bien dejar paso a otra que revele una verdad más fundamental. Sin embargo, ni su rango como realidad ni su utilidad como hipótesis de trabajo se han resentido por ello. Para el creyente, por supuesto, es sencillamente la clave de todos los secretos de la historia humana. Y si algunas veces nos sentimos inclinados a sonreír ante aplicaciones más bien ingenuas de ella debemos recordar la especie de argumentaciones a que ha reemplazado. Incluso la hermana contrahacha de la interpretación económica de la Historia, la *Teoría de las clases sociales* de Marx, se mueve en una luz más favorable en cuanto tenemos esto presente.

De nuevo nos encontramos en primera línea una importante contribución que hemos de registrar. Los economistas han sido extrañamente tardíos en reconocer el fenómeno de las clases sociales. Por supuesto han clasificado siempre a los actores cuyo juego recíproco ha creado el proceso de que se ocupan. Pero estas clases eran simplemente grupos de individuos que mostraban un carácter común; así, unas personas eran clasificadas como terratenientes u obreros, porque poseían tierras o vendían los servicios de su trabajo. Sin embargo, las clases sociales no son creación de un observador que hace una clasificación, sino entes vivos que existen como tales. Y su existencia da lugar a consecuencias que son pasadas completamente por alto por un esquema que considera a la sociedad como si fuera una reunión amorfa de individuos o familias. Pero precisamente

⁵ En la última etapa de su vida admitió esto Engels abiertamente. Plejanov fue aún más allá en esta dirección.

queda abierta la interrogante de la importancia que tiene el fenómeno de las clases para la investigación en el campo de la teoría económica pura. Por otra parte, está fuera de dudas que es muy importante para muchas aplicaciones prácticas y para todos los aspectos más amplios del proceso social en general.

Hablando *grosso modo* podemos decir que las clases sociales hicieron su aparición tal como se sienta en la famosa afirmación contenida en el *Manifiesto Comunista* de que la historia de la sociedad es la historia de las luchas de clases. Por supuesto que esto es elevar la pretensión a su grado máximo. Pero con que rebajemos su tono a la afirmación de que los acontecimientos históricos pueden ser frecuentemente interpretados en términos de intereses de clase y de actitudes de clase y que las estructuras de clase existentes son siempre un factor importante en la interpretación histórica, queda lo bastante para autorizarnos a hablar de una concepción casi tan valiosa como lo ha sido la misma interpretación económica de la Historia.

Es claro que el éxito en la línea de avance abierta por el principio de las luchas de clases depende de la validez de la teoría particular que mantengamos sobre las clases. Nuestra visión de la Historia y todas nuestras interpretaciones de las formas culturales y del mecanismo del cambio social serán diferentes según que elijamos, por ejemplo, la teoría racial de las clases y reduzcamos, como Gobi-neau, la historia de la Humanidad a la historia de la lucha de razas, o bien, por ejemplo, la teoría de las clases basada en la división del trabajo a la manera de Schmoller o de Durkheim, y resolvamos los antagonismos entre los intereses de los grupos profesionales. Tampoco está limitado el campo de las posibles diferencias en el análisis al problema de la naturaleza de las clases. Cualquiera que sea el punto de vista que tengamos acerca del mismo surgirán interpretaciones diferentes de las distintas definiciones de interés de clase⁶ y de las diversas opiniones acerca de cómo se manifiesta la acción de las clases. Hasta la fecha el problema es un foco de prejuicios y apenas está aún en su etapa científica.

Es notable que Marx no acabara nunca, que sepamos, de sistematizar lo que era claramente uno de los pivotes de su pensamiento. Es posible que aplazara la labor hasta que fue demasiado tarde, precisamente porque su pensamiento se movía tanto en términos de

⁶ El lector se dará cuenta de que las opiniones que se tengan acerca de lo que son las clases y lo que motiva su existencia no determinan unívocamente lo que son los intereses de esas clases y cómo actuará cada clase en lo que "ella"—sus dirigentes, por ejemplo, o la masa— considere o sienta, a largo o a corto plazo, erróneamente o con razón, como su interés o sus intereses. El problema de los intereses de grupo está lleno de espinas y de trampas, independientemente por completo de la naturaleza de los grupos que se estudien.

conceptos de clase que no sintió necesidad de molestarse por hacer una exposición definitiva. Es igualmente posible que le quedaran algunos puntos sin fijar en su propio pensamiento y que el camino a una teoría completa de las clases le fuera obstaculizado por ciertas dificultades que él se creó a sí mismo al insistir en una concepción del fenómeno puramente económica y supersimplificada. Tanto él mismo como sus discípulos ofrecieron aplicaciones de esta teoría, insuficientemente desarrollada, en modelos especiales, de los que el ejemplo más destacado es su propia *Historia de las luchas de clases en Francia*.⁷ Más allá de esto no se ha conseguido ningún progreso real. La teoría de su asociado más importante, Engels, era del tipo de la división del trabajo y esencialmente no marxista en sus consecuencias. Prescindiendo de ésta solamente tenemos perspectivas parciales y *aperçus* —algunos de ellos de sorprendente vigor y brillantez— esparcidos por todos los escritos del maestro, especialmente en *Das Kapital* y en el *Manifiesto Comunista*.

La labor de ligar estos fragmentos es delicada y no puede emprenderse aquí. La idea básica está bastante clara, sin embargo. El principio estratificador consiste en la propiedad o en la exclusión de la propiedad, de los medios de producción, tales como edificios de las fábricas, maquinarias, materias primas y los bienes de consumo que entran en el presupuesto del obrero. Tenemos así, fundamentalmente, dos clases y sólo dos: la de los propietarios, los capitalistas, y la de los desposeídos, que se ven compelidos a vender su trabajo, o sea, la clase trabajadora o proletariado. Ciertamente que no se niega la existencia de grupos intermedios, como los formados por los labradores o artesanos, que emplean trabajo, pero también trabajan ellos mismos, por los empleados y las profesiones liberales; pero se les considera como anomalías que tienden a desaparecer en el transcurso del proceso capitalista. Las dos clases fundamentales son esencialmente antagónicas en virtud de la lógica de su situación e independientemente por completo de las voliciones individuales. Dentro de cada clase se producen hendiduras y también colisiones entre subgrupos que históricamente pueden incluso tener una importancia decisiva. Pero en último análisis tales hendiduras o colisiones son incidentales. El único antagonismo que no es incidental, sino inherente a la estructura básica de la sociedad capitalista, está fundado en el dominio privado de los medios de

⁷ Otro ejemplo es la teoría socialista del imperialismo, que se expondrá más adelante. También merece mencionarse el interesante ensayo de O. Bauer para interpretar los antagonismos entre las distintas razas que poblaban el Imperio austrohúngaro en términos de lucha de clases entre capitalistas y obreros (*Die Nationalitätenfrage*, 1905), si bien la habilidad del analista sirve tan sólo para mostrar lo inapropiado del instrumento.

producción; la naturaleza genuina de la relación entre la clase capitalista y el proletariado es la lucha, la lucha de clases.

Como veremos más adelante, Marx trató de demostrar que en esta lucha de clases los capitalistas se destruyen unos a otros y con el tiempo destruirán incluso el sistema capitalista. También trata de demostrar que la propiedad del capital conduce a una mayor acumulación. Pero esta manera de razonar, así como la misma definición de clase social, que hace de la propiedad de algo su característica constitutiva, sólo sirve para aumentar la importancia de la cuestión de la "acumulación primitiva", es decir, de la cuestión de cómo los capitalistas llegaron en un principio a ser capitalistas o cómo adquirieron aquel acopio de bienes, que, según la teoría de Marx, era necesario para permitirles iniciar la explotación. En esta cuestión Marx es mucho menos explícito.⁸ Rechaza con desdén el cuento de niños (*Kinderfibel*) burgués de que unas personas se han hecho capitalistas antes que otras, y siguen haciéndose cada día, por su superior inteligencia y capacidad de trabajo y de ahorro. Y al mofarse de este cuento de los niños buenos actuaba agudamente, pues provocar una carcajada es, sin duda, un método excelente para deshacerse de una verdad molesta, como todo político sabe para su propia conveniencia. Nadie que mire los hechos históricos y presentes con un espíritu algo imparcial puede dejar de observar que este cuento de niños, aunque está lejos de decir la verdad, dice, con todo, una buena parte de ella. La inteligencia y la energía por encima de lo normal conducen en el noventa por ciento de los casos al éxito industrial y especialmente a la fundación de posiciones industriales. Y precisamente en las etapas iniciales del capitalismo y de toda carrera industrial individual el ahorro era y es un elemento importante en el proceso, aunque no tanto como lo explica la economía clásica. Es verdad que no se alcanza ordinariamente el *status* de capitalista (patrono industrial) ahorrando de un jornal o salario, para instalar una fábrica propia con los fondos así reunidos. La masa de la acumulación proviene de los beneficios y por ello presupone los beneficios; he aquí, en efecto, el fundamento *racional* para distinguir el ahorro de la acumulación. Los medios necesarios para dar comienzo a una empresa se adquieren normalmente tomando a préstamo los ahorros de otras personas, cuya existencia en numerosas pequeñas reservas es fácil de explicar, o los depósitos que los bancos crean para el uso del presunto empresario. Sin embargo, este último ahorra por lo general; la función de su ahorro es ponerse a salvo de la necesidad de someterse a la dura faena co-

⁸ Véase *Das Kapital*, tomo I, cap. XXIV: "El secreto de la acumulación originaria".

tidiana para ganar el pan de cada día y darse un respiro para mirar a su alrededor, desarrollar sus planes y asegurar la cooperación. Desde el punto de vista de la teoría económica tenía razón Marx —aunque él la exagerara— al negar al ahorro el papel que los autores clásicos le atribufan. Pero de ello no se sigue la consecuencia que deduce. Y la carcajada apenas está más justificada de lo que estaría si la teoría clásica fuese correcta.⁹

La carcajada hizo su efecto, sin embargo, y ayudó a despejar el camino a la otra teoría de Marx de la acumulación primitiva. Pero esta teoría no es tan exacta como sería de desear. La fuerza, el robo, la subyugación de las masas facilitan su expoliación y, a su vez, los resultados del pillaje facilitan la subyugación; todo esto era correcto, por supuesto, y concordaba admirablemente con las ideas comunes entre los intelectuales de todos los tipos, aún más en nuestros días que en los de Marx. Pero evidentemente esto no soluciona el problema, que es explicar cómo algunos adquirieron el poder para subyugar y robar. La literatura popular no se preocupa de ello. No pienso remitir esta cuestión a los escritos de John Roed. Ahora estamos ocupándonos de Marx.

Aquí, al menos, el historicismo que caracteriza a todas las principales teorías de Marx aporta una apariencia de solución. Para él es esencial a la *lógica* del capitalismo, y no solamente una cuestión de *hecho*, el haber nacido de una situación feudal de la sociedad. Por supuesto, también en este caso surge la misma cuestión acerca de las causas y del mecanismo de la estratificación social, pero Marx aceptaba sustancialmente el punto de vista burgués de que el feudalismo era un reinado de la fuerza,¹⁰ en el que la subyugación y la explotación de las masas eran ya hechos realizados. La teoría

⁹ No voy a seguir insistiendo, aunque debo mencionarlo, en que la misma teoría clásica no es tan errónea como pretendía Marx. "El ahorro", en su sentido más literal, ha sido un método de "acumulación originaria", especialmente en las primeras etapas del capitalismo, que no carece de importancia. Además, había otro método análogo a éste, aunque no idéntico. En los siglos XVII y XVIII había más de una fábrica que no era más que un cobertizo que un hombre podía construir con sus propias manos y que sólo necesitaba para funcionar el equipo más simple. En tales casos lo único que se necesitaba era el trabajo manual del capitalista en perspectiva, más un reducido fondo de ahorros, y cerebro, naturalmente.

¹⁰ Muchos escritores socialistas, aparte de Marx, han mostrado esta confianza, falta de espíritu crítico, en el valor explicativo del elemento de la fuerza y en el dominio ejercido sobre los medios físicos que permiten utilizarla. Ferdinand Lassalle, por ejemplo, apenas ofrece más explicación de la autoridad del gobierno que la fuerza de los cañones y las bayonetas. Es para mí una fuente de maravillas que hubiese tanta gente ciega ante la falta de consistencia de una sociología tal y ante el hecho de que sería, evidentemente, mucho más acertado decir que el poder lleva al dominio sobre los cañones (y sobre los hombres que quieren utilizarlos) más bien que decir que el dominio sobre los cañones engendra el poder.

de las clases concebida primordialmente para las condiciones de la sociedad capitalista se extendió a su predecesora feudal —como lo fue una gran parte del aparato conceptual del capitalismo¹¹—, y algunos de los problemas más espinosos fueron relegados al recinto feudal para reaparecer como zanjados, en forma de datos, en el análisis de las formas capitalistas. El explotador feudal fue simplemente reemplazado por el explotador capitalista. En los casos en que los señores feudales se convertían efectivamente en industriales bastaría con esto para resolver lo que aún quedaba de problemático. La prueba histórica ofrece cierto apoyo a esta concepción; muchos señores feudales, especialmente en Alemania, establecieron y dirigieron, efectivamente, fábricas, aportando a menudo los medios financieros, con sus rentas feudales, y el trabajo, con la población agrícola (en muchos casos sus siervos, aunque no necesariamente).¹² En todos los demás casos el material utilizable para tapar este hueco es claramente inferior. La única manera correcta de expresar la situación es diciendo que, desde un punto de vista marxista, no hay explicación satisfactoria, sino que para obtenerla es preciso acudir a elementos extraños a Marx que sugieran conclusiones no marxistas.¹³

Esto, sin embargo, adultera la teoría tanto en su raíz histórica como en su raíz lógica. Como la mayoría de los métodos de acumulación primitiva explican también la acumulación ulterior —la acumulación primitiva como tal continúa a través de toda la era capitalista—, no es posible decir que la teoría de Marx sobre las clases sociales sea correcta, *excepto* para la explicación de las dificultades relativas a los procesos de un pasado remoto. Pero es tal vez superfluo insistir en las deficiencias de una teoría que ni en los casos más favorables se acerca por ninguna parte a la medula del fenómeno que pretende explicar y que nunca debió haber sido tomada en serio. Estos casos han de limitarse principalmente a aquella

¹¹ Esto constituye una de las afinidades de la teoría de Marx con la de K. Rodbertus.

¹² W. Sombart, en la primera edición de su *Theorie des modernen Kapitalismus*, trató de dar la mayor importancia a estos casos. Pero el intento de basar la acumulación originaria totalmente sobre la acumulación de renta de la tierra puso de manifiesto su falta de visión, como el mismo Sombart terminó por reconocer.

¹³ Esto sigue siendo verdad, aun cuando admitamos el robo en la mayor extensión que es posible concederle sin traspasar la esfera del folklore intelectual. El robo ha entrado, efectivamente, en el nacimiento del capital comercial en muchas épocas y lugares. La riqueza de los fenicios, así como la de los ingleses, ofrece ejemplos familiares. Pero, incluso en este caso, la explicación de Marx es inadecuada, porque, en última instancia, el robo afortunado ha de basarse en la superioridad personal del que roba. Y, en cuanto se admita esto, se insinúa una teoría muy diferente de la estratificación social.

época de evolución capitalista que se caracteriza por el predominio de la empresa de volumen medio dirigida por su propietario. Más allá de este campo las posiciones de clase, aunque en la mayoría de los casos reflejaban más o menos las posiciones económicas correspondientes, son con más frecuencia la causa de la consecuencia de las últimas; el éxito de los negocios no es evidentemente en todas partes el único acceso a la preeminencia social, y solamente donde lo sea la propiedad de los medios de producción determinará causalmente una situación de grupo en la estructura social. No obstante, aun entonces es tan poco razonable hacer de la propiedad el elemento definidor como lo sería definir a un soldado como un hombre que tiene un fusil. La división tajante entre personas que (juntamente con sus descendientes) se supone que son capitalistas de una vez para siempre y otras que (junto con sus descendientes) se supone que son proletarios de una vez para siempre no solamente es, como se ha apuntado con frecuencia, totalmente irreal, sino que pasa por alto el punto saliente con respecto a las clases sociales: la incesante elevación y caída de familias singulares al estrato superior y su incesante descenso del mismo. Los hechos a que estoy aludiendo son todos obvios e indiscutibles. Si no aparecen en el tapete de Marx la razón sólo puede radicar en sus implicaciones no marxistas.

No es superfluo, sin embargo, considerar el papel que esta teoría desempeña dentro de la construcción de Marx y preguntarnos a qué intención analítica —en oposición a su uso como instrumento para el agitador— trataba de servir.

De una parte hemos de tener presente que, para Marx, la teoría de las clases sociales y la interpretación económica de la Historia no eran lo que son para nosotros, es decir, dos teorías independientes. En Marx la primera complementa a la segunda de una manera especial y limita así —dándole mayor precisión— el *modus operandi* de las condiciones o formas de producción. Estas determinan la estructura social, y, a través de la estructura social, todas las manifestaciones de la civilización y todo el curso de la historia cultural y política. Pero la estructura social se define, para todas las épocas socialistas, en términos clasistas de aquellas dos clases que son las verdaderas *dramatis personae* y al mismo tiempo las únicas creaciones *inmediatas* de la lógica del sistema capitalista de producción, que influye en todo lo demás por medio de ellas. Esto explica por qué Marx se vio impelido a hacer de sus clases fenómenos puramente económicos e incluso fenómenos que eran económicos en un sentido muy estricto; con esto se cerró el paso para un conocimiento más profundo de ellas, pero en el preciso lugar de su esquema

analítico en que él los colocó no le quedaba elección para otra cosa.

Por otra parte, Marx quería definir el capitalismo por el mismo rasgo por el que también define su división de clases. Un poco de reflexión convencerá al lector de que esto no es necesario ni natural. En realidad, era un golpe audaz de estrategia analítica que ligaba el destino del fenómeno de las clases al destino del capitalismo de tal manera que el socialismo, que en realidad no tiene nada que ver con la existencia o ausencia de las clases sociales, se convirtió, por definición, en la única especie posible de sociedad sin clases, a excepción de los grupos primitivos. Esta ingeniosa tautología no podía haber sido asegurada por cualesquiera otras definiciones de clases y de capitalismo distintas de la elegida por Marx, es decir, la definición que toma como nota la propiedad privada de los medios de producción. De aquí que tuviese que haber justamente dos clases, poseedores y no poseedores, y de ahí que todos los demás principios de división social, algunos de ellos mucho más plausibles, tenían que ser rigurosamente omitidos o desestimados o incluso reducidos a aquél.

La exageración del valor definitivo y la importancia de la línea divisoria entre la clase capitalista así definida y el proletariado sólo fue superada por la exageración del antagonismo entre ellas. Para cualquier mente no torcida por el hábito de pasar por los dedos el rosario de Marx tiene que resultar obvio que su relación, en tiempos normales, es ante todo una relación de cooperación y que cualquier teoría en contrario tiene que acudir en gran medida a casos patológicos para su verificación. En la vida social el antagonismo y el *sinagoguismo* son, por supuesto, omnipresentes y de hecho inseparables, a excepción de casos rarísimos. Pero yo estoy casi tentado de decir que había menos disparates absolutos en la vieja concepción armonicista —llena, no obstante, también de disparates— que en la construcción de Marx de la infranqueable sima entre los propietarios de los instrumentos de trabajo y los usuarios de los mismos. Pero esta vez tampoco tenía elección, no porque quisiera llegar a resultados revolucionarios —a éstos podría haber llegado exactamente igual desde docenas de otros esquemas distintos—, sino a causa de las exigencias de su propio análisis. Si la lucha de clases era el móvil fundamental de la Historia y también el medio de precipitar la pendiente socialista y si tenía que haber justamente esas dos clases, entonces su relación tenía que ser antagónica por principio, o, en otro caso, se habría perdido la fuerza de su sistema de dinámica social.

Ahora bien: aunque Marx *define* el capitalismo sociológicamente, es decir, por la institución del dominio privado sobre los medios de producción, el *mecanismo* de la sociedad capitalista lo explica mediante su teoría económica. Esta teoría económica tiene por objeto demostrar que los datos sociológicos, incorporados en conceptos tales como clase, interés de clase, comportamiento de clase, *intercambio* entre las clases, actúan por medio de valores económicos (beneficios, salarios, inversiones, etc.), y que éstos dan lugar precisamente al proceso económico que acabará por romper su propio armazón institucional y crean, al mismo tiempo, las condiciones para el surgimiento de otro mundo social. Esta teoría especial de las clases sociales es el instrumento analítico que, al poner en conexión la interpretación económica de la Historia con los conceptos de la economía de lucro, ordena todos los hechos sociales y hace confluir en un mismo punto a todos los fenómenos. No es, por consiguiente, una simple teoría de un fenómeno singular que tiene por objeto explicar ese fenómeno y nada más. Tiene una función orgánica que es en realidad mucho más importante para el sistema de Marx que el éxito con que resuelve su problema inmediato. Esta función tiene que ser reconocida si se quiere comprender cómo un analista de la talla de Marx pudo haberse resignado a las deficiencias de tal teoría.

Hay, y ha habido siempre, entusiastas que admiraban la teoría de Marx de las clases sociales en cuanto tal. Pero son mucho más comprensibles los sentimientos de todos los que admiran la fuerza y grandeza de esa síntesis como una totalidad, hasta el punto de estar dispuestos a perdonar casi toda la serie de errores de las partes que la componen. Trataremos de valorarla por nosotros mismos (capítulo IV). Pero primero tenemos que ver cómo el mecanismo económico de Marx se exonera del cometido que le impone su plan general.

MARX, EL ECONOMISTA

Como teórico de la economía Marx fue ante todo un hombre muy instruido. Pudiera parecer extraño que yo haya creído necesario dar tanta importancia a este elemento tratándose de un autor a quien he calificado de genio y de profeta. Con todo es importante apreciarlo. Los genios y los profetas no destacan, por lo general, en la erudición profesional, y su originalidad, si la tienen, se debe con frecuencia al hecho de su falta de erudición. Pero en la teoría económica de Marx no hay nada que pueda ser explicado por falta de conocimientos o de formación en la técnica del análisis teórico. Era un lector voraz y un trabajador infatigable. A su atención escapaban muy pocas contribuciones de importancia. Y todo lo que leía lo digería, acometiendo el estudio de cada hecho o argumento con una pasión por el detalle de lo más insólito en un hombre habituado a abarcar con la mirada civilizaciones enteras y evoluciones seculares. Al criticar y rechazar o aceptar y coordinar siempre llegaba hasta el fondo de cada cuestión. La demostración más notable de esto está en su obra *Teorías de la Plusvalía*, que es un monumento de celo teórico. Este esfuerzo incesante por instruirse y por dominar todo lo que pudiese ser dominado no pudo menos de liberarle en un grado apreciable de prejuicios y objetivos extracientíficos, aunque él trabajaba ciertamente para verificar una concepción determinada. Para su poderosa inteligencia el interés por el problema en cuanto tal estaba por encima de todo, a pesar de sí mismo, y por mucho que haya podido exaltar la importancia de sus *conclusiones* finales, mientras estaba trabajando, se preocupaba primordialmente por afilar los instrumentos de análisis que le proporcionaban la ciencia de su época, por allanar las dificultades lógicas y por construir, sobre la base así adquirida, una teoría que por su naturaleza y objetivo era verdaderamente científica, cualesquiera que hayan podido ser sus deficiencias.

Es fácil comprender por qué tanto los amigos como los enemigos de Marx han entendido equivocadamente la naturaleza de su contribución en el terreno puramente económico. Para sus amigos estaba tan por encima de ser un simple teórico profesional que les

habría parecido casi una blasfemia dar demasiado realce a este aspecto de su obra. Sus enemigos, a quienes ofendían su actitud y la presentación de su argumentación teórica, encontraban casi imposible admitir que, en ciertas partes de su obra, Marx logró precisamente la especie de realización que tan altamente estimaban cuando les era presentada por otras manos. Además, el frío metal de la teoría económica está inmerso, en las páginas de Marx, en una riqueza tal de frases hirvientes, que adquiere una temperatura que sobrepasa la suya natural. Todos los que se encogen de hombros ante la pretensión de Marx de ser considerado como analítico en el sentido científico piensan, por supuesto, en estas frases y no en el pensamiento que encierran, en el lenguaje apasionado y en la ardiente acusación de "explotación" e "inmiseración" (ésta es probablemente la mejor manera de traducir la palabra *Verelendung*, que en alemán no es mejor engendro que lo es *Inmiserization* en inglés.* Es *immiserimento* en italiano). Por supuesto todas estas cosas y otras muchas, tales como sus pullas injuriosas o sus alusiones vulgares a Lady Orkney,¹ son partes importantes de la representación, eran importantes para el mismo Marx y lo son tanto para los creyentes como para los no creyentes. En parte explican por qué muchos insisten en ver en los teoremas de Marx algo más que en las proposiciones análogas de su maestro e incluso algo fundamentalmente distinto. Pero estas cosas no afectan a la naturaleza de su análisis.

¿Es que Marx tuvo un maestro? Sí. La verdadera comprensión de su economía comienza con el reconocimiento de que, como teórico, fue discípulo de Ricardo. Fue discípulo suyo no sólo en el sentido de que su propia argumentación toma evidentemente como punto de partida las proposiciones de Ricardo, sino también en el sentido mucho más importante de que había aprendido el arte de la teorización de Ricardo. Utilizó constantemente los instrumentos de Ricardo y se planteaba todos los problemas teóricos partiendo de las dificultades con que había tropezado en su profundo estudio de la obra de Ricardo y de las investigaciones que le había sugerido. El mismo Marx admitía esto en gran parte, aunque no habría admitido, por supuesto, que su actitud hacia Ricardo fuese típicamente la de un discípulo que, después de asistir a la clase del profesor, de oírle hablar repetidamente, en sentencias casi sucesivas, de exceso de población y de población superabundante, y, a continuación, del mecanismo que produce el exceso de población, vuelve a casa y trata de desentrañar

* Nos parece que el término "inmiseración" expresa la mejor y más fiel manera de traducir al español la expresión "inmiserization" en inglés. *N. del T.*

¹ La amiga de Guillermo III, el rey tan impopular en su época, y que por entonces se había convertido en un ídolo de la burguesía inglesa.

todo esto. Por lo demás es tal vez comprensible que los dos partidos de la controversia en torno a Marx hayan sido opuestos a admitir esto.

La influencia de Ricardo no es la única que ha actuado sobre la teoría económica de Marx; pero en un bosquejo como éste no necesitan mencionarse otras, aparte de la de Quesnay, de quien Marx extrajo su concepción fundamental del proceso económico en su conjunto. El grupo de escritores ingleses que, entre 1800 y 1840, trataron de desarrollar la teoría del valor basada en el trabajo, puede haberle proporcionado muchas sugerencias y detalles; pero, para nuestro propósito, esto queda comprendido dentro de la referencia a la corriente del pensamiento ricardiano. Varios autores, hacia algunos de los cuales mostraba Marx su enemistad en proporción inversa a la distancia que le separaba de ellos y cuya obra corría en muchos puntos paralela a la suya (Sismondi, Rodbertus, John Stuart Mill), deben dejarse de tomar en consideración, como hay que hacer con todo lo que no concierna directamente a la argumentación principal de Marx, como, por ejemplo, su aportación decididamente mediocre en el campo del dinero, en el que no logró ponerse al nivel de Ricardo.

Voy a hacer ahora un bosquejo desesperadamente abreviado de la argumentación de Marx, inevitablemente injusto en muchos puntos con la estructura de *Das Kapital*, en parte incompleto y en parte desmantelado por ataques afortunados. ¡Todavía levanta ante nosotros su imponente silueta!

1. Marx siguió la corriente de pensamiento habitual en los teóricos de su época, e incluso de una época posterior, al hacer de una teoría del valor la piedra angular de su construcción teórica. Su teoría del valor es la de Ricardo. Creo que una autoridad tan destacada como el profesor Taussig, no estaba de acuerdo con esta identidad y siempre hacía hincapié en las diferencias entre ambas teorías. Pero si bien hay bastantes diferencias en la expresión, en el método de deducción y en las implicaciones sociológicas, no hay ninguna en cuanto al teorema en sí, que para los teóricos de hoy es lo único importante.² Tanto Ricardo como Marx dicen que el va-

² No obstante, puede ponerse en duda que este teorema fuese lo único que importaba al mismo Marx. El estaba bajo la misma ilusión engañosa que Aristóteles, o sea, la de que el valor, a pesar de ser un factor que desempeña un papel en la determinación de los precios relativos, es, con todo, algo diferente de los precios relativos y de las relaciones de cambio y existe independientemente de ellos. La afirmación de que el valor de una mercancía es la cantidad de trabajo incorporada en ella difícilmente puede significar otra cosa. Si esto es así, entonces hay una diferencia entre Ricardo y Marx, puesto que los valores para Ricardo son simplemente valores de cambio o precios relativos. Merece la pena mencionar esto, porque, si aceptásemos este concepto de valor,

lor de cada mercancía (en un equilibrio perfecto y una competencia perfecta) es proporcional a la cantidad de trabajo contenida en la mercancía, siempre que este trabajo esté en concordancia con el nivel de eficiencia de producción existente (la "cantidad de trabajo socialmente necesaria"). Ambos miden esta cantidad en horas de trabajo y utilizan el mismo método para reducir las distintas calidades de trabajo a un patrón único. Ambos acometen de un modo semejante las dificultades iniciales relacionadas con esta aproximación (es decir, Marx las acomete como había aprendido a hacerlo de Ricardo). Ninguno de ellos dice nada de utilidad acerca del monopolio ni de lo que hoy llamamos competencia imperfecta. Ambos responden a las críticas con los mismos argumentos. Los argumentos de Marx son simplemente menos pulidos, más prolijos y más "filosóficos", en el peor sentido de esta palabra.

Todo el mundo sabe que esta teoría del valor es insatisfactoria. En la voluminosa discusión que se ha desarrollado acerca de ella la razón no está, en realidad, toda de un lado, y los adversarios han usado muchos argumentos inadmisibles. El punto esencial no es si el trabajo es la verdadera "fuente" o "causa" del valor económico. Esta cuestión puede ser de interés primordial para los filósofos sociales que desean deducir de ella pretensiones éticas sobre el producto, y el mismo Marx no fue, por supuesto, indiferente a este aspecto del problema. Pero para la economía, como ciencia positiva que tiene por objeto describir o explicar procesos reales, es mucho más importante preguntar cómo funciona la teoría del valor basada en el trabajo, en cuanto instrumento de análisis, y lo realmente objetable que se encuentra en ella es que funciona muy mal.

En primer lugar, no tiene aplicación en absoluto fuera del caso de la concurrencia perfecta. En segundo lugar, aun dentro de este caso, no encuadra nunca *lisa y llanamente*, excepto si el trabajo es el único factor de producción y si, además, el trabajo es todo de la misma especie.³ Si no se cumple una u otra condición hay que in-

gran parte de la teoría de Marx, que nos parece insostenible e incluso falta de sentido, dejaría de serlo. Pero no podemos, por supuesto, aceptarlo. Tampoco mejoraría la situación si, siguiendo a algunos marxólogos, aceptáramos el criterio de que los valores de la cantidad de trabajo de Marx, sean o no una "sustancia" independiente, están destinados simplemente a servir de instrumentos con los cuales desplegar la división de la renta social total en renta de trabajo y renta de capital (la teoría de los precios relativos específicos tendría entonces una importancia secundaria). Pues, como pronto vamos a ver, la teoría del valor de Marx falla también en este cometido (suponiendo que podamos separar este cometido del problema de los precios específicos).

³ La necesidad del segundo supuesto es especialmente destructora. La teoría del valor del trabajo puede explicar tal vez las diferencias de calidad del trabajo debidas a la capacitación (habilidad adquirida) del modo siguiente: a cada hora de trabajo calificado habría que añadir una cuota apropiada del

producir supuestos adicionales y las dificultades analíticas aumentan en una extensión tal que pronto se hacen insuperables. Razonar en la dirección de la teoría del valor basada en el trabajo significa, por tanto, razonar sobre un caso muy especial y sin importancia práctica, aunque algo puede decirse en su favor si se interpreta en el sentido de una tosca aproximación a las tendencias históricas de los valores relativos. La teoría que la sustituyó —en su forma primitiva y ahora superada, conocida por la teoría de la utilidad marginal— puede pretender una superioridad en muchos aspectos; pero el verdadero argumento que puede invocarse en su favor es que es mucho más general y puede aplicarse por igual, de una parte, a los casos de monopolio y concurrencia imperfecta, y, de otra parte, a la intervención de otros factores de producción, así como a la de trabajo de muchas especies y calidades diferentes. Además, si introducimos en esta teoría los supuestos restrictivos mencionados tendremos, como consecuencia, la existencia de una proporcionalidad entre el valor y la cantidad de trabajo aplicado.⁴ Debe estar claro, por lo tanto, no sólo que era perfectamente absurdo, por parte de los marxistas, poner en duda, como trataron de hacer en un principio, la validez de la teoría del valor de la utilidad marginal (que era con la que se enfrentaban), sino también que es insuficiente llamar “falsa” a la teoría del valor del trabajo. En todo caso está muerta y enterrada.

trabajo que entra en el proceso de capacitación, con lo que, sin salirnos de la esfera del principio general, podríamos igualar la hora de trabajo realizado por un obrero capacitado a un múltiplo determinado de una hora de trabajo no calificado. Pero este método falla en el caso de diferencias “naturales” de la calidad del trabajo, debidas a diferencias de inteligencia, fuerza de voluntad, vigor físico o agilidad. Entonces hay que recurrir a diferencias de valor de las horas trabajadas, respectivamente, por el obrero naturalmente inferior y el naturalmente superior, valor que no es explicable por el principio de la cantidad de trabajo. Esto fue lo que hizo, en realidad, Ricardo; él dice simplemente que esas calidades diferentes se pondrán de algún modo en su debida relación en virtud del juego del mecanismo del mercado, por lo que, en definitiva, podemos decir que una hora de trabajo realizado por el obrero A es equivalente a un múltiplo determinado de la hora de trabajo realizado por el obrero B. Pero Ricardo pasa completamente por alto que, al razonar de este modo, apela a otro principio de evaluación y abandona, en realidad, el principio de la cantidad de trabajo, que fracasa así desde su punto de partida, dentro de su propio recinto, e incluso antes de que tenga ocasión de fracasar a causa de la intervención de factores distintos del trabajo.

⁴ En realidad, de la teoría del valor de la utilidad marginal se deduce que, para que exista equilibrio, hay que distribuir cada factor entre los usos productivos abiertos a él, de manera que la última unidad destinada a cualquier uso produzca el mismo valor que la última unidad destinada a cada uno de los demás usos. Si no existen más factores que el trabajo de la misma especie y calidad, esto significa claramente que los valores relativos o precios de todas las mercancías tienen que ser proporcionales a las cantidades de horas de trabajo contenidas en ellas, siempre que la concurrencia y movilidad de la mano de obra sean perfectas.

2. Aunque ni Ricardo ni Marx parecen haber tenido perfecta conciencia de toda la debilidad de la posición en que se habían colocado al adoptar este punto de partida, percibieron algo de ello con toda claridad. Uno y otro se enfrentaron, especialmente, con el problema de eliminar el elemento de los servicios de los agentes de la naturaleza que habían sido, por supuesto, desplazados de su lugar apropiado en el proceso de producción y distribución por una teoría del valor que se basa solamente en la cantidad de trabajo. La conocida teoría de la renta de la tierra de Ricardo es, esencialmente, una tentativa de realizar esta eliminación, y lo mismo puede decirse de la teoría de Marx. Pero desde el momento que estamos en posesión de un aparato analítico que tiene en cuenta la renta con la misma facilidad que los salarios toda la dificultad se desvanece. Por consiguiente, no es preciso decir nada más acerca de los méritos o deméritos de la teoría de la renta absoluta de Marx en oposición a la renta diferencial ni acerca de sus relaciones con la teoría de Rodbertus.

Pero aun cuando dejemos esto a un lado tenemos aún que superar la dificultad que surge de la presencia del capital, en el sentido de un caudal de medios de producción, que son ellos mismos producidos. Para Ricardo, el problema se plantea de un modo muy sencillo: en la famosa sección IV del primer capítulo de sus *Principios* introduce y acepta como un hecho, sin intentar ponerlo en duda, que allí donde se utilizan bienes de capital, tales como instalación, maquinaria y materias primas en la producción de una mercancía, esta mercancía se venderá a un precio que proporcione un rendimiento neto al propietario de esos bienes de capital. Ricardo se dio cuenta de que este hecho tiene algo que ver con el período de tiempo que transcurre entre la inversión y la aparición de los productos vendibles y de que esto motivará, por fuerza, divergencias entre los valores efectivos de estos productos y los valores calculados con arreglo a la proporción de horas de trabajo "contenidas" en ellos —incluyendo las horas de trabajo que entraron en la producción de los mismos bienes de capital— toda vez que estos períodos no son los mismos en todas las industrias. Aquí se muestra con la misma indiferencia que si estas divergencias confirmasen su teorema fundamental sobre el valor, en vez de contradecirle, y en realidad no va más allá de esto, limitándose a la discusión de algunos problemas secundarios que surgen a este respecto y creyendo firmemente que su teoría sigue explicando la determinante básica del valor.

Marx también introdujo, aceptó y analizó el mismo hecho sin ponerlo nunca en duda como tal hecho. Tuvo también por cierto que esto parece dar el mentís a la teoría del valor del trabajo. Pero reconoció el modo insuficiente como trataba Ricardo el problema y, al

propio tiempo que aceptaba el problema mismo en la forma en que lo presentaba Ricardo, comenzó a comentarlo severamente, dedicándole casi tantos centenares de páginas como párrafos le dedicaba Ricardo.

3. Al hacerlo así no sólo mostró una percepción mucho más aguda de la naturaleza del problema, sino que perfeccionó también el aparato conceptual recibido por él. Reemplazó, por ejemplo, con buen fundamento, la distinción de Ricardo entre capital fijo y capital circulante por la distinción entre capital constante y capital variable (salarios), y las nociones rudimentarias de Ricardo acerca de la duración del proceso de producción por el concepto mucho más riguroso de la "estructura orgánica del capital", que gira en torno a la relación entre el capital constante y el capital variable. Marx ha realizado también otras muchas aportaciones a la teoría del capital. Pero ahora nos limitaremos a su explicación del rendimiento neto del capital, esto es, a su teoría de la explotación.

Las masas no siempre se han sentido burladas y explotadas. Pero los intelectuales que se constituyeron en intérpretes suyos les han dicho siempre que lo eran, sin querer decir, necesariamente, con ello algo preciso. Marx no podría haber dicho nada concreto con tal frase, aun cuando hubiera querido. Su mérito y su hallazgo fueron el haber percibido la debilidad de los distintos argumentos mediante los cuales habían tratado de demostrar, antes que él, los tutores de la conciencia de la masa, cómo sobrevino la explotación, cuyos argumentos constituyen todavía hoy el caudal de los agitadores corrientes. Ninguno de los tópicos usuales acerca del poder de defraudación y engaño de los patronos le satisfacían. Lo que él quería demostrar era que la explotación no surgió de un modo ocasional ni accidental de alguna situación singular, sino que era el resultado de la misma lógica del sistema capitalista, resultado inevitable y por completo independiente de toda intención individual.

He aquí su razonamiento. El cerebro, los músculos y los nervios de un obrero constituyen algo así como un fondo o caudal de trabajo potencial (*Arbeitskraft*, traducido usualmente, aunque no muy satisfactoriamente, por fuerza de trabajo). Este fondo o caudal lo considera Marx como una especie de sustancia que existe en una cantidad determinada y que en la sociedad capitalista es una mercancía como otra cualquiera. Podemos aclarar, por nuestra parte, esta idea, pensando en el caso de la esclavitud; la idea de Marx es que no hay diferencia esencial, aunque haya muchas diferencias secundarias, entre el contrato de salario y la adquisición de un esclavo; lo que el patrono de trabajo "libre" compra no es, en realidad, como en el caso de la

esclavitud, los trabajadores mismos, sino una cuota determinada de la suma total de su trabajo potencial.

Ahora bien: como el trabajo en este sentido (no el *servicio* del trabajo ni la hora de trabajo efectiva) es una mercancía, debe serle aplicable la ley del valor. Es decir, que, en una situación de equilibrio y de concurrencia perfecta, el trabajo debe obtener un salario proporcional al número de *horas* de trabajo que han entrado en su "producción". ¿Pero qué número de *horas* entra en la "producción" del caudal de trabajo potencial que hay almacenado dentro de la piel de un obrero? Desde luego, el número de *horas* de trabajo que se necesitaron y necesitan para levantarse, comer, vestirse y albergarse el obrero.⁵ Esto constituye el valor de ese caudal, y si él vende parte del mismo —expresado en días o semanas o años— recibirá salarios que corresponderán al valor del trabajo de estas partes, exactamente igual que un comerciante de esclavos recibirá, al vender un esclavo, en situación de equilibrio, un precio proporcional al número total de dichas *horas* de trabajo. Debe observarse, una vez más, que Marx se mantiene así cuidadosamente aparte de todos los tópicos populares que en una u otra forma sostenían que, en el mercado de trabajo capitalista, el obrero es robado o engañado o que, en su lamentable debilidad, está simplemente constreñido a aceptar cualesquiera condiciones que se le impongan. La cosa no es tan sencilla; el obrero obtiene el valor pleno de su potencial de trabajo.

Pero una vez que los "capitalistas" adquieren ese caudal de servicios potenciales están en situación de hacer trabajar al obrero más horas —prestarle servicios más efectivos— de las que se necesitan para producir ese caudal o caudal potencial. Pueden imponerle, en este sentido, más horas de trabajo efectivo de las que le han pagado. Como los productos obtenidos se venden también a un precio proporcional a las horas de trabajo que entran en su producción, hay una diferencia entre los dos valores —que surge sencillamente del *modus operandi* de la ley del valor de Marx— que, necesariamente y en virtud del mecanismo del mercado capitalista, va a parar al capitalista. Esto es la plus valía (*Mehrwert*).⁶ Al apropiársela el capitalista "explota" al obrero, aunque no pague a los obreros menos del valor íntegro de su potencial de trabajo y no reciba de los consumidores más del valor íntegro de los productos que vende. De nuevo hay que observar que no apela a argumentos tales como una injusta fijación de

⁵ Esta es la solución que, con la excepción de la distinción entre "fuerza de trabajo" y trabajo, había ya declarado absurda S. Bailey (*A Critical Discourse on the Nature, Measure and Causes of Value*, 1825), como el mismo Marx no dejó de observar (*Das Kapital*, tomo I, cap. XIX).

⁶ El tipo de plus valía (grado de explotación) se define como la relación entre la plus valía y el capital variable (de salarios).

los precios, restricción de la producción o engaño en los mercados de los productos. Marx no se proponía, por supuesto, negar la existencia de tales prácticas. Pero las veía en su justa perspectiva y, por consiguiente, nunca basó sobre ellas ninguna conclusión fundamental.

Admiremos, de paso, el valor pedagógico de tal razonamiento; por especial y apartado de su sentido habitual que pueda estar el significado que hoy se atribuye a la palabra "explotación" y por dudoso que sea el apoyo derivado del derecho natural y de las filosofías de los escolásticos y de los escritores de la Ilustración, ha sido admitido, a pesar de todo, en la esfera de la argumentación científica y sirve así para el propósito de confortar a los discípulos que parten para reñir sus batallas.

En cuanto a los méritos científicos de esta argumentación tenemos que distinguir con cuidado dos aspectos de la misma, uno de los cuales ha sido descuidado persistentemente por los críticos. En el plano ordinario de la teoría de un proceso económico estacionario es fácil demostrar, bajo los propios supuestos de Marx, que la teoría de la plus valía es insostenible. La teoría del valor del trabajo, aun cuando pudiéramos concederle validez para todas las demás mercancías, nunca puede ser aplicada a la mercancía trabajo, pues esto implicaría que los obreros son producidos, lo mismo que las máquinas, conforme a cálculos racionales de costo. Y como no se producen así no hay justificación para afirmar que el valor del potencial de trabajo será proporcional a las horas de trabajo que entran en su "producción". Lógicamente, Marx habría mejorado su posición si hubiese aceptado la ley de hierro del salario de Lassalle o simplemente si hubiese razonado siguiendo los derroteros malthusianos, como hizo Ricardo. Pero como conscientemente rehusó hacerlo, su teoría de la explotación perdió desde el principio uno de sus puntales esenciales.⁷

Puede, además, demostrarse que un equilibrio de concurrencia perfecto no puede existir en una situación en la que todos los patronos-capitalistas obtienen beneficios de explotación. Pues, en este caso, los patronos tratarían, cada uno, de extender su producción y el efecto masivo de esto tendería, inevitablemente, a aumentar los tipos de salarios y a reducir a cero los beneficios de esta clase. Sería, indudablemente, posible mejorar un poco la argumentación apelando a la teoría de la concurrencia imperfecta, haciendo intervenir las fricciones y los obstáculos institucionales que entorpecen el funcionamiento de la concurrencia, forzando todas las posibilidades de impedimentos en la esfera del dinero y el crédito, etc. Sin embargo, incluso de esta manera, sólo podría hacerse una defensa mediocre que el mismo Marx habría despreciado cordialmente.

⁷ Más adelante veremos cómo trató Marx de reemplazar este puntal.

Pero hay otro aspecto de la cuestión. No tenemos más que mirar al objetivo analítico de Marx para ver que no necesitaba haber aceptado el combate sobre un terreno en que era tan fácil batirlo. Esto es tan fácil únicamente en tanto que en la teoría de la plus valía no veamos más que una proposición acerca del proceso económico estacionario en perfecto equilibrio. Pero como lo que trataba de analizar no era una situación de equilibrio, que según él no puede alcanzar nunca la sociedad capitalista, sino, por el contrario, un proceso de cambio incesante en la estructura económica, las críticas que se le han dirigido en la dirección apuntada más arriba no son completamente decisivas. Las plus valías pueden ser imposibles en situación de equilibrio perfecto, pero pueden existir siempre, porque a ese equilibrio no se le permite nunca establecerse. Pueden *tender* siempre a desaparecer y, sin embargo, existir siempre, porque son continuamente recreadas. Esta defensa no salvará a la teoría del valor del trabajo, especialmente cuando se aplica a la mercancía trabajo misma, ni a la argumentación acerca de la explotación tal como ha sido formulada por Marx. Pero nos posibilitará hacer una interpretación más favorable de su conclusión, si bien una teoría satisfactoria de esas plus valías las despojarían del contenido conceptual específicamente marxista. Este aspecto del problema demuestra ser de considerable importancia. Arroja también una nueva luz sobre otras partes del aparato de análisis económico de Marx y explica, además, por qué no fue dañado más mortalmente ese aparato por la crítica afortunada dirigida contra sus mismos fundamentos.

4. Si, no obstante, continuamos manteniéndonos en el nivel en que se mueve de ordinario la discusión de las teorías de Marx, calamitosamente, cada vez más profundo, en las dificultades, o, más exactamente, percibimos los obstáculos con que tropiezan los creyentes cuando tratan de seguir al maestro por el camino trazado por él. En primer lugar, la teoría de la plus valía no hace en nada más fácil la resolución de los problemas aludidos anteriormente, que son creados por la discrepancia entre la teoría del valor del trabajo y los hechos patentes de la realidad económica. Por el contrario, los agudiza, porque, según esta teoría, el capital constante —es decir, el capital que no es de salarios— no transmite al producto un valor superior al que pierde en su producción; únicamente transmite más valor el capital de salarios y los beneficios obtenidos habrán de variar, por consiguiente, de una empresa a otra, según la composición orgánica de sus capitales. Marx cuenta con la competencia entre los capitalistas para llevar a cabo una redistribución tal de la “masa” total de plus valía que cada empresa obtenga beneficios proporcionales a su capital total o que se equiparen los tipos singulares de los beneficios. Vemos, fácilmente, que la

dificultad entra en la categoría de los falsos problemas que resultan siempre de los intentos de construcción de una teoría artificiosa⁸ y la solución pertenece a la categoría de las resoluciones desesperadas. Marx, sin embargo, creía no solamente que esta solución permitiría establecer la uniformidad necesaria de los tipos de beneficio y explicar cómo, a causa de ello, los precios relativos de las mercancías habían de desviarse de sus valores expresados en trabajo,⁹ sino también que su teoría ofrecía una explicación de otra "ley" que ocupó un lugar destacado en la teoría clásica, a saber: la afirmación de que el tipo de beneficio tiene una tendencia inherente a descender. En realidad, esta tendencia se deduce de un modo bastante plausible del aumento de la importancia relativa de la parte constante del capital total en las industrias que producen bienes que llevan incorporados salarios; si la importancia relativa de la instalación y equipo aumenta en estas industrias, como ocurre en el curso de la evolución capitalista, y si el tipo de plus valía o el grado de explotación permanece igual, entonces el tipo de rendimiento del capital total decrecerá en general. Este razonamiento ha atraído mucha admiración y, posiblemente, fue mirado por el mismo Marx con toda la satisfacción que acostumbramos

⁸ Hay, sin embargo, un elemento que no es artificioso y cuya percepción, por confusa que sea, debe registrarse en el haber de Marx. No es un hecho incontestable, como casi todos los economistas creen, incluso en nuestros días, que los medios de producción "producidos" hayan de dar un rendimiento neto en una economía perfectamente estacionaria. Si en la práctica parecen dar normalmente rendimientos netos esto puede ser muy bien debido al hecho de que la economía no es nunca estacionaria. El argumento de Marx acerca del rendimiento neto del capital podría ser interpretado como un camino indirecto para reconocer este hecho.

⁹ La solución de este problema la incluyó Marx en los manuscritos con los que su amigo Engels compiló el tercer tomo, póstumo, de *Das Kapital*. Por ello tenemos ante nosotros lo que el mismo Marx podría haber querido decir en definitiva. A pesar de ello, la mayoría de los críticos no han vacilado en declararlo culpable de haber contradicho rotundamente, en el tercer tomo la teoría del primero. Este veredicto no está justificado aparentemente. Si nos colocamos en el punto de vista de Marx, como es nuestro deber en una cuestión de esta índole, no es absurdo concebir la plus valía como una "masa" creada por el proceso social de producción considerado como una unidad y entrar después en el problema de la distribución de esta masa. Y si esto no es absurdo sigue siendo posible mantener que los precios relativos de las mercancías, tal como están deducidos en el tercer tomo, se ajustan a la teoría de la cantidad de trabajo del primer tomo. Por eso no es correcto afirmar, como lo han hecho algunos escritores, desde Lexis hasta Cole, que la teoría del valor de Marx está completamente divorciada de su teoría de los precios y no contribuye en nada a la misma. Pero Marx es poco lo que puede ganar con ser absuelto de esta culpa de contradicción, ya que todo el resto de la acusación es bastante fuerte. La mejor contribución al conjunto de la cuestión de cómo se relacionan recíprocamente los valores y los precios en el sistema de Marx, y que hace también referencia a algunas de las mejores aportaciones en una controversia que no fue precisamente fascinadora, es el trabajo de L. von Bortkiewicz. "Wertrechnung und Preisrechnung im Marxischen System", publicado en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1907.

sentir cuando una teoría nuestra explica una observación que no entra en su construcción. Sería interesante discutirla por sí misma, independientemente de los errores cometidos por Marx al deducirla. No necesitamos, sin embargo, detenernos a hacerlo, ya que está suficientemente condenada por sus propias premisas. Pero una proposición afín, aunque no idéntica, proporciona a la vez una de las "fuerzas" más importantes de la dinámica de Marx y el eslabón que une la teoría de la explotación y la planta superior del edificio analítico de Marx, denominada, usualmente, teoría de la acumulación.

La parte principal del botín arrancado a la mano de obra explotada (según algunos de sus discípulos, prácticamente todo él) la convierten los capitalistas en capital, esto es, en medio de producción. En sí misma, y prescindiendo del modo de expresión con que la presenta la fraseología de Marx, ésta no es, por supuesto, más que la afirmación de un hecho bien conocido, descrito por lo general en términos de ahorro e inversión. A Marx, sin embargo, no le bastaba este simple hecho: si el proceso capitalista tenía que desplegarse conforme a una lógica inexorable, ese hecho tenía que ser parte de esta lógica, lo cual significa, prácticamente, que tenía que ser necesario. Tampoco habría sido satisfactorio admitir que esta necesidad surge de la psicología social de la clase capitalista de una manera similar; por ejemplo, a como Max Weber hizo de la actitud puritana —y la abstención de goce hedonista de los beneficios obtenidos encaja, magníficamente, dentro de su molde— una causa determinante del comportamiento capitalista. Marx no despreciaba ningún apoyo que creyese posible obtener por este método.¹⁰ Pero un sistema concebido como lo estaba el suyo tenía que basarse sobre algo más sustancial, que sobre aquello que compelia a los capitalistas a acumular, independientemente de lo que sintieran acerca de ello, y que tuviese fuerza suficiente para determinar esta misma pauta de conducta. Y, por fortuna, existe tal fuerza.

Al exponer la naturaleza de esta compulsión al ahorro voy a aceptar en un punto, por motivos de conveniencia, la teoría de Marx, es decir, voy a admitir, como él, que el ahorro efectuado por la clase capitalista implica, *ipso facto*, un aumento correlativo en el capital real.¹¹ Este aumento tendrá siempre lugar, en primer término, en la

¹⁰ Por ejemplo, en un lugar (*El Capital*, tomo I, página 654, de la edición inglesa de Everyman), se supera en la retórica pintoresca sobre el particular, yendo, en mi opinión, más allá de lo que es propio para el autor de la interpretación económica de la Historia. La acumulación puede ser o no "Moisés y todos los profetas" para la clase capitalista y estos arrebatos pueden o no parecernos ridículos; pero en Marx los argumentos de este tipo y este estilo sugieren siempre que debe haber alguna debilidad oculta.

¹¹ Para Marx ahorro o acumulación es idéntico a conversión de "plus valía en capital". Con esto no me propongo contradecirle, aunque los intentos indi-

parte variable del capital total, en el capital de salarios, aun cuando la intención del ahorrador sea aumentar la parte constante y, en especial, la parte que Ricardo llamaba capital fijo, principalmente la maquinaria.

Al discutir la teoría de la explotación de Marx he subrayado que, en una economía de competencia perfecta, los beneficios de explotación inducirían a los capitalistas a expandir la producción o a intentar expandirla, porque desde el punto de vista de cada uno de ellos esto significaría más beneficio. Ahora bien: para conseguirlo tendrían que acumular. Además, el efecto masivo de este comportamiento tendería a reducir las plus valías a causa de la elevación consiguiente de los tipos de salarios, así como también por una baja subsiguiente de los precios de los productos, lo cual constituye un buen ejemplo de las contradicciones inherentes al capitalismo, que eran tan queridas por el corazón de Marx. Y esta misma tendencia constituiría, también para el capitalista individual, otra razón por la que se sentiría compelido a acumular,¹² aunque, en definitiva, este comportamiento haría, a su vez, empeorar las cosas para la clase capitalista en su conjunto. Habría, por tanto, una especie de coerción hacia la acumulación aun en un sistema estacionario en todo lo demás, el cual, como antes decía, no puede alcanzar un equilibrio estable hasta que la acumulación haya reducido a cero la plus valía y haya destruido así al capitalismo mismo.¹³

Hay, sin embargo, otra fuerza de acumulación mucho más importante y mucho más drásticamente coercitiva. En realidad, la economía capitalista no es ni puede ser estacionaria. Tampoco se expande

viduales de ahorro no aumentan el capital real de una manera necesaria y automática. El punto de vista de Marx me parece que está mucho más cerca de la verdad que el opuesto, apadrinado por muchos de mis contemporáneos, y que no creo que merezca la pena refutar aquí.

¹² En términos generales, se ahorrará, por supuesto, menos de una renta más pequeña que de una renta mayor. Pero de una renta dada cualquiera se ahorrará más, si no se espera que ésta perdure o si se espera que ha de disminuir, que si se sabe que va a ser, por lo menos, estable en su nivel actual.

¹³ Marx reconoce esto hasta cierto punto. Pero cree que, si los salarios aumentan y por ello interfieren la acumulación, el tipo de esta última disminuirá, "porque el estímulo de ganancia queda embotado", de manera que "el mecanismo del proceso de producción capitalista hace desaparecer los mismos obstáculos que crea transitoriamente" (*Das Kapital*, tomo I, cap. XXV, sección 1^a). Ahora bien: esta tendencia a equilibrarse del mecanismo capitalista no está, seguramente, por encima de duda, y toda afirmación de la misma debería, cuando menos, ser cuidadosamente calificada. Pero el punto más interesante es que esta afirmación tendríamos que considerarla de lo más antimarxista de darse el caso de encontrarla en la obra de otro economista, y que, en cuanto tiene de sostenible, debilita grandemente la consistencia de la argumentación de Marx. En este punto, como en otros muchos, pone Marx de manifiesto en un grado asombroso su impotencia para librarse de las cadenas de la economía burguesa de su época, que él mismo creía haber roto.

conforme a un ritmo uniforme. Está, incesantemente, revolucionada desde dentro por un nuevo espíritu de empresa, es decir, por la introducción de nuevas mercancías o nuevos métodos de producción o nuevas posibilidades comerciales en la estructura industrial, tal como existe en cualquier momento. Todas las estructuras existentes y todas las condiciones de la vida económica se hallan siempre en un proceso de transformación. Toda situación es derribada antes de que haya tenido tiempo de desarrollarse plenamente. En la sociedad capitalista el progreso económico significa derrumbamiento. Y, como veremos en la parte siguiente, en un proceso de derrumbamiento funciona la competencia de una manera completamente diferente a como funcionaría en un sistema estacionario, aunque fuese de competencia perfecta. Constantemente se dan posibilidades de obtener ganancias produciendo cosas nuevas o produciendo cosas antiguas más baratas y se atraen, para ello, nuevas inversiones. Estos nuevos productos y estos métodos nuevos compiten con los productos y con los métodos antiguos, no en términos de igualdad, sino de ventaja decisiva que puede significar la muerte para los últimos. Así es como penetra el "progreso" en la sociedad capitalista. A fin de evitar ser vendidas a bajo precio todas las empresas se ven constreñidas, en definitiva, a seguir el mismo camino, esto es, a invertir por su parte, y, a fin de poder hacerlo, a reservar parte de sus beneficios, es decir, a acumular.¹⁴ Así, pues, todo el mundo acumula.

Ahora bien, Marx vio este proceso de transformación económica más claramente y vislumbró su importancia decisiva más plenamente que ningún otro economista de su tiempo. Esto no quiere decir que comprendiese debidamente su naturaleza ni que analizase correctamente su mecanismo. Para él este mecanismo se reduce a una simple mecánica de masas de capital. No tuvo una teoría adecuada de la empresa, y su impotencia para distinguir al empresario del capitalista, juntamente con una técnica teórica deficiente, explica muchos casos de *non sequitur* y muchos errores. Pero la simple visión de dicho proceso era suficiente por sí misma para muchos de los objetivos que Marx tenía en la mente. El *non sequitur* deja de ser una objeción fatal si lo que no se sigue del razonamiento de Marx puede inferirse de otro razonamiento, e incluso manifiestos errores y falsas interpretaciones resultan, con frecuencia, redimidos por la corrección sustancial de la línea

¹⁴ Este no es, por supuesto, el único método para la financiación de las mejores técnicas. Pero es prácticamente el único método que Marx toma en consideración. Como es, efectivamente, un método muy importante, podemos seguirlo aquí en este punto, si bien estas mismas consecuencias las producen también otros métodos, especialmente el de tomar dinero a préstamo de los bancos, o sea, la creación de depósitos, que sería realmente necesario tenerlos en cuenta para trazar un cuadro exacto del proceso capitalista.

general del razonamiento en el curso de la cual se cometen, y especialmente pueden dejar de inficionar los pasos ulteriores del análisis que, para el crítico que no es capaz de apreciar su situación paradójica, parece condenado sin apelación.

Antes hemos tenido ya un ejemplo de esto. La teoría de la plus valía de Marx tomada en sí misma es insostenible. Pero como el proceso capitalista no deja de producir olas renovadas de beneficios periódicos que representan plus valía con relación a los costos, que pueden explicar perfectamente otras teorías, aunque en un sentido completamente no marxista, el paso siguiente de Marx, dedicado a la acumulación, no está viciado por completo por sus deslices anteriores. De un modo semejante el mismo Marx no fundamentó, de una manera satisfactoria, la coerción a acumular que es tan esencial para su argumentación. Pero de los defectos de su explicación no resultan grandes daños, ya que, como hemos indicado, podemos nosotros mismos ofrecer fácilmente otra explicación más satisfactoria, en la que, entre otras cosas, la disminución de los beneficios se coloca, por sí misma, en el lugar que corresponde. El tipo de beneficio conjunto de un capital industrial total no necesita disminuir a largo plazo, bien porque, según Marx, el capital constante aumenta con relación al capital variable¹⁵ bien por cualquier otra razón. Como hemos visto basta con que el beneficio de cada empresa singular esté incesantemente amenazado por la competencia efectiva o potencial de nuevas mercancías o nuevos métodos de producción, que, más tarde o más temprano, lo convertirían en una pérdida. Así obtenemos la fuerza impulsora necesaria e, incluso, un *analogon* a la afirmación de Marx de que el capital constante no produce plus valía —pues ninguna reunión singular de bienes de capital permanece para siempre como una fuente de sobreganancia— sin tener que apoyarnos en aquellas partes de su argumentación que son de validez dudosa.

¹⁵ Según Marx, los beneficios pueden disminuir desde luego por otra razón: por ejemplo, a causa de la baja del tipo de plus valía. Esta puede deberse bien a aumentos en los tipos de salario bien a reducciones (legales, por ejemplo) de las horas de la jornada de trabajo. Es posible argüir, aun desde el punto de vista de la teoría de Marx, que esto induciría a los "capitalistas" a sustituir la mano de obra por bienes de capital que ahorren mano de obra, y de esta forma aumentar también temporalmente la inversión, independientemente del impacto de las mercancías nuevas y de los progresos técnicos. Sin embargo, no podemos entrar en estas cuestiones. Pero podemos observar un curioso incidente. En 1837 publicó Nassau W Senior un folleto titulado *Letters on the Factory Act*, en el que trataba de demostrar que la reducción propuesta de la duración de la jornada de trabajo daría como resultado la anulación de los beneficios en la industria del algodón. En *Das Kapital*, tomo I, capítulo VII, sección 3ª, se supera Marx a sí mismo en sus feroces dicerios contra la argumentación de Senior, que, en realidad, es poco menos que un disparate. Pero Marx debería haber sido la última persona en proclamarlo, pues está en absoluta consonancia con su propia teoría de la explotación.

Otro ejemplo lo suministra el eslabón siguiente de la cadena de Marx, su teoría de la concentración, esto es, su tratamiento de la tendencia del proceso capitalista a incrementar tanto el volumen de las instalaciones industriales, como el de las unidades de intervención. La única explicación que ofrece,¹⁶ si se la despoja de su fantasía, se reduce a afirmaciones desapasionadas, tales como la de que "la batalla de la competencia se libra mediante el abaratamiento de las mercancías", el cual "depende, *ceteris paribus*, de la productividad del trabajo"; la de que ésta depende, a su vez, de la escala de producción, y la de que "los capitales mayores aniquilan a los menores".¹⁷ Esto es muy parecido a lo que dicen sobre el particular los libros de texto corrientes y no es en sí ni muy profundo ni muy admirable. Estas afirmaciones son particularmente defectuosas a causa de la importancia exclusiva que atribuyen al volumen de los "capitales" singulares, mientras que, en la descripción de los efectos de la concentración, se perjudica mucho por su técnica, que le imposibilita tratar de un modo eficaz el monopolio y el oligopolio. A pesar de todo no está injustificada la admiración que confiesan sentir, por esta teoría, tantos economistas ajenos a la grey. Pues sólo predecir el advenimiento de las grandes empresas constituye por sí una verdadera aportación, dadas las condiciones de la época de Marx. Pero hizo más que esto. Vinculó, hábilmente, la concentración al proceso de acumulación o, más bien, concibió la primera como un elemento del segundo, y no sólo desde su punto de vista fáctico, sino también desde su punto de vista lógico. Percibió correctamente algunas de sus consecuencias —por ejemplo, la de que "el volumen creciente de las masas singulares de capital se convierte en la base material de una revolución ininterrumpida en el modo mismo de producir— y otras, al menos, de una manera unilateral o desfigurada. Electrificó la atmósfera que rodeaba al fenómeno mediante todas las dínamos de la guerra de clases y la política de clases; sólo esto habría bastado para elevar su exposición por encima de los secos teoremas económicos que implicaba, especialmente para gentes sin ninguna imaginación propia. Y, lo más importante de todo, fue capaz de llegar, casi sin encontrar trabas a causa de la defectuosa presentación de los rasgos singulares de su cuadro ni por lo que al profesional le parece falta de rigor en su argumentación, a la predicción del desarrollo futuro de los gigantes industriales que estaban en período de gestación y la situación social que habían de crear.

5. Otros dos puntos van a completar este bosquejo: la teoría de Marx de la *Verelendung*, o, para usar una terminología española, de la

¹⁶ Véase *Das Kapital*, tomo I, cap. XXV, sección 2ª.

¹⁷ Esta conclusión, que se designa con frecuencia como la teoría de la expropiación, es en Marx la única base puramente económica de la lucha por la cual los capitalistas se destruyen unos a otros.

inmiseración o empobrecimiento, y su teoría (y de Engels) del ciclo económico. En la primera, tanto el análisis como la visión, fallan sin remedio; en la última, sin embargo, uno y otra se cuentan en su haber.

Marx sostuvo indudablemente que, en el transcurso de la evolución capitalista, los tipos de salario real y el nivel de vida de las masas descenderían en los estratos mejor remunerados y dejarían de mejorar en los peor remunerados, y que esto tendría lugar no por circunstancias accidentales o externas, sino en virtud de la misma lógica del proceso capitalista.¹⁸ Como predicción era, desde luego, calamitosa, y los marxistas de todos los tiempos se han visto en un aprieto para salir con bien de las pruebas claramente adversas con que se enfrentaron. En un principio, y aun hoy en algunos casos aislados, mostraron una notable tenacidad al tratar de salvar esta "ley" en cuanto afirmación de una tendencia efectiva confirmada por las estadísticas de los salarios. Después se esforzaron por darle otro sentido, esto es, por referirla no a los tipos de salario real ni a la participación absoluta en la renta de la clase trabajadora, sino a la parte relativa de las rentas del trabajo respecto de la renta nacional total. Aunque algunos pasajes de Marx permiten, en realidad, una interpretación en este sentido, dicha interpretación contradice claramente su pensamiento en la mayoría de los mismos. Además, se ganaría poco aceptando esta interpretación, porque las principales conclusiones de Marx implican que la participación *absoluta* del trabajo *per capita* descendería o, en el mejor de los casos, no subiría; si Marx hubiese pensado realmente en la participación relativa no habría hecho, con ello, más que aumentar las dificultades de los marxistas, y, en definitiva, la proposición misma seguiría siendo errónea. Pues la parte relativa de los sueldos y salarios respecto de la renta total no varía sino muy poco de año a año y es notablemente constante a través del tiempo, sin que revele, ciertamente, ninguna tendencia a la baja.

Sin embargo, parece haber otro modo de salir de esta dificultad. Una tendencia puede no aparecer en nuestras series estadísticas temporales —puede, incluso, aparecer la tendencia opuesta como sucede en este caso— y a pesar de ello podría ser inherente al sistema que

¹⁸ Hay una primera línea de defensa que los marxistas, lo mismo que la mayoría de los apologistas, acostumbran oponer a la crítica que desencadena toda afirmación tan tajante. Consiste en sostener que Marx no dejó de ver por completo el otro lado de la medalla y que muy a menudo "reconoció" casos de elevación de salarios, etc. —como, en realidad, no podía nadie dejar de hacer—, sugiriendo con ello que Marx se había anticipado por completo a lo que cualquier crítico pudiera tener que decir. Un escritor tan prolijo que intercala en su argumentación tan ricas capas de análisis histórico se presta, naturalmente, mejor a tal defensa que ninguno de los padres de la iglesia. ¿Pero de qué sirve "reconocer" un hecho recalcitrante si no se le permite influir sobre las conclusiones?

se investiga, pues podría estar inhibida por condiciones excepcionales. Esta es, en realidad, la línea que adoptan la mayoría de los marxistas modernos. Las condiciones excepcionales las han encontrado en la expansión colonial o, más generalmente, en la apertura de países nuevos durante el siglo XIX, que sostienen que ha dado lugar a una "tregua" para las víctimas de la explotación.¹⁹ En la parte siguiente tendremos ocasión de volver sobre esta cuestión. Entre tanto observemos que los hechos prestan un apoyo *prima facie* a este argumento que, lógicamente, es también irrecusable, y podría, por lo tanto, resolver la dificultad si esta tendencia estuviese bien fundamentada de otro modo.

Pero la auténtica dificultad consiste en que la construcción teórica de Marx es poco sólida en este sector: del mismo modo que la visión, la base analítica es aquí defectuosa. La base de la teoría de la inmisericordia la constituye la teoría del "ejército de reserva industrial", es decir, del paro creado por la mecanización del proceso de producción²⁰ y la teoría del ejército de reserva está basada, a su vez, en la teoría expuesta por Ricardo en el capítulo sobre el maquinismo. En ninguna otra parte —exceptuando, por supuesto, la teoría del valor— depende la argumentación de Marx de un modo tan completo de la de Ricardo, a la que no añade nada esencial.²¹ Hablo tan sólo, naturalmente, de la teoría pura del fenómeno. Marx añadió, como siempre, muchos toques menores, tales como la feliz generalización mediante la cual se hace entrar en el concepto del paro la sustitución de obreros capacitados por obreros no capacitados; también añadió una riqueza infinita de ilustraciones y de fraseología, y, lo más importante de todo, puso el cuadro impresionante, el amplio fondo de su concepción del proceso social.

Ricardo había estado inclinado, en un principio, a compartir la opinión, muy común en todos los tiempos, de que la introducción de las máquinas en el proceso de producción difícilmente podría dejar de beneficiar a las masas. Cuando entró en dudas acerca de esta opinión o, en todo caso, de su validez general, revisó su posición con su franqueza característica. De un modo no menos característico des-

¹⁹ Esta idea fue sugerida por el mismo Marx, aunque ha sido desarrollada por los neomarxistas.

²⁰ Esta especie de paro hay que distinguirla, desde luego, de las demás. Marx estudia, en particular, la especie que debe su existencia a las variaciones cíclicas en la actividad económica. Como las dos especies son independientes y como Marx, en su argumentación, se apoya con frecuencia en la segunda especie más bien que en la primera, surgen dificultades de interpretación que no todos los críticos parecen haber comprobado bien.

²¹ Esto debe ser obvio para cualquier crítico no sólo por un estudio de las *sedes materiae*, en *Das Kapital*, tomo I, cap. XV, secciones 3ª, 4ª, 5ª y especialmente 6ª (donde Marx trata de la teoría de la compensación, que se cita más adelante), sino también de los capítulos XXIV y XXV, en los que se repiten y elaboran los mismos puntos en un cuadro, en parte, diferente.

anduvo el camino y, utilizando su método habitual de “imaginar casos forzados”, presentó un ejemplo numérico, conocido por todos los economistas, para demostrar que las cosas podrían haber sucedido también de otro modo. El no trató de negar, por una parte, que solamente estaba demostrando una posibilidad —aunque no inverosímil—, ni que, por otra parte, la mecanización daría lugar, al final, a un beneficio neto para el obrero, por medio de sus efectos ulteriores sobre la renta, los precios, etc.

El ejemplo de Ricardo es correcto dentro de su esfera.²² Los métodos en cierto modo más refinados de hoy confirman sus resultados en la medida en que admitan tanto la posibilidad que pretendía demostrar, como también la contraria; van más allá aún al definir las condiciones formales que determinan que sea una u otra consecuencia la que se produzca. Esto es, por supuesto, lo único que puede hacer la teoría pura. Para predecir el resultado efectivo son necesarios más datos. Pero para nuestro propósito el ejemplo de Ricardo presenta otro rasgo interesante. El considera una empresa que posee un capital de una cuantía dada y que emplea a un número dado de obreros, la cual decide adelantar un paso en la mecanización. En consecuencia, dedica un grupo de estos obreros a la labor de construir una máquina que, cuando esté instalada, permitirá a la empresa prescindir de parte de ese grupo. Los beneficios pueden ser a la larga los mismos (después de los ajustes de la competencia, que eliminarán todo superbeneficio temporal), pero la renta bruta se habrá destruido exactamente en la cuantía de los salarios que se pagaban antes a los obreros que ahora se han “liberado”. La idea de Marx de la sustitución del capital variable (de salarios) por el capital constante es casi la réplica exacta a esta forma de plantearlo. El subrayado de Ricardo al *exceso* de población resultante tiene igualmente su paralelo exacto en el subrayado de Marx a la población *excedente*, cuya expresión usa alternándola con la de “ejército de reserva industrial”. La teoría de Ricardo la ha tragado, en realidad, Marx con anzuelo, cuerda y plomada.

Pero lo que puede resistir la prueba, mientras nos movemos dentro del objetivo limitado que Ricardo tenía a la vista, se hace totalmente inadecuado —de hecho la fuente de otro *non sequitur*, no salvado esta vez por una visión acertada de los resultados últimos— en cuanto consideramos la superestructura que Marx construyó sobre ese endeble cimiento, pues se aferró, con una energía que tiene en sí algo de desesperada, a la conclusión condicionalmente pesimista de su maestro, como si el “caso forzado” de este último fuese el único po-

²² O puede hacerse correcto sin hacerle perder su significado. Hay unos pocos puntos dudosos en la argumentación de Ricardo, que se deben, probablemente, a una lamentable técnica que a tantos economistas les gustaría perpetuar.

sible, y combatió, con energía aún más desesperada, a los autores que habían desarrollado las consecuencias de la insinuación de Ricardo sobre las compensaciones que la edad de la máquina podía ofrecer a los obreros, incluso donde el efecto inmediato de la introducción de la maquinaria significó un perjuicio (la teoría de la compensación, la aversión favorita de todos los marxistas).

Marx tenía toda la razón para adoptar esta posición, ya que le era muy necesaria una base firme para su teoría del ejército de reserva, la cual tenía que servir para dos finalidades de importancia fundamental, aparte de otras menos importantes. En primer lugar, hemos visto que Marx, con su aversión a hacer uso de la teoría de la población de Malthus, despojó a su teoría de la explotación de lo que antes he calificado de un puntal esencial. Este puntal fue sustituido por el ejército de reserva, siempre existente, porque siempre está renovándose.²³ En segundo lugar, la concepción particularmente estrecha del proceso de mecanización que Marx adoptó era esencial para motivar las frases resonantes del capítulo XXXII del tomo I de *Das Kapital*, que en cierto sentido son la coronación final no sólo de ese tomo, sino de toda la obra de Marx. Voy a citarlas completas —más completas de lo que requiere el punto que se discute—, a fin de presentar a mis lectores una visión de Marx en una actitud que explica igualmente bien el entusiasmo de unos y el desdén de otros. Y ya sea o no esta mescolanza de cosas el corazón mismo de la verdad profética, hélas aquí:

“Mano a mano con esta centralización o esta expropiación de muchos capitalistas por pocos se desarrolla... el enredo de todas las naciones en la red del mercado mundial y con esto el carácter internacional del régimen capitalista. Junto al número constantemente decreciente de los magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, crece la masa de miseria, de esclavitud, de degradación, de explotación; pero con esto crece también el levantamiento de la clase obrera, una clase que aumenta incesantemente en número y que es disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo del propio proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en el grillete que aprisiona el modo de producción que ha nacido y florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la sociali-

²³ Es, por supuesto, necesario subrayar la noción de la creación incesante. Sería totalmente injusto para las palabras de Marx, así como también para el sentido de las mismas, imaginar, como han hecho algunos críticos, que él afirmó que la introducción del maquinismo lanzó del trabajo a personas que quedaron paradas para siempre. El no negó la posibilidad de la absorción de los parados y yerra el blanco la crítica que se basa en la demostración de que todo paro que se crea es siempre absorbido por completo.

zación del trabajo alcanzan al fin un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta envoltura estalla. Suena el doblar a muerto por la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.”

6. La aportación de Marx en el campo de los ciclos económicos es sumamente difícil de apreciar. La parte realmente valiosa de la misma consiste en unas docenas de observaciones y comentarios, la mayoría ocasionales, que están esparcidos por casi todos sus escritos, incluyendo muchas de sus cartas. Los intentos de reconstruir, partiendo de estos *membra disjecta*, un cuerpo que no aparece en ninguna parte hecho carne y que tal vez no existió siquiera en la mente de Marx, a no ser en una forma embrionaria, pueden fácilmente producir resultados diferentes en las distintas manos y ser viciados por una tendencia comprensible en los admiradores de Marx de imputarle, por medio de una interpretación adecuada, prácticamente todos los resultados de ulteriores investigaciones que los mismos admiradores aceptan.

La masa común de amigos y enemigos de Marx no ha vislumbrado nunca ni vislumbra ahora la clase de cometido con que se enfrenta el comentador a causa de la naturaleza de la contribución caleidoscópica de Marx en esta materia. Al ver que Marx se expresaba con tanta frecuencia acerca de ella y que su importancia para su tema fundamental era evidentemente grande, unos y otros aceptaron como seguro que tenía que haber una teoría del ciclo de Marx sencilla y tajante y que debía ser posible deducirla de los elementos restantes de su lógica del proceso capitalista, del mismo modo que la teoría de la explotación, por ejemplo, puede ser deducida de la teoría del trabajo. En consecuencia, se pusieron a buscar tal teoría y es fácil adivinar qué fue lo que les sucedió.

Por una parte, Marx exalta indudablemente —aunque con una motivación no del todo adecuada— el enorme poder del capitalismo para desarrollar la capacidad de producción de la sociedad. Por otra parte, destaca incesantemente la creciente miseria de las masas. ¿No es la cosa más natural del mundo concluir que las crisis o depresiones se deben al hecho de que las masas explotadas no pueden comprar todo lo que este aparato de producción constantemente en aumento crea o está en situación de crear y que, por esta y otras razones, que no necesitamos repetir, el tipo de beneficio baja hasta un nivel de bancarrota? Así, pues, parecemos efectivamente arribar, según el elemento que queramos realizar, a las costas de una teoría del infraconsumo o a las de una teoría de la superproducción del tipo más vulgar.

La explicación de Marx ha sido clasificada, en efecto, entre las teorías de las crisis fundadas en el infraconsumo.²⁴ Hay dos circunstancias que pueden invocarse en apoyo de esta clasificación. En primer lugar, por lo que se refiere a la teoría de la plus valía y también a otras cuestiones es obvia la afinidad de las teorías de Marx con las de Sismondi y Rodbertus. Y estos hombres defendieron el punto de vista del infraconsumo. No era, pues, descaminado inferir que Marx podía haberlo defendido igualmente. En segundo lugar, algunos pasajes de las obras de Marx, especialmente la breve afirmación sobre las crisis contenida en el *Manifiesto Comunista*, se prestan indudablemente a esta interpretación, si bien las expresiones en Engels se prestan mucho mejor.²⁵ Pero esto no tiene ninguna importancia, puesto que Marx, mostrando un sentido excelente, las repudió de un modo expreso.²⁶

La realidad es que no tenía ninguna teoría sencilla del ciclo económico. Y no puede deducirse lógicamente ninguna siguiendo sus "leyes" de la evolución capitalista. Aun cuando aceptemos su explicación del origen de la plus valía y convengamos en admitir que la acumulación, la mecanización (aumento relativo del capital constante) y la superpoblación profundizan inexorablemente la miseria de las masas y se enlazan en una cadena lógica que termina en la catástrofe del sistema capitalista, incluso entonces nos falta un factor que confiera al proceso las fluctuaciones cíclicas, con carácter de necesi-

²⁴ Aunque esta interpretación se ha puesto de moda mencionaré solamente dos autores, uno de los cuales es responsable de una versión modificada de la misma, mientras que el otro puede dar fe de su persistencia: Tugan-Baranowsky, *Teoretische Grundlagen des Marxismus*, 1905, que condenó por esta razón la teoría de las crisis de Marx, y M. Dobb, *Political Economy and Capitalism*, 1937, que muestra más simpatía por ella.

²⁵ Donde mejor se expone la opinión de Engels sobre esta cuestión, en cierto modo un lugar común, es en su libro polémico titulado *Herrn Eugen Dührings Umnwälzung der Wissenschaft*, 1878, cuyo pasaje en cuestión ha llegado a ser uno de los pasajes de la literatura socialista citados con mayor frecuencia. En él hace Engels una exposición muy gráfica de la morfología de las crisis, que, sin duda, es bastante buena para las conferencias populares; pero también opina, en el lugar en que había de buscarse una explicación, que "la expansión del mercado no puede marchar al mismo paso que la expansión de la producción". También se refiere, en sentido aprobatorio, a la opinión de Fourier, transmitida por la frase autoexplicatoria *crises pléthoriques*. No puede negarse, sin embargo, que Marx escribió una parte del capítulo X de ese libro y comparte la responsabilidad de todo él.

Observo que los pocos comentarios sobre Engels que están contenidos en este bosquejo son de índole detractora. Esto es lamentable y no se debe a ninguna intención de empequeñecer los méritos de este hombre eminente. Creo, sin embargo, que debe admitirse con franqueza que, intelectualmente y en especial como teórico estuvo muy por debajo de Marx. Ni siquiera podemos estar seguros de que comprendiera siempre el pensamiento de aquél. Sus interpretaciones tienen que ser utilizadas, por consiguiente, con cuidado.

²⁶ *Das Kapital*, tomo II, cap. XX, sección 4ª. Véase, no obstante, también *Theorien über den Mehrwert*, tomo II, cap. III.

dad, y explique la alternación *inmanente* de las prosperidades y las depresiones.²⁷ Indudablemente, tenemos siempre a la mano bastantes accidentes e incidentes a los que asirnos para compensar los defectos de la explicación fundamental. Hay errores de cálculo, previsiones equivocadas y otros errores, olas de optimismo y de pesimismo, excesos especulativos y reacciones a los excesos especulativos, y hay una fuente inagotable de "factores externos". Del mismo modo que el proceso mecánico de acumulación de Marx marcha a un ritmo uniforme —y no hay nada que muestre por qué no deba ser así en principio—, el proceso que él describe también *podría* marchar a ritmos uniformes; allí hasta donde entra en consideración su lógica esta evolución es esencialmente independiente de las prosperidades y de las depresiones.

Por supuesto esto no es necesariamente un desacierto. Muchos otros teóricos han sostenido y sostienen simplemente que las crisis tienen lugar siempre que se produce un desarreglo de suficiente importancia. Tampoco era para Marx una tara absoluta, puesto que le liberó por una vez de la servidumbre de su sistema y lo dejó en libertad de mirar los hechos sin tener que violentarlos. Marx tiene, en efecto, en cuenta una gran variedad de elementos más o menos relevantes. Por ejemplo, utiliza, en cierto modo superficialmente, la intervención del dinero en las transacciones de mercancías —y nada más—, a fin de refutar la afirmación de Say acerca de la imposibilidad de un atasco general; o bien la soltura de los mercados de dinero para explicar los desproporcionados desarrollos en las ramas caracterizadas por la gran inversión en bienes duraderos de capital; o bien los estímulos especiales, como la apertura de mercados o el surgimiento de nuevas necesidades sociales para motivar repentinas aceleraciones en la "acumulación". Trata, de un modo no muy afortunado, de convertir el crecimiento de la población en un factor que facilita las fluctuaciones.²⁸ Observa, aunque en realidad no explica, que la escala de la producción se expande "a saltos y brincos", que son "el preludio de su contracción igualmente súbita". Dice con habilidad que "la superficialidad de la economía política se muestra en el hecho de que considera la expansión y la contracción del crédito, que es un simple síntoma de

²⁷ Al profano le parece tan obvio lo contrario que nos sería fácil justificar esta afirmación, aun cuando dispusiéramos de todo el espacio del mundo. La mejor manera de que el lector se convenza de la verdad de nuestra concepción consiste en estudiar la argumentación de Ricardo sobre el maquinismo. El proceso que describe podría ocasionar cualquier volumen de paro y, a pesar de ello, continuar indefinidamente sin causar otro derrumbamiento que el derrumbamiento final del sistema mismo. Marx habría estado de acuerdo con esto.

²⁸ En esto tampoco está solo. Sin embargo, es justo esperar de él que hubiera terminado por reconocer la debilidad de su hipótesis, y es conveniente observar que sus observaciones sobre esta materia figuran en el tomo III y no se puede tener seguridad de que expresasen su opinión definitiva.

los cambios periódicos en el ciclo industrial, como causa de los mismos".²⁹ Y el capítulo de incidentes y accidentes lo somete, por supuesto, a una pesada contribución.

Todo esto está conforme con el sentido común y es esencialmente correcto. Prácticamente encontramos aquí todos los elementos que se encuentran siempre en todo análisis serio de los ciclos económicos y en conjunto hay muy pocos errores. Además, no hay que olvidar que la mera percepción de la existencia de los movimientos cíclicos fue una gran aportación para aquella época. Muchos economistas anteriores a él tuvieron un presentimiento de ellos. Sin embargo, en lo fundamental enfocaron su atención sobre los derrumbamientos espectaculares que habían de denominarse "crisis". Y estas crisis no las vieron a su verdadera luz, es decir, a la luz del proceso cíclico del que son simples incidentes. Las consideraron, sin mirar detrás o debajo de ellas, como desgracias aisladas que sucedían a consecuencia de errores, excesos, conductas equivocadas o bien a consecuencia del funcionamiento defectuoso del mecanismo del crédito. Marx fue, en mi opinión, el primer economista que se elevó por encima de esta tradición y que se anticipó —prescindiendo del complemento estadístico— a la obra de Clément Juglar. Aunque no ofreció, como hemos visto, una explicación adecuada del ciclo económico, el fenómeno apareció con claridad ante sus ojos y comprendió mucho de su mecanismo. También, como Juglar, habló sin titubeos de un ciclo decenal "interrumpido por fluctuaciones menores".³⁰ Estaba intrigado por la cuestión de cuál podría ser la causa de esa periodicidad y consideró la idea de que podía tener algo que ver con la vida de la maquinaria de la industria del algodón. Y hay otros muchos indicios de su preocupación por el problema de los ciclos económicos como problema distinto de las crisis. Esto es suficiente para asignarle un rango elevado entre los padres de la moderna investigación del ciclo.

²⁹ *Das Kapital*, tomo I, cap. XXV, sección 3ª. Inmediatamente después de este pasaje da un paso en una dirección que es también muy familiar al estudio de las teorías modernas de los ciclos económicos: "Los efectos, a su vez, se convierten en causas, y los accidentes cambiantes de todo el proceso, *que reproducen siempre sus propias condiciones* (las itálicas son mías), adoptan la forma de periodicidad."

³⁰ Engels fue más allá de esto. Algunas de sus notas al tomo tercero de Marx revelan que él sospechaba también la existencia de una oscilación de duración más larga. Aunque se inclinaba a interpretar la debilidad relativa de las prosperidades y la intensidad relativa de las depresiones del séptimo y octavo decenio del siglo pasado más bien como un cambio estructural que como el efecto de la fase de depresión de una onda de más larga duración (exactamente igual que muchos economistas modernos respecto de las evoluciones de la posguerra y especialmente del último decenio), en esto puede verse en cierto modo una anticipación a la obra de Kondratieff sobre los movimientos de larga duración.

Otro aspecto hay que mencionar. Marx utilizó casi siempre la expresión crisis en su sentido habitual, hablando como los demás de la crisis de 1825 o de la de 1847. Pero la usó también en un sentido diferente. Creyendo que la evolución capitalista rompería algún día el armazón institucional de la sociedad capitalista pensó que antes de que ocurriese el derrumbamiento efectivo el capitalismo comenzaría a funcionar con crecientes fricciones y a mostrar los síntomas de enfermedad mortal. A esta etapa, que la vislumbraba, por supuesto, como un período histórico más o menos prolongado, le aplicó la misma expresión. Y mostró una tendencia a relacionar aquellas crisis recurrentes con esta crisis única del orden capitalista. Incluso sugiere que las primeras pueden considerarse en cierto sentido como preludios del derrumbamiento final. Como a muchos lectores podría parecer esto una clave para la teoría de las crisis de Marx en el sentido ordinario, es necesario indicar que los factores que, según Marx, habrán de causar el derrumbamiento final no pueden causar las depresiones recurrentes sin una buena dosis de hipótesis adicionales³¹ y que esta clave no nos lleva más allá de la trivial afirmación de que la "expropiación de los expropiadores" puede ser más fácil en un período de depresión que en un período de prosperidad.

7. Finalmente, la idea de que la evolución capitalista hará saltar las instituciones de la sociedad capitalista o dejar paso a otras (*Zusammenbruchstheorie* o teoría del derrumbamiento inevitable) suministra un último ejemplo de la combinación de un *non sequitur* con una visión profunda que ayuda a Marx a salvar su conclusión. Estando basada, como está, la "deducción dialéctica" de Marx en el aumento de la miseria y de la opresión que aguijoneará a las masas a la subversión, queda invalidada por el *non sequitur* que vicia el razonamiento, que debía demostrar el inevitable aumento de la miseria. Además, hace ya tiempo que marxistas, que en lo demás son ortodoxos, han comenzado a poner en duda la validez de la afirmación de que la concentración del dominio industrial es necesariamente incompatible con el sistema funcional del capitalismo. El primero de ellos en proclamar esta duda mediante un razonamiento bien fundamentado fue Rudolf Hilferding,³² uno de los dirigentes del importante

³¹ Para convencerse de esto sólo necesita el lector echar otra ojeada a la cita de la pág. 66. En realidad, aunque Marx juega tan a menudo con esta idea, evita entregarse a ella, lo cual es significativo, porque no era propio de él dejar pasar la oportunidad para una generalización.

³² *Das Finanzkapital*, 1910. Por supuesto ya habían surgido antes con frecuencia dudas, basadas en una serie de circunstancias secundarias, que se mantenían para demostrar que Marx atribuyó demasiada importancia a las tendencias que él creyó haber comprobado y que la evolución social era un progreso mucho más complejo y mucho menos consistente de lo que Marx imaginaba. Basta con mencionar a E. Bernstein (véase cap. XXVI). Pero el análisis de

grupo de los neo-marxistas, quien, efectivamente, se inclinó hacia la tesis opuesta a saber: que el capitalismo podría ganar en estabilidad por medio de la concentración.³³ Dejo para la parte siguiente lo que tengo que decir sobre esta cuestión, pero quiero decir aquí que me parece que Hilferding ha ido demasiado lejos, aunque, como veremos, la creencia, actualmente generalizada en los Estados Unidos de que la gran empresa "se convierte en un grillete que aprisiona el modo de producción", carece de fundamentos, y aunque la conclusión de Marx no se deriva de sus premisas.

Sin embargo, aun cuando los datos de hecho y los razonamientos de Marx fuesen todavía más defectuosos de lo que son, sus conclusiones podrían, no obstante, ser verdaderas, por cuanto que él afirma, simplemente, que la evolución capitalista destruirá las bases de la sociedad capitalista. Yo creo que es así. No creo exagerar si llamo profunda a una visión en la que ya en 1847 se reveló esta verdad fuera de toda duda. Ahora es un lugar común. El primero en convertirla en lugar común fue Gustav Schomoller. Su Excelencia el Profesor Von Schomoller, Consejero Privado de Prusia y miembro de la Cámara de los Pares prusiana, no tenía mucho de revolucionario ni era muy dado a gesticulaciones demagógicas. Pero él afirmó, tranquilamente, la misma verdad. El por qué y el cómo de ello los dejó, igualmente, sin decir.

No es apenas necesario resumir de un modo detallado. Nuestro bosquejo, aunque imperfecto, debe bastar para establecer: primero, que nadie que se interese algo por el análisis puramente económico puede hablar de éxito absoluto de Marx en el dominio económico; seguro de que nadie que se interese algo por las construcciones atrevidas puede hablar de fracaso absoluto.

En el tribunal que juzga la técnica teórica el veredicto tiene que ser adverso a Marx. La adhesión a un aparato analítico que ha sido siempre inadecuado y que en los propios días de Marx se anticuaba rápidamente; una larga lista de conclusiones que no están bien deducidas o son manifiestamente erróneas; errores que si se corrigieran cambiarían las conclusiones esenciales, a veces, en sus contrarias; to-

Hilferding no alega circunstancias atenuantes, sino que combate esta conclusión por principio y colocándose en el propio terreno de Marx.

³³ Esta afirmación ha sido frecuentemente confundida (incluso por su autor) con la de que las fluctuaciones económicas tienden a hacerse más débiles a medida que el tiempo transcurre. Esto puede ser o no así (1929-32 no lo refuta); pero una mayor estabilidad del sistema capitalista, es decir, un comportamiento en cierto modo menos temperamental de las series de precios y cantidades de nuestro tiempo no significa necesariamente una mayor estabilidad, en el sentido de una mayor capacidad del *orden* capitalista, para resistir ataques, ni es tampoco necesariamente implicada por ella. Ambos criterios están relacionados entre sí, pero no son la misma cosa.

dos estos cargos pueden hacerse, con razón, contra Marx en cuanto técnico teórico.

Sin embargo, incluso en ese tribunal será necesaria la atenuación del veredicto por dos razones:

En primer lugar, aunque Marx se equivocaba a menudo —a veces de una manera inverosímil— sus críticos estaban lejos de tener siempre razón. Como entre ellos había excelentes economistas este hecho debe registrarse en su haber, especialmente porque Marx no podía enfrentarse con la mayoría de ellos.

En segundo lugar, deberían registrarse igualmente en el haber de Marx sus contribuciones, tanto críticas como positivas, a muchos problemas singulares. En un bosquejo como éste no es posible enumerarlos y menos aun hacerles justicia. No obstante, hemos echado una ojeada a algunas de ellas al exponer su modo de tratar el ciclo económico. También he mencionado algunas que han mejorado nuestra teoría de la estructura del capital físico. Los esquemas que él desarrolla en este campo, aunque no son irreprochables, han vuelto a demostrar su utilidad en obras recientes, que en algunas partes parecen completamente marxistas.

Pero un tribunal de apelación —aun cuando estuviera también limitado a las cuestiones teóricas —podría sentirse inclinado a revocar por completo este veredicto. Pues hay una aportación de verdadera importancia que registrar frente a las faltas teóricas de Marx. A través de todo lo que hay de defectuoso, incluso de anticientífico en su análisis, fluye una idea fundamental que no es ni una cosa ni otra: la concepción de una teoría, no simplemente de un número indefinido de situaciones singulares dispersas ni de la lógica de las cantidades económicas en general, sino de la concatenación efectiva de estas situaciones o de la evolución económica tal como se desarrolla por su propio impulso, a través del tiempo histórico, produciendo a cada instante aquella situación que por sí misma ha de determinar la siguiente. Así, el autor de tantas concepciones falsas fue también el primero en vislumbrar lo que aún en la actualidad sigue siendo la teoría económica del futuro, para la cual estamos acumulando, lenta y laboriosamente, piedra y mortero, hechos estadísticos y ecuaciones funcionales.

Y no solamente concibió esta idea, sino que trató de llevarla a la práctica. Todos los defectos que desfiguran su obra deben ser juzgados de otra manera, a causa de la gran finalidad a que intenta servir su argumentación, aun cuando no sean, como en algunos casos, completamente redimidos por ella. Pero Marx ha logrado efectivamente una cosa de importancia fundamental para la metodología de la economía. Los economistas siempre han utilizado o bien el trabajo

histórico económico realizado por ellos mismos o bien el trabajo histórico de los demás. Pero los hechos de la historia económica se relegaban a un compartimento separado. Si entraban en la teoría era, simplemente, desempeñando el papel de ilustraciones o posiblemente el de verificación de las conclusiones. Se mezclaban con ella sólo mecánicamente. Ahora bien: la mezcla de Marx es una mezcla química, es decir, que él introdujo los datos históricos en el mismo razonamiento del que deriva sus conclusiones. Fue el primer economista de rango superior que vio y enseñó, sistemáticamente, cómo la teoría económica puede convertirse en análisis histórico y cómo la narración histórica puede convertirse en *histoire raisonnée*.³⁴ El problema análogo con relación a la estadística no intentó resolverlo. Pero, en cierto sentido, está implícito en el otro. Esto también responde a la cuestión de en qué medida la teoría económica de Marx, de la manera como se expuso al final del capítulo anterior, consiguió apuntalar su andamiaje sociológico. En esto no tuvo éxito; pero al fracasar no sólo señaló una meta, sino que fundó, también, un método.

³⁴ Si sus discípulos devotos hubiesen pretendido por ello que él había señalado el objetivo de la escuela histórica de la economía esta pretensión no habría podido ser fácilmente rechazada, aunque la obra de la escuela de Schmoller fue, ciertamente, independiente por completo de la sugerencia de Marx. Pero si seguían pretendiendo que Marx y sólo él sabía cómo se racionaliza la Historia, mientras que los hombres de la escuela histórica sólo sabían cómo se describen los hechos sin penetrar en su significado, entonces echarían a perder las cosas. Pues aquellos hombres sabían, en efecto, cómo se analizaba, y en su haber hay que registrar que sus generalizaciones eran menos arrebatadas y sus narraciones menos arbitrarias que las de Marx.

MARX, EL MAESTRO

Los componentes principales de la construcción de Marx están ahora ante nosotros. ¿Cuál es el valor de la imponente síntesis en su conjunto? La pregunta no es ociosa. Si hay algún caso en que el todo es más que la suma de las partes es, precisamente, éste. Por lo demás la síntesis puede haber estropeado tanto el trigo o aprovechado tanto las granzas (en casi todos los lugares se dan ambas cosas) que el todo puede ser más verdadero o más falso que cualquier parte tomada por sí. Finalmente, ahí está el mensaje que procede del todo únicamente. De este último, sin embargo, no se hablará más. Cada uno de nosotros debe resolver por sí mismo lo que significa para él.

Nuestra época se rebela contra la inexorable necesidad de la especialización y clama por una síntesis, en las ciencias sociales con mayor estrépito que en ninguna parte, ya que en ellas pesa tanto el elemento no profesional.¹ Pero el sistema de Marx ilustra bien el hecho de que, si bien la síntesis puede significar una nueva luz, también significa nuevos grilletes.

Hemos visto cómo, en el razonamiento de Marx, la sociología y la economía penetran la una en la otra. En la intención y, en cierto grado, también en la práctica efectiva, son una sola cosa. Todos los conceptos o proposiciones de importancia son, por tanto, económicos y sociológicos al mismo tiempo y muestran el mismo significado en ambas caras, si es que todavía podemos hablar de caras del razonamiento desde nuestro punto de vista. Así, la *categoría* económica "trabajo" y la *clase* social "proletariado", al menos en principio, resultan congruentes y en realidad idénticas. O bien la distribución funcional de los economistas —es decir, la explicación del modo como nace la renta en cuanto rendimiento de los servicios productivos, independien-

¹ El elemento no profesional está representado con especial vigor entre los admiradores de Marx que van más allá de la actitud del típico *economista* marxista y siguen aceptando como dinero contante todo lo que escribió Marx. Todo esto es muy significativo. En todos los grupos nacionales de marxistas hay, por lo menos, tres legos por cada economista capacitado, e incluso este economista no es, por lo general, marxista más que en el sentido restringido definido en la introducción a esta parte: rinde culto a la reliquia, pero le vuelve la espalda en cuanto realiza su investigación.

temente de la clase social a que pueda pertenecer cualquier perceptor de tal remuneración—, entra en el sistema de Marx sólo en la forma de distribución entre las clases sociales y adquiere así un contenido conceptual diferente. O bien el capital en el sistema de Marx es solamente capital si está en las manos de una clase capitalista determinada. Los mismos bienes, si están en manos de los obreros, no son capital.

No puede haber ninguna duda acerca del aumento de vitalidad que recibe con ello el análisis. Los conceptos fantasmales de la teoría económica comienzan a alentar. El teorema exangüe desciende en *agmen*, *pulverem* et *clamorem*; sin perder su cualidad lógica, deja de ser una simple proposición sobre las propiedades lógicas de un sistema de abstracciones para convertirse en la pincelada que pinta el embrollo caótico de la vida social. Tal análisis no sólo aporta un significado más caudaloso que el que describe todo análisis económico, sino que abarca un campo mucho más amplio, esto es, introduce en su cuadro toda especie de acciones de clase, ya se adapte o no esta acción de clase a las reglas ordinarias de comportamiento económico. Las guerras, las revoluciones, la legislación de todos los tipos, los cambios en la estructura de los gobiernos; en suma, todas las cosas que la teoría económica no marxista trata simplemente como perturbaciones externas encuentran su lugar, juntamente, por ejemplo, a la inversión en maquinaria o los contratos de trabajo, todo lo cual es abarcado por un único esquema explicativo.

Al mismo tiempo este procedimiento tiene sus defectos. Los sistemas conceptuales que están sujetos a un yugo de esta especie pueden perder fácilmente en eficiencia todo lo que ganan en vivacidad. La pareja de conceptos obrero-proletario puede servir como ejemplo expresivo, si bien algo trivial. En la teoría económica no marxista toda remuneración por servicios personales participa de la naturaleza del salario, ya se trate de abogados de primera categoría, de estrellas de cine, de gestores de una compañía o de barrenderos de calles. Como desde el punto de vista del fenómeno económico que implican todas estas remuneraciones tienen mucho de común, esta generalización no es fútil ni estéril. Por el contrario, puede arrojar luz incluso sobre el aspecto sociológico del problema. Pero mediante la ecuación trabajo-proletariado lo oscurecemos; en realidad, lo desterramos de nuestro cuadro. De un modo similar un teorema económico valioso puede impregnarse de errores a causa de sus metamorfosis sociológicas, en lugar de proporcionar más rico significado, y viceversa. Así, pues, la síntesis, en general, y la síntesis en la dirección de Marx, en particular, pueden fácilmente desembocar tanto en peor economía como en peor sociología.

La síntesis en general, esto es, la coordinación de métodos y resultados obtenidos siguiendo diferentes vías de acceso, es una cosa difícil que pocos son competentes para realizar. En consecuencia, de ordinario no se realiza en absoluto, y de los estudiantes a quienes sólo se enseña a ver árboles singulares oímos un clamor de impaciencia por el bosque. Sin embargo, no logran ver que la dificultad es en parte un *embarras de richesse* y que el bosque sintético puede tener un raro parecido a un campo de concentración intelectual.

La síntesis en la dirección de Marx, esto es, la coordinación del análisis económico y el sociológico con vistas a orientar todos los elementos hacia un único objetivo es especialmente apta, por supuesto, para perder de vista este aspecto concentrativo. Este objetivo —la *histoire raisonnée* de la sociedad capitalista— es bastante amplio, pero la construcción analítica no lo es. En realidad, hay un gran enlace de hechos políticos y teoremas económicos; pero se les casa por la fuerza y ninguno de ellos puede respirar. Los marxistas pretenden que su sistema resuelve todos los grandes problemas en que fracasa la teoría económica no marxista; los resuelve, en efecto, pero sólo mutilándolos. Este punto exige cierta elaboración.

Dije hace un momento que la síntesis de Marx abarca todos aquellos acontecimientos históricos —tales como las guerras, las revoluciones, los cambios legislativos— y todas aquellas instituciones sociales —tales como la propiedad, las relaciones contractuales, las formas de gobierno— que los economistas no marxistas acostumbran tratar como factores perturbadores o como datos, lo que significa que no se proponen explicarlos, sino solamente analizar sus *modi operandi* y sus consecuencias. Tales factores o datos son, por supuesto, necesarios para la delimitación del objeto y el alcance de cualquier programa de investigación. Si no siempre están expresados específicamente esto es tan sólo porque se está esperando saber lo que es cada uno. El rasgo peculiar del sistema de Marx es que somete estos acontecimientos históricos y estas instituciones sociales al proceso explicativo del análisis económico o, para expresarnos en lenguaje técnico, los trata no como datos, sino como variables.

Así, las guerras napoleónicas, la guerra de Crimea, la guerra civil americana, la guerra mundial de 1914, las frondas francesas, la gran revolución francesa y las revoluciones de 1830 y 1848, el libre cambio inglés, el movimiento obrero en su conjunto, así como cualquiera de sus manifestaciones particulares; la expansión colonial, los cambios institucionales, la política nacional y de partido de cada época y país, todo esto entra en el dominio de la economía de Marx, que pretende encontrar explicaciones teóricas, expresadas en términos de lucha de clases, de tentativas de explotación y de levantamiento contra

la misma, de acumulación y de variaciones cualitativas en la estructura del capital y de variaciones en los tipos de plus valía y de beneficio. El economista no tiene ya que contentarse con dar respuestas técnicas a cuestiones técnicas; en lugar de esto debe enseñar a la Humanidad el sentido oculto de sus luchas. La "política" no es ya un factor independiente del que puede y debe hacerse abstracción en una investigación de esencias y que, cuando se inmiscuye, juega, según prefiramos, ya el papel de un niño travieso que se entremete a manipular en una máquina cuando el ingeniero vuelve la espalda, ya de un *deux ex machina* que obra en virtud de la sabiduría misteriosa de una dudosa especie de mamíferos que se llaman "políticos". No; la misma política está determinada para Marx por la estructura y la situación del proceso económico y entraña, dentro de la esfera de la teoría económica, efectos tan directos como cualquier compra o venta.

Repetimos que no hay nada tan fácil de comprender como la fascinación ejercida por una síntesis que nos ofrece este resultado. Es especialmente comprensible en los jóvenes y en los habitantes intelectuales de nuestro mundo periodístico, a quienes los dioses parecen haber concedido el don de la juventud eterna. Anhelantes de impaciencia por entrar en la lid, deseosos de salvar al mundo de una cosa u otra, disgustados por el indescriptible tedio de los manuales, insatisfechos emocional e intelectualmente, incapaces de realizar una síntesis por su propio esfuerzo, encuentran en Marx lo que anhelan. He ahí la clave de todos los más íntimos secretos, la varita mágica que dirige todos los acontecimientos tanto grandes como pequeños. Están en posesión de un esquema explicativo que es al mismo tiempo —si se me permite incurrir por un momento en el hegelismo— de lo más general y más concreto. Ya no necesitan sentirse excluidos de los grandes negocios de la vida; todos perciben inmediatamente con una mirada las pomposas marionetas de la política y de los negocios, que nunca saben qué es todo aquello. Y ¿quién puede censurarlos, teniendo en cuenta las alternativas de que disponen?

Sí, desde luego; pero aparte de esto, ¿en qué consiste este servicio prestado por la síntesis de Marx?, me pregunto. El humilde economista que describe el tránsito en Inglaterra al libre cambio o las primeras aportaciones de la legislación fabril inglesa no es probable que olvide ni haya olvidado nunca mencionar las condiciones estructurales de la economía inglesa en que se dieron estas medidas políticas. Si no lo hace así en el curso o en un libro sobre teoría pura, con ello contribuye simplemente a un análisis más pulcro y más eficiente. La única aportación del marxista consiste simplemente en la insistencia sobre el principio y en proporcionar una teoría especialmente estrecha y retorcida, con el fin de aplicarla. Esta teoría produce indudablemente

resultados, y, además, unos resultados muy simples y definidos. Pero no tenemos más que aplicarla sistemáticamente a casos singulares para percibir plenamente la pesadez del interminable retintín de la lucha de clases entre poseedores y no poseedores y para darnos cuenta de su deficiencia o, peor aún, de su banalidad. De su deficiencia, si no estamos ligados mediante juramento al esquema subyacente; de su banalidad, en caso de que lo estemos.

Los marxistas acostumbran reseñar triunfalmente los éxitos de la diagnosis de Marx sobre las tendencias económicas y sociales que se suponen inherentes a la evolución capitalista. Como hemos visto, hay cierta justificación para esto; Marx discernió con mayor claridad que ningún otro escritor de su época el rumbo hacia la gran empresa, y no sólo esto, sino también algunos de los rasgos de la situación que había de seguir. Hemos visto, también, que en este caso la visión de Marx prestó gran ayuda a su análisis, corrigiendo así algunas deficiencias del último y llegando a una síntesis más veraz que los mismos elementos que entran en el análisis. Pero esto es todo. Y a la aportación debe contraponerse el fracaso de la predicción de la miseria creciente, resultado conjunto de una visión errónea y de un análisis defectuoso, sobre el cual se han basado una gran cantidad de especulaciones de Marx acerca del curso futuro de los acontecimientos sociales. Quien ponga su confianza en la síntesis de Marx en su conjunto para comprender las situaciones y los problemas actuales se expone a equivocarse lamentablemente.² Muchos marxistas de nuestros días parecen efectivamente, tener conciencia de este riesgo.

Especialmente no hay razón para vanagloriarse de la manera como la síntesis de Marx explica la experiencia del decenio 1929-39. Todo período prolongado de depresión o de recuperación insuficiente confirmará cualquier predicción pesimista, exactamente igual que la de Marx. En este caso se ha creado una impresión contraria con la leyenda de los burgueses desalentados y de los intelectuales ensoberbecidos

² Algunos marxistas responderían que los economistas no marxistas no han contribuido, por lo general, en nada a la comprensión de nuestro tiempo, por lo que los discípulos de Marx quedan, no obstante, en mejor situación a este respecto. Dejando a un lado la cuestión de si es mejor no decir nada o decir algo equivocado, debemos tener presente que esto no es cierto, pues tanto los economistas como los sociólogos de convicciones no marxistas han contribuido, en realidad, sustancialmente a la comprensión de nuestro tiempo, si bien casi siempre en cuestiones singulares. Menos aun puede basarse esta pretensión marxista en una comparación de las teorías de Marx con las de las escuelas austríaca, o de Walras, o de Marshall. Los miembros de estos grupos estaban interesados, en la mayoría de los casos, de una manera exclusiva y en todos los casos, principalmente por la teoría económica. De ahí que su aportación sea incommensurable con la síntesis de Marx. Únicamente podría hacerse una comparación con el aparato teórico de Marx, y en este terreno la comparación sería totalmente ventajosa para ellos.

que, a causa de sus temores y sus esperanzas, adquirieron involuntariamente matiz marxista. Pero ningún hecho real justifica ninguna diagnosis específicamente marxista y menos aún ninguna inferencia hacia la consecuencia de que lo que hemos presenciado no era una simple depresión, sino los síntomas de un cambio estructural en el proceso capitalista, tal cual Marx esperaba que sucediera. Pues, como se mostrará en la parte siguiente, todos los fenómenos observados, tales como el paro por encima de lo normal, la falta de oportunidades para la inversión, la reducción del valor del dinero, las pérdidas, etcétera, entran dentro del consabido modelo de los períodos de depresión predominante, tales como los decenios séptimo y octavo del siglo pasado, que Engels comentó con una moderación que debería servir de ejemplo a sus ardientes secuaces de hoy.

Dos ejemplos destacados ilustran tanto los méritos como los deméritos de la síntesis de Marx, considerada como un instrumento para resolver problemas.

En primer lugar, vamos a examinar la teoría marxista del imperialismo. Sus raíces se encuentran todas en la obra principal de Marx, pero ha sido desarrollada por la escuela neo-marxista que floreció en los primeros decenios de este siglo, y que, sin renunciar a la comunión con los antiguos defensores de la fe, como Karl Kautsky, hizo mucho por poner en revisión el sistema. Su centro fue Viena; sus dirigentes, Otto Bauer, Rudolf Hilferding, Marx Adler. En el terreno del imperialismo su obra fue continuada, con cambios de tono tan sólo secundarios, por otros muchos, entre los cuales sobresalieron Rosa Luxemburgo y Fritz Sternberg. Su argumentación se desarrolla del modo siguiente:

Como, de un lado, la sociedad capitalista no puede existir ni su sistema económico puede funcionar sin los beneficios, y como, de otra parte, los beneficios están constantemente eliminados por el mismo funcionamiento de dicho sistema, la aspiración central de la clase capitalista es el esfuerzo incesante por mantenerlo vivo. La acumulación, acompañada de una modificación cualitativa de la composición del capital, constituye, como hemos visto, un remedio que, aunque alivia de momento la situación de los capitalistas singulares, al final la empeora. Por ello el capital, cediendo a la presión del tipo decreciente de beneficios (baja, recordamos, tanto porque el capital constante aumenta en relación con el capital variable, como porque, si los salarios tienden a elevarse y la jornada de trabajo a acortarse, el tipo de plus valía se reduce), busca salidas en los países en los que todavía hay mano de obra que puede explotarse a voluntad y en los que el proceso de mecanización aún no ha hecho progresos. Así tenemos una exportación de capital hacia los países no desarrollados que con-

siste esencialmente en una exportación de equipo de capital o de bienes de consumo que deben ser empleados en comprar la mano de obra o adquirir cosas con las cuales comprarla.³ Pero también es una exportación de capital en el sentido ordinario de la palabra, porque las mercancías exportadas no son pagadas —al menos inmediatamente— con bienes, servicios o dinero del país importador. Y se convierte en colonización si, a fin de salvaguardar las inversiones tanto frente a la reacción hostil de los medios indígenas —o, si se prefiere, frente a su resistencia a la explotación—, como frente a la competencia por parte de los demás países capitalistas, hay que someter al país no desarrollado a una subordinación política. Esto se realiza, en general, por la fuerza militar, suministrada bien por los mismos capitalistas colonizadores o bien por su gobierno nacional, que se acomoda así a la definición dada en el *Manifiesto Comunista*, según la cual “el ejecutivo del Estado moderno (es) . . . un comité para la gestión de los negocios comunes de toda la burguesía”. Por supuesto, esa fuerza no ha de usarse únicamente para fines defensivos. Habrá conquista, fricción entre los países capitalistas y guerra fratricida entre las burguesías rivales.

Otro elemento completa esta teoría del imperialismo, tal como se formula de ordinario. En tanto que la expansión colonial es motivada por un descenso en el tipo de beneficio en los países capitalistas, debería realizarse en las últimas etapas de la evolución capitalista, y los marxistas hablan, efectivamente, del imperialismo como una etapa, preferiblemente la última etapa, del capitalismo. Por ello debería coincidir con un alto grado de concentración del dominio capitalista sobre la industria y con un descenso del tipo de competencia que caracterizó los tiempos de empresa pequeña o mediana. El mismo Marx no hizo mucho hincapié sobre la tendencia resultante hacia la restricción monopolística de la producción y sobre la tendencia consiguiente hacia la protección de la reserva de caza nacional contra la intrusión de los cazadores furtivos procedentes de otros países capitalistas. Tal vez era un economista demasiado competente para confiar demasiado en esta línea del razonamiento. Pero los neo-marxistas se compla-

³ Piénsese en las bagatelas destinadas al trueque con los jefes de tribu a cambio de esclavos o bienes de salarios con los cuales alquilar al obrero nativo. Por motivos de brevedad, no me ocupo del hecho de que la exportación de capital, en el sentido considerado, surge en general como parte del comercio total de los dos países, el cual comprende también otras transacciones de mercancías que no tienen nada que ver con el proceso particular que tenemos aquí presente. Estas transacciones facilitan, por supuesto, grandemente esa exportación de capital, pero no afectan a su esencia. También he de pasar por alto otros tipos de exportaciones de capital. La teoría que se discute no es, ni se pretende que sea, una teoría general del tráfico comercial y financiero internacional.

cieron en hacer uso de ella. Así sacamos a la luz no sólo otro estímulo para la política imperialista y otra fuente de embrollos imperialistas, sino también, como subproducto, una teoría de un fenómeno que no es en sí necesariamente imperialista: la teoría del proteccionismo moderno.

Obsérvese otra complicación en este proceso que va a resultar de utilidad para el marxista en su cometido de explicar ulteriores dificultades. Cuando los países sin desarrollo se hayan desarrollado, decaerá la exportación de capital de la especie que hemos considerado. Puede entonces haber un período durante el cual la metrópoli y la colonia cambiarán, por ejemplo, productos manufacturados por materias primas. Pero al final las exportaciones de productos manufacturados tendrán también que decaer al mismo tiempo que en la metrópoli se afirmará la competencia colonial. Los intentos para retardar este estado de cosas proporcionarán nuevas fuentes de fricción (esta vez entre cada viejo país capitalista y sus colonias), de guerras de independencia, etcétera. Pero en todo caso las puertas de las colonias se cerrarán a la larga para el capital metropolitano, que ya no podrá ir a refugiarse, en su huida de la desaparición de los beneficios en su país, a pastizales más ricos de ultramar. Falta de colocaciones para el capital, exceso de capacidad, paralización total de los negocios, y, finalmente, recurrencia regular de bancarrotas nacionales y otros desastres —tal vez guerras mundiales provocadas por la mera desesperación capitalista—; todo esto puede preverse sin temor a error. La Historia es tan sencilla como todo eso. Esta teoría es un buen ejemplo —tal vez el mejor— de la manera cómo la síntesis de Marx intenta resolver los problemas y de cómo gana con ello prestigio. Todo parece deducirse con admirable facilidad de dos premisas fundamentales, ambas firmemente empotradas en los cimientos del sistema: la teoría de las clases y la teoría de la acumulación. Una serie de hechos vitales de nuestro tiempo parecen ser explicados perfectamente por ellas. Todo el laberinto de la política internacional parece desenmarañarse mediante un solo y potente golpe de análisis. Y en este proceso vemos por qué y cómo la acción clasista, que intrínsecamente permanece siempre la misma, asume la forma de acción política o económica, según las circunstancias, que determinan rigurosamente los métodos y la fraseología tácticos. Si en vista de los medios y oportunidades a la disposición de un grupo de capitalistas es más ventajoso negociar un empréstito, se negociará un empréstito. Si en vista de los medios y oportunidades existentes es más beneficioso hacer la guerra, se hará la guerra. La segunda alternativa no tiene menos derecho a entrar en la teoría

económica que la primera. Incluso el mero proteccionismo surge ahora sin dificultad de la misma lógica de la evolución capitalista.

Por lo demás, esta teoría saca el mejor partido de una virtud que posee en común con la mayoría de los conceptos de Marx en el campo de lo que usualmente se llama economía aplicada. Esta es su íntima alianza con los hechos históricos y contemporáneos. Probablemente, no hay ningún lector que haya repasado mi resumen que no se haya sorprendido por la facilidad con que a cada paso de la argumentación se amontonan ante él los ejemplos históricos citados para su justificación. ¿No estaba enterado de la opresión de los obreros indígenas por los europeos en muchas partes del mundo; ni de que los indios de América Central y del Sur sufrían en manos de los españoles, por ejemplo; ni de la caza de esclavos, ni del comercio de esclavos, ni de la recluta de los coolíes? ¿No ha existido efectivamente en todo tiempo la exportación de capitales en los países capitalistas? ¿No ha ido acompañada, casi invariablemente, de la conquista militar, que ha servido para subyugar a los indígenas y para combatir a otras potencias europeas? ¿No ha tenido siempre la colonización un aspecto claramente militar, incluso cuando era emprendida totalmente por sociedades mercantiles, tales como la Compañía de la India Oriental o la Compañía Británica de África del Sur? ¿Qué mejor ilustración podría haber deseado el mismo Marx que la de Cecil Rhodes y la guerra anglo-boer? ¿No es manifiestamente obvio que las ambiciones coloniales han constituido un factor importante, por no decir más, en las perturbaciones europeas a partir de 1700, aproximadamente? Y por lo que se refiere a nuestro tiempo, ¿quién no ha oído hablar, por un lado, de la "estrategia de las materias primas", y, por otra parte, de las repercusiones en Europa del crecimiento del capitalismo indígena en los trópicos? Y así sucesivamente. En cuanto al proteccionismo, esto es tan claro como pueda serlo cualquier cosa.

Pero más vale que vayamos con precaución. Una verificación aparente, mediante casos favorables *prima facie*, que no son analizados con detalle, puede muy bien ser engañosa. Además, como saben todos los abogados y todos los políticos, un llamamiento enérgico a hechos familiares hace mucho para inducir a un jurado o un parlamento a aceptar también la construcción que desean sugerirle. Los marxistas han explotado esta técnica a la perfección. En este caso es esencialmente afortunada, porque los hechos en cuestión combinan las ventajas de ser conocidos por todo el mundo de una manera superficial y de ser conocidos a fondo por muy pocos. En realidad, aunque no podemos entrar aquí en una discusión detallada, basta una reflexión rápida para suscitar una sospecha de que "las cosas no son así".

En la parte siguiente se harán unas pocas observaciones acerca de la relación en que está la burguesía con el imperialismo. Ahora vamos a examinar la cuestión de si, en el caso de que la interpretación marxista de la exportación de capital, de la colonización y del proteccionismo fuese correcta, lo sería también como teoría de todos los fenómenos en los que pensamos cuando empleamos esta vaga y malparada expresión de imperialismo. Por supuesto, no siempre podemos definir el imperialismo de forma que signifique precisamente lo que implica la interpretación marxista, ni tampoco podemos siempre declararnos convencidos de que todos estos fenómenos *tienen que* ser explicables al modo marxista. Pero entonces el problema del imperialismo —aceptando siempre que la teoría sea en sí correcta— se “resolvería” tan sólo tautológicamente.⁴ Aún habría que considerar si el modo marxista o, en general, cualquier modo puramente económico de acometer este problema lleva a una solución que no sea tautológica. Sin embargo, ahora no necesitamos ocuparnos de esto, ya que el terreno se hunde bajo nuestros pies antes que lleguemos tan lejos.

A primera vista la teoría parece adaptarse bastante bien a algunos casos. Los ejemplos más importantes los proporcionan las conquistas inglesas y holandesas en los trópicos. Pero a otros casos, tales como la colonización de Nueva Inglaterra, no se adapta en absoluto. E incluso los casos del primer grupo no se describen satisfactoriamente mediante la teoría marxista del imperialismo. No bastaría, evidentemente, con reconocer que el atractivo del lucro ha jugado un papel

⁴ Como mejor se ilustra el peligro de tautologías inútiles que penden sobre nosotros es mediante casos singulares. Así, Francia conquistó Argelia, Túnez y Marruecos, e Italia conquistó Abisinia mediante su poder militar, sin que hubiese intereses capitalistas de importancia que presionasen para ello. En realidad, la existencia de tales intereses era un pretexto, muy difícil de justificar, y el desarrollo ulterior de tales intereses ha constituido un proceso lento que transcurrió, de un modo bastante insatisfactorio, bajo la presión del gobierno. Como esto no parecerá muy marxista se responderá que la acción fue emprendida bajo la presión de intereses capitalistas potenciales o anticipados o que, en último análisis, en el fondo de esto *tiene* que haber algún interés capitalista o una necesidad objetiva del capitalismo. Y entonces podemos ir a la caza de la prueba corroboradora, que nunca falta totalmente, puesto que los intereses capitalistas, como todos los demás, estarán, efectivamente, afectados por una situación cualquiera de la que obtengan ventaja y dado que las condiciones particulares del organismo capitalista presentarán siempre algunos rasgos que puedan relacionarse, sin caer en el absurdo, con aquellas políticas de expansión nacional. Evidentemente, sólo una convicción preconcebida, y nada más, puede guiarnos en nuestra marcha hacia un cometido tan desesperado como éste; sin tal convicción nunca llegaríamos a embarcarnos en él. Y, en realidad, no necesitamos tomarnos tal molestia; podríamos decir igualmente que “las cosas tienen que ser así” y contentarnos con eso. Esto es lo que yo quería dar a entender con la expresión explicación tautológica.

en la motivación de la expansión colonial.⁵ Los neo-marxistas no han intentado afirmar esta enorme simpleza. Para ellos, si estos casos han de ser tenidos en cuenta, es también necesario que la expansión colonial se efectúe de la manera indicada, esto es, bajo la presión de la acumulación sobre el tipo de beneficio, y pueda ser tenida, en consecuencia, como un síntoma de capitalismo decadente o, en todo caso, en plena madurez. Pero la época heroica de las aventuras coloniales fue precisamente la época del capitalismo temprano y sin madurar, en que la acumulación estaba en sus comienzos y toda presión en este sentido —y especialmente, también, todo obstáculo a la explotación de la mano de obra nacional— brillaba por su ausencia. El elemento de monopolio no faltaba. Por el contrario, aparecía de un modo mucho más evidente que hoy. Pero esto tan sólo lleva a mayor absurdo a la construcción que hace del monopolio y la conquista propiedades específicas del capitalismo de la época final.

Además, el otro pilar de la teoría, la lucha de clases, no está en mejores condiciones. Hay que usar anteojeras para concentrarse en este aspecto de la expansión colonial, que no ha jugado apenas más que un papel secundario, para explicar en términos de lucha de clases un fenómeno que proporciona algunos de los ejemplos más sorprendentes de la cooperación de las clases. Fue un movimiento encaminado tanto al aumento de los salarios cuanto al aumento de los beneficios, y a la larga favoreció ciertamente al proletariado (a causa, en parte, de la explotación de la mano de obra *indígena*) más que al interés capitalista. Pero no es mi deseo destacar sus *efectos*. El punto esencial es que sus causas no tienen gran cosa que ver con la lucha de clases ni tienen que ver más con la estructura de las clases de lo que va implicado en que la dirección de la empresa colonial sea realizada por grupos e individuos que pertenecían a la clase capitalista o ascendían a ella en virtud de dichas empresas. Sin embargo, si nos quitamos las anteojeras y dejamos de mirar la colonización y el imperialismo como un mero incidente en la lucha de clases, queda poco en esta teoría que sea específicamente marxista. Las observaciones de Adam Smith sobre esta cuestión tienen tanto valor; en realidad, mayor valor aún.

Queda por apreciar su subproducto, o sea, la teoría neo-marxista del proteccionismo moderno. La literatura clásica está llena de invectivas contra los "intereses siniestros" (en aquella época, los intereses

⁵ Tampoco basta con destacar el hecho de que todos los países han "explotado" efectivamente sus colonias. Porque ésta era una explotación del conjunto de un país por el conjunto de otro país (de todas las clases por todas las clases), y no tiene nada que ver el modo de explicación específicamente marxista.

agrarios principalmente, aunque nunca de un modo exclusivo), que, al clamar a gritos por la protección, cometieron un imperdonable crimen contra el bien público. Así, pues, los clásicos tenían una teoría causal de la protección en toda regla —no solamente una teoría de sus efectos—, y si ahora añadimos los intereses proteccionistas de las grandes empresas modernas, hemos ido todo lo lejos que es razonable ir. Los economistas modernos con simpatías hacia los marxistas deberían realmente saber mejor lo que dicen para afirmar que incluso hoy sus colegas burgueses no ven la relación que existe entre la tendencia hacia el proteccionismo y la tendencia hacia la formación de grandes unidades de intervención, si bien estos colegas no siempre pueden creer necesario destacar un hecho tan obvio. No es que los clásicos y sus continuadores hasta nuestros días tuvieran razón en lo relativo al proteccionismo; su interpretación del mismo era, y es, tan unilateral como la de Marx, aparte de que erraban a menudo en la apreciación de las consecuencias y de los intereses en juego. Pero por espacio de cincuenta años, por lo menos, habían sabido acerca del elemento monopolista del proteccionismo tanto como los marxistas, lo cual no era difícil, teniendo en cuenta el carácter banal de este descubrimiento.

Incluso superaron la teoría marxista en un punto muy importante. Cualquiera que fuese el valor de su teoría económica, que tal vez no fue grande, se atuvieron a ella casi siempre.⁶ En este caso tal comportamiento fue una ventaja. La afirmación de que muchos derechos proteccionistas deben su existencia a la presión de las grandes empresas, que quieren emplearlos para mantener sus precios en el país por encima de lo que estarían en otro caso, y, posiblemente, para poder vender más barato en el exterior, es una simpleza, pero exacta, si bien ninguna tarifa aduanera se ha debido nunca totalmente a esta causa particular, ni siquiera de un modo predominante. La síntesis de Marx es lo que la hace insuficiente o falsa. Si nuestra ambición es simplemente comprender todas las causas y consecuencias del proteccionismo moderno, tanto políticas como sociales y económicas, entonces es insuficiente. Por ejemplo, el poderoso apoyo prestado por el pueblo americano a la política proteccionista, siempre que tuvo oportunidad de expresar su opinión, no se explica por su inclinación hacia las grandes empresas ni por su sojuzgamiento de las mismas, sino por un ferviente deseo de construir y mantener un mundo propio y de

⁶ Los clásicos no siempre se limitaron a sus teorías económicas. Cuando salían de este terreno sus resultados no han sido precisamente alentadores. Así, los escritos puramente económicos de James Mill, aunque no eran especialmente valiosos, no podían ser rechazados sin más como de un nivel desesperadamente inferior. El despropósito auténtico —y un despropósito banal— está en sus artículos sobre el gobierno y materias afines.

verse libre de todas las vicisitudes del resto del mundo. Una síntesis que pasa por alto tales elementos del caso no es un activo, sino un pasivo. Pero si nuestra ambición es reducir todas las causas y consecuencias del proteccionismo moderno, cualesquiera que puedan ser, al elemento monopolista de la industria moderna como la única *causa causans*, y si formulamos en consecuencia esta afirmación, entonces se hace falsa. La gran empresa ha sido capaz de obtener ventaja del sentimiento popular y lo ha alentado, pero es absurdo decir que lo ha creado. Una síntesis que conduce a —deberíamos decir, más bien, postula— tal resultado, vale menos aún que ninguna síntesis.

La causa del marxismo empeora infinitamente si, ignorando los hechos, yendo contra todo sentido común, elevamos esta teoría de la exportación de capital y de la colonización a explicación fundamental de la política internacional, que se resuelve, por tanto, por una parte, en una lucha de los grupos capitalistas monopolistas entre sí, y, por otra parte, en la lucha de cada uno de ellos con su propio proletariado. Esta especie de teoría puede servir para una útil literatura de partido, pero por lo demás muestra simplemente que los cuentos de niños no son monopolio de la economía burguesa. En realidad, la gran empresa —o la *haute finance*, desde los Fugger hasta los Morgan—, ha ejercido muy poca influencia sobre la política extranjera, y en la mayoría de los casos en que la gran industria, como tal, o los intereses bancarios, como tales, han sido capaces de imponerse, su diletantismo ingenuo tan sólo ha llevado al fracaso. Hoy más que nunca la actitud de los grupos capitalistas hacia la política de sus naciones es predominantemente una actitud de adaptación a ella más bien que de causación. También giran en un grado sorprendente en torno a consideraciones a corto plazo, igualmente alejadas de todo plan sagazmente proyectado que de todo interés de clase “objetivo” y determinado. En este punto el marxismo degenera en una formulación de supersticiones populares.⁷

⁷ Esta superstición es exactamente igual a otra que albergan muchas personas dignas y de mentalidad sencilla, que se explican a sí mismas la historia moderna a base de la hipótesis de que hay en alguna parte un comité de judíos sumamente sabios y malintencionados que dirigen entre bastidores la política internacional o tal vez toda la política. Los marxistas no son víctimas de esta superstición especial, pero la suya no está en un plano más elevado. Es divertido observar que, cuando me he enfrentado con una u otra teoría, he experimentado siempre una gran dificultad en responder de una manera que me satisficiera. Esto no se debía solamente a la circunstancia de ser siempre difícil fundamentar la refutación de afirmaciones puramente de hecho. La dificultad principal procede del hecho de que las personas que carecen de un conocimiento de primera mano sobre los negocios internacionales y de sus personajes carecen también del órgano para la percepción del absurdo.

En todas las partes de la construcción de Marx se encuentran otros ejemplos de defectos similares. Para mencionar uno, la definición de la naturaleza del poder del gobierno, que se citó hace poco, tomada del *Manifiesto Comunista*, tiene ciertamente en sí un elemento de verdad. Y esta verdad explica en muchos casos la actitud de los gobiernos hacia las manifestaciones más obvias de los antagonismos de clase. Pero todo lo que tiene de verdadera la teoría incorporada en esta definición lo tiene de trivial. Lo único que merece la pena acerca de esto es investigar el porqué y el cómo en la gran mayoría de los casos la teoría deja de concordar con los hechos o, aun estando en concordancia con ellos, no describe acertadamente el comportamiento efectivo de aquellos "comités para la gestión de negocios comunes de la burguesía". Aquí también la teoría puede hacerse verdadera de un modo tautológico, prácticamente en todos los casos. Pues no hay ninguna política, aparte de la encaminada a la destrucción de la burguesía, de la que no pueda afirmarse que sirve a un interés burgués, económico o extraeconómico, a corto o a largo plazo, al menos en el sentido de que lo protege contra males mayores. Sin embargo, no hace a la teoría más valiosa. Pero volvamos a nuestro segundo ejemplo, relativo al valor de la síntesis de Marx como medio para resolver problemas.

La característica del socialismo científico que, según Marx, ha de distinguirlo del socialismo utópico, radica en su demostración de que el socialismo es inevitable, independientemente de la voluntad humana o de su deseabilidad. Como se ha afirmado anteriormente, esto significa que la evolución capitalista tiende, en virtud de su misma lógica, a destruir el orden de cosas capitalista y a producir el orden socialista.⁸ ¿Hasta dónde ha conseguido Marx demostrar la existencia de estas tendencias?

Respecto a la tendencia hacia la autodestrucción la pregunta ya ha sido contestada.⁹ La teoría de que la economía capitalista se derrumbará inevitablemente por razones puramente económicas no ha sido demostrada por Marx, como bastarían para ponerlo de manifiesto las objeciones de Hilferding. Por una parte, algunas de sus afirmaciones sobre hechos futuros, que son esenciales para la argumentación ortodoxa, especialmente la afirmación del aumento inevitable de la miseria y la opresión, son insostenibles; por otra parte, el derrumbamiento del orden capitalista no se habría de seguir necesariamente de estas afirmaciones, aun cuando todas fuesen verdaderas. Pero Marx vio acertadamente otros factores de la situación que el proceso capitalista tiende a desenvolver, como era —así espero demostrarlo— el resul-

⁸ Véase también parte II. Preliminar.

⁹ Véase cap. III, sec. 7.

tado final mismo. En cuanto a este último puede ser necesario sustituir el nexo de Marx por otro, y la expresión “derrumbamiento” puede resultar que es una falsa designación, especialmente si tiene que entenderse en el sentido de un derrumbamiento causado por la quiebra de la ordenación capitalista de la producción; pero tales reservas no afectan a la esencia de la teoría, no obstante lo mucho que pueden afectar a su formulación y a algunas de sus consecuencias.

Respecto de la tendencia hacia el socialismo tenemos que observar, en primer lugar, que es un problema distinto. El orden capitalista u otro orden cualquiera puede evidentemente derrumbarse —o puede superarlo la evolución económica y social— sin que, a pesar de todo, el ave fénix socialista surja necesariamente de sus cenizas. Puede venir el caos, y, a menos que definamos como socialismo a toda alternativa no caótica del capitalismo, hay otras posibilidades aún. El tipo particular de organización social que el marxista ortodoxo medio parecía predecir —en todo caso antes del advenimiento del bolchevismo— es ciertamente tan sólo uno de los muchos casos posibles.

El mismo Marx, al propio tiempo que se abstenía muy prudentemente de describir la sociedad socialista de una manera detallada, destacaba las condiciones de su nacimiento: por una parte, la presencia de unidades gigantes de intervención industrial —que, por supuesto, facilitarían grandemente la socialización—, y por otra parte la presencia de un proletariado oprimido, esclavizado, pero también muy numeroso, *disciplinado*, unido y organizado. Esto sugiere mucho acerca de la batalla final, que ha de ser la etapa aguda de la lucha secular entre las dos clases, que se enfrentarán entonces por última vez. También deja adivinar algo de lo que ha de seguir; insinúa la idea de que el proletariado, en cuanto tal, “se hará cargo del gobierno”, y, por medio de su dictadura, terminará con la “explotación del hombre por el hombre” y pondrá en marcha la sociedad sin clases. Si nuestro propósito fuese demostrar que el marxismo es un miembro de la familia de los credos milenarios esto habría de resultar ciertamente suficiente. Pero como no nos ocupamos de este aspecto, sino del de la predicción científica, es obvio que no basta. Schmoller pisó un terreno mucho más firme, pues aun cuando también rehusó entrar en detalles, vislumbró claramente la evolución futura como un proceso de progresiva burocratización, nacionalización, etc., para terminar en el socialismo de Estado; ya nos guste o no, tiene al menos un sentido preciso. Marx no consigue, pues, convertir la posibilidad socialista en una certidumbre, ni aun cuando le concedamos íntegramente la teoría del derrumbamiento; pero, si la discutimos, entonces el fracaso de la predicción marxista tiene lugar *a fortiori*.

En ningún caso, sin embargo —ya aceptemos el razonamiento de Marx u otro cualquiera—, ha de implantarse el orden socialista de un modo automático; aun cuando la evolución capitalista cree todas las condiciones para el socialismo de la manera más marxista que se pueda concebir, sería todavía necesaria una acción especial para su implantación.¹⁰ Esto está, desde luego, de acuerdo con la teoría de Marx. Su revolución no es más que la vestidura especial con la que su imaginación gustaba de revestir esta acción. Su insistencia sobre la violencia es tal vez comprensible en un hombre que, en sus años de formación, ha experimentado todas las excitaciones de 1848, y que, aunque era capaz de despreciar la ideología revolucionaria, nunca lo fue, a pesar de todo, de librarse de sus grilletos. Además, la mayor parte de su auditorio difícilmente habría estado dispuesto a escuchar un mensaje al que faltase el sagrado toque de clarín. Finalmente, aunque él vio la posibilidad de una transición pacífica, al menos para Inglaterra, pudo no haber visto su probabilidad. En su época no era tan fácil de ver, y su idea favorita de las dos clases en orden de batalla le hacía aún más difícil verla. Su amigo Engels emprendió efectivamente el trabajo de estudiar táctica militar. Pues aunque la revolución pudiera ser relegada al terreno de lo no esencial, todavía quedaba en pie la necesidad de una acción especial.

Esto también debería resolver el problema que ha dividido a sus discípulos, a saber: ¿revolución o evolución? Si yo he captado el pensamiento de Marx la respuesta no es difícil de dar. La evolución era para él la progenitora del socialismo. Estaba demasiado fuertemente imbuido en el sentido de la lógica inherente a los hechos sociales para creer que la revolución puede reemplazar en algún modo la labor de la evolución. A pesar de todo, la revolución entra en su sistema. Pero solamente entra para escribir la conclusión bajo una serie completa de premisas. La revolución de Marx se distingue, por tanto, por su naturaleza y por su función, de las revoluciones de los radicales burgueses y de los conspiradores socialistas. Es esencialmente revolución en la plenitud del tiempo.¹¹ Es verdad que los discípulos a quienes disputaba esta conclusión, y especialmente su aplicación al caso ruso,¹² pueden señalar muchos pasajes de los libros sagrados que parecen contradecirla. Pero en estos pasajes contradice el mismo Marx

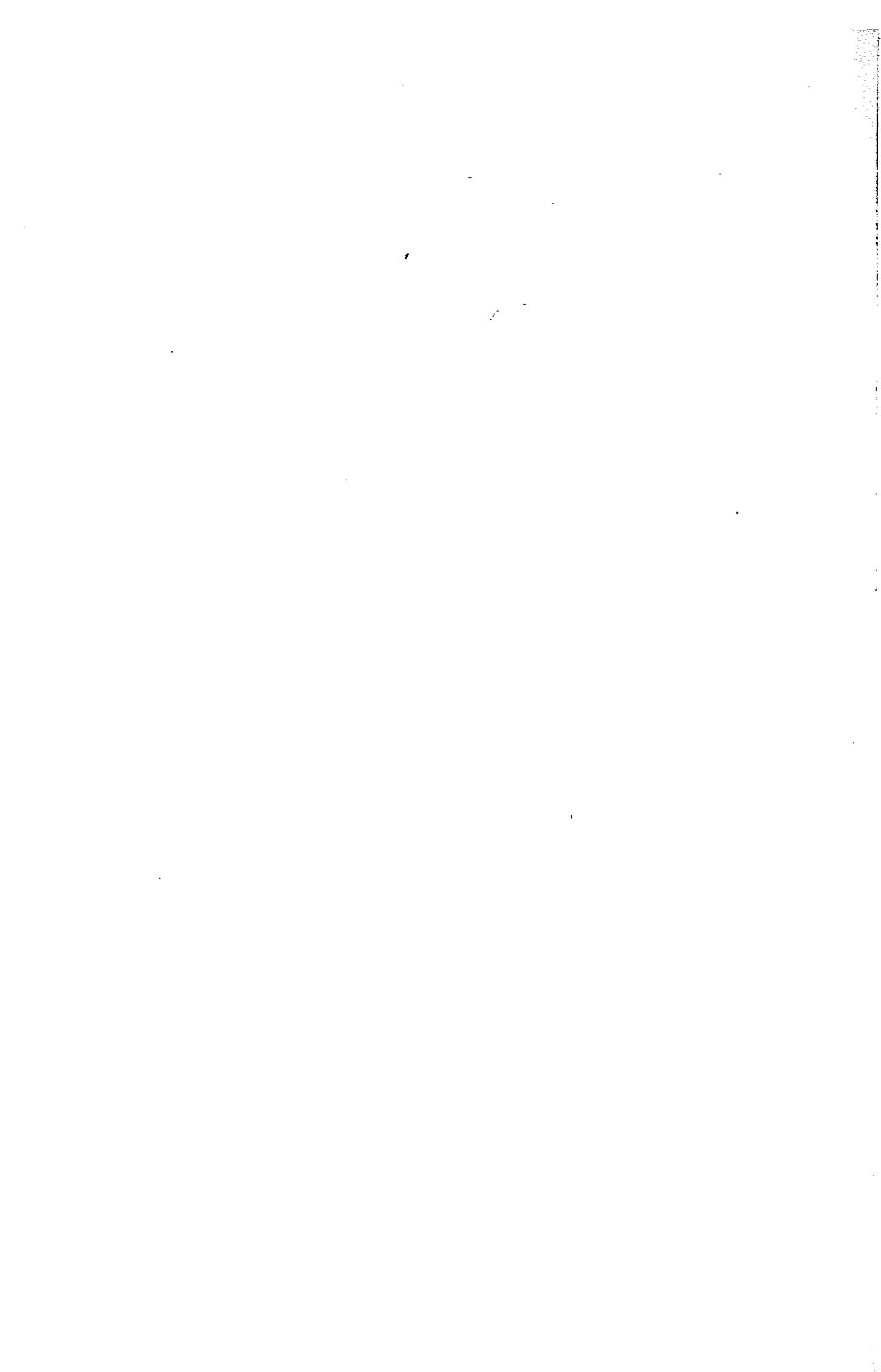
¹⁰ Véase parte III, cap. XIX.

¹¹ Conviene recoger este punto para volver sobre él más adelante. Nos referiremos a él repetidamente y discutiremos, entre otras cosas, los criterios de esta "plenitud del tiempo".

¹² Karl Kautsky, en su prólogo a las *Theorien über den Mehrwert*, reivindicaba para el socialismo marxista incluso la revolución de 1905, aunque es patente que si en ella hubo algo de marxista fue la fraseología de unos pocos intelectuales.

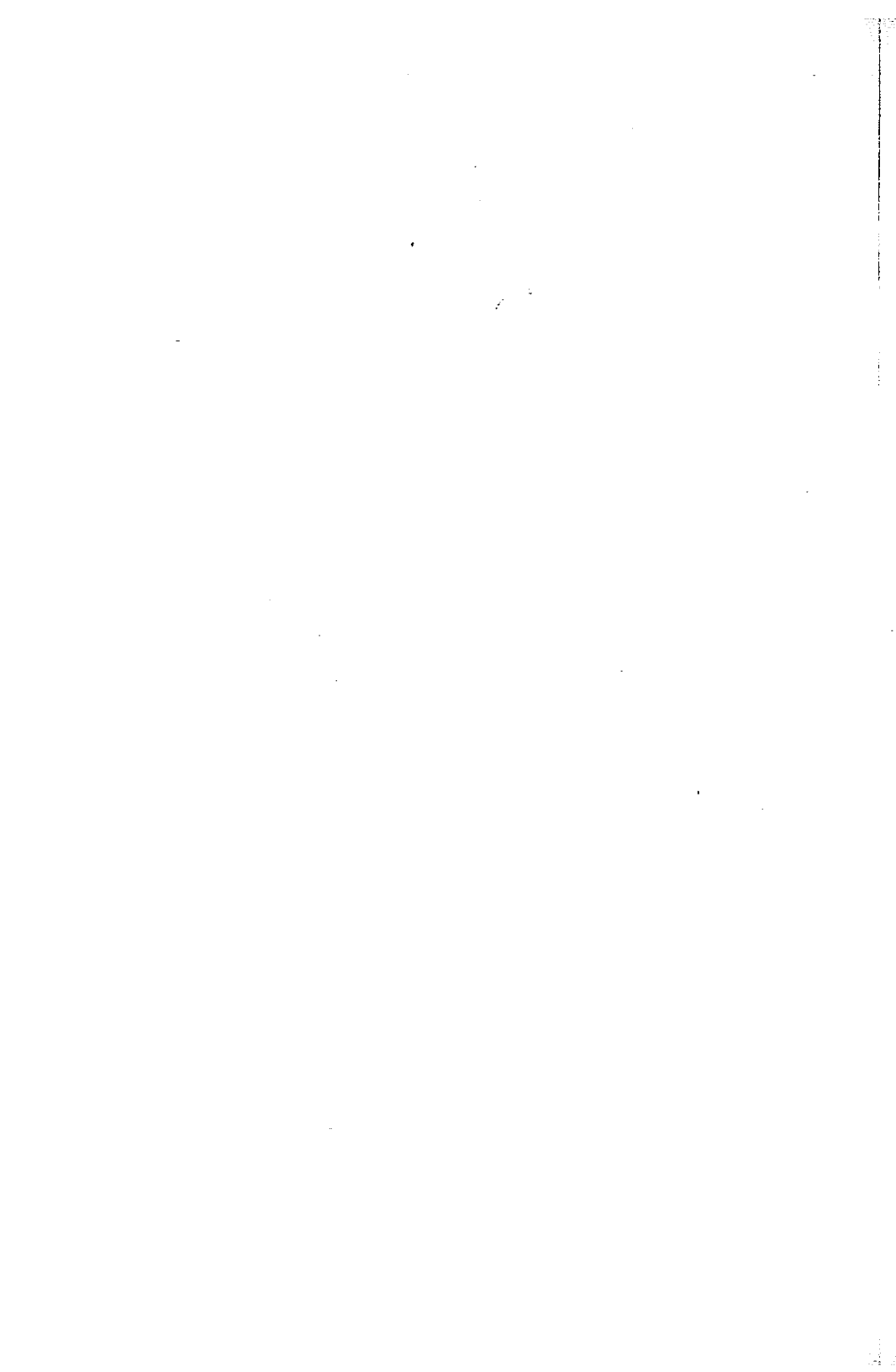
su pensamiento más íntimo y más maduro, que se desprende de una manera inequívoca de la estructura de *Das Kapital* y que (inspirado, como todo pensamiento tiene que estarlo, en el sentido de la lógica inherente a los hechos) conduce, bajo el fantástico resplandor de dudosas gemas, a consecuencias claramente conservadoras. Y después de todo, ¿por qué no? Ningún argumento serio ha podido nunca sostener incondicionalmente ningún "ismo".¹³ Decir que Marx, desnudado de sus frases, puede ser interpretado en un sentido conservador, es decir solamente que puede ser tomado en serio.

¹³ Este argumento podría ser llevado mucho más allá. En particular no hay nada específicamente socialista en la teoría del valor del trabajo, cosa que admitirá, por supuesto, todo el que esté familiarizado con el desenvolvimiento histórico de esta teoría. Y esto mismo es verdad (exceptuando, desde luego, la expresión) respecto de la teoría de la explotación. Solamente tenemos que reconocer que la existencia de plus valías, denominada así por Marx es —o, al menos, lo era— una condición necesaria para el surgimiento de todo lo que comprendemos en el concepto civilización (lo que, en realidad, sería difícil refutar), y ahí está todo. Para ser socialista no es necesario, por supuesto, ser marxista; sin embargo, tampoco es suficiente ser marxista para ser socialista. Consecuencias socialistas o revolucionarias pueden imprimirse a cualquier teoría científica, pero ninguna teoría científica las implica necesariamente. Ninguna nos mantendría tampoco en la situación que describe Bernard Shaw en alguna parte como estado de rabia sociológica, a menos que su autor abandone su línea de análisis con el fin de excitarnosla.



PORTE SEGUNDA

¿PUEDE SOBREVIVIR EL CAPITALISMO?



PRELIMINAR

¿Puede sobrevivir el capitalismo? No; no creo que pueda. Pero esta opinión mía, lo mismo que la de todo otro economista que se haya pronunciado sobre la cuestión, carece por sí sola de todo interés. Lo que importa en todo ensayo de prognosis social no es el sí o el no que compendia los hechos y argumentos conducentes a tal conclusión, sino estos mismos hechos y argumentos, que son los que contienen todo lo que hay de científico en el resultado final. Todo lo demás no es ciencia, sino profecía. El análisis, ya sea económico o verse sobre otras disciplinas, nunca puede dar lugar más que a una exposición acerca de las tendencias existentes en un modelo que ha sido objeto de observación. Y éstas no nos dicen nunca lo que *sucederá* al modelo, sino solamente lo que le *sucedería* si continuasen actuando lo mismo que habrían actuado durante el intervalo de tiempo abarcado por nuestra observación y si no entraban en juego otros factores. "Inevitabilidad" o "necesidad" no pueden significar nunca más que esto.

Lo que sigue hay, pues, que leerlo con esta reserva. Pero hay otras limitaciones que pesan sobre nuestras conclusiones y la confianza que se puede poner en ellas. El proceso de la vida social constituye una función en la que figuran tantas variedades (de las que muchas no son susceptibles de medida alguna), que incluso la mera diagnosis de una situación dada se hace materia dudosa, aparte de las formidables fuentes de error que se manifiestan tan pronto como intentamos una prognosis. Sin embargo, no deben exagerarse estas dificultades. Hemos de ver que los rasgos dominantes de nuestro cuadro consienten claramente ciertas inferencias que, cualesquiera que sean los calificativos que tengamos que añadirles, son demasiado vigorosas para pasarlas por alto basándonos en que no pueden ser probadas en el sentido en que puede probarse una proposición de Euclides.

Todavía hay que mencionar otro punto antes de comenzar. La tesis que he de esforzarme por fundamentar es la de que las realizaciones presentes y futuras del sistema capitalista son de tal naturaleza que rechazan la idea de su derrumbamiento bajo el peso de la quiebra económica, pero que el mismo éxito del capitalismo mina las instituciones sociales que lo protegen y crea, "inevitablemente", las condiciones en que no le será posible vivir y que señalan claramente al socialismo como su heredero legítimo. Por consiguiente, mi conclusión final no

difiere, por mucho que pueda diferir mi argumentación, de aquella a que llegan la mayoría de los escritores socialistas y, en particular, todos los marxistas. Pero para aceptarla no es necesario ser socialista. La prognosis no implica nada acerca de la deseabilidad del curso de los acontecimientos que se predicen. Si un médico predice que su paciente morirá en breve ello no quiere decir que lo desee. Se puede odiar al socialismo o, por lo menos, mirarlo con una fría crítica, y, no obstante, prever su advenimiento. Muchos conservadores lo han previsto y lo prevén.

Tampoco se necesita aceptar esta conclusión para calificarse de socialista. Se puede querer el socialismo y creer ardientemente en su superioridad económica, cultural y ética, y, no obstante, creer al mismo tiempo que la sociedad capitalista no alberga ninguna tendencia hacia su autodestrucción. Hay, efectivamente, socialistas que creen que el orden capitalista recupera la fuerza y se estabiliza a medida que transcurre el tiempo, por lo que es quimérico esperar su derrumbamiento.

EL TIPO DE AUMENTO DE LA PRODUCCION TOTAL

La atmósfera de hostilidad frente al capitalismo, que hemos de explicar dentro de poco, hace mucho más difícil de lo que sería en otro caso formar una opinión racional acerca de sus realizaciones económicas y culturales. La opinión pública ha llegado, poco a poco, a mal-humorarse tanto con él, que ha decidido, de antemano, la condena del capitalismo y de todas sus obras, habiéndose convertido este modo de enjuiciar casi en un requisito de etiqueta de discusión. Cualesquiera que sean sus preferencias políticas, todo escritor u orador se apresura a acomodarse a este código de etiqueta y a subrayar su actitud crítica, su apartamiento de toda "complacencia", su creencia en las insuficiencias de las realizaciones capitalistas, su aversión por los capitalistas y su simpatía por los intereses anticapitalistas. Cualquiera otra actitud se considera, de común acuerdo, no sólo como necia, sino como anti-social y se tiene como indicio de inmoral servidumbre. Esto es, desde luego, perfectamente natural. Las nuevas religiones sociales siempre tendrán tal efecto. Ahora bien, esto no hace más fácil la labor del analista; en el año 300 d. C. no habría sido fácil exponer las aportaciones de la civilización antigua a un fervoroso cristiano. Por una parte, las verdades más obvias son, simplemente, rechazadas *a limine*;¹ por otra parte, los errores más manifiestos se toleran o se aplauden.

Una primera prueba, para juzgar las realizaciones económicas, la constituye la producción total, esto es, la suma de todas las mercancías y servicios producidos en una unidad de tiempo: un año, un trimestre o un mes. Los economistas se esfuerzan por medir las variaciones de esta cantidad por medio de índices derivados de un cierto número de series representativas de la producción de mercancías singulares. La lógica rigurosa es un maestro severo y si se respetara no se construiría ni se utilizaría nunca ningún índice de producción,²

¹ Hay, sin embargo, otro método para enfrentarse con las verdades obvias, pero molestas, a saber: el método de burlarse de su trivialidad. Tal burla hace tan buen servicio como una refutación, pues el público medio es totalmente incapaz de comprender, por lo general, el hecho de que esta burla encubre, a menudo, la imposibilidad de una refutación; he aquí un fenómeno interesante de psicología social.

² A. F. Burns: *Production Trends in the United States Since 1870*, página 262.

porque es muy discutible no sólo el material y la técnica de construcción de tales índices, sino también el mismo concepto de una producción total de diferentes mercancías que se producen en proporciones siempre cambiantes.³ No obstante, yo creo que este artificio es bastante seguro para darnos una idea general de las realizaciones del capitalismo.

Para los Estados Unidos hay series específicas suficientemente buenas y numerosas para garantizar la construcción de tal índice a partir de la Guerra de Secesión. Si optamos por el índice de producción total conocido por índice Day-Persons,⁴ encontramos que, desde 1870 hasta 1930, el tipo de crecimiento anual medio fue de 3,7 por 100, y solamente en la sección de artículos fabricados, del 4,3 por 100. Vamos a limitarnos a la última cifra y a tratar de poner en claro lo que significa. Para esto necesitamos, en primer lugar, introducir una corrección: puesto que la instalación permanente de la industria ha ido siempre aumentando en importancia relativa, la producción disponible para el consumo no puede haber aumentado al mismo ritmo que la producción total. Tenemos que aceptar una reducción de esta última. Pero yo creo que una reducción del 1,7 por 100 es amplia;⁵ así llegamos a un tipo de aumento de la "producción disponible" del 2 por 100 anual, a interés compuesto.

Supongamos ahora que la maquinaria capitalista continúa produciendo, a este tipo de crecimiento, por espacio de otro medio siglo, a partir de 1928. En contra de este supuesto hay varias objeciones que tendrán que ser examinadas más adelante; pero no puede objetarse el que en la década de 1929 a 1939 el capitalismo haya dejado ya de mantener esta norma de producción. Pues la depresión que transcurre desde el último trimestre de 1929 hasta el tercer trimestre de 1932 no prueba que haya tenido lugar una ruptura secular en el mecanismo de propulsión de la producción capitalista, porque depresiones de tanta severidad han tenido lugar repetidamente —una vez cada cincuenta y cinco años *grosso modo*— y porque en el promedio anual de 2 por 100, han sido ya tenidos en cuenta los efectos de una de ellas (la de 1873 a 1877). La recuperación infranormal de 1932 a 1935, la prosperidad infranormal de 1935 a 1937 y el hundimiento que siguió a ésta se explican fácilmente por las dificultades que llevaba

³ No podemos entrar aquí en este problema. Algo se dirá de él, sin embargo, cuando volvamos a encontrarlo en el capítulo siguiente. Para un estudio más completo véase mi libro *Business Cycles*, cap. IX.

⁴ Véase W. M. Persons: *Forecasting Business Cycles*, cap. XI.

⁵ Esta reducción es, en realidad, absurdamente grande. Véase también la estimación del profesor F. C. Mills, del 3,1 por 100 para el período 1901-1913, y del 3,8 por 100 para el período 1922-1928 (excluida la construcción), *Economic Tendencies in the United States*, 1932.

consigo la adaptación a una nueva política fiscal, a una nueva legislación del trabajo y a un cambio general en la actitud del gobierno frente a las empresas privadas, todo lo cual puede ser distinguido del funcionamiento del aparato de producción como tal en un sentido que se definirá más adelante.

Como las malas interpretaciones serían especialmente poco deseables en este punto, quiero subrayar que la última proposición no implica, por sí, ni una crítica adversa de la política del New Deal ni la afirmación (que yo tengo por exacta, pero que no necesito mantener en este preciso momento) de que las medidas de este tipo son, a la larga, incompatibles con el funcionamiento efectivo del sistema de empresa privada. Lo único que yo quiero decir ahora es que un cambio de esencia vital tan extenso y rápido afectaría, naturalmente, durante cierto tiempo, a los resultados de la producción, y esto deben y *pueden también* admitirlo los más ardientes partidarios del New Deal. Por mi parte, no veo cómo sería posible explicar de otro modo el hecho de que los Estados Unidos, que tuvieron la mejor oportunidad para recuperarse rápidamente, fueron precisamente el país que experimentó la recuperación más insatisfactoria. El único caso en cierto modo similar, el de Francia, consiente esta misma explicación. De aquí se deduce que el curso de los acontecimientos durante la década de 1929 a 1939 no constituye *per se* una razón válida para negarse a escuchar este argumento, que, además, puede servir, en todo caso, para ilustrar el significado de la realización del capitalismo en el pasado.

Ahora bien: si desde 1928 continuó desenvolviéndose la producción disponible en las mismas condiciones en que se desenvolvió anteriormente, esto es, a un ritmo medio de aumento a largo plazo del 2 por 100 anual, al cabo de cincuenta años, en 1978, alcanzaría un volumen 2,7 veces aproximadamente (6,6916) mayor que el de 1928. Para traducir esta hipótesis a términos de renta real media *por cabeza de población* observemos, primero, que nuestro tipo de aumento de la producción total puede igualarse, sobre poco más o menos, al tipo de aumento de la suma total de las rentas monetarias privadas disponibles para el consumo,⁶ corregido en consideración a los cambios del poder adquisitivo de los dólares de los consumidores. En segundo lugar, tenemos que formarnos una idea acerca del crecimiento de la población que es de esperar; optaremos por la estimación de Mr. Sloane, que da 160 millones para 1978. La renta media por cabeza durante esos cincuenta años aumentaría, por lo tanto, a un poco más

⁶ El "consumo" comprende la adquisición de bienes de consumo duraderos, tales como automóviles, refrigeradores y viviendas. No hacemos distinción entre bienes de consumo fugaz y lo que se ha llamado a veces "capital de consumo"

del doble de su cifra de 1928, que era, aproximadamente, de 650 dólares, o sea, a unos 1.300 dólares *del poder adquisitivo de 1928*.⁷

Algunos lectores tendrán, tal vez, la sensación de que debería formularse una reserva en cuanto a la distribución de la renta monetaria total. Hasta hace unos cuarenta años muchos economistas creían, como Marx, que el proceso capitalista tendía a modificar las participaciones relativas en la renta nacional total, por lo que las consecuencias obvias de nuestro promedio podrían ser invalidadas, ya que los ricos se harían más ricos y los pobres se harían más pobres, al menos relativamente. Pero no existe tal tendencia. Sea lo que fuere lo que se piense acerca de los procedimientos estadísticos ideados para este objeto, es muy cierto lo siguiente: que la estructura de las rentas, expresada en términos de dinero, no ha cambiado grandemente durante el período abarcado por nuestro material estadístico —que para Inglaterra comprende la totalidad del siglo XIX⁸—, y que la parte relativa de los salarios y los sueldos ha sido también esencialmente constante durante este tiempo. En tanto que discutimos lo que el mecanismo capitalista podría hacer si le dejáramos funcionar por sí mismo, no hay razón para creer que la distribución de la renta o su dispersión con relación a nuestro promedio serían, en 1978, apreciablemente diferentes de lo que fueron en 1928.

Podemos expresar nuestro resultado diciendo que, si el capitalismo repitiese su realización pasada durante otro medio siglo a partir de 1928, acabaría con todo lo que, con arreglo a los patrones actuales, podría llamarse pobreza, aun en los estratos inferiores de la población, exceptuando, únicamente, los casos patológicos.

Esto no es todo. Cualesquiera que sean los méritos de lagunas de nuestro índice, éste no exagera, ciertamente, el tipo efectivo de aumen-

⁷ Es decir, la renta real media por cabeza aumentaría con arreglo a un tipo de interés compuesto del 1 3/4%. Da la casualidad de que en Inglaterra, durante el siglo que precedió a la primera guerra mundial, la renta real por cabeza de población aumentó casi exactamente según este tipo (véase Lord Stamp, *Wealth and Taxable Capacity*). No hay que conceder gran importancia a esta coincidencia. Pero creo que sirve para mostrar que nuestro pequeño cálculo no es desatinadamente absurdo. En el número 241 de *National Industrial Conference Board Studies*, tabla I, págs. 6 y 7, encontramos que la "renta nacional obtenida *per capita*", corregida conforme a los índices de costo de vida del *Federal Reserve Bank of New York* y del *National Industrial Conference Board*, era en 1929 algo más del cuádruplo de la cifra de 1829, resultando similar a los anteriores, aunque susceptible de dudas aun más serias en cuanto a su autenticidad.

⁸ Véase Stamp, op. cit. El mismo fenómeno puede observarse en todos los países de los que hay información estadística suficiente, si libramos a esta última del efecto perturbador de los ciclos de distinta envergadura comprendidos en los períodos de los que disponemos de estadística. La medida de la distribución de la renta (o de la desigualdad de las rentas) ideada por Wilfredo Pareto es susceptible de objeción. Pero el hecho mismo es independiente de los defectos de este procedimiento de medida.

to. No toma en consideración la mercancía llamada "ocio voluntario". Las nuevas mercancías no están representadas o lo están de un modo incompleto por un índice que tiene que descansar, en gran medida, sobre las mercancías básicas y los productos intermedios. Por la misma razón dejan, casi por completo, de registrarse las mejoras de calidad, aunque en muchas ramas constituyen la médula del progreso alcanzado; no hay, por ejemplo, manera de expresar, adecuadamente, la diferencia entre un automóvil de 1940 y un automóvil de 1900, ni la medida en que ha bajado el precio de los automóviles por unidad de utilidad. Estaría más cerca de lo posible estimar la proporción en que se hace rendir más de lo que antes solían rendir a cantidades dadas de materias primas o de productos semiterminados, pues aunque las propiedades físicas de una barra de acero o de una tonelada de carbón, por ejemplo, hayan permanecido invariables, su rendimiento económico representa un múltiplo del que tenían hace sesenta años. Pero se ha investigado poco en esta dirección. No tengo idea de lo que sucedería a nuestro índice si hubiese un método para corregirlo a base de estos y parecidos factores. Es cierto, sin embargo, que su tipo de aumento se elevaría y que aquí tenemos una reserva con la cual proteger la estimación adoptada contra los efectos de cualquier revisión hacia la baja imaginable. Además, aun cuando tuviéramos los medios de medir las variaciones de la eficiencia técnica de los productos industriales, su medida dejaría aún de suministrarnos una idea adecuada de lo que significan estas mejoras para la dignidad o la intensidad o la comodidad de la vida humana; en suma: para todo lo que los economistas de la generación anterior resumían bajo el título de "Satisfacción de las necesidades". Y para nosotros ésta es, después de todo, la consideración decisiva, esto es, el verdadero "fruto" de la producción capitalista, en razón del cual estamos interesados por el índice de producción y las libras y galones que figuran en él, que, por sí mismos, difícilmente merecerían tal interés.

Pero atengámonos a nuestro 2 por 100. Hay, todavía, otro punto que es importante para la apreciación correcta de aquella cifra. He dicho anteriormente que, hablando *grosso modo*, las participaciones relativas en la renta nacional han permanecido, esencialmente, constantes durante los últimos cien años. Sin embargo, esto solamente es cierto si las medimos en dinero. Si las medimos en términos reales, han cambiado sustancialmente en favor de los grupos de renta más baja. Esto se deduce del hecho de que la máquina capitalista es siempre una máquina de producción masiva, lo cual significa también, inevitablemente, que es una máquina de producción para las masas; mientras que, si remontamos la escala de las rentas individuales, encontramos que se gasta una proporción creciente en servicios personales

y en mercancías manufacturadas, cuyos precios son, en gran medida, una función de los tipos de salarios.

La verificación de estas afirmaciones es fácil. Hay, sin duda, ciertas cosas a la disposición del obrero moderno que al mismo Luis XIV hubiera deleitado tener si hubiera podido, como, por ejemplo, los aparatos dentales modernos. En conjunto, sin embargo, un presupuesto del nivel del de Luis XIV poco tenía, en realidad, que ganar de las conquistas del capitalismo. Incluso la velocidad en los viajes puede suponerse que habría sido un factor de poca importancia para un señor de tan elevado rango. El alumbrado eléctrico no es ninguna gran mejora en el confort para quien tiene bastante dinero para comprar un número suficiente de bujías y para pagar servidores que se cuiden de ellas. Las aportaciones típicas de la producción capitalista son el tejido barato, los artículos baratos de algodón y de seda artificial, el calzado, los automóviles, etc.; pero no lo son, por lo general, las mejoras que pudieran tener gran importancia para el hombre rico. La reina Isabel tenía medias de seda. La aportación capitalista no consiste, normalmente, en producir más medias de seda para reinas, sino en ponerlas al alcance de las muchachas de la fábrica como recompensa por su esfuerzo de trabajo continuamente decreciente.

Los mismos hechos se destacan, aún mejor, si echamos una ojeada a aquellas ondas de larga duración que afectan a la actividad económica, cuyo análisis revela mejor que ninguna otra cosa la naturaleza y el mecanismo de la evolución capitalista. Cada una de estas ondas comprende una "revolución industrial" y la asimilación de sus efectos. Por ejemplo, podemos observar estadística e históricamente —el fenómeno es tan claro que, incluso, nuestra escasa información basta para comprobarlo— la elevación de una de estas ondas de larga duración hacia el final del decenio de 1780, su cumbre alrededor de 1800, su descenso y, después, una especie de recuperación para terminar a principios del decenio de 1840. Esta fue la Revolución industrial, tan querida para el corazón de los autores de manuales de economía. Pisándole los talones, sin embargo, vino otra revolución industrial que produjo otra onda de larga duración que comenzó a elevarse en el cuarto decenio del siglo pasado, culminó inmediatamente antes de 1857 y estuvo en descenso hasta 1897, para ser seguida, a su vez, por la onda que alcanzó su punto culminante en 1911 y ahora se encuentra en la fase de su desvanecimiento.⁹

Estas revoluciones modifican, periódicamente, la estructura existente en la industria mediante la introducción de nuevos métodos de producción, a saber: la fábrica mecanizada, la fábrica electrificada,

⁹ Estas son las "ondas de larga duración" que en la literatura del ciclo económico están asociadas al nombre de N. D. Kondratieff.

la síntesis química, etc.; o bien de nuevas mercancías, como los ferrocarriles, los automóviles, instrumentos eléctricos; o nuevas formas de organización, como el movimiento de fusión de sociedades; o nuevas fuentes de suministro, como la lana de La Plata, el algodón americano, el cobre de Katanga; o nuevas rutas comerciales y nuevos mercados para vender, etc. Este proceso de cambio industrial proporciona el impulso fundamental que da la tónica general a la economía; mientras estas cosas se están iniciando, tenemos una rápida expansión y una "prosperidad" predominante —interrumpida, indudablemente, por las fases negativas de los ciclos más cortos que se superponen a esta tendencia fundamental al alza—; pero, al mismo tiempo que estas cosas se completan y fluyen sus resultados, presenciamos una eliminación de los elementos anticuados de la estructura industrial y una "depresión" predominante. Hay, así, sucesivos períodos prolongados de elevación y de baja de precios, de tipos de interés, de empleo, etcétera, cuyos fenómenos constituyen otras tantas piezas del mecanismo de este proceso de rejuvenecimiento recurrente del aparato de producción.

Ahora bien: estos resultados consisten, cada vez, en una avalancha de bienes de consumo que profundiza y ensancha, permanentemente, la corriente de renta real, aunque, en un principio, provocan disturbios, pérdidas y paro. Y, si observamos estas avalanchas de bienes de consumo, volvemos a encontrar que, cada uno de ellos, consiste en artículos para el consumo de la masa y que el poder adquisitivo del dólar de salario aumenta más que el de cualquier otro dólar, o sea, en otras palabras, que comprobamos que el proceso capitalista eleva, progresivamente, el nivel de vida de las masas y no por mera casualidad, sino en virtud de su propio mecanismo. Y esto tiene lugar a través de una serie de vicisitudes, cuyo rigor es proporcional a la celeridad de su progreso. Pero este resultado se alcanza efectivamente. Los problemas del suministro de mercancías a las masas han sido resueltos con éxito, uno tras otro,¹⁰ a medida que se han ido poniendo dentro del alcance de los métodos de producción capitalista. El más importante de los problemas que aún queda por resolver, el del alojamiento, se aproxima a su solución, gracias a las casas prefabricadas.

Y aun no es esto todo. La apreciación de una ordenación económica sería incompleta —e incidentalmente no marxista— si se detuviese en la producción que se hace llegar a los distintos grupos de la sociedad; por medio del correspondiente sistema de distribución económica, y dejase a un lado todos aquellos fines a los que este sistema no sirve

¹⁰ Esto es, por supuesto, aplicable a los productos agrícolas, cuya producción masiva barata ha sido enteramente obra de la empresa capitalista en gran escala (ferrocarriles, transportes marítimos, maquinaria agrícola, fertilizantes).

directamente, pero para los que proporciona los medios de su cumplimiento al preparar la voluntad política que ha de servir para su realización, así como todas aquellas realizaciones culturales a que da lugar la mentalidad que crea. Aplazamos la consideración de estas realizaciones (capítulo XI) y volvemos sobre algunos aspectos del progreso social a que ha dado lugar el proceso capitalista.

La técnica y la atmósfera de la lucha por la legislación social oscurecen dos hechos que, de otra forma, resultarían obvios: de un lado, parte de esta legislación presupone un previo éxito capitalista (en otras palabras, presupone una riqueza que ha tenido que ser previamente creada por la empresa capitalista), y, de otro lado, gran parte de las medidas desarrolladas y generalizadas por la legislación social había sido previamente iniciada por la acción del mismo stratus capitalista. Ambos hechos hay que añadirlos, por supuesto, a la suma total de las realizaciones capitalistas. Si ahora siguiese el sistema su curso lo mismo que durante los sesenta años anteriores a 1928 y alcanzase, realmente, los 1.300 dólares de renta por *cabeza de población*, es fácil de ver que todos los deseos que han sido ahora expuestos por todos los reformadores sociales —prácticamente sin excepción, incluyendo, incluso, la mayor parte de los lunáticos—, o bien se cumplirían automáticamente o podrían cumplirse sin *interferencia apreciable en el funcionamiento del régimen capitalista*. Especialmente unas asignaciones en gran escala en favor de los parados serían, entonces, no sólo una carga tolerable, sino hasta ligera. La irresponsabilidad en la creación del paro y en la financiación de socorros para los parados podría, por supuesto, originar, en algún caso, problemas insolubles. Pero con una política de socorro a los parados, administrada con prudencia normal, un gasto anual *medio*, de 16 mil millones para un núcleo *medio* de 16 millones de desempleados, incluyendo a las personas dependientes de ellos (un 10% de la población), no tendría en sí gravedad, contando con una renta nacional disponible del orden de magnitud de los 200 mil millones de dólares (poder adquisitivo de 1928).

Me permito llamar la atención del lector sobre la razón por la que el paro, que todo el mundo conviene en que constituye uno de los temas más importantes de toda discusión acerca del capitalismo —algunos críticos llegan a basar su acusación, exclusivamente, en este elemento del caso—, juega un papel relativamente pequeño en mi argumentación. Yo no creo que el paro sea uno de aquellos males que, como la pobreza, pueda eliminar, por sí mismo, la evolución capitalista. Tampoco creo que el porcentaje del paro tienda a aumentar a largo plazo. La única serie que abarca un período digno de mención —alrededor de los sesenta años anteriores a la primera Guerra Mundial— es la que da el porcentaje de miembros parados de las trade-unions

inglesas. Es una serie típicamente cíclica y no muestra ningún trend (sino horizontal).¹¹ Como esto es teóricamente comprensible —no hay ninguna razón teórica para poner en duda esto—, esas dos afirmaciones parecen probadas para la época de la anteguerra hasta 1913 inclusive. En la época de la posguerra y en la mayoría de los países el paro se mantuvo casi siempre en un nivel anormalmente elevado, incluso antes de 1930. Pero este paro y, aún más, el que tuvo lugar durante el tercer decenio, pueden ser explicados por razones que no tienen nada que ver con una tendencia a largo plazo de los porcentajes del paro a aumentar *por causas inherentes al mismo mecanismo del sistema capitalista*. He mencionado, más arriba, estas revoluciones industriales, que son tan características del proceso capitalista. El paro, por encima de lo normal, es uno de los rasgos característicos de los períodos de adaptación que siguen a la “fase de prosperidad” de cada una de estas revoluciones. Lo observamos en las que tuvieron lugar en los decenios de 1820 y 1870, y la posterior a 1920 constituye, simplemente, otro de esos períodos. El fenómeno es, por tanto, esencialmente temporal, en el sentido de que nada puede inferirse de él para el futuro. Pero había una serie de factores distintos que han tendido a intensificarlo, a saber: consecuencias de la guerra, dislocaciones del comercio exterior, política de salarios, ciertas modificaciones institucionales que han hecho subir las cifras de las estadísticas, la política fiscal en Inglaterra y Alemania (también ha tenido importancia en los Estados Unidos desde 1935), etc. Algunos de estos factores son, sin duda, síntomas de una “atmósfera” en la cual el capitalismo no funcionará, sino con decreciente eficiencia. Sin embargo, ésta es otra cuestión que exigirá nuestra atención más adelante.

Pero ya sea permanente o temporal, ya empeore o no, el paro es, y ha sido siempre, indudablemente, un azote. En la parte siguiente de este libro tendremos que registrar su posible eliminación entre los puntos sobre los cuales basa el orden socialista sus pretensiones de superioridad. No obstante, yo sostengo que la auténtica tragedia no es el paro *per se*, sino el paro agravado con la imposibilidad de subvenir, de un modo adecuado, a las necesidades de los parados *sin empeorar las condiciones del desenvolvimiento económico ulterior*; es obvio que el sufrimiento y la degradación —la destrucción de los valores humanos— que asociamos al paro (pero no el derroche de las fuerzas productivas) serían ampliamente eliminados y el paro perdería, prácticamente, todo su terror si la vida privada de los parados no estuviese

¹¹ Esta serie ha sido trazada gráficamente y analizada con frecuencia. Véase, por ejemplo, A. C. Pigou, *Industrial Fluctuations*, o mi *Business Cycles*. Parece que existe en cada país un *mínimum* irreductible de paro y, superpuesto a éste, un movimiento cíclico, cuyo componente más fuerte tiene un período de unos nueve a diez años.

seriamente afectada por su falta de empleo. Subsiste el hecho innegable de que en el pasado —digamos, aproximadamente, hasta el final del siglo XIX— el orden capitalista no solamente no quería, sino que tampoco veía posibilidad de atender a los parados. Pero como podrá estar en condiciones de proporcionarles seguridad, si continúa manteniendo sus realizaciones pasadas durante otro medio siglo, esta acusación contra el capitalismo iría a parar, en tal caso, al limbo poblado por los tristes espectros del trabajo infantil y de la jornada de trabajo de dieciséis horas y de las cinco personas viviendo en una habitación, que es tan propio destacar cuando hablamos de los costos sociales de las conquistas del capitalismo en el pasado, pero que no son, necesariamente, relevantes para la ponderación de las alternativas posibles para el futuro. Nuestra propia época está situada, en cierto modo, entre las insuficiencias de las primeras etapas de la evolución capitalista y las posibilidades que podrá realizar el sistema cuando llegue a plena madurez.

En los Estados Unidos, al menos, la mejor parte de esta labor podría ser realizada, incluso ahora, sin excesiva carga para el sistema. Las dificultades que hay que vencer no parecen consistir tanto en la falta de un excedente de recursos suficientes para borrar los tonos más oscuros del cuadro; consisten, de una parte, en el hecho de que la cifra del paro ha sido aumentada por la política anticapitalista llevada más allá de lo necesario en el tercer decenio, y, por otra parte, en el hecho de que la opinión pública, en cuanto adquiere plena conciencia del deber que tiene para con los parados, insiste, inmediatamente, en métodos de ayuda financiera económicamente irracionales y en métodos relajados y ruinosos de administrar dicha ayuda.

Esta misma argumentación sirve también, en gran parte, para las posibilidades futuras —y en una gran extensión también para las actuales— que ofrece la evolución capitalista en cuanto a la protección de los ancianos y enfermos, a la educación y la higiene, etc. También podría, razonablemente esperarse, desde el punto de vista de las economías familiares singulares, que un número creciente de mercancías saliesen de la categoría de los bienes económicos y se dispusiese de ellos, prácticamente, hasta el punto de saciedad. Esto podría conseguirse o mediante conciertos entre los organismos públicos y los consorcios de producción o mediante la nacionalización o municipalización, siendo, por supuesto, su progreso gradual un rasgo característico de la evolución futura del capitalismo, aun cuando éste quede libre de trabas.

LO PLAUSIBLE DEL CAPITALISMO

La argumentación del capítulo anterior parece estar expuesta a una réplica tan destructora como obvia. El tipo medio de aumento de la producción disponible total que se obtuvo para el período de los sesenta años anteriores a 1928 ha sido proyectado hacia el futuro. En tanto que esto era, meramente, un recurso para ilustrar el significado del desenvolvimiento pasado, no había nada en este procedimiento que pudiera haber herido la conciencia estadística. Pero desde el momento en que yo he deducido de ahí que los cincuenta años siguientes podrían mostrar, efectivamente, un tipo medio de crecimiento similar, he cometido, aparentemente, un crimen estadístico; es, desde luego, evidente que un registro histórico de la producción realizada durante cualquier período dado no justifica, por sí, ninguna extrapolación¹ y mucho menos una extrapolación que se extiende sobre medio siglo. Es, por tanto, necesario subrayar, de nuevo, que mi extrapolación no intenta predecir el comportamiento efectivo de la producción en el futuro. Aparte de la ilustración del significado de la realización anterior del capitalismo, se intenta con ella, simplemente, formarnos una idea cuantitativa de lo que la maquinaria capitalista podría realizar, razonablemente, si repitiese su anterior ejecución durante otro medio siglo, lo cual es una cosa muy distinta. La cuestión de si puede esperarse o no tal realización del capitalismo será contestada de un modo completamente independiente de la extrapolación misma. Para este propósito tenemos que emprender ahora una larga y difícil investigación.

Antes que podamos discutir las probabilidades del capitalismo para repetir su realización pasada, tenemos, evidentemente, que tratar de

¹ Esta proposición es aplicable, según los principios generales, a cualquier serie temporal *histórica*, puesto que el mismo concepto de secuencia histórica implica el acaecimiento de transformaciones irrevocables en la estructura económica, que hay que esperar que afecten a la ley de toda cantidad económica dada. Una justificación teórica y, en principio, un tratamiento estadístico son, por tanto, necesarios, incluso, para las extrapolaciones más modestas. Puede subrayarse, sin embargo, que nuestra causa está, en cierto modo, favorecida por el hecho de que, dentro del amplio campo abarcado por la combinación de las series de producción, se compensarán, recíprocamente, hasta un cierto grado, las particularidades de las partidas individuales.

averiguar en qué sentido el tipo observado de aumento de la producción anterior mide, realmente, la realización anterior. No hay duda de que el período del que hemos extraído nuestros datos era un período de capitalismo relativamente sin trabas. Pero este hecho no representa, por sí, un vehículo causal suficiente entre el mecanismo capitalista y la realización registrada. Para admitir que hay aquí algo más que una coincidencia tenemos que convencernos, en primer lugar, de que existe una relación lógica entre el orden capitalista y el tipo de aumento de la producción observado; en segundo lugar, de que, dada tal relación, el tipo de aumento era debido, efectivamente, a ella y no a condiciones especialmente favorables que no tenían nada que ver con el capitalismo.

Tenemos que resolver estos dos problemas antes de que pueda plantearse, siquiera, el problema de una repetición de la realización. El tercer punto se reduce, entonces, a la cuestión de si hay o no alguna razón por la que la máquina capitalista haya de dejar de seguir funcionando, durante los próximos cuarenta años, lo mismo que funcionó en el pasado.

Nos ocuparemos, por turno, de esos tres puntos.

Nuestro primer problema puede ser replanteado como sigue. De una parte disponemos de un conjunto considerable de datos estadísticos descriptivos de un tipo de "progreso" que ha sido admirado, incluso, por espíritus muy críticos. De otra parte tenemos un conjunto de hechos relativos a la estructura del sistema económico que ha regido en este período y del modo como ha funcionado; de estos hechos ha destilado el análisis lo que técnicamente se llama un "modelo" de realidad capitalista, esto es, un cuadro generalizado de sus rasgos esenciales. Queremos saber ahora si este tipo de economía ha sido favorable, irrelevante o desfavorable, para la realización que hemos observado, y, en caso de ser favorable, si puede admitirse, razonablemente, que estos rasgos proporcionan una explicación adecuada de esta realización. Renunciando en todo lo posible a los tecnicismos, abordaremos la cuestión con un espíritu de sentido común.

1. En contraposición a la clase de los señores feudales, la burguesía comercial e industrial se encumbró a causa del éxito en los negocios. La sociedad burguesa ha sido configurada en un molde puramente económico: sus cimientos, sus vigas y sus fanales están todos hechos de material económico. El edificio está orientado hacia el lado económico de la vida. Los premios y los castigos están medidos en términos pecuniarios. Ascender y descender significa hacer dinero y perder dinero. Esto no puede negarlo nadie, por supuesto. Pero yo quiero añadir que este concierto social es, o en todo caso ha sido, singularmente eficaz, dentro de su propio cuadro. En parte apela a un

esquema de motivos de insuperable simplicidad y vigor y en parte crea este mismo esquema. Da rienda suelta, con una rapidez inexorable, a las promesas de riqueza y las amenazas de ruina con que sanciona el comportamiento económico. Dondequiera que el modo de vida burgués se afirme suficientemente para oscurecer los fanales de otros sistemas sociales estas promesas tienen la fuerza suficiente para atraer a la gran mayoría de los cerebros supernormales y para identificar el éxito social con el éxito económico. Estas recompensas no se distribuyen al azar; no obstante, su consecución admite una dosis de suerte bastante seductora: el juego no es como la ruleta, es más parecido al póker. Exige habilidad, energía y una capacidad de trabajo por encima de lo normal; pero si fuese posible medir esta habilidad, en general, o bien la aportación personal que entra en un éxito particular, los premios que en realidad se pagan se considerarían, probablemente, desproporcionados a una y otra. Se adjudican premios espectaculares, mucho mayores de lo que habría sido necesario para atraer al esfuerzo particular a una pequeña minoría de ganadores afortunados, dando así un impulso mucho más potente que el que supondría una distribución más equitativa y más "justa" a la actividad de la gran mayoría de hombres de negocios, que no reciben como retribución más que una recompensa muy modesta o nada o menos que nada, y, no obstante, hacen cuanto pueden, porque tienen ante sus ojos los premios grandes y sobreestiman sus oportunidades de conseguirlos. De un modo semejante las amenazas van dirigidas a la incompetencia. Pero aunque los hombres incompetentes y los métodos anticuados sean, de hecho, eliminados, a veces muy rápidamente, a veces con retraso, el fracaso amenaza igualmente e incluso alcanza, efectivamente, a más de un hombre capaz, intimidando así a *cada uno* también con mucha más eficacia que un sistema de castigos más equitativo y más "justo". Finalmente, tanto el éxito como el fracaso en los negocios son de una objetividad ideal. Ni uno ni otro pueden ser puestos en duda.

Debe observarse, especialmente, un aspecto de esta lucha por el éxito, tanto para tomarlo en consideración posteriormente como a causa de su importancia para la presente argumentación. La ordenación capitalista, tal como está materializada en la institución de la empresa privada, encadena, efectivamente, al estrato capitalista a sus tareas, tanto de la manera indicada como de otras maneras que se discutirán más adelante. Pero hace aún más que esto. El mismo aparato que condiciona las prestaciones de los individuos y las familias que en una época dada forman la clase burguesa, selecciona también, *ipso facto*, los individuos y las familias que han de ascender a esta clase o ser excluidos de ella. Esta combinación de la función propulsora con la función selectiva no rige, en modo alguno, de una manera nece-

saria. Por el contrario, la mayoría de los métodos de selección social, en contraposición a los "métodos" de selección biológica, no garantizan la capacidad para la prestación de los individuos seleccionados, y su fracaso para garantizarlos así constituye uno de los problemas cruciales de la organización socialista, cuya discusión tendrá lugar en una etapa más avanzada de nuestra investigación. Por ahora debe observarse, simplemente, lo bien que el sistema capitalista resuelve este problema; en la mayoría de los casos el hombre que asciende primeramente a la clase de los hombres de negocios y después, *dentro* de ella, se muestra, también, como hombre de negocios capaz, y ascenderá, con toda probabilidad, exactamente hasta donde llegue su capacidad, simplemente porque en este esquema ascender a una posición y actuar aiosamente en ella es o ha sido, por lo general, una y la misma cosa. Este dato, de hecho, tan frecuentemente oscurecido por el esfuerzo autoterapéutico que los fracasados realizan para negarlo, es mucho más importante para la apreciación de la sociedad capitalista y de su civilización que todos los que pueden recogerse de la teoría pura de la ordenación capitalista.

2. ¿Pero no son invalidadas todas las conclusiones que podamos intentar deducir de esta idea de una "prestación máxima de un grupo óptimamente seleccionado" por el hecho adicional de que esta prestación no está engranada hacia el servicio social —hacia la producción para el consumo podríamos decir—, sino hacia el fin de ganar dinero, que tiende a los beneficios máximos en vez de al máximo bienestar? Fuera del estrato burgués ésta ha sido siempre, por supuesto, la opinión popular. Los economistas la han combatido a veces, y, a veces también, la han defendido. Con ello han realizado una aportación de mucho más valor que las conclusiones a que llegaron individualmente y que, en la mayoría de los casos, no reflejaban apenas otra cosa que su posición social, sus intereses y sus simpatías o antipatías. Las conquistas han aumentado, poco a poco, nuestro conocimiento de los hechos y nuestro poder analítico, de forma que en nuestros días estamos en situación de dar a muchas cuestiones respuestas indudablemente mucho más correctas, aunque menos simplistas y menos absolutas que las de nuestros predecesores.

Los llamados economistas clásicos,² por no remontarnos más atrás, pensaban todos, prácticamente, lo mismo. La mayoría de ellos desaprobaban muchos aspectos de las instituciones sociales de su época y de las modalidades de su funcionamiento. Combatían los privilegios

² La expresión economistas *clásicos* se empleará en este libro para designar a los economistas ingleses más destacados, cuyas obras aparecieron entre 1776 y 1848. Adam Smith, Ricardo, Malthus, Senior y John Stuart Mill son los nombres más distinguidos. Es importante retener esto en la mente, ya que, últimamente, se ha puesto de moda un uso mucho más amplio de esta expresión.

de los terratenientes y aprobaban las reformas sociales —especialmente la legislación fabril—, que no estaban, en modo alguno, en la dirección del *laissez faire*. Pero estaban completamente convencidos de que, dentro del marco institucional del capitalismo, los intereses personales de los fabricantes y de los comerciantes fomentaban el rendimiento máximo en interés de todos. Si se hubiesen enfrentado con el problema que aquí discutimos apenas habrían dudado en atribuir el tipo de aumento observado en la producción total al espíritu de empresa, relativamente libre de trabas y al móvil del lucro; tal vez hubiesen mencionado una “legislación favorable” como una condición del progreso, pero con ello habrían querido dar a entender la supresión de las trabas, especialmente la derogación o la reducción de los derechos aduaneros proteccionistas durante el siglo XIX.

Hoy día es sumamente difícil hacer justicia a estas concepciones. Eran, por supuesto, las concepciones típicas de la clase burguesa inglesa, y la influencia de las anteojeas burguesas es evidente en casi cada página escrita por los autores clásicos. No menos evidentes son las anteojeas de otra especie: los clásicos razonaban en términos de una situación histórica particular que idealizaban y de la cual extraían generalizaciones sin el menor espíritu crítico. La mayoría de ellos, además, parecían haber razonado, exclusivamente, en términos de los intereses ingleses y de los problemas de su tiempo. Esta es la razón por la que, en otros países y en otras épocas, la gente rechazaba sus teorías económicas frecuentemente, hasta el punto de no tomarse siquiera la molestia de comprenderlas. Pero no conduce a nada rechazar sus teorías por esta causa. Un hombre de prejuicios puede, no obstante, decir la verdad. Propositiones desarrolladas partiendo de casos especiales pueden, no obstante, tener una validez general. Y los enemigos y los sucesores de los clásicos tenían, y tienen también, anteojeas y prejuicios, tan sólo diferentes, pero no menos numerosos; consideraban y consideran casos diferentes, pero no menos especiales.

Desde el punto de vista del analista de la economía, el mérito principal de los clásicos consiste en haber refutado, juntamente con otros muchos grandes errores, la idea ingenua de que la actividad económica en la sociedad capitalista, por el solo hecho de girar en torno al móvil del lucro, tiene que ir, necesariamente, en contra de los intereses de los consumidores; o bien, para expresarlo de una manera diferente, que el ganar dinero aparta, necesariamente, a la producción de sus objetivos sociales; o, finalmente, que los beneficios privados, tanto por sí mismos como por la distorsión del proceso económico a que dan lugar, constituyen siempre una meta para todos, excepto para aquellos que los perciban, y representarían, por tanto, una ganancia neta a cosechar mediante la socialización. Si consideramos la lógica de estas

y otras proposiciones similares, que ningún economista capacitado habría pensado siquiera defender, la refutación de los clásicos puede, muy bien, parecer trivial. Pero en cuanto consideremos todas las teorías y tópicos que, consciente o inconscientemente implican, y que nos han estado sirviendo hasta nuestros días, sentiremos más respeto por su aportación. Permítaseme añadir, al mismo tiempo, que los autores clásicos percibieron también claramente, aunque tal vez lo hayan exagerado, el papel del ahorro y de la acumulación, y que ellos relacionaron el ahorro con el tipo de "progreso" que observaron de una manera que, aunque en términos tan sólo aproximados, era fundamentalmente correcta. Por encima de todo había en su teoría una sabiduría práctica, un criterio de responsabilidad frente a las generaciones futuras y un tono viril que contrastan, favorablemente, con los histerismos modernos.

Pero entre comprobar que la persecución de un máximo de beneficio y el esfuerzo por lograr una prestación máxima no son, necesariamente, incompatibles y demostrar que la primera implica, necesariamente —o en la inmensa mayoría de los casos—, la segunda, hay un abismo mucho mayor del que creían los clásicos, sobre el cual nunca consiguieron tender un puente. El estudioso moderno de sus teorías no deja de admirarse de cómo les fue posible darse por satisfechos con sus argumentos o tomar estos argumentos como pruebas; a la luz del análisis posterior se ha visto que su *teoría* era una casa de naipes, cualquiera que fuese la medida de verdad que haya habido en su intuición.³

3. Este análisis hemos de realizarlo en dos etapas, sin prolongarlas más de lo necesario para aclarar nuestro problema. Históricamente, la primera nos llevará a la primera década de este siglo; la segunda, abarcará algunos de los desenvolvimientos de la economía científica de la posguerra. Francamente, no sé qué utilidad puede tener esto para el lector no profesional; lo mismo que otra rama cualquiera de nuestro conocimiento, la ciencia económica, a medida que mejora su aparato analítico, se aparta, fatalmente, de esta etapa feliz en la que todos los problemas, métodos y conclusiones, podían ser accesibles a toda persona cultivada, sin necesidad de una capacitación especial. Yo trataré, sin embargo, de hacerlo lo mejor que pueda.

³ El lector recordará el hincapié que yo hacía sobre la diferencia entre la teoría y la intuición de un autor en el caso de Marx. De todas formas siempre es importante recordar que la capacidad para ver las cosas en su correcta perspectiva puede no aparecer unida, y a menudo no lo está, a la capacidad para razonar correctamente, y viceversa. He aquí por qué un hombre puede ser muy buen teórico y decir, no obstante, dislates absolutos siempre que se enfrenta con la tarea de diagnosticar en su conjunto una situación histórica correcta.

La primera etapa puede asociarse a dos grandes nombres, venerados hasta nuestros días por numerosos discípulos —al menos por los que no consideran de mal gusto expresar reverencia por algo o alguien, que muchos de ellos lo considerarán, sin duda—: Alfred Marshall y Knut Wicksell.⁴ Su construcción teórica tiene pocos puntos comunes con la de los clásicos —aunque Marshall hizo cuanto pudo por ocultar este hecho—, pero mantiene la tesis clásica de que el interés del productor por el beneficio tiende, en el caso de una concurrencia perfecta, a lograr una producción máxima. Incluso suministraban una prueba casi satisfactoria. Sólo que, en el proceso con que han intentado formularla y probarla de la manera más correcta, ha perdido la proposición mucho de su contenido: ha sobrevivido, efectivamente, a su operación, pero ha salido de ella enflaquecida, apenas viva.⁵ No obstante, puede demostrarse, dentro de las hipótesis generales del análisis de Marshall-Wicksell, que empresas que no pueden

⁴ Los *Principios*, de Marshall (primera edición, 1890), y las *Lecturas*, de Wicksell (primera edición sueca, 1901; traducción inglesa, 1934), tienen derecho a la primacía que les otorgo aquí a causa de la influencia que han ejercido sobre muchos espíritus en sus etapas de formación y porque han tratado la teoría con un espíritu completamente práctico. Sobre una base puramente científica la precedencia debe concederse a la obra de León Walras. De América hay que mencionar los nombres de J. B. Clark, Irving Fisher y F. W. Taussig.

⁵ Anticipando un razonamiento posterior (véase *infra* cap. VIII, § 6), aclararé brevemente en esta nota el pasaje de más arriba. El análisis del mecanismo de la economía de lucro lleva no solamente al descubrimiento de excepciones al principio según el cual la competencia industrial tiende a elevar al máximo la producción, sino también al descubrimiento de que la prueba de este mismo principio hace necesarias hipótesis que lo reducen a poco más que una perogrullada. Su valor práctico queda, sin embargo, especialmente menoscabado por las dos consideraciones siguientes:

1º El principio, en la medida en que puede ser probado, es aplicable a una situación de equilibrio estático. La realidad capitalista consiste, ante todo y en último término, en un proceso de cambio. Para apreciar la prestación de la empresa en régimen de competencia apenas tiene importancia la cuestión de si la competencia tendería o no a elevar al máximo la producción en una situación de perfecto equilibrio estacionario del proceso económico.

2º Este principio, tal como lo formula Wicksell, constituye el residuo de una proposición más ambiciosa que, aunque en forma diluida, puede encontrarse igualmente en Marshall, a saber: el teorema según el cual la industria de competencia tiende a establecer una situación de máxima satisfacción de necesidades. Pero este teorema, aun cuando prescindamos de las serias objeciones que se le pueden oponer al hablar de magnitudes psíquicas no observables, se ve, fácilmente, reducido a la trivialidad de que, cualesquiera que sean los datos y en particular la ordenación institucional de una sociedad, la acción humana, en tanto que su actividad racional tratará siempre de obtener el mayor provecho de cualquier situación dada. De hecho, se reduce a una definición de la acción racional y puede, por lo tanto, ser comparado a teoremas similares aplicables a la sociedad socialista, por ejemplo. Pero lo mismo puede decirse del principio de la producción máxima. Ni uno ni otro formulan ninguna virtud específica de la empresa privada de competencia. Esto no quiere decir que no exista tal virtud. Significa, simplemente, que estas virtudes no son inherentes a la *lógica* de la competencia.

ejercer por su propia acción individual ninguna influencia sobre el precio de sus productos o de los factores de producción que emplean —de forma que carecería de sentido que vertiesen lágrimas por el hecho de que cualquier aumento de producción tienda a disminuir los precios y a aumentar los costos—, expansionarán su producción hasta que llegue al punto en que el costo adicional que tienen que aceptar para crear otro pequeño aumento de producción (costo marginal), sea exactamente igual al precio que puedan obtener por este incremento, esto es, que producirán tanto como puedan sin incurrir en pérdida. Y puede demostrarse que tal volumen de producción será, en general, igual al que es “socialmente deseable” que se produzca. En un lenguaje más técnico, en este caso, los precios no constituyen variable, desde el punto de vista de la empresa individual, sino parámetros, y allí donde esto sea así existe una situación de equilibrio en la que toda producción alcanza su punto máximo y todos los factores están empleados por completo. Este caso se denomina, habitualmente, “competencia perfecta”. Recordando lo que se ha dicho acerca del proceso selectivo que se efectúa en todas las empresas y sus gerentes podríamos concebir, en realidad, una idea muy optimista de los resultados que son de esperar de un grupo de personas muy seleccionadas que, dentro de este cuadro, se ven forzadas, en virtud del móvil del lucro, a poner en tensión todas sus energías para alcanzar una producción máxima y unos costos mínimos. Especialmente podría creerse, a primera vista, que un sistema adecuado a este modelo mostraría una notable ausencia de algunas de las fuentes más importantes de dilapidación social. Como ha de poner de manifiesto un poco de reflexión, esto no es, en realidad, más que otra manera de formular el contenido de la anterior proposición.

4. Pasamos ahora a la segunda etapa. El análisis Marshall-Wicksell no pasó por alto, desde luego, los muchos casos que no se adaptan a este modelo de la competencia perfecta. Tampoco los pasaron por alto los clásicos, quienes reconocieron la existencia de casos de “monopolio”, y el mismo Adam Smith observó, meticulosamente, la frecuencia con que se hacía uso de procedimientos para limitar la competencia⁶ y así como todas las diferencias en la flexibilidad de los precios que de ello se seguían. Pero consideraron estos casos como excepciones, y como excepciones, además, que podrían eliminarse y se eliminarían con el tiempo. Algo semejante puede decirse también de Marshall.

⁶ De una manera que recuerda sorprendentemente las concepciones actuales Adam Smith destacó, incluso, la discrepancia existente entre los intereses de cada rama económica y el interés público, y habla de conspiraciones dirigidas contra este último, que él creía que podían originarse en cualquier banquete de hombres de negocios.

Aunque desarrolló al teoría del monopolio de Cournot⁷ y aunque se anticipó el análisis posterior al llamar la atención sobre el hecho de que, la mayoría de las empresas tienen mercados especiales propios, en los que imponen sus precios, en vez de aceptarlos simplemente,⁸ ha ajustado, lo mismo que Wicksell, sus conclusiones generales al patrón de la competencia perfecta, con lo que insinúa, como los clásicos, que es ésta la que constituye la regla general. Ni Marsahll, ni Wicksell ni los clásicos, vieron que la competencia perfecta constituye la excepción, y que, aun cuando fuese la regla, habría mucha menos razón para congratularse de lo que pudiera pensarse.

Si examinamos más de cerca las condiciones —no todas ellas formuladas explícitamente ni aun vistas con claridad por Marsahll ni Wicksell— que tienen que cumplirse para dar lugar a la competencia perfecta, comprobamos, inmediatamente, que, aparte de la producción masiva agrícola, no puede haber muchos ejemplos de ella. Un agricultor suministra su algodón o su trigo, efectivamente, bajo esas condiciones; desde su punto de vista los precios corrientes del algodón o del trigo son datos, si bien datos muy variables, y al no poder influir sobre ellos mediante su acción individual, se limita a adaptar simplemente, a ellos, su producción; como todos los agricultores hacen lo mismo, los precios y las cantidades terminan por ajustarse conforme a las exigencias de la teoría de la competencia perfecta. Pero esto no sucede así, aun con muchos productos agrícolas, como, por ejemplo, con los patos, los embutidos, las verduras y muchos productos derivados de la leche. Y, prácticamente, respecto a todos los productos terminados y los servicios de industria y el comercio es evidente que todo tendero de comestibles, toda estación de aprovisionamiento, todo fabricante de guantes o de crema para el afeitado o de serruchos, tiene un pequeño y precario mercado propio que trata —tiene que tratar— de levantar y conservar mediante la estrategia de los precios, la estrategia de la calidad —“diferenciación de los productos”— y la publicidad. Así obtenemos un modelo completamente distinto del que no parece haber razón para esperar que dé lugar a los resultados de la competencia perfecta, sino que se adapta mucho mejor al esquema monopolista. En estos casos hablamos de competencia monopolista, cuya teoría ha constituido una de las mayores contribuciones a la ciencia económica de la posguerra.⁹

⁷ Augustin Cournot, 1938.

⁸ Esta es la razón por la que la teoría posterior de la competencia imperfecta puede hacerse remontar muy bien hasta Marshall. Aunque no la elaboró, vio el fenómeno con más exactitud que la mayoría de los que han elaborado dicha tesis. Especialmente, Marshall no exageró su importancia.

⁹ Véase especialmente E. S. Chamberlin: *Theory of Monopolistic Competition*, y Joan Robinson: *The Economics of Imperfect Competition*.

Queda un amplio campo de productos sustancialmente homogéneos —principalmente, materias primas para la industria y productos industriales semiterminados, tales como barras de acero, cemento, tejidos de algodón y similares— para los cuales no parecen predominar condiciones favorables para el surgimiento de la competencia monopolista. Así es. Pero, en general, se dan en este campo resultados tanto más semejantes cuanto mayor es la parte del mismo abarcada por empresas en gran escala que, bien individualmente o concertadas, pueden manipular los precios, incluso, sin diferenciar los productos, es decir, en casos de oligopolio. Aquí también el esquema del monopolio, convenientemente modificado, parece adaptarse a este tipo de comportamiento mucho mejor que el esquema de la competencia perfecta.

Tan pronto como se haya reconocido el predominio de la competencia monopolista o del oligopolio o de la combinación de ambas cosas, muchas de las proposiciones que la generación de economistas de Marshall-Wicksell solía enseñar, con el mayor aplomo, se hacen o inaplicables o mucho más difíciles de probar. Esto rige, en primer lugar, para las proposiciones que giran en torno del concepto fundamental de equilibrio, esto es, una situación determinada del organismo económico, hacia la cual tiende siempre cualquier otra situación dada y que muestra ciertas propiedades simples. En el caso general del oligopolio no hay, de hecho, ningún equilibrio determinado y existe la posibilidad de que haya una serie interminable de movimientos y contramovimientos, una situación de guerra constante entre las empresas en competencia. Es verdad que hay muchos casos especiales en los que existe, teóricamente, una situación de equilibrio. Pero en segundo lugar, incluso en estos casos, no sólo es mucho más difícil de alcanzar el equilibrio que en la competencia perfecta (y todavía más difícil de mantener), sino que la competencia "benéfica" del tipo clásico parece que ha de ser, fácilmente, reemplazada por una competencia "de rapiña" o de "guerra a cuchillo" o, simplemente, por luchas por el predominio en la esfera financiera. Estas maniobras constituyen otras tantas causas de dilapidación social, a las que hay que añadir otras muchas, tales como los costos de las campañas publicitarias, la supresión de los nuevos métodos de producción (comprando patentes para no usarlas), etc. Y lo más importante de todo es que, bajo las condiciones consideradas, el equilibrio, aunque termine por alcanzarse por un método sumamente costoso, no garantiza ya ni el empleo total ni la producción máxima en el sentido de la teoría de la competencia perfecta. El equilibrio *puede* existir sin empleo total; *tiene que* establecerse, al parecer, en un nivel de producción inferior a aquel límite máximo, porque la estrategia que tiende a conservar los beneficios, imposible

en las condiciones de la competencia perfecta, ahora no sólo se hace posible, sino que se impone por sí misma.

Ahora bien: ¿no corrobora esto lo que piensa siempre el hombre de la calle (a no ser que sea un hombre de negocios) sobre la cuestión del comportamiento en la vida de los negocios? ¿No ha refutado, por completo, el análisis moderno la teoría clásica y ha justificado las opiniones populares? ¿No es verdad, después de todo, que apenas existe paralelismo entre producir para obtener un beneficio y producir para el consumidor y que la empresa privada es poco más que un recurso para restringir la producción con vistas a arrancar beneficios que deberían calificarse, con razón, de diezmos y rescates?

EL PROCESO DE LA DESTRUCCION CREADORA

Las teorías de la competencia monopolista y oligopolista y sus variantes populares pueden ponerse de dos maneras al servicio de la concepción según la cual la realidad capitalista no es favorable para la obtención de un rendimiento máximo de producción. Puede sostenerse que siempre ha sido así y que en todos los tiempos la producción se ha expandido a pesar del sabotaje secular perpetrado por la burguesía dirigente. Los defensores de esta proposición deberían aportar la prueba de que el tipo de aumento observado puede explicarse por una serie de circunstancias favorables independientemente del mecanismo de la empresa privada y que son suficientemente fuertes para vencer la resistencia de esta última. Esta es precisamente la cuestión que hemos de discutir en el capítulo IX. Sin embargo, los que defienden esta variante tienen, al menos, la ventaja de evitar las dificultades de orden histórico con las que tienen que enfrentarse los defensores de la proposición alternativa, que afirma que la realidad capitalista tendió en otro tiempo a favorecer el rendimiento máximo de la producción o, en todo caso, un rendimiento lo bastante considerable para constituir un elemento fundamental para una seria apreciación del sistema, no obstante lo cual el desarrollo posterior de las formas monopolistas, al matar la competencia, ha invertido ahora esa tendencia.

En primer lugar, esta tesis implica la creación de una edad de oro de la competencia perfecta, completamente imaginaria, que en algún momento dado se ha metamorfoseado de alguna manera en la edad monopolista, prescindiendo del hecho completamente evidente de que la competencia perfecta no ha sido nunca más realidad de lo que es en la actualidad. En segundo lugar, es necesario señalar que el tipo de aumento de la producción no ha decrecido desde el noveno decenio del siglo pasado, a partir del cual supongo yo que habría que fechar el predominio de los grandes *concerns*, al menos en la industria manufacturera; que no hay nada en el comportamiento de las series temporales de la producción total que sugiera una "ruptura de la tendencia" y, lo más importante de todo, que el nivel moderno de vida de las masas ha mejorado durante el período de la "gran empresa" relati-

vamente libre de trabas. Si pasamos revista a las partidas que entran en el presupuesto del obrero moderno y observamos la evolución de sus precios a partir de 1899 no en términos de dinero, sino en términos de las horas de trabajo necesarias para comprarlas —esto es, los precios monetarios de cada año divididos por los tipos de salario por hora de cada año—, no puede dejar de sorprendernos el tipo de adelanto que, teniendo en cuenta la espectacular mejora en las calidades, parece haber sido más rápida que nunca hasta ahora. Si nosotros los economistas fuésemos menos dados al deseo de pensar y nos inclinásemos más a la observación de los hechos, nos surgiría inmediatamente la duda en cuanto a los méritos reales de una teoría que nos habría llevado a esperar un resultado muy diferente. Pero esto no es todo. En cuanto entramos en detalles y tomamos en consideración cada uno de los artículos en que el progreso ha sido más manifiesto esta pista nos conduce no a las puertas de las empresas que trabajan en condiciones de competencia relativamente libre, sino precisamente a las puertas de los grandes *concerns* —que, como en el caso del maquinismo agrícola, han contribuido también al progreso del sector de competencia— y se nos trasluce una enorme sospecha, esto es, la de que la gran empresa ha contribuido a la creación de ese nivel de vida más bien que a su contracción.

Las conclusiones indicadas al final del capítulo anterior son, en realidad, casi completamente falsas. No obstante, están deducidas de observaciones y teoremas que son casi completamente verdaderos.¹ Tanto los economistas como los escritores populares se han guiado por algunos fragmentos de la realidad que habían conseguido aprehender. Estos fragmentos mismos estaban vistos correctamente en la mayoría de los casos. Sus propiedades formales estaban también reconocidas correctamente en casi todos los casos. Pero de tales análisis fragmentarios no se deduce ninguna conclusión válida acerca de la realidad capitalista en su conjunto. Si, a pesar de eso, las deducimos, solamente por casualidad pueden ser exactas. Esto es lo que se ha hecho. Pero la casualidad afortunada no ha tenido lugar.

¹ En realidad, estas observaciones y teoremas no son completamente satisfactorios. Las exposiciones usuales de la teoría de la competencia imperfecta, especialmente, no prestan la atención debida a los muchos e importantes casos en que los resultados de la competencia imperfecta, incluso en el plano de una teoría estática, se aproximan a los de la competencia perfecta. Hay otros casos en los que no se aproximan, pero ofrecen la compensación de que, aunque no entran en ningún índice de producción, contribuyen, no obstante, a los elementos que los índices de producción tratan en última instancia de medir, a saber: los casos en que una empresa defiende su mercado haciéndose, por ejemplo, una reputación de calidad y servicio a la clientela. Sin embargo, para simplificar la cuestión no entraremos en disputa con esta teoría, colocándonos en su propio terreno.

El punto esencial que hay que tener en cuenta consiste en que, al tratar del capitalismo, nos enfrentamos con un proceso evolutivo. Puede parecer extraño que alguien pueda desconocer un hecho tan obvio y que, además, fue hace bastante tiempo destacado por Karl Marx. No obstante, lo deja a un lado persistentemente aquel análisis fragmentario que nos ha proporcionado la mayor parte de nuestras tesis relativas al funcionamiento del capitalismo moderno. Conviene, pues, volver a describir este punto y ver qué significación tiene para nuestro problema.

El capitalismo es, por naturaleza, una forma o método de transformación económica y no solamente no es jamás estacionario, sino que no puede serlo nunca. Ahora bien: este carácter evolutivo del proceso capitalista no se debe simplemente al hecho de que la vida económica transcurre en un medio social y natural que se transforma incesantemente y que, a causa de su transformación, altera los datos de la acción económica; este hecho es importante y estas transformaciones (guerras, revoluciones, etc.) condicionan a menudo el cambio industrial, pero no constituyen su móvil primordial. Tampoco se debe este carácter evolutivo al crecimiento casi automático de la población y el capital ni a las veleidades del sistema monetario, de todo lo cual puede decirse exactamente lo mismo que de las transformaciones del proceso capitalista. El impulso fundamental que pone y mantiene en movimiento a la máquina capitalista procede de los nuevos bienes de consumo, de los nuevos métodos de producción y transporte, de los nuevos mercados, de las nuevas formas de organización industrial que crea la empresa capitalista.

Como hemos visto en el capítulo anterior, el contenido del presupuesto del obrero, pongamos de 1760 a 1940, no aumentó simplemente en una dirección inalterada, sino que experimentó un proceso de transformación cualitativa. De un modo semejante la historia del aparato de producción de una explotación agrícola típica, desde el comienzo de la racionalización de la rotación de los cultivos, de los métodos de los mismos y de la cría de ganado hasta la agricultura mecanizada de nuestros días —juntamente con los silos y los ferrocarriles—, es una historia de revoluciones, como lo es la historia del aparato de producción de la industria del hierro y acero, desde el horno de carbón vegetal hasta el tipo actual de alto horno, y la historia del aparato de producción de energía, desde la rueda hidráulica hasta la turbina, y la historia del transporte, desde la silla de postas hasta el aeroplano. La apertura de nuevos mercados, extranjeros o nacionales, y el desarrollo de la organización de la producción, desde el taller de artesanía y la manufactura hasta los *concerns*, tales como los del acero de los Estados Unidos (U. S. Steel), ilustran el mismo

proceso de mutación industrial —si se me permite usar esta expresión biológica— que revoluciona incesantemente ² la estructura económica *desde dentro*, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de *destrucción creadora* constituye el dato de hecho esencial del capitalismo. En ella consiste en definitiva el capitalismo y toda empresa capitalista tiene que amoldarse a ella para vivir. Ahora bien: este hecho afecta de dos maneras a nuestro problema.

En primer lugar, como nos estamos ocupando de un proceso en el que cada elemento tarda un tiempo considerable en revelar sus verdaderos rasgos y sus efectos definitivos, no tiene sentido tratar de apreciar el rendimiento de este proceso, *ex visu*, de un momento dado; su rendimiento tenemos que apreciarlo a través de un período mayor de tiempo, tal como se despliega en décadas o centurias. Un sistema —no sólo económico, sino también todo otro sistema— que en *cada* momento dado utiliza plenamente sus posibilidades con la máxima ventaja, puede, no obstante, ser a la larga inferior a un sistema que no alcanza en *ningún momento* dado este resultado, porque el fracaso del último en este respecto puede ser una condición precisa para el nivel o el ímpetu de la prestación a largo plazo.

En segundo lugar, como estamos tratando de un proceso orgánico, el análisis del funcionamiento de un elemento específico del organismo —por ejemplo, de un *concern* o industria singular— puede, en realidad, aclarar detalles del mecanismo, pero no puede conducir a conclusiones más generales. Cada fragmento de la estrategia económica sólo adquiere su verdadero significado poniéndolo en relación con este proceso y dentro de la situación creada por él. El papel que desempeña hay que verlo dentro del vendaval perenne de la destrucción creadora; no puede ser comprendido independientemente de él ni sobre la base de la hipótesis de una calma perenne.

Sin embargo, ésta es precisamente la hipótesis que adoptan los economistas que, *ex visu* de un momento, consideran, por ejemplo, el comportamiento de una industria oligopolista —una industria que consta de unas pocas grandes empresas— y observan en ellas los móviles y contramóviles habituales, que no parecen aspirar más que a elevar los precios, restringiendo la producción. Estos economistas aceptan los datos de una situación momentánea como si no estuviese ligada al pasado ni al futuro y creen haber comprendido lo que tendrían que comprender interpretando el comportamiento de esas empresas me-

² Estas revoluciones no son incesantes en un sentido estricto; tienen lugar en acometidas discontinuas, separadas unas de otras por lapsos de relativa calma. Sin embargo, el proceso en su conjunto actúa incesantemente en el sentido de que hay siempre o una revolución o bien una absorción de los resultados de una revolución, formando ambas cosas los llamados ciclos económicos.

diente la explicación del principio del lucro máximo aplicado a aquellos datos. Las disertaciones usuales de los teóricos y los informes corrientes de las comisiones gubernamentales no tratan prácticamente nunca de ver este comportamiento: de una parte, como resultado de un fragmento de historia pasada, y de otra parte, como intento de adaptarse a una situación que está abocada a cambiar dentro de poco, como un intento de estas empresas para mantenerse en equilibrio sobre un terreno que se escapa de debajo de sus pies. En otras palabras: el problema que usualmente se toma en consideración es el de cómo administra el capitalismo las estructuras existentes, siendo así que el problema relevante es el de descubrir cómo las crea y cómo las destruye. Mientras no tenga conciencia de esto el investigador realiza una labor que carece de sentido; pero en cuanto lo reconozca, su visión de la práctica capitalista y sus consecuencias sociales se modificarán considerablemente.³

Lo primero que hay que echar por la borda es la concepción tradicional del *modus operandi* de la competencia. Los economistas comienzan por fin a salir de la etapa en la que no veían otra cosa que la competencia de los precios. Tan pronto como la competencia de las calidades y el esfuerzo por vender son admitidos en el recinto sagrado de la teoría, la variable del precio es expulsada de su posición dominante. Sin embargo, lo que prácticamente monopoliza la atención del teórico sigue siendo la competencia dentro de un molde rígido de condiciones, especialmente de métodos de producción y formas de organización industrial, que no sufren variación. Pero en la realidad capitalista (en contraposición a la imagen que dan de ella los libros de texto) no es esta especie de competencia la que cuenta, sino la que lleva consigo la aparición de artículos nuevos, de una técnica nueva, de fuentes de abastecimiento nuevas, de un tipo nuevo de organización (la unidad de dirección en gran escala, por ejemplo), es decir, la competencia que da lugar a una superioridad decisiva en el costo o en la calidad y que ataca no ya a los márgenes de los beneficios y de la producción de las empresas existentes, sino a sus cimientos y su misma existencia. Esta especie de competencia es tanto más efectiva que la de los precios cuanto lo es un bombardeo con relación a forzar una puerta, y tanto más importante cuanto que se hace relativamente indiferente que la competencia, en el sentido ordinario, funcione más o

³ Debe entenderse que esta modificación de la perspectiva afecta, solamente, a nuestra apreciación del rendimiento económico y no a nuestro juicio moral. Gracias a su autonomía, la aprobación o desaprobación morales son enteramente independientes de nuestra apreciación de los resultados sociales (u otros cualesquiera), a menos que adoptemos un sistema moral, tal como el utilitarismo, que hace depender *ex definitione* de tales resultados la aprobación o la desaprobación morales.

menos rápidamente; la poderosa palanca que a la larga expansiona la producción y rebaja los precios está hecha en todo caso de otra materia.

Apenas es necesario mencionar que la competencia de la especie que ahora tenemos en la mente opera no sólo cuando se actualiza, sino también cuando no es más que una amenaza omnipresente, e incluso antes de atacar ejerce ya su presión disciplinante. El hombre de negocios se siente colocado en una situación de competencia, aun cuando esté solo en su ramo o aun cuando, a pesar de no estar solo, ocupe una posición tal que ningún investigador oficial podrá descubrir una competencia efectiva entre él y cualesquiera otras personas del mismo ramo o de ramos afines, y tendrá que llegar, por consiguiente, a la conclusión de que las preocupaciones por la competencia que ha formulado son una fantasmagoría. En muchos casos, aunque no en todos, esta presión forzará a la larga a un comportamiento muy semejante al que determinaría un sistema de competencia perfecta.

Muchos teóricos adoptan el punto de vista opuesto, que como mejor se expone es mediante un ejemplo. Supongamos que hay un cierto número de comerciantes minoristas vecinos que tratan de mejorar su posición relativa, esforzándose por servir bien y por crearse un ambiente favorable; pero evitan la competencia de precios, ateniéndose, en cuanto a los métodos, a la tradición local, es decir, un cuadro, en suma, de estancamiento rutinario. A medida que se establezcan otros nuevos minoristas se destruye un cuasi equilibrio, pero en unas condiciones que no benefician a sus clientes. Al estrecharse el espacio económico que queda alrededor de cada una de las tiendas sus propietarios no podrán seguir ganándose la vida y tratarán de remediar su situación elevando los precios mediante un acuerdo tácito. Esto reducirá aún más sus ventas y crearán así, mediante esta reducción progresiva, una situación en la que el aumento de cierta potencia irá acompañado de precios en alza (en vez de en baja) y de ventas decrecientes (en vez de ventas en aumento).

Tales casos ocurren efectivamente y es correcto y útil analizarlos. Pero, como muestran los ejemplos prácticos que usualmente se invocan, son casos-límite que hay que buscarlos principalmente en los sectores más apartados de todo lo que es más característico de la actividad capitalista.⁴ Además, son transitorios por naturaleza.

⁴ Este carácter de caso-límite se pone también de manifiesto en un teorema que encontramos enumerado con frecuencia en las exposiciones de la teoría de la competencia imperfecta, a saber: el teorema de que las empresas industriales o comerciales que trabajan en condiciones de competencia imperfecta tienden a ser irracionalmente pequeñas. Como al mismo tiempo se sostiene que la competencia imperfecta es una característica predominante de la industria moderna, tenemos que preguntarnos maravillados en qué mundo viven estos teóricos, a no ser que, como se decía más arriba, no piensen más que en casos-límite.

En el caso del comercio al por menor la competencia de que se trata surge no de las tiendas adicionales del mismo porte, sino de los grandes almacenes, del comercio en cadena, del comercio por correspondencia y del supermercado, que han de destruir esas pirámides más temprano o más tarde.⁵ Ahora bien: una construcción teórica que descuida este elemento esencial del caso pierde de vista todo lo que hay más típicamente capitalista en él; aun cuando fuera correcta, tanto lógicamente como con arreglo a los hechos sería como un *Hamlet* sin el príncipe danés.

⁵ La mera amenaza de tal ofensiva innovadora no puede ejercer su influencia disciplinadora sobre los precios en las condiciones personales y ambientales especiales en que se desenvuelven los pequeños comerciantes al por menor, porque el minorista modesto está demasiado atado por su estructura de costos excesivos, y, por bien que pueda dirigir su negocio dentro de sus limitaciones intraspasables, no puede adaptarse nunca a los métodos de los competidores que tienen medios para vender a los precios a que él compra.

LAS PRACTICAS MONOPOLISTAS

Lo que se ha dicho hasta aquí es, en realidad, suficiente para poner al lector en condiciones de interpretar la gran mayoría de los casos que ha de encontrar, probablemente, en la práctica, y de comprobar lo defectuoso de la mayoría de las objeciones dirigidas a la economía de lucro, que se basan, directa o indirectamente, en la ausencia de una competencia perfecta. Pero como la validez de nuestra argumentación sobre algunas de estas objeciones puede no resultar clara al primer golpe de vista, merece la pena elaborarla un poco, a fin de hacer más explícitos algunos puntos.

1. Acabamos de ver que el impacto de las innovaciones —de una nueva técnica, por ejemplo— sobre la estructura existente de una industria, tanto como hecho cuanto como amenaza, reduce considerablemente el efecto a largo plazo y la importancia de las prácticas que tienen por objeto conservar las posiciones adquiridas y elevar al máximo los beneficios procedentes de ellas mediante la restricción de la producción. Tenemos que reconocer ahora el hecho ulterior de que las prácticas de esta especie, en tanto que son efectivas, adquieren una nueva significación en el seno del ininterrumpido vendaval de la destrucción creadora, significación que no tendría en una situación estacionaria o en una situación de crecimiento lento y equilibrado. En uno y otro caso la estrategia restrictiva actúa a expensas de los compradores, a no ser que, en el caso de un progreso equilibrado, dicha estrategia pudiese demostrar que es la manera más fácil y eficaz de reunir los medios para la financiación de las inversiones adicionales.¹ Pero en el proceso de la destrucción

¹ Los teóricos propenden a considerar incurso en grave error a todo el que admite esta posibilidad y a demostrar seguidamente que la financiación mediante empréstitos de los bancos o de ahorradores privados o, en el caso de empresas públicas, la financiación con los productos de un impuesto sobre la renta, es mucho más racional que la financiación realizada con los excesos de beneficios reunidos en virtud de una política de restricciones. Para ciertos sistemas de comportamiento económico tienen toda la razón; en otros casos están en completo error. Yo creo que tanto el capitalismo como el comunismo del tipo del ruso pertenecen a la última categoría. Pero el punto saliente es que las consideraciones teóricas, especialmente las consideraciones teóricas a corto plazo, no pueden resolver este problema (que volveremos a encontrarlo en la parte siguiente), si bien contribuyen a su solución.

creadora las prácticas restrictivas pueden hacer mucho para enderezar la nave y atenuar las dificultades temporales. Este es, en realidad, un argumento muy familiar que hace siempre aparición en las épocas de depresión y que, como todo el mundo sabe, se ha hecho muy popular entre los gobiernos y sus asesores económicos, como atestigua la N. R. A. Pero aunque se ha abusado también de él y se ha aplicado tan desacertadamente que la mayoría de los economistas lo desprecian de todo corazón, esos mismos expertos responsables de estos abusos y desaciertos² dejan de ver, invariablemente, su justificación mucho más general.

Prácticamente, toda inversión entraña, como complemento necesario de la actividad del empresario, ciertas medidas de protección, como el seguro o el arbitraje. Invertir a largo plazo, en condiciones que cambian de una manera rápida (especialmente en condiciones que cambian o que pueden cambiar a cada momento bajo la presión de técnicas nuevas y de productos nuevos), es como una tirada a un blanco que no solamente es confuso, sino que está en movimiento y que se mueve, además, a sacudidas. Por eso se hace necesario acudir a medios de protección tales como las patentes o el secreto temporal del procedimiento o, en algunos casos, contratos a largo plazo asegurados de antemano. Pero estos medios de protección, que la mayoría de los economistas aceptan como elementos normales de una gestión racional,³ constituyen tan sólo casos especiales de una categoría más amplia, que comprende otros muchos, condenados por casi todos los economistas, aunque no difieren fundamentalmente de los admitidos por ellos.

Si, por ejemplo, un riesgo de guerra es asegurable, nadie pone objeciones a que una empresa cargue el costo de este seguro a los compradores de sus productos. Pero este riesgo, aun cuando no exista medio de asegurarlo, no por ello deja de ser un elemento de los costos a largo plazo, en cuya caso una estrategia de precios que tienda al mismo fin podrá dar la impresión de que contiene restricciones innecesarias y que produce un exceso de beneficios. De un modo semejante, si no puede conseguirse una patente o si, en caso de conseguirla, no ofreciese una protección efectiva, podrán tener que emplearse otros medios para defender la inversión, entre los que se encuentran una política de precios que haga posible analizarla más

² En especial es fácil demostrar que no tiene sentido y acarrea grandes males la política encaminada al mantenimiento de las "paridades de precios".

³ Algunos economistas, sin embargo, consideran que incluso esos medios constituyen obstáculos al progreso, que, aunque tal vez sean inevitables en la sociedad capitalista, desaparecerían en una sociedad socialista. En esto hay algo de verdad. Pero no afecta a la afirmación de que la protección concedida mediante patentes constituye, en último análisis, en las condiciones de una economía de lucro, un factor de impulso y no de inhibiciones.

rápidamente de lo que en otro caso sería racional, o bien inversiones adicionales destinadas a conseguir un exceso de capacidad de producción que se utilizaría solamente para el ataque o la defensa. Del mismo modo, si no pueden concertarse de antemano contratos a largo plazo, la empresa inversora podría idear otros medios para asegurarse los clientes en perspectiva.

Al analizar esta estrategia económica, *ex visu*, de un momento dado, el economista o el comisionado del gobierno para la investigación ve medidas de política de precios que le parecen abusivas y restricciones de la producción que le parecen sinónimas de pérdida de oportunidades para producir. Pero no ve qué, en las condiciones de este vendaval ininterrumpido, las restricciones de este tipo constituyen simples incidentes, a menudo inevitables, que estimulan más bien que frenan el proceso de expansión a largo plazo. No hay en esto más paradoja que en decir que los automóviles marchan con mayor rapidez *por tener* frenos que si no los tuvieran.

2. Cuando esta tesis aparece con mayor claridad es en el caso de aquellos sectores de la economía que, en un momento dado, son los que reciben el impacto de los productos y los métodos nuevos sobre la estructura industrial existente. La mejor manera de obtener una idea vívida y realista de la estrategia industrial consiste, sin duda, en observar el comportamiento de las nuevas empresas o industrias que introducen mercancías o procedimientos nuevos (como la industria del aluminio), o bien reorganizan una parte o la totalidad de una industria (como, por ejemplo, la antigua Standard Oil Company).

Como hemos visto, estas empresas son agresivas por naturaleza y manejan el arma de la competencia con verdadera eficacia. Su intromisión solamente en los casos más raros puede dejar de mejorar la producción total en cantidad o calidad, bien directamente por el nuevo método mismo —aun cuando no se utilice en ningún momento a pleno rendimiento—, bien por la presión que ejerce sobre las empresas preexistentes. Pero las condiciones en que se encuentran estos agresores son tales, que para alcanzar sus fines de ataque y de defensa necesitan también otras armas distintas de los precios y la calidad de sus productos, las cuales tienen que ser también manejadas constantemente de una forma que dé la impresión de que se limitan a restringir su producción y mantener los precios elevados.

De una parte, los planes en muy gran escala no podrían realizarse en muchos casos si no se supiese desde el principio que la competencia ha de desalentarse por las exigencias de un gran capital o la falta de experiencia o que existen medios para desalentar o derrotar a los rivales a fin de ganar tiempo y espacio para ulteriores

desenvolvimientos. Incluso la conquista del dominio financiero sobre los *concerns* en competencia que ocupan posiciones inexpugnables por cualquier medio o el aseguramiento de privilegios que van en contra del sentimiento público del juego limpio —tarifas ferroviarias de favor— aparece bajo una luz diferente en tanto que se considere exclusivamente su influencia a largo plazo sobre la producción total;⁴ la aplicación de estos métodos puede ser necesaria para superar los obstáculos que pone la institución de la propiedad privada en la senda del progreso. En una sociedad socialista no serían menos necesarios ese tiempo y ese espacio, que tendrían que ser asegurados por orden de la autoridad central.

Por otra parte, una empresa sería imposible en la mayoría de los casos si no supiese desde el principio que probablemente surgirían situaciones excepcionalmente favorables que, si se explotan mediante el manejo de los precios, la calidad y la cantidad proporcionarán beneficios suficientes para superar las situaciones excepcionalmente desfavorables, con tal que éstas sean tratadas de un modo semejante. Nuevamente requiere esto una estrategia que, considerada a corto plazo, es a menudo restrictiva. En la mayoría de los casos en que tiene éxito esta estrategia basta justamente para alcanzar sus fines. En algunos casos, sin embargo, tiene tanto éxito como para proporcionar beneficios muy superiores a los que serían necesarios para inducir a la correspondiente inversión. Estos casos constituyen el cebo que atrae al capital por caminos inexplorados. Su existencia explica, en parte, hasta qué punto es posible que una parte tan grande del mundo capitalista trabaje para nada; en medio del período de prosperidad del segundo decenio del presente siglo aproximadamente la mitad de las empresas de los Estados Unidos trabajaban ya con pérdida, ya con beneficio nulo, ya con beneficios que, si hubiesen sido

⁴ Yo creo que la limitación añadida descarta toda causa justa de escándalo que pudiera causar la proposición anterior. En el caso de que esta limitación no sea bastante explícita, ruego tengan por repetido que el aspecto moral permanece en este caso, como debe permanecer en todos, completamente inafectado por el argumento económico. Por lo demás, reflexione el lector que, aun tratándose de acciones indudablemente criminales, todo juez o jurado civilizado tendrá en cuenta el propósito ulterior en persecución del cual se ha cometido el crimen y llegar a conclusiones diferentes según que los resultados de la acción criminal sean o no tenidos por ellos como socialmente deseables.

Otra objeción estaría más acertada. Si una empresa tan sólo puede prosperar recurriendo a tales medios, ¿no prueba por sí misma esta circunstancia que la comunidad no puede obtener de ella ninguna ganancia social? Para apoyar este criterio puede idearse un argumento muy sencillo. Pero está sujeto a una severa reserva *caeteris paribus*, es decir, que no vale más que para un conjunto de condiciones que equivalen, aproximadamente, a excluir el proceso de la destrucción creadora, que es tanto como excluir la realidad capitalista. Reflexionando sobre esto se reconocerá que, para probar esta incompatibilidad, basta con la analogía de las prácticas que se discuten arriba con el caso de las patentes.

previstos, habrían sido insuficientes para atraer el esfuerzo y el gasto que implicaban.

Nuestra argumentación se extiende, sin embargo, más allá de los casos de las empresas nuevas, de los métodos nuevos y de las industrias nuevas. Las empresas antiguas y las industrias establecidas desde antiguo, ya sean o no atacadas directamente, viven siempre inmersas en un vendaval perenne. En el proceso de la destrucción surgen situaciones en las que han de perecer muchas empresas que, sin embargo, habrían podido resistir una tormenta particular. Aparte de tales crisis o depresiones generales, surgen situaciones locales en las que el rápido cambio de datos, que es característico de dicho proceso, desorganiza tanto de momento una industria que le ocasiona pérdidas absurdas y le crea un paro evitable. En conclusión: no tiene, ciertamente, sentido tratar de conservar indefinidamente industrias que van quedando anticuadas; pero sí tiene sentido evitar su derrumbamiento estrepitoso e intentar convertir una huida, que puede llegar a ser un centro de efectos depresivos acumulativos, en una retirada ordenada. En concordancia con esto, en el caso de industrias que han cometido ligerezas, pero que siguen ganando terreno en lugar de perderlo, hay razón para hablar de un avance ordenado.⁵

⁵ Un buen ejemplo ilustrativo de este punto —en realidad, de muchos puntos de nuestro argumento general— lo constituye la historia de la posguerra de las industrias del automóvil y de la seda artificial. La primera ilustra muy bien la naturaleza y el valor de lo que pudiéramos llamar competencia “deputada”. La época de bonanza terminó con 1916. Sin embargo, se agolparon después en la industria una multitud de empresas, la mayoría de las cuales habían sido ya eliminadas para 1925. De esta lucha feroz a vida o muerte surgieron tres *concerns* que ahora abarcan más del 80 por 100 de la venta total. Están bajo la presión de la posición lograda, de una organización bien elaborada de ventas y servicios de colocación, etc.; cualquier fallo para mantener y mejorar la calidad de sus productos o cualquier intento de combinación monopolista atraería nuevos competidores. Entre sí, los tres *concerns* se comportan de una manera que debería llamarse de respeto recíproco más bien que de competencia: se abstienen de ciertos medios de agresión (que, por lo demás, tampoco se emplearían en una competencia perfecta); se mantienen al mismo ritmo, tratando así de obtener ciertas ganancias marginales. Esto lleva ya una duración de más de quince años y no es obvio que, si durante este período hubiesen prevalecido las condiciones de una competencia teóricamente perfecta, se ofrecerían ahora al público coches mejores o más baratos, ni que a los obreros se pagaran salarios más elevados, ni que se les diera un empleo más abundante y más estable. La industria de la seda artificial tuvo su buena época en el segundo decenio del siglo actual. Presenta los rasgos que acompañan a la introducción de una mercancía en un campo plenamente ocupado de antemano, así como las medidas que se imponen en tales condiciones con una claridad aún mayor que la industria del automóvil. Hay también una serie de diferencias; pero, en lo fundamental, el caso es similar. La expansión de la producción de la seda artificial, en cantidad y calidad, es conocida por todos. No obstante, esta expansión ha estado presidida en cada momento singular por una política restrictiva.

Todo esto no es, por supuesto, más que el más vulgar sentido común. No obstante, se pasa por alto con una persistencia tan obstinada que a veces surgen dudas acerca de su sinceridad. Y de ello se sigue que, dentro del proceso de destrucción creadora, todos cuyos fenómenos acostumbran los teóricos relegar a los libros y conferencias sobre los ciclos económicos, hay otro lado de la autoorganización industrial, además del que contemplan estos teóricos. Las "restricciones comerciales" del tipo de las de los *cartels*, así como aquellas que consisten simplemente en convenios tácitos acerca de la competencia de precios, pueden ser remedios eficaces en condiciones de depresión. En tanto que lo son, pueden terminar por dar lugar a una expansión de la producción total no sólo más constante, sino también mayor que la que podrían conseguir competidores lanzados en una carrera desenfrenada que no puede dejar de ser cortada por catástrofes. Tampoco puede argumentarse que estas catástrofes suceden de todas formas. Sabemos lo que ha sucedido en cada caso histórico, pero tenemos una idea muy imperfecta de lo que podría haber sucedido, teniendo en cuenta la marcha vertiginosa del proceso, si hubiesen faltado por completo tales clavijas de detención.

Sin embargo, ni aun después de estos nuevos desarrollos abarca nuestra argumentación todos los casos de estrategia restrictiva o reguladora, muchos de los cuales ejercen, sin duda, aquel efecto perjudicial sobre el desarrollo a largo plazo de la producción que se atribuye, sin discriminación, a todos ellos. Y, aun en los casos que nuestro argumento abarca, el efecto neto depende de las circunstancias y de la manera y grado en que la industria regula en cada caso singular. Tan concebible es, ciertamente, que un sistema de *cartels* omnipresentes pueda sabotear todo progreso como que pueda realizar con menores costos sociales y privados todos los resultados que se atribuyen a la competencia perfecta. He aquí por qué nuestro argumento puede alegarse contra la regulación estatal. Lo que demuestra es que no hay ninguna razón general que justifique la "desmembración de los trusts" sin discriminación o la persecución de todas las prácticas que pueden calificarse de restricción comercial. Una regulación racional de los beneficios de la empresa a diferencia de una regulación vindicativa, realizada por la autoridad pública, constituye un problema sumamente delicado, cuya solución no puede confiarse a ningún organismo estatal, especialmente cuando se eleva un clamor general contra las grandes empresas.⁶ Pero nues-

⁶ Desgraciadamente, esta afirmación es un obstáculo para todo acuerdo sobre las medidas a adoptar, casi tan efectivo como pudiera serlo la negativa más terminante a admitir la legitimidad de una regulación estatal de dichas prácticas. En realidad, puede hacer aún más agria la discusión. Los políticos, los funcionarios públicos y los economistas pueden hacer frente a lo que yo

tro argumento, ideado para refutar una *teoría* predominante y las consecuencias que se deducen de ella a propósito de las relaciones entre el capitalismo moderno y el desarrollo de la producción total, tan sólo puede ser reemplazado por otra *teoría*, es decir, otra visión de los hechos y otro principio mediante el cual interpretarlos. Para nuestro propósito basta con esto. Por lo demás, los hechos mismos tienen la palabra.

3. Ahora unas cuantas palabras sobre el tema de los precios rígidos, que ha recibido recientemente tanta atención. En realidad, no es sino un aspecto particular del problema que hemos discutido. Definiremos la rigidez como sigue: un precio es rígido si es menos sensible a las modificaciones de las condiciones de oferta y demanda que si prevaleciese la competencia perfecta.

Cuantitativamente, el grado de rigidez de los precios, en este sentido, depende del material y del método de medida que elijamos y constituye, por lo tanto, una cuestión equívoca. Pero cualquiera que sea este material o este método lo cierto es que los precios no son ni con mucho tan rígidos como parecen. Hay muchas razones por las que ciertas evoluciones, que de hecho no son sino variaciones de precios, no deben reflejarse en el cuadro estadístico, o, en otras palabras, por las que muchas rigideces aparentes son falsas. Únicamente voy a mencionar una clase de ellas que está íntimamente relacionada con los hechos destacados por nuestro análisis.

Ya he llamado la atención sobre la importancia de la introducción de mercancías nuevas para el proceso capitalista, en general, y para su mecanismo de competencia, en particular. Ahora bien: una mercancía nueva puede alterar efectivamente la estructura de precios preexistente y satisfacer una necesidad dada a precios mucho más bajos por unidad de servicio (servicio de transporte, por ejemplo), sin que necesite variar uno solo de los precios registrados; la flexibilidad en el sentido real de la palabra puede estar asociada a la rigidez en un sentido formal. Hay otros casos, de otro tipo, en los que la reducción de precio constituye el único motivo para presentar al público una nueva marca, mientras la antigua se

denominaría en términos de urbanidad la oposición irreductible de los "realistas económicos". Para ellos es mucho más difícil disipar las dudas acerca de su propia competencia, que no se puede impedir que se acumulen sobre nosotros, especialmente cuando sabemos cómo funciona un espíritu legalista.

⁷ Esta definición basta para nuestro propósito, pero no sería satisfactoria para otros casos. Véase el artículo de D. D. Humphrey en el *Journal of Political Economy*, octubre 1937, y el de E. S. Mason en la *Review of Economic Statistics*, mayo 1938. El profesor Mason ha demostrado, entre otras cosas, que, contrariamente a una creencia generalizada, la rigidez de los precios no va en aumento o, en todo caso, no es mayor que hace cuarenta años, resultado que basta por sí mismo para invalidar algunas de las inferencias de la doctrina corriente de la rigidez.

deja con la etiqueta de su precio anterior, reducción de precio que tampoco debe reflejarse en las estadísticas. Además, la gran mayoría de los bienes de consumo nuevos —especialmente todos los accesorios de la vida moderna— se introducen primeramente de una forma experimental e insatisfactoria, sin la cual nunca podrían conquistar sus mercados potenciales. La mejora de la calidad de los productos constituye, pues, un rasgo prácticamente universal de la evolución de las empresas y las industrias singulares. E implique o no esta mejora costos adicionales un precio constante por unidad de una mercancía en vía de perfeccionamiento no debe llamarse rígido sin llevar más lejos la investigación.

Por supuesto, quedan bastantes casos de auténtica rigidez de precios, a saber: los que se mantienen constantes por motivos de política comercial o los que permanecen inalterados porque es difícil variarlos, como, por ejemplo, un precio fijado por un *cártel* después de laboriosas negociaciones. Para apreciar la influencia de este hecho sobre el desarrollo a largo plazo de la producción es, ante todo, necesario comprobar que esta rigidez constituye esencialmente un fenómeno de corto plazo. No hay ningún ejemplo importante de rigidez de precios a largo plazo. Cualesquiera que sean la rama industrial o el grupo de artículos fabricados de alguna importancia que elijamos para investigar en un período de tiempo encontramos prácticamente siempre que, a largo plazo, los precios dejan de adaptarse al progreso técnico —frecuentemente reaccionan bajando de un modo espectacular⁸—, a no ser que les impidan adaptarse los acontecimientos monetarios y la política monetaria o, en algunos casos, las variaciones autónomas de los tipos de salarios que, por supuesto, deben ser tenidos en cuenta mediante las correcciones apropiadas, exactamente igual que tienen que serlo las variaciones de calidad de los productos.⁹ Y nuestro anterior análisis muestra de

⁸ Por regla general, los precios no bajan tanto como bajarían en condiciones de competencia perfecta. Pero esto sólo es verdad, *ceteris paribus*, y esta reserva priva de toda importancia práctica a la proposición anterior. Ya he llamado la atención sobre este asunto y volveré a él más adelante (§ 5).

⁹ Desde el punto de vista del bienestar conviene adoptar una definición diferente de la nuestra y medir las variaciones de precios en términos del número de horas de trabajo que son corrientemente necesarias para ganar los dólares con los que comprar cantidades dadas de bienes de consumo fabricados, teniendo en cuenta los cambios de calidad. Ya hemos procedido así en el transcurso de un razonamiento anterior. En este caso se pone de manifiesto a largo plazo una flexibilidad hacia la baja que es verdaderamente impresionante. Las variaciones del nivel de precios plantean otro problema. En tanto que reflejen influencias monetarias deben ser eliminados para alcanzar la mayoría de los objetivos de una investigación sobre la rigidez. Pero no deben eliminarse en cuanto que reflejen el efecto combinado de los rendimientos crecientes en todas las ramas de la producción.

una manera suficiente por qué tiene esto que ser así en el proceso de la evolución capitalista.

A lo que, en realidad, aspira la estrategia de empresa en cuestión —y lo único que, en todo caso, puede conseguir— es evitar las fluctuaciones estacionales, fortuitas y cíclicas de los precios y que éstos se muevan únicamente como reacción a las transformaciones más profundas de las condiciones que yacen bajo esas fluctuaciones. Como las transformaciones más fundamentales tardan tiempo en manifestarse, esta estrategia se traduce en un movimiento lento, a pasos discretos, manteniendo un precio hasta que han surgido a la vista nuevos contornos relativamente duraderos. En lenguaje técnico esta estrategia aspira a moverse a lo largo de una línea quebrada funcional que se aproxima a las líneas de tendencia a largo plazo. Y este resultado se consigue, en la mayoría de los casos, por una rigidez de precios auténtica y voluntaria. En realidad, la mayoría de los economistas admiten esto, al menos tácitamente. Pues aunque algunos de sus argumentos acerca de la rigidez sólo resultarían verdaderos si el fenómeno fuese a largo plazo (por ejemplo, la mayoría de los argumentos que afirman que la rigidez de los precios priva a los consumidores de los frutos del progreso técnico), en la práctica miden y discuten primordialmente la rigidez cíclica y especialmente el hecho de que muchos precios no bajan o, al menos, no bajan rápidamente en los retrocesos y depresiones. El verdadero problema consiste, pues, en determinar cómo puede afectar esta rigidez a corto plazo¹⁰ al desarrollo de la producción total a largo plazo. Dentro de esta cuestión el único problema realmente importante es éste: los precios que permanecen altos en el retroceso o la depresión influyen, indudablemente, sobre la situación económica en estas fases de los ciclos; si esa influencia es muy perjudicial, es decir, si empeora las cosas mucho más de lo que las empeoraría una flexibilidad perfecta universal, las consecuencias ruinosas de la rigidez pueden también afectar a la producción en el curso de los períodos ulteriores de recuperación y prosperidad y reducir así, de un modo permanente, el tipo de aumento de la producción total por

¹⁰ Debe observarse, sin embargo, que este corto plazo puede durar más de lo que implica usualmente la expresión "corto plazo", a veces diez años y aún más. No es un ciclo único lo que hay, sino muchos ciclos simultáneos de diferente duración, y uno de los más importantes dura, por término medio, alrededor de nueve años y medio. Las transformaciones estructurales que requieren los ajustes de precios tienen lugar en los casos importantes en períodos que tienen aproximadamente esa duración. El pleno desarrollo de estas transformaciones espectaculares se revela solamente en períodos mucho más largos que éste. Para razonar de una manera justa acerca de los precios del aluminio, de la seda artificial o de los automóviles, es preciso investigar un período de unos cuarenta y cinco años.

debajo del nivel que había alcanzado en ausencia de estas rigideces. En favor de este criterio se han aportado dos argumentos.

Para iluminar en todo lo posible el primero supongamos que una industria que se niega a reducir los precios en el transcurso de un retroceso continúa vendiendo exactamente la misma cantidad del producto que hubiese vendido si hubiese reducido los precios. Los compradores tienen, por consiguiente, menos dinero en el bolsillo en la cuantía en que la industria se ha beneficiado de la rigidez. Si estos compradores pertenecen a la categoría de personas que gastan todo lo que pueden y si la industria o aquellos a quienes va a parar su beneficio líquido no gastan el ingreso adicional que obtienen, sino que lo guardan sin invertir o pagan con él los empréstitos de los bancos, entonces el gasto total en la economía puede ser, de este modo, reducido. Si esto sucede, otras industrias o empresas pueden resultar perjudicadas, y si, entre tanto, adoptan éstas, a su vez, restricciones, podemos llegar a una acumulación de efectos depresivos. En otras palabras: la rigidez puede influir así en la cantidad y distribución de la renta nacional de forma que puede aminorar los saldos o bien aumentar los saldos ociosos o los ahorros, si es que empleamos esta falsa denominación popular. Tal caso es concebible. Pero al lector no le será difícil convencerse¹¹ de que su importancia práctica, si es que la tiene, es muy pequeña.

El segundo argumento hace referencia a los efectos perturbadores que puede ejercer la rigidez de los precios si, en la misma industria singular en otro sector, conduce a una restricción adicional de la producción, es decir, a una restricción mayor que la que tendría que sobrevenir en todo caso en el curso de una depresión. Como estos efectos se transmiten principalmente por el aumento incidental del paro —la inestabilidad del empleo constituye, en realidad, la acusación que más comúnmente se invoca contra la rigidez de los precios— y por la consiguiente disminución del gasto total, este argumento sigue las huellas del primero. Su importancia práctica se reduce considerablemente, aunque los economistas difieren grandemente en cuanto a la extensión de esta reducción en consideración a que, en los casos más destacados, la rigidez de los precios está motivada precisamente por la escasa sensibilidad de la demanda a las variaciones de los precios a corto plazo dentro de

¹¹ El mejor método para hacer esto consiste en elaborar cuidadosamente *todas* las hipótesis implicadas no solamente en el caso forzado imaginado, sino también en los casos más corrientes que es más probable que sucedan en la práctica. Además, no hay que olvidar que el beneficio debido al mantenimiento de los precios en alza puede servir para evitar la bancarrota o, por lo menos, la necesidad de interrumpir las operaciones, cosas ambas que serían mucho más efectivas para iniciar una "espiral viciosa" hacia la baja que una posible reducción del gasto total. Véanse los comentarios al segundo argumento.

una zona a la que alcanzan las posibilidades. La gente que se inquieta por su futuro, en tiempos de depresión, no se siente inclinada a comprar un coche nuevo, aun cuando su precio se redujese en un 25 por 100, especialmente si su adquisición puede aplazarse fácilmente y si la reducción induce a esperar otras reducciones.

Sin embargo, independientemente por completo de esto, el argumento no es concluyente, porque está también viciado por una cláusula *ceteris paribus* que es inadmisibile al tratar de nuestro proceso de destrucción creadora. Del hecho (en tanto que tal hecho existe) de que a precios más flexibles podrían venderse *ceteris paribus* mayores cantidades, no se sigue que haya de aumentar efectivamente o bien la producción de las mercancías en cuestión o bien la producción total, y, por tanto, el empleo, pues la medida en que podemos suponer que la resistencia a bajar los precios vigoriza la posición de las industrias que adoptan esta política bien por aumentar su renta o simplemente por evitar el caos en sus mercados —es decir, en la medida en que esta política sea algo más que un error por su parte—, dicha política puede convertir en centros de resistencia sectores que de otro modo podrían haber sido centros de dislocación. Como hemos observado anteriormente, desde un punto de vista más general, la producción total y el empleo total pueden mantenerse, no obstante las restricciones que lleva consigo esta política, en un nivel más elevado del que tendrían si se hubiese permitido a la depresión causar estragos en la estructura de los precios.¹² En otras palabras: en las condiciones creadas por la evolución capitalista la flexibilidad perfecta y universal de los precios en tiempos de depresión podrían inestabilizar más el sistema en lugar de estabilizarlo, como, sin duda, se estabilizaría en las condiciones consideradas por la teoría general. Nuevamente se reconoce este riesgo en una gran extensión en aquellos casos en que el economista tiene simpatía por los intereses inmediatamente afectados, como, por jemplo, cuando razona acerca de la mano de obra y la agricultura; en estos casos admite de muy buen grado que lo que parece rigidez puede no ser más que una adaptación regularizada.

Tal vez el lector se sienta algo sorprendido al ver lo poco que queda de una teoría por la que tanto se hizo en los últimos años. La rigidez de los precios ha llegado a ser, para algunas personas, el defecto más destacado de la ordenación capitalista y casi el factor fundamental explicativo de las depresiones. Pero no hay en esto nada de maravilloso. Los individuos y los grupos tratan de asirse

¹² La manera de expresar esto los teóricos es diciendo que, en tiempo de depresión, las curvas de la demanda podrían desviarse hacia abajo mucho más violentamente si se quitasen todos los soportes que sostienen los precios.

a cualquier cosa que pueda calificarse de descubrimiento que preste su apoyo al mantenimiento de las tendencias políticas reinantes. La teoría de la rigidez de los precios, con tan pequeña parte de verdad en su haber, está lejos de constituir el caso peor de este abuso.

4. Existe otra teoría que ha cristalizado en un tópico, a saber: que en la era de la gran empresa el mantenimiento del valor de la inversión existente —conservación del capital— se convierte en el principal objetivo de la actividad del empresario y parece poner punto final a toda mejora susceptible de reducir los costos. De ahí que el orden capitalista resulte incompatible con el progreso.

El progreso implica, como hemos visto, la destrucción de valores de capital en los estratos donde penetra la competencia de la nueva mercancía o el nuevo método de producción. En la competencia perfecta las antiguas inversiones tienen que adaptarse a un sacrificio o abandonarse; pero cuando no hay competencia perfecta y cuando cada rama industrial está dominada por unos pocos grandes *concerns* éstos pueden luchar de varias maneras contra el ataque que amenaza la estructura de su capital y tratar de evitar pérdidas en sus cuentas de capital, es decir, que pueden y quieren combatir al progreso mismo.

En la medida en que esta teoría formula simplemente un aspecto particular de la estrategia restrictiva de los negocios no hay necesidad de añadir nada al argumento ya bosquejado en este capítulo. Tanto en lo relativo a los límites de esta estrategia como en lo referente a sus funciones en el proceso de la destrucción creadora no podríamos hacer más que repetir lo dicho anteriormente. Esto se hace aún más obvio si observamos que conservar los valores de capital es lo mismo que conservar los beneficios. La teoría moderna tiende, en realidad, a utilizar el concepto "valor líquido actual del activo" (= valores de capital) en lugar del concepto beneficios. Claro está que los capitalistas se esfuerzan no sólo por conservar los valores del activo y los beneficios, sino por aumentarlos al máximo.

Pero el punto acerca del sabotaje contra las mejoras susceptibles de reducir los costos requiere también un comentario de pasada. Por poco que se reflexione es suficiente para considerar el caso de un *concern* que explota en exclusiva un invento técnico —por ejemplo, una patente—, cuya utilización implicaría la sustitución parcial o total de su instalación y equipo. ¿Renunciará a utilizar este invento, a fin de conservar sus valores de capital, siendo así que una gerencia no encadenada por los intereses capitalistas, como una gerencia socialista, podría utilizarlo y lo utilizaría en provecho de todos?

De nuevo se intenta aquí plantear la cuestión en el terreno de los hechos. Lo primero que un *concern* moderno hace, tan pronto como se siente con medios para ello, es establecer un departamento de investigación en el que cada uno de sus miembros sabe que su pan depende del éxito que alcance en descubrir mejoras. Esta práctica es evidente que no sugiere ninguna aversión al progreso técnico. Tampoco podemos oponer, como réplica, los casos en que las patentes adquiridas por grandes *concerns* no han sido utilizadas de una manera inmediata o no han llegado a ser utilizadas. Para ello puede haber muy buenas razones; por ejemp'o, el procedimiento patentado puede no resultar bueno o, al menos, no susceptible de ser aplicado sobre una base comercial. Ahora bien: ni los inventores mismos, ni los economistas investigadores, ni los funcionarios del gobierno son jueces imparciales en esta materia, y de sus dictámenes e informes podemos obtener fácilmente un cuadro tergiversado.¹³

Pero estamos ocupándonos de una cuestión teórica. Todo el mundo está de acuerdo en que, tanto una gerencia privada como una gerencia socialista, introducirán mejoras si esperan que, con el nuevo método de producción, el costo total por unidad de producto será menor que con el método empleado hasta entonces. Si no se cumple esta condición se sostiene que la gerencia privada no adoptará un método reductor de costos hasta que la instalación y equipo existentes estén completamente amortizados, mientras que una gerencia socialista reemplazaría, en beneficio de la sociedad, el método antiguo por el nuevo método reductor de costos tan pronto como dicho método estuviere a su alcance, es decir, sin preocuparse de los valores de capital. Sin embargo, no sucede así.¹⁴

Una gerencia privada, si está impulsada por el móvil del lucro, no puede estar más interesada que una gerencia socialista en mantener los valores de un edificio o de una maquinaria dados. Todo el esfuerzo de una gerencia privada tiende exclusivamente a elevar al máximo el valor líquido actual del activo total, que es igual al valor descontado del rendimiento líquido previsto. Esto quiere de-

¹³ Incidentalmente, debe observarse que las prácticas restrictivas de la especie que se discute, suponiendo que existan en una medida apreciable, no carecerían de efectos compensatorios en el bienestar social. En realidad, los mismos críticos que hablan de sabotaje del progreso subrayan al mismo tiempo las pérdidas sociales que el ritmo del progreso capitalista lleva consigo, especialmente el paro que ese ritmo acarrea y que una evolución más lenta podría mitigar en cierta medida. Así, pues, ¿es el progreso técnico demasiado rápido o demasiado lento para ellos? Sería preferible que estuviesen más acordes.

¹⁴ Debe observarse que, aun cuando el argumento fuese correcto, sería, no obstante, insuficiente para servir de apoyo a la tesis de que el capitalismo, en las condiciones consideradas, es "incompatible con el progreso técnico". Lo único que demostraría es la existencia, en algunos casos, de un retraso de duración moderada, por lo general, en la introducción de los métodos nuevos.

cir que adoptará siempre un nuevo método de producción que ha de proporcionar una corriente de renta futura por unidad de la corriente de desembolso futuro correspondiente (descontadas ambas en valores actuales) mayor que la que proporciona el método empleado entonces. El valor de la inversión anterior, tenga o no por contrapartida una deuda emitida en obligaciones que tiene que ser amortizada, no juega ningún papel a no ser en el sentido y en la medida en que entrase en los cálculos que sirven de fundamento a las decisiones de una gerencia socialista. En tanto que el uso de las máquinas antiguas ahorre costos futuros en comparación con la introducción inmediata de los métodos nuevos, lo que queda de su valor de servicio es, por supuesto, un elemento importante para la decisión, tanto de una gerencia capitalista como de una gerencia socialista; en otro caso, ambas gerencias prescindirían del pasado, y cualquier intento de conservar el valor de la inversión anterior pugnaría tanto con la regla que se sigue del móvil del lucro como con las reglas a que ha de ajustarse el comportamiento de un gerente socialista.

No es cierto, sin embargo, que las empresas privadas que poseen equipo cuyo valor corre peligro por un método nuevo que está también bajo su dominio —si no lo está no hay problema ni tampoco censura— solamente adoptarán el método nuevo si el costo total por unidad es menor empleando el nuevo procedimiento que el costo de producción por unidad con el método antiguo, o si la antigua inversión anterior ha sido amortizada por completo, *conforme al plan decidido antes de que apareciese el nuevo método*. Pues si espera que las nuevas máquinas, una vez instaladas, han de vivir más que el período anteriormente previsto para el uso de las máquinas antiguas, su valor adicional, descontado con relación a esa fecha, constituye otro activo que ha de ser tenido en cuenta. Tampoco es cierto, por razones análogas, que una gerencia socialista, si se comporta racionalmente, adoptaría siempre, y de un modo inmediato, cualquier método nuevo que prometa producir a menores costos totales por unidad de producción o que reportase algún beneficio a la sociedad.

Hay, sin embargo, otro elemento¹⁵ que afecta profundamente al comportamiento en esta materia y que invariablemente se pasa por alto. Este es lo que podría llamarse conservación *ex ante* del capital en espera de una mejora futura. Con frecuencia, si no en la mayoría de los casos, un *concern* en marcha no se enfrenta sim-

¹⁵ Hay, por supuesto, otros muchos elementos. El lector tendrá a bien comprender que, al tratar de unas pocas cuestiones de principio, es imposible discutir a fondo todos los temas que se tocan.

plemente con la cuestión de adoptar o no un nuevo método de producción determinado que pueda ser tenido por el mejor y que, en la forma inmediatamente utilizable, puede esperarse que conserve esta superioridad durante algún tiempo. Un tipo nuevo de máquina no constituye, por lo general, sino un eslabón de una cadena de perfeccionamientos y puede anticuarse rápidamente. En un caso como éste no sería evidentemente racional seguir la cadena, eslabón por eslabón, sin tener en cuenta la pérdida de capital que hay que sufrir cada vez. De ahí que la auténtica cuestión es la de saber en qué eslabón debe actuar la empresa. La respuesta tiene que consistir en una especie de compromiso entre consideraciones que descansan en gran medida sobre conjeturas. Pero, por lo general, la empresa deberá esperar cierto tiempo, a fin de ver cómo se comporta esta cadena. Y, para el observador que está situado en el exterior, tal comportamiento podía muy bien parecerle un intento de asfixiar la mejora, a fin de conservar los valores de capital *existentes*. No obstante, el más paciente de los camaradas se sublevaría si una gerencia socialista fuese tan necia que siguiese el consejo del teórico y renovase todos los años la instalación y el equipo.

5. He titulado este capítulo como lo he hecho porque casi todo él trata de hechos y problemas que el lenguaje corriente asocia a las ideas de monopolio y de práctica monopolista. Hasta ahora me he abstenido todo lo posible de usar esas expresiones, a fin de reservar para una sección separada algunos comentarios sobre ciertos temas relacionados especialmente con ellas. No se dirá nada, sin embargo, que no hayamos abordado ya en una forma u otra.

a) Empecemos por la expresión misma. Monopolista significa vendedor único. Por consiguiente, en sentido literal, es monopolista todo aquel que vende algo que no es en todos los aspectos (incluyendo el embalaje, lugar de venta y servicios accesorios) exactamente igual a lo que venden los demás, tal es el caso de todo comerciante de ultramarinos o mercería o de todo vendedor callejero que no se alinea simplemente junto a los vendedores de la misma marca de *ice-cream*. Sin embargo, esto no es lo que queremos dar a entender cuando hablamos de monopolistas. Con esta expresión queremos designar solamente a aquellos vendedores únicos cuyos mercados no están abiertos a la intromisión de productores potenciales de la misma mercancía ni de los productos efectivos de mercancías similares, y, hablando aún más técnicamente, solamente aquellos vendedores únicos colocados en presencia de un juego dado de curvas de demanda completamente independiente de su propia acción, así como de cualesquiera reacciones a su acción por parte de las demás empresas. La teoría tradicional del monopolio de

Cournot-Marshall, tan aumentada y corregida por autores posteriores, solamente se mantiene si lo definimos de este modo, y, en mi opinión, carece de sentido calificar de monopolio a ningún tipo de mercado al que no sea aplicable esta teoría.

Pero si definimos el monopolio de esta manera entonces se hace evidente inmediatamente que los casos puros de monopolio a largo plazo solamente pueden tener lugar rarísima vez y que incluso las aproximaciones tolerables a los requisitos del concepto tienen que ser aún más raras que los casos de competencia perfecta. La facultad de explotar a voluntad un sistema dado de demanda —o un sistema de demanda que cambie independientemente de la acción del monopolista y de las reacciones que esta acción provoca— apenas puede persistir, en condiciones de un capitalismo íntegro, durante un período lo suficientemente largo para que se le deba tener en cuenta en el análisis de la producción total, a no ser que esta facultad esté apoyada por el poder público, como, por ejemplo, en el caso de los monopolios fiscales. No es fácil descubrir, ni aun imaginar, una gran empresa moderna que no esté protegida *de esta forma* —prescindiendo incluso de si está protegida por aranceles aduaneros o prohibiciones de importación—, y que, a pesar de ello, ejerza ese poder (excepto temporalmente). Incluso los *concerns* de ferrocarriles y de energía eléctrica han tenido que crear primeramente una demanda para sus servicios, y, cuando la han creado, tienen que defender su mercado contra la competencia. Fuera del campo de los servicios públicos la posición de un vendedor único solamente puede ser conquistada, por lo general —y retenida durante décadas—, a condición de que no se comporte como un monopolista. A continuación vamos a ocuparnos también del monopolio a corto plazo.

¿Por qué esta disquisición acerca del monopolio? La contestación no carece de interés para el estudioso de la psicología de la discusión política. El concepto monopolio se usa, por supuesto, en la discusión política de una manera tan imprecisa como otra cualquiera. La gente habla de un país que tiene un monopolio de una cosa u otra,¹⁶ aun cuando la industria en cuestión está sometida a

¹⁶ Estos llamados monopolios han ocupado últimamente el primer plano de actualidad en relación con la propuesta de privar de ciertas materias primas a las naciones agresoras. Las lecciones de esta discusión tienen cierta relación para nuestro problema por vía de analogía. En un principio se habían fundado muchas esperanzas en las posibilidades de esta arma. Después, al examinarla más de cerca, el público ha comprobado que las listas de tales materias se iban reduciendo por ser muy pocas las cosas que no puedan ser producidas o reemplazadas por las naciones en cuestión. Y, finalmente, ha comenzado también a abrirse camino la sospecha de que, aunque pueda ejercer alguna presión a corto plazo sobre los opresores, la evolución a largo plazo puede terminar por reducir prácticamente a nada todo lo que quedaba en las listas.

una fuerte competencia, etc. Pero esto no es todo. Los economistas, los funcionarios, los periodistas y los políticos de los Estados Unidos tienen, evidentemente, una predilección por la palabra, ya que se ha convertido en una expresión de oprobio que, con toda seguridad, provoca la hostilidad del público contra cualquier interés al que se le ponga esta etiqueta. En el mundo angloamericano el monopolio ha sido siempre execrado y asimilado a la explotación parasitaria desde que, en los siglos XVI y XVII, era práctica administrativa inglesa crear situaciones de monopolio en grandes cantidades que, por una parte, respondían bastante bien al modelo teórico del comportamiento monopolista, y, por otra parte, justificaban plenamente la ola de indignación que impresionó hasta a la gran Isabel.

No hay nada tan retentivo como la memoria de una nación. Nuestra época nos ofrece otros ejemplos más importantes de la reacción de una nación a lo acontecido siglos atrás. La práctica mencionada ha sensibilizado de tal manera al público anglosajón al monopolio que ha adquirido el hábito de atribuir a ese siniestro poder prácticamente todo lo que le desagradaba del comportamiento de las empresas. Para el burgués liberal típico, en particular, el monopolio se convirtió en el origen de casi todos los abusos, en realidad en el coco preferido. Adam Smith,¹⁷ que pensaba principalmente en los monopolios del modelo de los Tudor y los Stuart, los contemplaba sombríamente con una furiosa dignidad. Sir Robert Peel —quien, como casi todos los conservadores, sabía aprovecharse en ocasiones del arsenal del demagogo— habló en el famoso episodio que puso fin a su carrera gubernamental, y que tanto escándalo causó a sus correligionarios, de un monopolio del pan y del trigo, a pesar de que la producción inglesa de grano se encontraba en situación de perfecta competencia, a despecho de lo protección aduanera.¹⁸ Y en los Estados Unidos la expresión monopolio

¹⁷ Había más excusa para esta falta de espíritu crítico en el caso de Adam Smith y los clásicos en general de la que hay en el caso de sus sucesores, ya que aún así fueron demasiado lejos. Esto se debió en parte al hecho de que no tenían una teoría satisfactoria del monopolio, lo cual les inducía no solamente a emplear la expresión de una manera más bien imprecisa (Adam Smith e incluso Senior explicaban, por ejemplo, la renta de la tierra como una ganancia de monopolio), sino también a considerar el poder de explotación del monopolista como prácticamente ilimitado, lo que es falso, por supuesto, aun en los casos más extremos.

¹⁸ Este ejemplo ilustra la manera cómo la expresión monopolio sigue derivando furtivamente hacia usos ilegítimos. Protección de la agricultura y monopolio de los productos agrícolas son cosas totalmente distintas. Peel luchaba contra el proteccionismo y no contra el *cáritel* inexistente de terratenientes o agricultores. Pero al combatir el proteccionismo se buscaba también el aplauso. Y, evidentemente, no había medio más sencillo de conseguirlo que llamar monopolistas a los proteccionistas.

se ha hecho prácticamente sinónima de empresa que opera en gran escala.

b) La teoría del monopolio simple y discriminador enseña que, prescindiendo de los casos-límite, el precio de monopolio es más elevado y la producción de monopolio es más reducida que el precio y la producción de competencia. Esto es cierto siempre que el método y organización de la producción —así como todas las demás condiciones— sean los mismos en ambos casos. En la realidad, sin embargo, hay a la disposición del monopolista métodos superiores que o bien no están en absoluto al alcance de una multitud de competidores o no lo están tan fácilmente como para el monopolista; en efecto, hay ventajas que, aunque no son rigurosamente inalcanzables para las empresas que operan en un nivel de competencia de hecho, tan sólo están aseguradas para las empresas que se desenvuelven en el nivel de monopolio, bien porque, por ejemplo, la monopolización puede ampliar la esfera de influencia de los cerebros mejor dotados y reducir la de los peor dotados.¹⁹ o bien porque el monopolio goza de un prestigio financiero desproporcionadamente mayor. Ahora bien: siempre que sea esto así aquella tesis deja de ser cierta. En otras palabras: este argumento en defensa de la competencia puede fallar por completo en el sentido de que los precios de monopolio no son necesariamente más altos ni la producción de monopolio es necesariamente menor que los precios y la producción de competencia en los niveles de eficiencia de producción y de organización que están dentro del alcance del tipo de empresa compatible con la hipótesis de la competencia.

No puede haber ninguna duda razonable de que, en las condiciones de nuestra época, esta superioridad es de hecho el rasgo que mejor caracteriza a la unidad típica de empresa que opera en gran escala, aunque el mero volumen no sea necesario ni suficiente para establecer esta superioridad. Estas unidades no solamente surgen en el proceso de la destrucción creadora y funcionan de una manera completamente diferente que en el esquema estático, sino que, en muchos casos de importancia decisiva, proporcionan el cuadro necesario para alcanzar los objetivos propuestos. Crean en gran parte aquello mismo que explotan. De ahí que la conclusión habitual acer-

¹⁹ El lector debe observar que, por indiscutible que sea, por regla general esta especie de superioridad no es probable que la admitan los cerebros inferiores, especialmente si sus poseedores son totalmente eliminados, y que la simpatía del público y del economista vulgar está siempre de parte de los débiles y no de los fuertes. Esto puede tener algo que ver con la tendencia a desestimar las ventajas de costo o de calidad de las combinaciones cuasi monopolistas, que está en la actualidad tan pronunciada como antes lo estuvo la de exagerarlas en los prospectos o anuncios típicos de los patrocinadores de tales combinaciones.

ca de su influencia sobre la producción a largo plazo habitual de valor, aun cuando estas unidades constituyesen auténticos monopolios en el sentido técnico de la palabra.

Los móviles que impulsan a los dirigentes de estas unidades carecen de consecuencias prácticas. Aun cuando su única finalidad consistiese en tratar de imponer precios de monopolio, la presión de los métodos de producción perfeccionados, o de un equipo gigantesco, tendería generalmente a desviar el punto del optimismo del monopolista hacia el precio de venta basado en el costo de competencia en el sentido anteriormente expuesto o incluso por encima del mismo, realizando —parcialmente, totalmente o más que totalmente— la función del mecanismo de la competencia,²⁰ *aun cuando se practicasen restricciones y quedase siempre una capacidad de producción excedente*. Indudablemente, si los métodos de producción, organización, etc., no se perfeccionan por la monopolización o en conexión con ella, como sucede en los *cárteles* ordinarios, el teorema clásico relativo al precio y la producción de monopolio vuelve a entrar en su propio cauce.²¹ Esto mismo sucede con otra idea popular, a saber: la de que la monopolización tiene un efecto soporífero. Para esto, además, no es difícil encontrar ejemplos. Pero sobre ellos no puede construirse ninguna teoría general, ya que, especialmente en la industria de fabricación, una posición de monopolio no constituye, por lo general, una almohada para dormir sobre ella, pues tanto para conseguirla como para conservarla es preciso desplegar vigilancia y energía. Las influencias soporíferas que se manifiestan en las empresas modernas se deben a otras causas que se mencionarán más adelante.

c) A corto plazo las posiciones de monopolio auténtico o próximas al monopolio son mucho más frecuentes. El comerciante de

²⁰ La *Aluminium Company of America* no constituye un monopolio en el sentido técnico definido más arriba, entre otras razones, porque tuvo que hacerse su propia curva de demanda, cuyo hecho basta para excluir todo comportamiento adecuado al esquema de Cournot-Marshall. Pero la mayoría de los economistas la califican de monopolio y nosotros la llamaremos así para los efectos de esta nota, en vista de la escasez de casos auténticos. Desde 1890 hasta 1929 el precio del producto básico de este vendedor único bajó hasta quedar reducido, aproximadamente, al 12 por 100, o bien, corrigiéndolo en atención a la variación del nivel de precios (índice de precios al por mayor del Board of Labor), a un 8,8 por 100. La producción aumentó de 30 toneladas métricas a 103.400. La protección de la patente cesó en 1909. El argumento extraído de los costos y beneficios para la crítica de este "monopolio" tiene que admitir como cierto que una multitud de empresas en competencia habrían obtenido, aproximadamente, el mismo éxito en la investigación encaminada a la reducción de costos, al desarrollo económico del equipo de producción, a la difusión de nuevos usos para el producto y a evitar derrumbamientos ruinosos. Todo esto supone, de hecho, una crítica de esta especie, lo que quiere decir que no se toma en consideración el factor de propulsión del capitalismo moderno.

²¹ Véase, sin embargo, *supra*, § 1.

ultramarinos de un pueblo de Ohio puede ser un verdadero monopolista, por espacio de horas o incluso de días, durante una inundación. Todo acaparador afortunado puede detentar momentáneamente un monopolio. Una empresa especializada en etiquetas de papel para botellas de cerveza puede encontrarse en tales circunstancias —si todo competidor potencial comprende que, de entrar en la lid, los beneficios que parecen buenos se desvanecerían inmediatamente— que pueda moverse a voluntad dentro de un espacio moderado, pero claramente determinado de la curva de demanda, al menos hasta que la etiqueta de metal rompa en pedazos esa curva de demanda.

Los nuevos métodos de producción o las nuevas mercancías, especialmente estas últimas, no confieren monopolio *per se*, aun cuando se utilicen o se produzcan por una sola empresa. El producto del método nuevo tiene que competir con los productos de los métodos antiguos y la mercancía nueva tiene que ser introducida, es decir, tiene que establecerse su curva de demanda. Por lo general, ni las patentes ni las prácticas monopolistas pueden prevalecer contra esto, salvo casos de superioridad espectacular del nuevo descubrimiento, especialmente si puede ser arrendado, como la maquinaria para hacer calzado, o, en el caso de mercancías nuevas, para las que ha sido establecida una curva de demanda permanente antes de haber expirado la patente.

Así, pues, es cierto que hay, o puede haber, un elemento de auténtica ganancia monopolista en aquellos beneficios de empresa que constituyen los premios ofrecidos por la sociedad capitalista al innovador afortunado. Pero la importancia cuantitativa de este elemento, su naturaleza fugaz y su función en el proceso en que se origina, lo relegan a una categoría especial. El valor principal que tiene para un *concern* la situación de vendedor único, que le asegura la patente o la estrategia monopolista, no consiste tanto en la oportunidad de comportarse temporalmente conforme al esquema monopolista como en la protección que le proporciona contra la desorganización temporal del mercado y el espacio libre que obtiene para la realización de un programa a largo plazo. Aquí, sin embargo, este argumento queda incorporado en el análisis presentado anteriormente.

6. Mirando hacia atrás, comprobamos que la mayoría de los hechos y argumentos considerados en este capítulo tienden a empañar la aureola que en otro tiempo rodeó a la competencia perfecta, así como a presentar bajo una perspectiva más favorable sus alternativas. Volveremos ahora a formular brevemente nuestra tesis desde este doble punto de vista.

La teoría tradicional misma, incluso dentro de su recinto preferido de una economía estacionaria o en crecimiento constante, ha descubierto, desde la época de Marshall y Edgeworth, un creciente número de excepciones a las antiguas proposiciones acerca de la competencia perfecta e, incidentalmente, del librecambio, las cuales han conmovido aquella fe ilimitada que en sus virtudes ponía la generación que floreció entre Ricardo y Marshall, o sea, *grosso modo*, la generación de J. S. Mill en Inglaterra y la de Francesco Ferrara en el continente. Especialmente las tesis según las cuales un sistema de competencia perfecta constituye un ideal de ahorro de los recursos disponibles y de asignación de los mismos con relación a una distribución dada de la renta (tesis que tiene gran tolerancia para el problema de la eficiencia de la producción) no pueden ser mantenidas ahora con la antigua confianza.²²

Mucho más grave es la brecha abierta por las obras más recientes en el campo de la teoría dinámica (Frisch, Tinbergen, Ross, Hicks y otros). El análisis dinámico consiste en el análisis de las secuencias temporales. Al explicar por qué una cierta magnitud económica —por ejemplo, un precio— es tal como la encontramos en un momento dado toma en consideración no sólo la situación simultánea de otras magnitudes económicas, como hace la teoría estática, sino también su situación en fechas anteriores y las previsiones relativas a sus valores futuros. Ahora bien: lo primero que descubrimos al elaborar las proposiciones que ponen así en conexión magnitudes pertenecientes a momentos diferentes²³ es el hecho de que, una vez que ha sido destruido el equilibrio por alguna perturbación, el proceso de establecer un equilibrio nuevo no es tan seguro, ni tan rápido, ni tan económico como pretendía la antigua teoría de competencia perfecta, y existe la posibilidad de que la misma lucha por el ajuste, en vez de aproximar el sistema a un equilibrio nuevo, lo distancie aún más del mismo. Esto sucederá en la mayoría de los casos, excepto si la perturbación es pequeña. En muchos casos un retraso en el ajuste es suficiente para producir este resultado.

Me limitaré aquí a ilustrar esto mediante el ejemplo más antiguo, más sencillo y más conocido. Supongamos que la demanda y la oferta *proyectada* están en equilibrio en un mercado de trigo en situación de competencia perfecta, pero que el mal tiempo reduce la cosecha por debajo del volumen que los agricultores contaban ofrecer. Si el precio del trigo sube como consecuencia de esto y los agricultores

²² Como no podemos entrar en este tema remitiré al lector al artículo de míster R. F. Kahn, titulado "Some Notes on Ideal Output" (*Economic Journal*, marzo, 1935), que se ocupa de los principales aspectos de esta cuestión.

²³ El término dinámica se usa de una manera imprecisa y tiene muy distintos significados. La definición del texto fue formulada por Ragnar Frisch.

producen por ello la cantidad de trigo que les remuneraría producir si este nuevo precio fuese el precio de equilibrio entonces se producirá al año siguiente un derrumbamiento de los precios en el mercado de trigo. Si, a causa de esto, los agricultores restringen la producción a un precio aún más elevado que el del primer año, puede dar por resultado inducirles a una expansión de la producción todavía mayor que la operada en el segundo año. Y así sucesivamente de un modo indefinido (en tanto que el proceso se comporte conforme a la lógica pura). El lector comprenderá fácilmente, con sólo una ojeada a las hipótesis implicadas, que no hay que abrigar gran temor de que hayan de continuar alternando las subidas de precios con los aumentos de producción hasta el día del juicio final. Pero aun reduciendo este fenómeno a sus justas proporciones, basta para poner de manifiesto ciertas debilidades evidentes del mecanismo de la competencia perfecta. Tan pronto como se perciban estas debilidades gran parte del optimismo que solían originar las implicaciones prácticas que de este mecanismo extraía la teoría se va por la puerta de marfil.

Pero desde nuestro punto de vista tenemos que ir más allá de eso.²⁴ Si tratamos de poner en claro cómo funciona la competencia perfecta o cómo funcionaría dentro del proceso de la destrucción creadora, llegamos a un resultado aún más desalentador. Esto no debe sorprendernos si consideramos que todos los datos de hecho, esenciales de ese proceso, faltan en el esquema general de la vida económica que ha dado lugar a las proposiciones tradicionales acerca de la competencia perfecta. A riesgo de incurrir en repetición insistiré una vez más sobre este punto.

La competencia perfecta implica el libre acceso a todas las industrias. Es completamente cierto, dentro del cuadro de esta teoría general, que el libre acceso a todas las industrias es una condición para la óptima distribución de las fuerzas de producción y, por tanto, para la obtención de una producción máxima. Si nuestro mundo

²⁴ Debe observarse que el rasgo definidor de la teoría dinámica no tiene nada que ver con la naturaleza de la realidad económica a que se aplica. Es un método general de análisis más bien que un estudio de un proceso particular. Podemos emplearlo para analizar una economía estacionaria, exactamente igual que una economía en evolución puede ser analizada por medio de métodos estáticos ("estática comparada"). De ahí que la teoría dinámica no necesite consagrar, como de hecho no ha consagrado, ninguna atención especial al proceso de la destrucción creadora, que para nosotros constituye la esencia del capitalismo. Está, indudablemente, mejor equiparada que la teoría estática para tratar los numerosos problemas de mecanismo que plantea el análisis de este proceso. Pero no es un análisis de este proceso mismo y trata las perturbaciones específicas resultantes de situaciones y de estructuras dadas exactamente igual que las demás perturbaciones. Apremiar el funcionamiento de la competencia perfecta desde el punto de vista de la evolución capitalista no es, por lo tanto, lo mismo que apreciarlo desde el punto de vista de la teoría dinámica.

económico consistiese en un cierto número de industrias establecidas que produjesen mercancías no habituales por métodos tradicionales y sustancialmente invariables y si no sucediese nada, a excepción de que los hombres adicionales y los ahorros adicionales se combinasen a fin de establecer nuevas empresas del tipo ya existente, todos los obstáculos para el acceso de estos factores a la industria en que desearan entrar significarían una pérdida para la comunidad. Pero la plena libertad de acceso a una esfera *nueva* de actividad puede hacer completamente imposible entrar en ella a nadie. La introducción de nuevos métodos de producción y de nuevas mercancías es difícilmente concebible si existe desde un principio una competencia perfecta y perfectamente rápida. Y esto significa que casi todo lo que llamamos progreso económico es incompatible con ella. De hecho la competencia perfecta se suspende y se ha suspendido siempre que se ha introducido alguna novedad —bien automáticamente o en virtud de medidas adoptadas para este fin—, aun cuando en todo lo demás las condiciones siguiesen siendo de competencia perfecta.

De un modo similar la objeción habitual contra la rigidez de los precios encuadra perfectamente dentro del sistema tradicional. La rigidez constituye un tipo de resistencia a la adaptación que excluye la competencia perfecta y rápida. Y, dada la índole de las adaptaciones y de las condiciones que han sido consideradas por la teoría tradicional, es también completamente cierto que tal resistencia se traduce en pérdidas y en reducción de la producción. Pero ya hemos visto que en los estallidos y vicisitudes del proceso de la destrucción creadora puede ser verdad lo contrario: una flexibilidad perfecta e instantánea puede originar incluso catástrofes sin fundamento. Esto, por supuesto, puede también ponerlo de manifiesto la teoría dinámica general, que, como se ha mencionado anteriormente, muestra que hay ciertas tentativas de adaptación que intensifican el desequilibrio.

También tiene razón la teoría tradicional al afirmar, partiendo de su propia hipótesis, que los beneficios por encima de la cuantía necesaria en cada caso singular, para atraer la cantidad equilibrada de medios de producción, teniendo en cuenta la capacidad del empresario, indican y son a la vez causa de pérdidas sociales líquidas y de que la estrategia económica que aspira a mantener estos beneficios ejerce una influencia desfavorable sobre el aumento de la producción total. La competencia perfecta evitaría o eliminaría inmediatamente tal exceso de beneficios y no permitiría que se desplegara esa estrategia. Pero como, en el proceso de la evolución capitalista estos beneficios desempeñan nuevas funciones orgánicas —no hace falta repetir aquí cuáles son—, ese hecho no puede seguir siendo cargado incondicionalmente en el haber del modelo de la competencia perfecta,

al menos en tanto se tenga en cuenta el tipo secular de aumento de la producción total.

Finalmente, puede demostrarse, partiendo de estos mismos supuestos que equivalen a la exclusión de los rasgos más característicos de la realidad capitalista, que una economía de competencia perfecta está relativamente inmune contra el despilfarro y especialmente contra aquellas clases de despilfarro que tan fácilmente asociamos a su contrapartida. Pero esto no nos dice nada acerca del aspecto que toma el problema de los despilfarros en las condiciones determinadas por el proceso de la destrucción creadora.

Por una parte muchos fenómenos que, si no se refieren a esas condiciones, aparecerían como simples despilfarros, no pueden calificarse de tales desde el momento en que se ponen en la debida relación con ellas. Por ejemplo, la especie de exceso de capacidad que debe su existencia ya a la práctica de "construir adelantándose a la demanda" ya a la práctica de adaptar la capacidad a las cumbres cíclicas de la demanda, se reducirá grandemente en un régimen de competencia perfecta. Pero cuando se toman en consideración *todos* los factores del caso ya no es correcto decir que la competencia perfecta sale airoso en este cuadro, pues aunque un *concern*, que tenga que aceptar los precios y no pueda imponerlos, utilizaría, en realidad, toda su capacidad susceptible de producir a los costos marginales cubiertos por los precios vigentes, no se sigue de ahí que habría de tener la capacidad cuantitativa y cualitativa que ha creado la gran empresa y que fue capaz de crear precisamente porque estaba en situación de emplearla "estratégicamente". Un exceso de capacidad de esta especie puede constituir —constituye, efectivamente, en algunos casos y en otros no— una razón para fundamentar la pretensión de superioridad de una economía socialista. Pero no puede invocarse sin más cualificación para afirmar la superioridad de la economía capitalista de la especie de competencia perfecta respecto a la de especie "monopolioide".

Por otra parte, el sistema de competencia perfecta, al funcionar en las condiciones de la evolución capitalista, muestra fallos peculiares. La empresa de la especie que es compatible con la competencia perfecta tiene, en muchos casos, una eficiencia interna mediocre, especialmente en el campo de la técnica, y, siendo esto así, desaprovechará oportunidades económicas. Puede también, en sus esfuerzos por perfeccionar sus métodos de producción, despilfarrar capital, porque está en una situación menos favorable para desplegar y para apreciar nuevas posibilidades. Y, como ya hemos visto antes, una industria en situación de competencia perfecta es mucho más susceptible de ser que la empresa gigante desbaratada —y es de esparcir los bacilos de la de-

presión— bajo el impacto del progreso o de las perturbaciones externas. En última instancia la agricultura americana, las minas de carbón inglesas y la industria textil inglesa son mucho más costosas para los consumidores y afectan la producción *total* de una manera mucho más perjudicial que si estuviera dirigida cada una de ellas por una docena de cerebros preclaros.

Así, pues, no es suficiente sostener que, porque la competencia perfecta sea imposible en las condiciones industriales modernas —o porque haya sido siempre imposible—, la empresa en gran escala o gran unidad de dominio económico tiene que ser aceptada como un mal necesario, inseparable del progreso económico, al que libran del sabotaje las fuerzas inherentes a su aparato de producción. Lo que hemos tenido que reconocer es que la gran empresa ha llegado a ser el motor más potente de este progreso y especialmente de la expansión a largo plazo de la producción total, y ello no sólo a pesar de esta estrategia, sino en una considerable medida, precisamente como consecuencia de la misma, que presenta un aspecto tan restrictivo cuando se la observa en un caso específico y en un momento dado. En este respecto la competencia perfecta no sólo es imposible, sino inferior, y carece de todo título para ser presentada como modelo de eficiencia ideal. Es, por tanto, un error basar la teoría de la regulación estatal de la industria sobre el principio de que se debería forzar a las grandes empresas a funcionar como funcionaría la industria respectiva en una situación de competencia perfecta. Y los socialistas deberían basar sus críticas en las virtudes de una economía socialista más bien que en las del modelo de la competencia.

LA TEMPORADA DE TREGUA

El lector decidirá hasta dónde ha alcanzado su objetivo el análisis precedente. La economía es solamente una ciencia de observación y de interpretación, lo cual implica que, en problemas como los que aquí se tratan, las diferencias de opinión pueden ser reducidas, pero no eliminadas por completo. Por la misma razón la solución de nuestro primer problema conduce tan sólo al umbral de otro problema que no podría plantearse en absoluto en una ciencia experimental.

El primer problema consistiría en descubrir si hay o no una "relación lógica", como yo la he llamado (pág. 108), entre los rasgos estructurales del capitalismo, tal como se describen por los distintos "modelos" analíticos, y el rendimiento económico, tal como se representa por el índice de producción total para la época del capitalismo puro o relativamente libre de trabas. Mi respuesta afirmativa a esta cuestión estaba basada en un análisis que discurría en la dirección aceptada por la mayoría de los economistas, al menos hasta el momento en que entró en escena lo que usualmente se denomina la tendencia moderna hacia el dominio monopolista. A partir de entonces mi análisis se desviaba de las concepciones corrientes en el intento que he realizado de demostrar que las virtudes que reconoce prácticamente todo el mundo al capitalismo de competencia perfecta (ya se trate de una construcción teórica o de una realidad histórica en una u otra época) tienen que reconocerse también, incluso en mayor grado, al capitalismo de gran empresa. Sin embargo, como no podemos poner la fuerza propulsora y la máquina en un laboratorio de experimentación para hacerlas funcionar en condiciones cuidadosamente vigiladas, no hay manera de probar, sin dejar lugar a dudas, su aptitud para producir precisamente ese resultado, a saber: el desarrollo observado de la producción. Lo único que podemos decir es que el rendimiento ha sido más bien impresionante y que la ordenación capitalista ha favorecido su realización, y he aquí precisamente la razón por la que no podemos detenernos en nuestra conclusión, sino que tenemos que enfrentarnos con otro problema.

A priori aún sería posible explicar el rendimiento observado por circunstancias excepcionales que se habrían manifestado en todo sis-

tema institucional. La única manera de estudiar esta posibilidad consiste en examinar la historia económica y política del período en cuestión y discutir el efecto de aquellas circunstancias excepcionales que podamos encontrar. Acometeremos el problema considerando todos aquellos candidatos para el papel de circunstancias extraordinarias, no inherentes al proceso económico del capitalismo, que han sido proclamados por los economistas o los historiadores. Hay cinco candidatos de éstos.

El primero es la acción estatal, que puede considerarse como factor externo al mundo económico para los fines de esta argumentación, aunque yo estoy completamente de acuerdo con Marx en que la política y la administración no son factores independientes, sino elementos del proceso social que estamos analizando. El período que comprende, aproximadamente, de 1870 a 1914, ofrece un caso casi ideal. Sería difícil encontrar otro igualmente exento tanto de estímulos como de limitaciones que puedan proceder del sector político del proceso social. La liberación de trabas de la actividad de los empresarios y de la industria y el comercio en general había sido ya llevada a cabo ampliamente. Se les estaba imponiendo nuevas y diferentes trabas y cargas —la legislación social, etc.—, pero nadie afirmará que constituirían factores de mayor importancia en la situación económica anterior a 1914. Hubo guerras, pero ninguna de ellas fue económicamente de suficiente importancia para producir efectos decisivos en una u otra dirección. La guerra franco-alemana, que condujo a la fundación del Imperio alemán, podría dar lugar a dudas; pero el acontecimiento económicamente relevante fue, en definitiva, la fundación de la Zollverein. Hubo gastos de armamentos; pero en las circunstancias del decenio que termina en 1914, que es cuando adquieren dimensiones realmente importantes, constituyeron más bien un impedimento que un estímulo.

El segundo candidato es el oro. Es una gran suerte que no necesitemos penetrar en la maleza de problemas que rodea al *modus operandi* de la nueva plétora de oro que prorrumpió a partir de 1890, aproximadamente. Pero como, en los primeros veinte años de este período, el oro estuvo, en realidad, escaso, y como el tipo de aumento de la producción total no fue entonces menor de lo que fue después, la producción de oro no ha podido constituir un factor de mayor importancia en el rendimiento productivo del capitalismo, cualquiera que haya sido su influencia sobre las prosperidades y las depresiones. Esto mismo puede decirse de la política monetaria, que en aquel tiempo no fue de un tipo agresivo, sino más bien adaptativo.

En tercer lugar, mencionaremos el aumento de población, que, ya sea una causa o una consecuencia del progreso económico, ciertamente

fue uno de los factores determinantes de la situación económica. A no ser que estemos dispuestos a afirmar que fue *exclusivamente* una consecuencia del progreso económico y a admitir que toda variación de la producción ha de entrañar siempre una variación correlativa en la población y nos neguemos a admitir la relación inversa, todo lo cual es absurdo, por supuesto, este factor hay que catalogarlo como un candidato elegible. Por el momento bástará una breve observación para aclarar la cuestión.

Un número mayor de personas empleadas de un modo lucrativo producirá, por lo general, más que un número menor, cualquiera que sea la organización social. De ahí que, si puede admitirse —como puede admitirse, por supuesto— que alguna parte del tipo efectivo de aumento de la población durante esta época ha tenido lugar independientemente de los resultados logrados por el sistema capitalista, en el sentido de que hubiera tenido lugar bajo cualquier sistema, haya que catalogar la población, en esta medida, como un factor externo. En la misma medida el aumento observado en la producción total no expresa correctamente el rendimiento capitalista, sino que da de él una idea exagerada.

En iguales circunstancias, sin embargo, a mayor número de personas empleadas lucrativamente, se producirá, por lo general, menos por cabeza de empleado o de población de lo que produciría un número en cierto modo menor, cualquiera que sea la organización social. Esto se sigue del hecho de que cuanto mayor sea el número de trabajadores, menor será la cantidad de los demás factores puestos a la disposición de cada obrero.¹ Por consiguiente, si se elige la producción por cabeza de población para medir la prestación capitalista, entonces el aumento observado puede conducir a una infravaloración de la prestación efectiva, porque parte de esta prestación ha venido sirviendo para compensar la disminución de la producción *per capita* que habría tenido lugar en ausencia de tal prestación. Más adelante se considerarán otros aspectos de este problema.

Los candidatos cuarto y quinto encuentran más apoyo entre los economistas, pero pueden dejarse a un lado en tanto que nos ocupamos de la prestación en el pasado. Uno es el descubrimiento de nuevos países. El dilatado espacio de tierra que entró, económicamente hablando, en la esfera americanoeuropea durante ese período; la enorme masa de artículos alimenticios y materias primas, agrícolas y de otra especie vertidos por este espacio; las ciudades e industrias que se

¹ Esta afirmación está lejos de ser satisfactoria, pero parece que basta para nuestro propósito. La parte capitalista del mundo, tomado en su conjunto, se había desarrollado ciertamente, desde entonces, más allá de los límites de los cuales actúa la tendencia opuesta.

levantaron por todas partes en que encontraron una base favorable, ¿no era esto un factor completamente excepcional en el desarrollo de la producción, en realidad un factor único? ¿Y no era esto una merced que habría producido un gran aumento de riqueza, cualquiera que fuese el sistema económico en que se diera? Hay una escuela del pensamiento socialista que adopta este criterio y que explica efectivamente de esta manera por qué han dejado de cumplirse las predicciones de Marx acerca del aumento continuo de la miseria. La explotación de los territorios vírgenes ha permitido, según ellos, evitar que se haya intensificado más la explotación del trabajo; a causa de este factor el proletariado se ha permitido disfrutar de una temporada de tregua (*closed season*).

En cuanto a la importancia de las oportunidades que ofrecía la existencia de nuevos países no existe ninguna duda, y es evidente, además, que no podían repetirse. Pero las "oportunidades objetivas" —es decir, las oportunidades que existen independientemente de toda ordenación social— constituyen siempre prerrequisitos del progreso y cada una de ellas se realiza tan sólo una vez en la Historia. La existencia de carbón y de mineral de hierro en Inglaterra o de petróleo en los Estados Unidos y en otros países no es menos importante y la oportunidad que ofrece no es menos única. El proceso capitalista en su totalidad, lo mismo que cualquier otro proceso económico evolutivo, no consiste sino en explotar tales oportunidades a medida que entran en el horizonte del hombre de negocios, y no tiene sentido tratar de aislar la expansión geográfica para considerarla como un factor externo. Hay tanta menos razón para hacerlo por cuanto que la apertura de estos nuevos países se llevó a cabo paso a paso, por medio de empresas mercantiles, las cuales proporcionaban todos los medios necesarios para ello (construcción de ferrocarriles y de instalaciones de energía, transportes marítimos, maquinaria agrícola, etc.). Así, pues, este proceso constituía una parte esencial de la prestación capitalista y estaba en pie de igualdad con las demás. Por ello podemos incluir sus resultados, con perfecto fundamento, dentro de nuestro tipo medio de aumento de la producción global del 2 por 100. Nuevamente podríamos invocar en apoyo de esta tesis el *Manifiesto Comunista*.

El último candidato es el progreso técnico. ¿No se debía la prestación observada al torrente de inventos que revolucionó la técnica de producción más bien que a la caza de beneficios por parte de los hombres de negocios? La respuesta ha de ser negativa. La puesta en práctica de aquellas novedades técnicas ha constituido precisamente la parte esencial de la actividad de dichos cazadores. Y la misma actividad inventiva, como explicaremos más detenidamente en otro momento, constituye una función del proceso capitalista, que es al que

hay que atribuir los hábitos mentales que dan nacimiento a los inventos. Es, por tanto, completamente falso —y también no marxista en absoluto—, decir, como dicen muchos economistas, que la empresa capitalista y el progreso técnico han sido dos factores diferentes del desarrollo observado de la producción; han sido esencialmente una y la misma cosa, o, como podemos también expresarlo, el primero ha sido la fuerza propulsora del segundo.

Tanto los nuevos países como el progreso técnico pueden convertirse en perturbadores tan pronto como procedamos a su extrapolación. Aunque constituyen prestaciones del capitalismo, es concebible que tales prestaciones no puedan repetirse. Y aunque ahora hemos hecho un razonamiento defendible, al efecto de probar que el comportamiento observado de la producción por cabeza de población, durante el período de plena madurez del capitalismo, no ha sido un mero accidente, sino que puede tomarse como medida aproximada de la prestación capitalista, nos vemos todavía enfrentados con otra cuestión, a saber: la de en qué medida es legítimo dar por supuesto que la máquina capitalista ha de funcionar —o funcionaría si se le permitiera— en el futuro próximo —por ejemplo, durante otros cuarenta años— con el mismo éxito como funcionó en el pasado.

LA DESAPARICION DE LA OPORTUNIDAD
PARA LA INVERSION

La naturaleza de este problema destaca con plena nitidez sobre el fondo de la discusión contemporánea. La generación actual de economistas ha presenciado no solamente una depresión de ámbito mundial y rigor y duración inusitados, sino también un período subsiguiente de recuperación vacilante e insatisfactoria. Yo he expuesto ya mi propia interpretación de estos fenómenos¹ y las razones por las que no creo que indiquen necesariamente una ruptura en la tendencia secular de la evolución capitalista. Pero es natural que muchos, si no la mayoría de mis colegas economistas, tengan un criterio diferente. De hecho tienen la impresión, exactamente igual que algunos de sus predecesores entre 1873 y 1896 —si bien entonces esta opinión estaba limitada principalmente a Europa—, de que el proceso capitalista está abocado a una transformación fundamental. Según este criterio, hemos estado presenciando no meramente una depresión y una mala recuperación, acentuada tal vez por medidas anticapitalistas, sino los síntomas de una pérdida permanente de vitalidad que es de esperar que continúe y que constituye el tema predominante en los movimientos que quedan por ejecutar de la sinfonía capitalista; de ahí que del funcionamiento de la máquina capitalista y de su actuación en el pasado no pueda sacarse ninguna consecuencia para el futuro.

Este criterio está mantenido por muchos para quienes el deseo no es el padre del pensamiento. Pero tenemos que comprender por qué los socialistas (para quienes sí lo es) se han lanzado con especial presteza sobre este fruto inesperado, algunos hasta el punto de trasladar por completo a este terreno la base de su argumentación anticapitalista. Al hacerlo así obtenían la ventaja adicional de estar en situación de poder replegarse una vez más hacia la tradición marxista, de la que los economistas socialistas capacitados se habían sentido cada vez más impelidos a alejarse, como ya he observado antes. En efecto: Marx ya había predicho un estado tal de cosas en el sentido que se explicaba en el capítulo primero; según él, el capitalismo entraría, antes de su derrumbamiento, en una etapa de crisis permanente, in-

¹ Véase cap. V, pág. 98.

terrumpida temporalmente por alzas débiles o por acontecimientos casuales favorables. Y no es esto todo. Una manera de plantear el problema desde un punto de vista marxista consiste en destacar los efectos de la acumulación y la concentración del capital sobre el tipo de beneficios y, a través del tipo de beneficios, sobre la oportunidad para la inversión. Como el proceso capitalista ha estado siempre impulsado por una gran cantidad de inversión corriente, bastaría su eliminación tan sólo parcial para hacer digna de crédito la predicción de que el proceso marcha hacia el abismo. Esta dirección particular de la argumentación marxista parece, indudablemente, concordar no sólo con algunos hechos característicos del decenio 1930-40 —paro, exceso de reservas, supersaturación en los mercados de dinero, márgenes de beneficios insuficientes, estancamiento de la inversión privada—, sino también con varias interpretaciones no marxistas de la situación. Entre Marx y Keynes no hay, seguramente, un abismo tan grande como el que hay entre Marx y Marshall y Wicksell. Tanto la teoría marxista como su contrapartida no marxista están bien resumidas en la frase autoexplicativa que vamos a emplear: la teoría de la desaparición de la oportunidad para la inversión.²

Hay que observar que esta teoría plantea, en realidad, tres problemas distintos. El primero está ligado con la cuestión que sirve de encabezamiento al título de esta parte II, esto es, ¿puede sobrevivir el capitalismo? Como en el mundo social no hay nada que pueda ser *aere perennius*, y como el orden capitalista es esencialmente el cuadro de un proceso de transformación no sólo económica, sino también social, no hay apenas lugar para una diferencia de criterio en la respuesta. La segunda cuestión es la de si las fuerzas y el mecanismo que explican la teoría de la desaparición de la oportunidad para la inversión son precisamente los que han de ser subrayados. En el capítulo siguiente expondré otra teoría acerca de las causas que, en definitiva, han de matar al capitalismo, pero seguirá existiendo entre ambas concepciones una serie de paralelismos. Hay, sin embargo, un tercer problema. Aun cuando las fuerzas y el mecanismo subrayados por la teoría de la desaparición de la oportunidad para la inversión fuesen suficientes por sí mismos para demostrar la existencia, en el seno del proceso capitalista, de una tendencia a largo plazo hacia la paralización definitiva, no se sigue de ello necesariamente que las vicisitudes del decenio de 1930-40 se hayan debido a dichas fuerzas ni —lo que es importante añadir para nuestro propósito— que haya que esperar que persistan vicisitudes similares durante los próximos cuarenta años

² Véase mi obra *Business Cycles*, cap. XV.

Por el momento nos ocuparemos principalmente del tercer problema. Pero mucho de lo que voy a decir de él es aplicable también al segundo. Los factores que se alegan para justificar una predicción pesimista respecto de la prestación del capitalismo en el futuro próximo, y para negar la idea de que la prestación pasada pueda repetirse, pueden clasificarse en tres grupos.

En primer lugar, están los factores ambientales. Se ha afirmado, y tendrá que demostrarse, que el proceso capitalista da lugar a una distribución del poder político y a una actitud sociopsicológica —que se expresa en las correspondientes medidas políticas— que le son hostiles y que es de esperar que se vigoricen hasta que terminen por impedir que funcione la máquina capitalista. Este fenómeno lo dejo a un lado para su ulterior consideración, y lo que ahora sigue debe leerse, por consiguiente, con las reservas apropiadas. Pero hay que observar que esa actitud de hostilidad y las condiciones que de ella derivan afectan también a la fuerza motriz de la misma economía burguesa de lucro y que, por consiguiente, estas reservas van más allá de lo que podría pensarse a primera vista, más allá, en todo caso, de lo que indica la palabra “política”.

En segundo lugar está la misma máquina capitalista. La teoría de la desaparición de la oportunidad para la inversión no incluye, necesariamente, la otra teoría, según la cual el capitalismo moderno de la gran empresa representa una forma petrificada de capitalismo a la cual son inherentes, por naturaleza, las prácticas restrictivas, las rigideces de precios, la atención exclusiva a la conservación de los valores de capital existentes, etc.; pero de hecho está estrechamente ligada a ella. De estas cuestiones ya nos hemos ocupado.

Finalmente, hay lo que pudiera denominarse la “materia” de que se nutre el sistema capitalista, es decir, las oportunidades que se ofrecen para las nuevas empresas y las nuevas inversiones. La teoría que aquí se discute concede tanta importancia a este elemento que justifica la etiqueta que le hemos puesto. Las principales razones invocadas para afirmar la desaparición de las oportunidades para la empresa y para la inversión privadas son éstas: la saturación, los nuevos territorios, las innovaciones técnicas y la circunstancia de que muchas de las oportunidades existentes para la inversión pertenecen a la esfera de la inversión pública más bien que a la de la inversión privada.

1. En cada situación dada de las necesidades humanas y de la técnica (en el más amplio sentido posible de la palabra) hay, por supuesto, para cada tipo de salario real, una cantidad determinada de capital fijo y circulante correspondiente a un estado de saturación. Si las necesidades y métodos de producción se hubiesen congelado para siempre en su situación de 1800, tal punto de saturación habría

sido alcanzado hacía ya bastante tiempo. Pero ¿no es concebible que las necesidades puedan satisfacerse algún día de una manera tan completa que no evolucionen ya en lo sucesivo? Vamos ahora a desarrollar algunas consecuencias de esta hipótesis; pero en tanto que nos ocupamos de lo que puede suceder en los próximos cuarenta años no necesitamos, evidentemente, preocuparnos por esta posibilidad.

Si tuviera que concretarse alguna vez entonces la disminución común del tipo de natalidad, y más aún una mengua efectiva de la población, se convertiría en un importante factor de reducción de las oportunidades para la inversión, prescindiendo de las inversiones para reposición. Pues si las necesidades de cada uno estuviesen satisfechas o casi satisfechas en tal caso la única fuente de importancia para una demanda adicional sería el aumento del número de consumidores. Pero, independientemente de esta posibilidad, la disminución del tipo de crecimiento de la población no pone en peligro *per se* la oportunidad para la inversión ni el tipo de aumento de la producción total por cabeza.³ De esto podemos convencernos fácilmente mediante un breve examen de la argumentación usual en apoyo de la tesis contraria.

Por una parte, se afirma que un tipo de aumento de la población total da lugar, *ipso facto*, a la disminución del tipo de crecimiento de la producción y, por tanto, de la inversión, porque restringe la expansión de la demanda. Sin embargo, no se sigue eso de ahí, porque necesidad y demanda efectiva no son la misma cosa. Si lo fueran las naciones más pobres serían las que desplegarían la demanda más vigorosa. En realidad, las partes de renta que quedan libres a causa de la disminución del tipo de natalidad pueden desviarse por otros canales y son especialmente aptas para esta desviación en todos los casos en que el deseo de satisfacer necesidades alternativas constituye el verdadero motivo de no tener hijos. En realidad, podría alegarse una argumentación modesta subrayando el hecho de que las curvas de demanda características de un aumento de población son especialmente

³ Esto es cierto también respecto de una pequeña disminución de la cifra absoluta de población, tal como puede suceder en Gran Bretaña antes de mucho tiempo (véase E. Charles, *London and Cambridge Economic Service*, Memo. Nº 40). Una disminución absoluta considerable plantearía, además, otros problemas. Tales problemas tenemos que dejarlos a un lado, sin embargo, porque no es de esperar que esto ocurra durante el espacio de tiempo que investigamos. Todavía se presentan otros problemas, tanto económicos como políticos y socio-psicológicos, con motivo del envejecimiento de la población. Aunque estos problemas han comenzado ya a tomar consistencia —hay prácticamente algo así como un “partido de los ancianos”—, no podemos entrar en ninguno de ellos. Pero debe observarse que, en tanto que la edad para el retiro siga siendo la misma, la parte proporcional de los que tienen que ser atendidos sin recibir de ellos una contraprestación no sería necesariamente afectada por una disminución del porcentaje de personas menores de quince años.

calculables y ofrecen así oportunidades para la inversión de especial seguridad. Pero los deseos que crean las oportunidades alternativas para la inversión no son menos previsibles en un estado dado de satisfacción de necesidades. Por supuesto, la prognosis relativa a ciertas ramas singulares de la producción, especialmente la agricultura, no es, en realidad, una prognosis brillante. Pero ésta no debe confundirse con la prognosis relativa a la producción total.⁴

Por otra parte, podríamos argumentar que la disminución del tipo de aumento de población tenderá a restringir la producción por el lado de la oferta. El rápido aumento de población era en el pasado frecuentemente una de las condiciones del desarrollo observado de la producción y podríamos concluir, por consiguiente, *a contrario*, que la creciente escasez del factor de la mano de obra podría constituir, probablemente, un factor limitativo. Sin embargo, no tenemos noticia de que este argumento sea invocado con frecuencia, y ello por muy buenas razones. La observación de que, al comienzo de 1940, la producción industrial de los Estados Unidos representaba un 120 por 100 del promedio de 1923-1925, mientras que el empleo en las fábricas representaba tan sólo un 100 por 100, ofrece una respuesta adecuada para el futuro previsible. El volumen del paro actual; el hecho de que, a causa del tipo decreciente de natalidad, las mujeres se dedican, cada vez con mayor proporción, a trabajos productivos y que la disminución del tipo de mortalidad significa la prolongación del período útil de vida; la corriente inagotable de los inventos que se traducen en un ahorro de trabajo; la posibilidad (relativamente mayor de lo que sería en el caso de un aumento rápido de la población) de prescindir de los factores complementarios de la producción de calidad inferior (impidiendo en parte la efectividad de la ley de rendimientos decrecientes); todo esto da amplio apoyo a la hipótesis del aumento del rendimiento por hora de trabajo que, según Mr. Colin Clark, habría de tener lugar en la próxima generación.⁵

El factor de la mano de obra puede, por supuesto, hacerse escasear artificialmente por medio de una política de salarios altos y de jornada de trabajo reducida y mediante la interferencia política que relaje la disciplina del personal obrero. Una comparación del rendimiento económico de los Estados Unidos y de Francia de 1933 a

⁴ En muchos economistas parece predominar la impresión de que un aumento de la población constituye *per se* otra fuente de demanda para la inversión. Pues ¿no tienen que ser equipados todos estos nuevos obreros con herramientas y un complemento de materias primas? Sin embargo, esta necesidad no es en modo alguno evidente. A no ser que el aumento de población pueda hacer bajar los salarios, esta consecuencia sobre la oportunidad para la inversión carece de fundamento, e incluso en este caso habría que esperar una reducción de la inversión por cabeza de obrero empleado.

⁵ *National Income and Outlay*, pág. 21.

1940 con el del Japón y Alemania durante los mismos años sugiere, en realidad, que ya ha sucedido algo de esta índole. Pero esto pertenece al grupo de los factores ambientales.

Como mi argumentación pondrá pronto de manifiesto, estoy muy lejos de tomar a la ligera el fenómeno que se discute. La baja del tipo de natalidad me parece uno de los rasgos más significativos de nuestra época. Ya veremos que, incluso desde el punto de vista puramente económico, es de importancia capital tanto como síntoma cuanto como causa de una transformación de los móviles de la actividad económica. Esta es, sin embargo, una cuestión más complicada. Aquí solamente nos ocupamos de los efectos mecánicos de una baja del tipo de aumento de población, y éstos no sirven, ciertamente, de apoyo a ninguna predicción pesimista respecto del desarrollo de la producción por cabeza durante los próximos cuarenta años. Siendo esto así, aquellos economistas que predicaban un "colapso" por este motivo no hacen más que lo que, desgraciadamente, han estado siempre dispuestos a hacer los economistas; lo mismo que en otro tiempo atemorizaban al público, mediante razones completamente inadecuadas, describiendo los peligros económicos del número excesivo de bocas a alimentar,⁶ ahora lo atemorizan, sin emplear mejores razones, insistiendo en los peligros económicos de una falta de productores o consumidores.

2. El siguiente punto, o sea, el descubrimiento de nuevos territorios, constituye una oportunidad única para la inversión que no podrá nunca repetirse. Aun cuando, por motivos de argumentación, admitamos que la frontera geográfica de la Humanidad está cerrada de un modo definitivo —lo cual no parece muy evidente por sí a causa del hecho de que en la actualidad hay desiertos donde en otro tiempo prosperaban tierras cultivadas y ciudades populosas—, y aun cuando admitamos, además, que nada ha de contribuir tanto al *bienestar* humano en el futuro como contribuyeron los productos alimenticios y las materias primas procedentes de esos nuevos territorios —lo cual está más claro—, no se sigue de ahí que la producción total por cabeza tenga que disminuir por ello o aumentar a un ritmo más lento

⁶ Las predicciones acerca de las cifras de población han sido siempre prácticamente falsas a partir del siglo XVII. Para ellas hay, sin embargo, excusa. Puede haberla incluso para la teoría de Malthus. Pero para lo que no veo ninguna excusa es para su supervivencia. En la segunda mitad del siglo XIX debería haber resultado claro para todo el mundo que lo único que hay de valor en la teoría de la población de Malthus son sus limitaciones, formuladas por el mismo autor. La primera década de este siglo ha puesto de manifiesto, de un modo definitivo, que esta ley era un asustaniños. Pero una autoridad de la talla de Mr. Keynes ¡ha intentado revitalizarla en el período de la posguerra! Y todavía, en 1925, hablaba Mr. M. Wright, en su libro sobre la población, del "despilfarro de las conquistas de la civilización que sirven simplemente para multiplicar la especie humana". ¿No llegará nunca la economía a ser mayor de edad?

durante el próximo medio siglo. Esto habría que esperarlo, indudablemente, si los territorios que en el siglo XIX entraron en la esfera capitalista hubiesen sido explotados en condiciones tales que tuviesen que manifestarse ya los rendimientos decrecientes. Sin embargo, no es éste el caso, y, como acabamos de mostrar, la disminución del tipo de aumento de la población excluye del dominio de las consideraciones prácticas la idea de que la respuesta de la naturaleza al esfuerzo humano es ya menos generosa que antes o va a serlo pronto. El progreso técnico ha invertido, efectivamente, toda tendencia de este género, y una de las predicciones más seguras que se pueden hacer es la de admitir que, en un futuro calculable, viviremos en un *embarras de richesse* tanto de artículos alimenticios como de materias primas, lo que permitirá llevar la producción total al punto máximo compatible con nuestras posibilidades: Esto es aplicable también a los recursos minerales.

Queda otra posibilidad. Aunque la producción actual por cabeza de artículos alimenticios y materias primas no es de temer que disminuya, e incluso puede aumentar, las grandes oportunidades abiertas para la empresa y, por tanto, para la inversión por la labor de desarrollar los nuevos territorios, parecen haberse desvanecido al ser llevada a cabo, y se predicen toda clase de dificultades originadas por la reducción resultante de las posibilidades de colocación del ahorro. Supongamos de nuevo, para facilitar nuestra argumentación, que esos territorios están efectivamente desarrollados de un modo definitivo y que los ahorros, al no ser capaces de adaptarse a una reducción de las posibilidades de colocación, podrían causar perturbaciones y despilfarros, a no ser que se abriesen en su lugar otras posibilidades de colocación. Ambas hipótesis son verdaderamente irreales. Pero no necesitamos ponerlas en duda, porque la conclusión que se deduce de ellas, en cuanto al desarrollo futuro de la producción, depende de una tercera hipótesis que carece por completo de fundamento, a saber: la falta de otras posibilidades de colocación.

Esta tercera hipótesis se debe simplemente a una falta de imaginación y sirve como ejemplo de un error que con gran frecuencia desfigura la interpretación histórica. Los rasgos particulares de un proceso histórico que impresionan al analista tienden en su mente a transformarse en causas fundamentales, estén o no calificadas para ocupar ese lugar. Por ejemplo, el fenómeno que se denomina usualmente nacimiento del capitalismo coincide, *grosso modo*, con la afluencia de plata de las minas de Potosí y con una situación política en la que los gastos de los príncipes excedían habitualmente a sus rentas, de forma que tenían que contraer empréstitos incesantemente. Ambos hechos se revelan evidentemente de diversas maneras en los desarrollos

económicos de aquellos tiempos, pues incluso las revueltas de los campesinos y las de carácter religioso pueden ser relacionadas con ellos sin caer en el absurdo. El analista puede sentirse fácilmente inclinado a inferir de aquí que el nacimiento del sistema capitalista está relacionado causalmente con esos dos fenómenos en el sentido de que sin ellos (y sin algunos otros factores del mismo tipo) el mundo feudal no se habría transformado por sí mismo en un mundo capitalista. Pero esto es, en realidad, otra proposición, para la cual no hay a primera vista ninguna justificación. Lo único que puede asegurarse es que los acontecimientos han transcurrido efectivamente por este camino. De ahí no se deduce que no hubiese otro. En este caso, dicho sea de paso, no puede sostenerse siquiera que esos factores hayan favorecido el desarrollo capitalista, pues aunque, ciertamente, lo favorecieron en algunos aspectos, lo retardaron evidentemente en otros.

Del mismo modo las oportunidades para la empresa que ofrecían las nuevas tierras por explotar eran, ciertamente, únicas, como hemos visto en el capítulo anterior, pero tan sólo en el sentido en que lo son todas las oportunidades. Carece de fundamento suponer no sólo que el "cierre de la frontera" ha de producir un vacío, sino también que, cualesquiera que sean los pasos que demos en el espacio vacío, tienen necesariamente que ser menos importantes que la actividad colonizadora, cualquiera que sea el sentido que demos a esta palabra. Ahora bien: la conquista del aire puede muy bien ser más importante de lo que fue la conquista de la India; no debemos confundir las fronteras geográficas con las económicas.

Es cierto que las posiciones relativas de los países o las regiones pueden cambiar considerablemente cuando una especie de oportunidad para la inversión es reemplazada por otra. Cuanto menor es un país o región y más íntimamente está ligada su suerte a un elemento particular del proceso de producción, menos confianza hemos de sentir en cuanto al futuro que le espera cuando ese elemento se haya agotado. Los países o regiones agrícolas *pueden* experimentar una pérdida permanente por la competencia de los productos sintéticos (seda artificial, tintes, caucho sintético, por ejemplo), y no les servirá de consuelo saber que estas innovaciones pueden dar lugar a una ganancia líquida en la producción universal, si se toma el proceso de producción en su totalidad. También es cierto que las consecuencias posibles de esta competencia derivada de la técnica pueden intensificarse mucho por la división del mundo económico en esferas nacionales hostiles. Y es cierto, finalmente, que lo único que podemos afirmar es que la desaparición de las oportunidades para la inversión que lleva consigo el desarrollo de los nuevos países —si es que, en realidad, desaparecen— no causa *necesariamente* un vacío que tendría

que afectar por necesidad al tipo de aumento de la producción total. No podemos afirmar que estas oportunidades sean sustituidas efectivamente por otras equivalentes al menos. Ahora bien: podemos señalar el hecho de que del desarrollo de los países nuevos surgen de un modo natural otros desarrollos en esos mismos países o en otros; podemos tener cierta confianza en la capacidad del sistema capitalista para encontrar siempre o crear nuevas oportunidades, puesto que está organizado precisamente para este propósito, pero tales consideraciones no nos llevan más allá de nuestro resultado negativo. Y esto es suficiente por completo si recordamos las razones que nos han movido a abordar este tema.

3. Un modo de razonar análogo es aplicable al criterio ampliamente aceptado de que el gran paso en el adelanto técnico ha sido ya dado y que no quedan por conseguir sino mejoras pequeñas. En tanto que este criterio no refleja simplemente las impresiones creadas por el estado de cosas que ha existido en la época de la crisis mundial y el período posterior a ella —en la que se manifestó una falta aparente de innovaciones de primera magnitud, como ocurre siempre en el curso de toda gran depresión—, constituye un ejemplo mejor aún que el del “cierre de la frontera de la Humanidad”, de aquel error de interpretación que los economistas son tan propensos a cometer. Estamos ahora precisamente en el grado inferior de descenso de la ola de iniciativa que ha creado las centrales de energía eléctrica, la industria eléctrica, la electrificación de la agricultura y del hogar y la industria del automóvil. Todo esto lo encontramos maravilloso y somos incapaces de descubrir en todo lo que nos rodea de dónde han de venir oportunidades de una importancia comparable. De hecho, sin embargo, las promesas que ofrece la industria química tan sólo son mucho mayores de lo que era posible prever, por ejemplo, en 1880, por no mencionar el hecho de que la mera utilización de las conquistas de la era de la electricidad y la producción de las casas modernas para las masas bastarían ampliamente para ofrecer oportunidades de inversión por espacio de bastante tiempo aún.

Las posibilidades técnicas son un mar cuya carta aún no ha sido trazada. Podemos inspeccionar una región geográfica y apreciar la fertilidad relativa de las diferentes parcelas, si bien sólo con referencia a una técnica dada de la producción agrícola. Dada esa técnica, y prescindiendo de sus posibles desarrollos futuros, podemos imaginar (aunque históricamente sea erróneo) que primeramente se ponen en cultivo las mejores parcelas, después las de calidad inmediatamente inferior y así sucesivamente. En cualquier momento dado de este proceso solamente quedarán por roturar las parcelas relativamente inferiores. Pero no podemos razonar de este modo en lo relativo a las

posibilidades futuras del adelanto técnico. Del hecho de que algunas de ellas han sido explotadas antes que otras no puede inferirse que los primeros descubrimientos fueran más productivos que los posteriores. Y aquellas posibilidades que yacen todavía en el regazo de los dioses pueden ser más o menos productivas que las que hasta ahora han entrado en nuestro campo de observación. Aquí llegamos de nuevo a un resultado tan sólo negativo que no puede convertirse en positivo, a pesar del hecho de que el "progreso" técnico tiende a hacerse más efectivo y a pisar terreno más firme con la sistematización y racionalización de la investigación y de la gestión. Pero para nosotros es suficiente este resultado negativo; no hay razón para esperar que se haga más lento el ritmo de la producción por un agotamiento de las posibilidades técnicas.

4. Aún hemos de hacernos eco de dos variantes de este aspecto de la teoría de la desaparición de la oportunidad para la inversión. Algunos economistas han afirmado que la fuerza de trabajo de cada país ha tenido que estar pertrechada, en una época u otra, con el equipo necesario. Esto —argumentan ellos— se ha realizado a grandes rasgos en el transcurso del siglo XIX y su realización creó incesantemente una nueva demanda de bienes de capital, mientras que de ahora en adelante, prescindiendo de las inversiones auxiliares, no quedará por satisfacer más que la demanda de reposición. El período de pertrechamiento capitalista resultaría ser así en definitiva un *intermezzo* único en la Historia, caracterizado por la tensión extraordinaria de todas las energías de la economía capitalista a fin de crearse el complemento necesario de herramientas y máquinas y llegar así a equiparse para producir en lo sucesivo a un ritmo que ahora es imposible mantener. Este es un cuadro verdaderamente consternador del proceso económico. ¿Es que no había equipo en el siglo XVIII o incluso en la época en que nuestros antepasados vivían en cuevas? Y si lo había, ¿por qué tenían que ser las adiciones efectuadas en el siglo XIX más saturadoras que todas las efectuadas hasta entonces? Además, las adiciones aportadas al armamento del capitalismo entran, por lo general, en competencia con las piezas preexistentes del mismo, cuya utilidad económica destruyen. De ahí que la tarea de equipar la economía no pueda realizarse nunca de una vez para siempre. Son excepcionales los casos en que las reservas para reposición bastan para realizarla (como bastarían normalmente de no haber transformaciones técnicas). Esto resulta especialmente claro allí donde se han incorporado nuevos métodos de producción o nuevas industrias; es evidente que las fábricas de automóviles han sido financiadas con los fondos de amortización de los ferrocarriles.

El lector observará, indudablemente, que, aun cuando pudiéramos aceptar las premisas de esta argumentación, no se seguiría de ellas, de una manera necesaria, ninguna predicción pesimista acerca del tipo de expansión de la producción total. Por el contrario, podrían sacar la consecuencia opuesta, a saber: que la posesión de un amplio acopio de bienes de capital que, a causa de su continua renovación, adquiere inmortalidad económica, no haría más que facilitar el ulterior aumento en la producción total. En tal caso tendría toda la razón. El argumento expuesto descansa en su totalidad sobre las perturbaciones que son de esperar si una economía dedicada a la producción de bienes de capital se enfrenta con una disminución del tipo de aumento de la demanda correspondiente. Pero estas perturbaciones, que no tienen lugar de un modo repentino, son susceptibles de ser fácilmente exageradas. La industria del acero, por ejemplo, no ha experimentado grandes dificultades al transformarse de una industria que producía casi exclusivamente bienes de capital en una industria que produce principalmente bienes de consumo duradero o productos semiterminados para la producción de tales bienes. Y aunque no fuesen posibles tales compensaciones dentro de cada industria productora de bienes de capital el principio que implica es el mismo en todos los casos.

La otra variante es ésta. Las grandes explosiones de la actividad económica, que solían extender los síntomas de prosperidad por todo el organismo económico, han estado siempre asociadas, por supuesto, a expansiones de los gastos de los productores, que, a su vez, estaban asociadas a la construcción de fábricas y equipos adicionales. Ahora bien: algunos economistas han descubierto, o creen haber descubierto, que en la actualidad los nuevos procedimientos técnicos tienden a exigir menos capital fijo, en el sentido que le atribuían en el pasado, especialmente en la época de la construcción de los ferrocarriles. La consecuencia a que llegan es que el gasto para la construcción del capital disminuirá por ella en importancia relativa. Como esto afectará de un modo desfavorable a aquellas explosiones intermitentes de la actividad económica que evidentemente han contribuido mucho al tipo observado de aumento de la producción total, se sigue, además, que este tipo está avocado a disminuir, especialmente si el ahorro se mantiene en el antiguo tipo.

Esta tendencia de los nuevos métodos técnicos a absorber cada vez menos el ahorro no ha sido hasta ahora suficientemente demostrada. El material estadístico recogido hasta 1929 —los datos posteriores no son adecuados para nuestro propósito— señala el camino opuesto. Todo lo que los partidarios de la teoría en cuestión han ofrecido en apoyo de su tesis es una serie de ejemplos aislados, a los que es posible oponer otros. Pero concedamos que existe tal ten-

dencia. Entonces tendremos ante nosotros el mismo problema formal que ha inquietado a tantos economistas del pasado en el caso de los descubrimientos economizadores de mano de obra. Estos pueden afectar a los intereses de los trabajadores de un modo favorable o desfavorable, pero nadie duda que, en conjunto, favorecen una expansión de la producción. Y, prescindiendo de las perturbaciones posibles en el proceso de ahorroinversión, que está de moda exagerar, esto no es diferente en el caso de los descubrimientos que economizan el empleo de bienes de capital *por unidad de producto final*. En realidad, puede decirse, sin apartarse mucho de la verdad, que casi todo nuevo procedimiento que es practicable económicamente ahorra tanta mano de obra como capital. Es de presumir que los ferrocarriles han significado un ahorro de capital en comparación con el que habría que emplear para transportar en coches de postas o en carretas el mismo número de viajeros y las mismas cantidades de mercancías que ahora transportan los ferrocarriles. De un modo similar la producción de seda a base de moreras y gusanos de seda puede absorber más capital —yo no lo sé— que la producción de una cantidad equivalente de seda artificial. Esto es muy penoso para los propietarios de capital empleado ya en el primer método de producción, pero no puede decirse que esto dé lugar a una disminución de la oportunidad para invertir ni que implique de un modo necesario una mengua en la expansión de la producción. Los que esperan ver hundirse al capitalismo únicamente en virtud del hecho de que la unidad de capital alcanza un efecto productivo mayor del que solía alcanzar puede que tengan que esperar bastante.

5. Finalmente, como de este tema se ocupan habitualmente economistas que tratan de convencer al público de la necesidad de un gasto con déficit por parte del Estado, nunca dejan de invocar otros argumentos, a saber: que las oportunidades que quedan para la inversión son más apropiadas para la empresa pública que para la privada. Esto es exacto hasta cierto punto. En primer lugar, al aumentar la riqueza adquieren, probablemente, más importancia ciertas especies de gastos en los que no cabe normalmente ningún cálculo de costo-beneficio, tal como los gastos consagrados al embellecimiento de las ciudades, a la salud pública, etc. En segundo lugar, tiende a entrar en la esfera de la gestión pública un sector siempre creciente de la actividad industrial, tal como los medios de comunicación, los puertos, la producción de energía, los seguros, etcétera, y ello simplemente porque estas industrias se hacen cada vez más apropiadas para los métodos de la administración pública. Puede, por tanto, esperarse una expansión de la inversión nacional y municipal, tanto absoluta como relativa, exactamente igual que la de otras formas de

planificación pública, aun en una sociedad fundamentalmente capitalista.

Pero eso es todo. Para reconocerlo no necesitamos hacer ninguna hipótesis acerca de la evolución del sector privado de la actividad industrial. Además, para nuestro propósito es indiferente que, en el futuro, la inversión y la expansión de la producción que ésta lleva consigo sean o no financiadas y dirigidas, en mayor o menor medida, por organismos públicos más bien que por organismos privados, a no ser que, además, se sostenga que la financiación pública ha de imponerse por sí misma, porque la empresa privada no sería capaz de hacer frente a los déficits que hay que esperar en el futuro de *toda inversión*. Pero de esto ya nos hemos ocupado antes.

LA CIVILIZACION DEL CAPITALISMO

Dejando el círculo de las consideraciones puramente económicas nos dirigimos ahora al aspecto cultural de la economía capitalista —a su *superestructura* sociopsicológica, si queremos hablar en el lenguaje marxista— y a la mentalidad que es característica de la sociedad capitalista y, en particular, de la clase burguesa. Resumiendo con una brevedad desesperada los hechos más salientes pueden exponerse del modo siguiente:

Hace cincuenta mil años el hombre se enfrentaba con los peligros y oportunidades de su medio de una manera que algunos “prehistoriadores”, sociólogos y etnólogos convienen en considerar equivalente, *grosso modo*, a la actitud de los salvajes actuales.¹ Para nosotros hay dos elementos en esta actitud que son especialmente importantes: la naturaleza “colectiva” y “afectiva” del proceso espiritual del salvaje y el papel, superpuesto a ella parcialmente, de lo que, no con mucha corrección, llamaré aquí la magia. Con el primero, o sea la naturaleza colectiva y afectiva, aludo al hecho de que, en los grupos sociales pequeños e indiferenciados o no muy diferenciados, las ideas colectivas se imponen con mucho más rigor en la mentalidad individual que en los grupos grandes y complejos y que a las conclusiones y decisiones se llega mediante métodos que desde nuestro punto de vista pueden caracterizarse por un criterio negativo, a saber: el menosprecio de lo que nosotros llamamos lógica y, en particular, de la regla que excluye la contradicción. Con el segundo, o sea la magia, señalo el uso de una serie de creencias que,

¹ Este tipo de investigación se remonta a muy atrás. Pero creo que debería computarse una nueva etapa de la misma a partir de las obras de Lucien Lévy-Bruhl. Véase especialmente sus *Fonctions mentales dans les sociétés inférieures* (1909) y *Le surnaturel et la nature dans le mentalité primitive* (1931). Hay un largo camino entre la posición mantenida en la primera obra y la mantenida en la segunda, cuyos jalones pueden reconocerse en *Mentalité primitive* (1921) y *L'ame primitive* (1927). Para nosotros Lévy-Bruhl es una autoridad especialmente utilizable porque comparte plenamente nuestra tesis —de hecho su obra parte de ella— de que las funciones “ejecutivas” del pensamiento y la estructura mental del hombre están determinadas, en parte al menos, por la estructura de la sociedad dentro de la cual se desenvuelven. Carece de importancia que, en el caso de Lévy-Bruhl, este principio proceda no de Marx, sino de Comte.

en realidad, no están desligadas por completo de la experiencia —ningún artificio de magia puede sobrevivir a una serie ininterrumpida de fracasos—, pero que insertan en la sucesión de los fenómenos observados entidades o influencias derivadas de fuentes no empíricas.² La semejanza de este tipo de proceso mental con el de los neuróticos ha sido puesta de manifiesto por G. Dromard (1911; su expresión *délire d'interprétation* es especialmente sugestiva) y Sigmund Freud (*Totem und Tabu*, 1913). Pero esto no quiere decir que sea extraño a la mente del hombre normal de nuestra propia época. Por el contrario, cualquier discusión de temas políticos puede convencer al lector de que una gran parte de nuestro propio proceso mental de la mayor importancia, desde el punto de vista de la acción, es exactamente de la misma naturaleza.

El pensamiento o el comportamiento racionales y la civilización racionalista no suponen, por consiguiente, la ausencia de los criterios mencionados, sino solamente una ampliación lenta, pero incesante, del sector de la vida social dentro del cual los individuos o los grupos se enfrentan con una situación dada, primeramente, tratando de sacar de ella el mejor partido posible confiando más o menos —pero nunca por completo— en sus propias facultades; en segundo lugar, obrando de acuerdo con las reglas de la coherencia que nosotros llamamos lógica, y en tercer lugar, fundándose en hipótesis que cumplan estas dos condiciones: que su número sea mínimo y que cada una de ellas sea susceptible de ser expresada en términos de experiencia potencial.³

Todo esto es, por supuesto, muy insuficiente, pero basta para nuestro propósito. Hay, sin embargo, otro punto acerca del concepto de las civilizaciones racionalistas que voy a mencionar aquí para referirme a él ulteriormente. Cuando el hábito del análisis racional de los problemas diarios de la vida y del comportamiento racional con relación a los mismos está suficientemente desarrollado, reacciona sobre la masa de las ideas colectivas y las somete a crítica y, en cierto grado, las “racionaliza”, planteándose preguntas tales como por qué tiene que haber reyes y pontífices o subordinación o diezmos o propiedad. Incidentalmente, es importante observar que, aunque la mayoría de nosotros consideraríamos tal actitud crítica

² Un amable crítico, refiriéndose al párrafo anterior, me hace el reproche de que no es posible que yo crea lo que en él se dice, pues en tal caso debería considerar la “fuerza” del físico como una fórmula mágica. Ahora bien: esto es precisamente lo que pienso, a menos que se convenga en atribuir al término “fuerza” un significado meramente formal, un nombre para designar la constante que multiplica a la segunda derivada, respecto al tiempo, del desplazamiento. Véase el párrafo del texto que va a continuación del siguiente.

³ Esta frase kantiana ha sido elegida para prevenirnos contra una objeción manifiesta.

como síntoma de un *estadio superior* de desarrollo espiritual, este juicio de valor no está confirmado necesariamente y en todos los sentidos por la experiencia. La actitud racionalista puede actuar con una información y una técnica tan inadecuadas que las acciones a que da lugar, especialmente una tendencia general a la admiración de las prácticas médicas, pueden parecer, a un observador de un período posterior, de valor inferior, incluso desde un punto de vista puramente intelectual, a las acciones y tendencias antimedicinales asociadas a actitudes que la mayoría de los contemporáneos se sienten inclinada a atribuir únicamente a los superdotados. Una gran parte del pensamiento político de los siglos XVII y XVIII ilustra esta verdad siempre olvidada. No solamente en la profundidad de la visión social, sino también en la del análisis lógico, ha sido netamente superior la contracrítica posterior de los "conservadores", por irrisoria que haya parecido a los escritores de la ilustración.

Ahora bien: la actitud racional penetra, probablemente, en el espíritu humano ante todo a causa de la necesidad económica; a la tarea económica de cada día es a la que nosotros, como raza, debemos nuestra capacitación elemental en el pensamiento y en la conducta racionales, y yo no vacilo en decir que toda la lógica se deriva del modelo de la decisión económica, para usar una frase favorita mía, que el modelo económico es la matriz de la lógica. Esto parece plausible por la siguiente razón. Supongamos que un "salvaje" usa la máquina más elemental de todas, ya apreciada por nuestros primos los gorilas, un bastón, y que este bastón se rompe en sus manos. Si él trata de remediar el daño recitando una fórmula mágica (podría, por ejemplo, murmurar "oferta y demanda" o "planificación y dirección", en la esperanza de que, si repetía esto exactamente nueve veces, volverían a unirse los dos fragmentos), entonces está dentro del recinto del pensamiento pre-racional. Si él procura descubrir el mejor procedimiento para unir los dos fragmentos o de conseguir otro bastón entonces actúa racionalmente en nuestro sentido. Ambas actitudes son posibles, naturalmente. Pero es evidente que en ésta, como en casi todas las demás acciones económicas, el fracaso operativo de una fórmula mágica será mucho más manifiesto que cualquier fracaso de una fórmula que había de hacer a nuestro hombre victorioso en el combate o afortunado en el amor o descargue su conciencia del peso de un remordimiento. Esto es debido a la precisión inexorable y, en la mayoría de los casos, al carácter cuantitativo que distingue lo económico de los demás sectores de la actividad humana y tal vez también a la monotonía y falta de emoción de la interminable repetición de las necesidades económicas y su satisfacción. Una vez forjado el hábito, se extien-

de a las demás esferas de actividad, bajo la influencia pedagógica de las experiencias favorables, y en ellas abre también los ojos a los hombres para esta cosa prodigiosa que es el Hecho.

Este proceso es independiente de cualquier vestidura de la actividad económica y, por tanto, también de la vestidura capitalista. Otro tanto ocurre con el móvil del lucro y del interés personal. El hombre pre-capitalista no es, en realidad, menos "rapaz" que el hombre capitalista. Los campesinos siervos, por ejemplo, o los señores feudales, afirman su autointerés con una energía brutal completamente peculiar. Pero el capitalismo desarrolla la racionalidad del comportamiento y le añade un nuevo filo de dos maneras ligadas entre sí.

Primeramente exalta la unidad monetaria, que no es creación del capitalismo, a la dignidad de una unidad contable. Es decir, la práctica capitalista convierte la unidad de dinero en un instrumento de cálculo racional del costo-beneficio, con el que construye el grandioso monumento de la contabilidad por partido doble.⁴ Sin entrar en esta cuestión tenemos que observar que el cálculo del costo-beneficio, originariamente un producto de la evolución hacia la racionalidad económica, reacciona, a su vez, sobre esta racionalidad; al cristalizar y definir de una manera numérica, da un impulso poderoso a la lógica de la empresa. Y así definido y cuantificado en el sector económico este tipo de lógica o método de comportamiento comienza entonces su carrera de conquistas, subyugando —racionalizando— las herramientas y las filosofías del hombre, sus prácticas médicas, su imagen del cosmos, su visión de la vida; en realidad, todo, incluso su concepto de belleza y de justicia y sus ambiciones espirituales.

En este respecto, es altamente significativo que la ciencia matemático-experimental moderna se ha desarrollado, en los siglos xv, xvi y xvii, no sólo paralelamente al proceso social que usualmente se denomina nacimiento del capitalismo, sino también fuera de la fortaleza del pensamiento escolástico y haciendo frente a su desdenosa hostilidad. En el siglo xv la matemática se ocupaba, principalmente, de cuestiones de aritmética comercial y de problemas de

⁴ La importancia de este elemento ha sido subrayada por Sombart y *more suo* supersubrayada. La contabilidad por partida doble ha sido la última etapa de un camino largo y tortuoso. Su predecesor inmediato era la costumbre de hacer, de cuando en cuando, un inventario y calcular el beneficio o la pérdida; véase A. Saporì, en *Biblioteca Storica Toscana*, VII, 1932. El tratado de contabilidad de Luca Pacioli, 1494, constituye, por su fecha, un importante jalón. Para la historia y la sociología del Estado es un hecho vital observar que la contabilidad racional no se introdujo en la administración de los fondos públicos hasta el siglo xviii y que aun entonces se introdujo de una manera imperfecta, bajo la forma rudimentaria de la contabilidad "cameralista".

arquitectura. Los inventos mecánicos utilitarios, descubiertos por el hombre de tipo artesano, surgieron en los orígenes de la física moderna. El rudo individualismo de Galileo era el individualismo de la naciente clase capitalista. El cirujano comenzó a elevarse por encima de la comadrona y del barbero. El artista, que era a la vez ingeniero y empresario —el tipo immortalizado por hombres como Vinci, Alberti, Cellini; incluso Durero se dedicó a planos para fortificaciones— ilustra mejor que nada lo que quiero expresar. Al maldecir de todo esto los profesores escolásticos de las universidades italianas mostraban más sentido del que nosotros les atribuímos. La inquietud no era por las afirmaciones heterodoxas singulares. A cualquier escolástico capacitado podía creérsele capaz de enrollar sus textos de manera que se adaptasen al sistema de Copérnico. Pero aquellos profesores percibían, con muy buen sentido, el espíritu que había detrás de tales hechos: el espíritu del individualismo racionalista, el espíritu engendrado por el capitalismo naciente.

En segundo lugar, el capitalismo naciente ha producido no sólo la actitud mental de la ciencia moderna, actitud que consiste en plantearse ciertas interrogantes y procurar contestarlas de una manera determinada, sino que ha creado también los hombres y los medios. Al romper el ambiente espiritual del feudalismo y perturbar la paz intelectual del feudo y la aldea (aunque, por supuesto, siempre había mucho que discutir y por qué reñir en un convento), pero especialmente al crear el espacio social para una nueva clase que se apoyaba en sus realizaciones individuales en el campo económico, el capitalismo atrajo, en cambio, a aquel campo a las voluntades fuertes y a las inteligencias poderosas. La vida económica pre-capitalista no dejaba espacio para realizaciones que permitiesen franquear las barreras de clase o, para expresarlo de una manera diferente, que fuesen susceptibles de crear posiciones sociales comparables a las de los miembros de las clases entonces dominantes. No es que se impidiese el ascenso social en general.⁵ Pero la actividad económica, hablando en términos amplios, era de índole esencialmente subalterna, incluso en el caso de los artesanos que alcanzaban la cumbre de las corporaciones, por encima de las cuales apenas les era posible elevarse. Las avenidas principales para el ascenso social y las grandes ganancias las constituían la Iglesia —casi tan accesible como ahora durante todo la Edad Media—, a

⁵ Estamos demasiado inclinados a considerar la estructura social medieval como estática o rígida. En realidad, hubo una incesante *circulation des aristocrates*, para usar la expresión de Pareto. Los elementos que componían el estrato superior alrededor del 900 habían desaparecido prácticamente en 1500.

la que podemos añadir las cancillerías de los grandes magnates territoriales y la jerarquía de los señores feudales, completamente accesible hasta mediados del siglo XII, aproximadamente, para todo hombre calificado física y psíquicamente y no totalmente inaccesible después. Sólo cuando la empresa capitalista —en un principio comercial y financiera; después, minera, y, finalmente, industrial— desplegó sus posibilidades, es cuando la capacidad y la ambición supernormales comenzaron a convertir los negocios en una tercera avenida. El éxito fue rápido y manifiesto, pero se ha exagerado mucho el prestigio social que llevaba consigo al principio. Si examinamos de cerca la carrera de Jacob Fugger, por ejemplo, o la de Agostino Chigi, comprobamos fácilmente que tuvieron muy poco que ver con el rumbo de la política de Carlos V o del Papa León X y que tuvieron que pagar un precio muy elevado por los privilegios de que disfrutaron.⁶ No obstante, el éxito del empresario era lo suficientemente fascinador para todos, excepto para los estratos más elevados de la sociedad feudal, para arrastrar a la mayoría de los mejores cerebros y engendrar así un nuevo éxito, consistente en un nuevo impulso para la máquina racionalista. En este sentido, el capitalismo —y no meramente la actividad económica en general— ha constituido, en definitiva, la fuerza propulsora de la racionalización del comportamiento humano.

Y por fin nos vemos ya frente a frente con la meta inmediata⁷ a que tenía que conducir este argumento complejo, pero insuficiente, a pesar de todo. No sólo la fábrica mecanizada moderna y el volumen de producción que fluye de ella, no sólo la técnica y la organización económica modernas, sino todos los rasgos y conquistas de la civilización moderna, son, directa o indirectamente, producto del proceso capitalista, y hay que incluirlos en todo balance del mismo y tenerlos en cuenta en todo veredicto acerca de sus hazañas o fechorías.

Ahí están el desarrollo de la ciencia racional y la larga lista de sus aplicaciones. Aeroplanos, refrigeradores, televisión, etcétera; todo esto hay que reconocerlo como fruto de la economía de lucro.

⁶ Los Médicis no constituyen realmente una excepción. Pues aunque su riqueza les ayudó a adquirir el dominio de la república de Florencia, fue ese dominio y no la riqueza *per se* lo que explica el papel desempeñado por la familia. En todo caso fueron los únicos comerciantes que llegaron a elevarse hasta colocarse en un pie de igualdad con el estrato superior del mundo feudal. Excepciones auténticas solamente las encontramos allí donde la evolución capitalista creó un medio propicio o rompió por completo el estrato feudal, como, por ejemplo, en Venecia y en los Países Bajos.

⁷ *Inmediata*, porque el análisis contenido en las últimas páginas ha de ser de utilidad para otros propósitos. En realidad, es fundamental para toda discusión seria del gran tema del capitalismo y socialismo.

Y aunque el hospital moderno no funciona, por lo general, por el lucro, es, no obstante, producto del capitalismo no sólo —repito— porque el proceso capitalista aporta los medios materiales y la voluntad creadora, sino mucho más fundamentalmente porque la racionalidad capitalista ha creado los hábitos mentales gracias a los cuales se han desarrollado los métodos aplicados en los hospitales. Y las victorias —aún no ganadas plenamente, pero que se aproximan a ello— sobre el cáncer, la sífilis y la tuberculosis serán conquistas tan capitalistas como lo han sido los automóviles o los oleoductos o el acero Bessmer. En el caso de la medicina, detrás de los métodos hay una profesión capitalista, tanto porque la medicina actúa, en una gran medida, con un espíritu mercantil, como porque constituye una emulsión de burguesía industrial y comercial. Pero aun cuando no fuera así, la medicina y la higiene modernas serían, con todo, sub-productos del proceso capitalista, exactamente igual que la educación moderna.

Ahí está el arte capitalista y el estilo de vida capitalista. Y si nos limitamos al ejemplo de la pintura, tanto por motivos de brevedad como porque en este campo mi ignorancia es ligeramente menor que en otros, y si (equivocadamente, en mi opinión) convenimos en tomar como punto de partida de una época los frescos de Giotto y seguimos después la línea (por reprobables que sean todos los argumentos “lineales”) Giotto-Masaccio-Vinci-Miguel Angel-El Greco, por mucho que se cargue el acento sobre los ardores místicos en el caso del Greco, nadie que tenga ojos para ver podrá borrar mi punto de vista. Y ahí están las experiencias de Vinci para los que dudan y quieren, por así decirlo, tocar con las yemas de sus dedos la racionalidad capitalista. Estoy seguro de que si esta línea se prolongara nos llevaría (aunque tal vez forzados) al contraste entre Delacroix e Ingres. Henos allí ya: Cézanne, Van Gogh, Picasso o Matisse harán el resto. La liquidación expresionista de las formas objetivas nos ofrece una conclusión maravillosamente lógica. La historia de la novela capitalista (que culmina en la novela de Goncourt: “Documents stylisés”) sería un ejemplo aún mejor. Pero esto es obvio. La evolución del estilo de vida capitalista podría describirse fácilmente —y tal vez de la manera más exacta— trazando la génesis del traje de calle moderno.

Ahí está, finalmente, todo lo que puede agruparse en torno al núcleo simbólico del liberalismo gladstoniano. La expresión “democracia individualista” sería igualmente apropiada mejor, en realidad, puesto que queremos abarcar con ella ciertos elementos que Gladstone no habría aprobado y una actitud moral y espiritual que, atrincherado en la ciudadela de su fe, incluso odiaba. Y con ella daría esto por ter-

minado si la liturgia radical no consistiera en una gran medida en negaciones pintorescas a lo que voy a recordar. Los radicales pueden insistir en que las masas claman por la salvación de sufrimientos intolerables y hacen crujir sus cadenas en las tinieblas de la desesperación; pero nunca hubo, por supuesto, tanta libertad personal —espiritual y corporal— *para todos*; nunca hubo tan buen ánimo para tolerar e incluso para financiar a los enemigos mortales de la clase dominante; nunca hubo una simpatía tan efectiva por los sufrimientos reales y fingidos; nunca tan buena disposición para aceptar cargas sociales como en la moderna sociedad capitalista, y todo lo que haya de democracia, fuera de las comunidades rurales, se ha desarrollado históricamente en la estela del capitalismo, tanto antiguo como moderno. Nuevamente pueden ser alegados multitud de hechos del pasado para elaborar un contraargumento que había de ser eficaz, pero esto es irrelevante en una discusión sobre las condiciones actuales y las alternativas que se ofrecen para el futuro.⁸ Si, no obstante, decidimos entregarnos a una disquisición histórica, muchos de aquellos hechos que a los críticos radicales pueden parecer los más favorables para su tesis pueden tener, a menudo, un aspecto diferente, si se ven a la luz de una comparación con los hechos correspondientes de la experiencia pre-capitalista. Y no puede replicarse que “aquellos eran otros tiempos”, ya que ha sido precisamente la evolución capitalista la que los ha hecho diferentes.

Dos puntos hay que mencionar especialmente. He indicado antes que la legislación social o, de una manera más general, las reformas institucionales en favor de las masas, no ha sido simplemente una carga impuesta por la fuerza a la sociedad capitalista por la necesidad ineludible de aligerar la miseria siempre creciente de los pobres, sino que, además de elevar el nivel de las masas en virtud de sus efectos automáticos, el proceso capitalista ha proporcionado también los medios materiales “y la voluntad” para dicha legislación. Las palabras entre comillas requieren una explicación complementaria que hay que buscarla en el principio de la racionalidad generalizadora. El proceso capitalista racionaliza el comportamiento y las ideas, y, al racionalizarlos, ahuyenta de nuestra mente, al mismo tiempo que las creencias metafísicas, las ideas místicas y románticas de toda índole. Así, pues, da una nueva configuración no sólo a los métodos propios para alcanzar nuestros objetivos, sino también estos mismos objetivos finales. El “libre pensamiento”, en el sentido del monismo materialista, del

⁸ Incluso Marx, en cuya época las acusaciones de esta clase no eran ni con mucho tan absurdas como hoy, consideró conveniente reforzar su defensa insistiendo hasta la pesadez sobre condiciones que ya entonces estaban superadas o francamente en trance de desaparecer.

laicismo y de la aceptación práctica del mundo terrenal, deriva de esta refundición no en virtud de una necesidad lógica, sino de un modo natural. Por una parte, nuestro sentido heredado del deber, privado de su base tradicional, se concentra sobre ideas utilitarias relativas al mejoramiento de la Humanidad, las cuales, de un modo completamente ilógico, por supuesto, parecen resistir a la crítica racionalista mejor que el temor a Dios, por ejemplo. Por otra parte, la misma racionalización del alma quita a los derechos de clase toda la aureola de su prestigio supraempírico. Tales son los factores que, juntamente con el entusiasmo típicamente capitalista por la "eficacia" y el "servicio" (en un sentido completamente diferente del mundo de ideas que el antiguo caballero típico habría asociado con estos términos), nutren esa "voluntad" dentro de la burguesía misma. El feminismo, fenómeno esencialmente capitalista, ilustra esta tesis con mayor claridad todavía. El lector se dará cuenta de que estas tendencias tienen que ser entendidas "objetivamente" y que, por consiguiente, por múltiples que sean las declamaciones antifeministas o antirreformistas o por mucha oposición temporal que se haga a alguna medida particular, no podrían probar nada contra este análisis. Estas cosas son precisamente síntomas de las tendencias que pretenden combatir. Sobre esto volveremos en los capítulos siguientes.

Además, la civilización capitalista es racionalista y "antiheroica"; las dos cosas a la vez, por supuesto. El éxito en la industria y en el comercio requiere bastante perseverancia; no obstante, la actividad industrial y comercial es esencialmente inheroica en el sentido caballeresco —nada de blandir espadas en torno a ella ni de proezas físicas ni oportunidades de galopar sobre un caballo armado contra el enemigo, con preferencia hereje o pagano—, y la ideología que glorifica la idea del combate por el combate y de la victoria por la victoria se marchita, como puede comprenderse, en las oficinas, entre todas las columnas de cifras de los hombres de negocios. Por lo tanto, al estar en posesión de bienes susceptibles de atraer a los ladrones y recaudadores de impuestos, y no compartir e incluso desaprobar la ideología guerrera que choca con su utilitarismo "racional", la burguesía industrial y comercial es fundamentalmente pacifista y se inclina a insistir en la aplicación de los preceptos morales de la vida privada a las relaciones internacionales. Es cierto que el pacifismo y la moralidad internacional (en oposición a la mayoría de los rasgos de la civilización capitalista, pero en concordancia con algunos otros) han sido también defendidos en medios no capitalistas y por organismos precapitalistas: la Iglesia Católica, por ejemplo, en la Edad Media. El pacifismo y la moralidad internacional modernos son, no obstante, productos del capitalismo.

En vista del hecho de que la teoría marxista —especialmente la teoría neo-marxista e incluso una parte considerable de la opinión no socialista— se opone con todo vigor a esta afirmación, como hemos visto en la primera parte de este libro,⁹ es necesario indicar que con dicha afirmación no queremos negar que muchas burguesías han realizado una espléndida lucha en defensa de sus hogares y sus patrias ni que ciertas comunidades, casi puramente burguesas, han sido frecuentemente agresoras cuando creían que la guerra les resultaría lucrativa —como es el caso de Atenas y Venecia—, ni que a ninguna burguesía le hayan disgustado alguna vez los botines de guerra y las ventajas para el comercio derivadas de la conquista, ni que las burguesías hayan rehusado adocrinarse en nacionalismos guerreros por sus maestros o caudillos feudales o por la propaganda de algún grupo especialmente interesado. Lo que yo afirmo es, en primer lugar, que tales ejemplos de combatividad capitalista no deben ser explicados, exclusiva o primordialmente, en términos de intereses de clase o de situaciones de clase que engendran sistemáticamente guerras capitalistas de conquista, como explica el marxismo; en segundo lugar, que hay una diferencia profunda entre hacer lo que se considera una tarea normal de la vida, para la que uno se prepara desde la juventud y se continúa capacitando en la edad madura, y con referencia a la cual definen el éxito o el fracaso de una vida, y cumplir una tarea ajena a uno mismo, para lo cual no resultan adecuadas las actitudes normales ni la mentalidad propias y cuyo éxito aumentaría el prestigio de la menos burguesa de las profesiones, es decir, la de las armas, y, en tercer lugar, que esta diferencia habla constantemente —tanto en las cuestiones internacionales como en las nacionales— contra el uso de la fuerza militar y en pro de los arreglos pacíficos, incluso cuando el saldo de interés pecuniario está claramente del lado de la guerra, lo cual no es muy probable que ocurra en las circunstancias actuales. De hecho, cuanto más plenamente capitalista son la estructura y la actitud de una nación, más pacifista observamos que es y más inclinada a calcular los costos de una guerra. Dada la complejidad de todo modelo singular esta tesis solamente podría ser explicada plenamente mediante un análisis histórico detallado. Pero la actitud burguesa en cuanto a lo militar (ejércitos permanentes), el espíritu y los métodos con que las sociedades burguesas hacen la guerra y la facilidad con que se someten a una ordenación no burguesa, en cualquier caso serio de guerra prolongada, son hechos concluyentes por sí mismos. La teoría marxista según la cual el imperialismo es la última etapa de la

⁹ Véase nuestra discusión acerca de la teoría marxista del imperialismo, parte I, cap. IV.

evolución capitalista falla, por consiguiente, independientemente por completo de las objeciones puramente económicas.

Pero no voy a hacer un resumen como, probablemente, espera de mí el lector. Es decir, no voy a invitarle a considerar una vez más la impresionante prestación económica y la aún más impresionante prestación cultural del orden capitalista; y la inmensa promesa que ofrecen ambas para el progreso en ambos aspectos, antes de que decida poner su confianza en una alternativa inédita defendida por hombres no probados. No voy a argumentar que esta prestación y esta promesa bastan por sí para servir de apoyo a una tesis según la cual se debía permitir al sistema capitalista que continuase funcionando, y, al mismo tiempo, como podría fácilmente demostrarse, descargar a la Humanidad del pesado fardo de la pobreza.

Esto no tendría sentido. Aun cuando la Humanidad tuviese tanta libertad de elección como la que tiene un empresario para elegir entre dos piezas de una maquinaria, ningún juicio de valor determinado se sigue necesariamente de los hechos y de las relaciones entre los hechos que yo he tratado de poner en claro. Por lo que se refiere a la prestación económica no se sigue que los hombres sean "más felices" o "se encuentren más a gusto" en la sociedad industrial de hoy que en un feudo o en una aldea medieval. En cuanto a la prestación cultural, puede aceptarse cada una de las palabras que yo he escrito y, no obstante, odiarse desde el fondo del propio corazón su utilitarismo y la completa destrucción de valores espirituales que lleva consigo. Además, como tendré que subrayar de nuevo en la discusión de la alternativa socialista, uno puede interesarse menos por la eficiencia del sistema capitalista para producir valores económicos y culturales que por la especie de seres humanos configurados por el capitalismo y dejados después abandonados a sus propios recursos, es decir, en libertad para estropear sus vidas. Hay un tipo de radicales cuyo veredicto adverso acerca de la civilización capitalista no descansa sino en la estupidez, la ignorancia o la irresponsabilidad, que no puede o no quiere reconocer los hechos más obvios y mucho menos sus consecuencias ulteriores. Pero también colocándose sobre un plano más elevado puede llegarse a un veredicto completamente adverso.

Sin embargo, ya sean favorables o desfavorables los juicios valorativos acerca de la prestación capitalista su interés es escaso, pues la Humanidad no tiene libertad de elección. Esto no se debe tan sólo al hecho de que la masa del pueblo no está en situación de comparar las alternativas de un modo racional y acepta siempre lo que se le sugiere, sino que hay una razón mucho más profunda para ello. Los fenómenos económicos resultantes impelen a los individuos y a los grupos a comportarse, quieran a no, de ciertas maneras, en realidad,

no destruyendo su libertad de elección, sino configurando las mentalidades que realizan la elección y reduciendo el número de posibilidades entre las cuales elegir. Si esto es la quintaesencia del marxismo todos tenemos que ser marxistas. En consecuencia, la prestación capitalista no sirve siquiera para una prognosis. La mayoría de las civilizaciones han desaparecido antes de que hayan tenido tiempo de cumplir totalmente sus promesas. Por ello no voy a argumentar, basándome en el vigor de esta prestación, que el intermezzo capitalista tenga probabilidades de prolongarse. En realidad, voy ahora a llegar a la conclusión exactamente opuesta.

LOS MUROS SE DESMORONAN

I. EL OCASO DE LA FUNCIÓN DE EMPRESARIO

En nuestra discusión de la teoría de la desaparición de la oportunidad para la inversión se hizo una reserva en favor de la posibilidad de que las necesidades económicas de la Humanidad pudiesen algún día satisfacerse tan plenamente, que quedara poco motivo para proseguir aún más allá del esfuerzo productivo. Tal estado de saciedad está, sin duda, muy lejos de nosotros, aun cuando nos mantengamos dentro del esquema actual de necesidades, y si tenemos en cuenta el hecho de que, a medida que se alcanzan niveles de vida más elevados, estas necesidades se dilatan automáticamente y surgen o se crean nuevas necesidades,¹ la saciedad se convierte en una meta huidiza, especialmente si incluimos el ocio entre los bienes de consumo. Sin embargo, vamos a echar una ojeada a esta posibilidad, suponiendo de una manera todavía más irreal que los métodos de producción hayan alcanzado un estado de perfección que no admite ya nueva mejora.

Sobrevendría entonces una situación más o menos estacionaria. Siendo el capitalismo esencialmente un proceso evolutivo llegaría a atrofiarse. A los empresarios no les quedaría nada que hacer. Se encontrarían exactamente en la misma situación que los generales en una sociedad en que la paz permanente estuviese perfectamente asegurada. Los beneficios, y con ellos el tipo de interés, convergerían hacia cero. Los estratos burgueses, que viven de los beneficios y el interés, tenderían a desaparecer. La generación de la industria y del comercio se convertirían en una cuestión de administración corriente y su personal adquiriría, inevitablemente, las características de una burocracia. Surgiría casi automáticamente un socialismo de un tipo muy moderado. La energía humana se desviaría de los negocios. Lo que atraería a los cerebros y ofrecería ocasión para la aventura serían las actividades extraeconómicas.

Para el futuro previsible esta visión carece de importancia. Tiene una importancia mucho mayor el hecho de que muchos de los efectos

¹ Wilhelm Wundt llamaba a esto la "heterogonía de los fines" (*Heterogonie der Zwecke*).

en la estructura de la sociedad y en la organización del proceso de producción que podríamos esperar de una satisfacción aproximadamente completa de las necesidades o de una perfección técnica absoluta pueden también esperarse de una evolución que ya es claramente visible. El mismo progreso puede mecanizarse tan bien como la gestión de una economía estacionaria, y esta mecanización del progreso puede afectar al sistema de empresa y a la sociedad capitalista casi tanto como la detención del progreso económico. Para ver esto no hay más que recordar, en primer lugar, en qué consiste la función de empresario, y, en segundo lugar, lo que esta función significa para la sociedad burguesa y para la supervivencia de la ordenación capitalista.

Ya hemos visto que la función de empresario consiste en reformar o revolucionar el sistema de producción, explotando un invento, o, de una manera más general, una posibilidad técnica no experimentada para producir una mercancía nueva o una mercancía antigua por un método nuevo, para abrir una nueva fuente de provisión de materias primas o una nueva salida para los productos, para reorganizar una industria, etc. La construcción de ferrocarriles en sus primeras etapas, la producción de energía eléctrica antes de la primera Guerra Mundial, el vapor y el acero, el automóvil, las aventuras coloniales, ofrecen ejemplos espectaculares de un amplio género de negocios que comprende innumerables ejemplos más modestos, hasta llegar en el peldaño inferior de la escala a cosas tales como lograr un éxito en una clase especial de embutido o de cepillos de dientes. Este género de actividades es, ante todo, el que da lugar a las "prosperidades" recurrentes que revolucionan el organismo económico, así como a los "retrocesos" recurrentes que se deben a la influencia desequilibradora de los productos o los métodos nuevos. Llevar a la práctica estas innovaciones es difícil y constituye una función económica peculiar; en primer lugar, porque están fuera de las tareas rutinarias que todo el mundo entiende, y, en segundo lugar, porque el medio exterior presenta a esto una resistencia multiforme que va, según las condiciones sociales, desde una simple repulsa a financiar o a comprar una cosa nueva hasta la agresión física al hombre que trata de producirla. Para actuar con confianza se requieren aptitudes que solamente se dan en una pequeña fracción de la población y caracterizan tanto al tipo como a la función de empresario. Esta función no consiste, esencialmente, en inventar algo ni en crear de otro modo las condiciones que la empresa explota. Consiste en lograr realizaciones.

Esta función social está perdiendo ya importancia y está abocada a perderla en el futuro a un ritmo acelerado, aun cuando continuase funcionando sin perturbaciones el mismo régimen económico para el que el sistema de empresa ha sido la primordial fuerza propulsora.

Pues, de una parte, es mucho más fácil ahora, que en el pasado, realizar cometidos que están fuera de la rutina conocida, a pesar de que la misma innovación se está reduciendo a rutina. El progreso técnico se convierte, cada vez en mayor medida, en un asunto de grupos de especialistas capacitados que producen lo que se les pide y cuyos métodos les permiten prever los resultados prácticos de sus investigaciones. El romanticismo de la aventura comercial de los primeros tiempos está decayendo rápidamente, porque ahora pueden calcularse con toda exactitud muchas cosas que antes tenían que ser vislumbradas en un relámpago de intuición genial.

Por otra parte, la personalidad y la fuerza de voluntad tienen que contar menos en un medio exterior que ha llegado a acostumbrarse al cambio económico —cuyo mejor ejemplo lo constituye la incesante corriente de nuevos artículos de consumo y de producción— y que, en vez de presentarles resistencia, las aceptan como cosa corriente. La resistencia que proviene de los intereses amenazados por las innovaciones realizadas en el proceso de producción no es probable que se extinga en tanto que subsista el orden capitalista. Esta resistencia es, por ejemplo, el gran obstáculo que se interpone en el camino hacia la producción masiva de viviendas baratas, la cual supone una mecanización radical y la eliminación total de los métodos ineficaces de trabajo en el mismo solar. Pero todas las demás formas de resistencia —especialmente la resistencia de los consumidores y los productores hacia un producto nuevo por ser nuevo— han desaparecido ya casi por completo.

Así, pues, el progreso económico tiende a despersonalizarse y a automatizarse. El trabajo de oficina y de comisión tiende a reemplazar a la acción individual. Una vez más nos ayudará a precisar este punto esencial una comparación militar.

Antes, aproximadamente hasta las guerras napoleónicas inclusive, el generalato significaba caudillaje, y por éxito se entendía el éxito personal del hombre que ejercía al mando y que ganaba los correspondientes “beneficios” en forma de prestigio social. Dada la manera de ser de la técnica de la guerra y de la estructura de los ejércitos la decisión individual y las dotes de mando del caudillo —incluso su presencia efectiva sobre un vistoso caballo— eran elementos esenciales en las situaciones estratégicas y tácticas. La presencia de Napoleón era y debía ser sentida de un modo efectivo sobre los campos de batalla. Esto ya no es así. El trabajo racionalizado y especializado de oficina termina por borrar la personalidad, el resultado calculable sustituye a la “visión”. El caudillo no tiene ya la oportunidad de lanzarse al combate. Está en vías de convertirse en otro empleado de oficina más, un empleado que no siempre es difícil de sustituir.

Podemos presentar otra analogía militar. El modo de hacer la guerra en la Edad Media era un asunto muy personal. Los caballeros, cubiertos con sus armaduras, practicaban un arte que requería una capacitación practicada durante toda su vida, y cada uno de ellos contaba individualmente a causa de su pericia personal y de sus proezas. Es fácil comprender por qué esta profesión hubo de convertirse en la base de una clase social, en el sentido más pleno y significativo de la palabra. Pero la transformación social y técnica socavaron y terminaron de destruir tanto la función como la posición de esta clase. La guerra no desapareció por este motivo. Simplemente, se hizo cada vez más mecanizada, hasta el punto de que, por grande que sea el éxito en lo que ahora es una mera profesión, ya no lleva consigo aquella imputación de realización individual que elevaría no sólo al hombre, sino también a su grupo; a una posición duradera de caudillaje social.

Un proceso social semejante (en un último análisis, el mismo proceso social) socava ahora el papel y, al mismo tiempo, la posición social del empresario capitalista. Su papel, aunque menos brillante que el de los señores medievales, grandes o pequeños, constituye o más bien constituía otra forma de caudillaje individual que actuaba en virtud de la energía personal y de la responsabilidad personal del éxito. Su posición, lo mismo que la de las clases militares, se encuentra amenazada desde el momento en que pierde su importancia la función que desempeñan en el proceso social, lo mismo si esto es debido a la desaparición de las necesidades sociales que satisfacían que si dichas necesidades son satisfechas por otros métodos más impersonales.

Pero esto afecta a la situación de todo el estrato burgués. Aunque los empresarios no son necesariamente, ni siquiera típicamente, elementos de este estrato desde el comienzo de su carrera, entran, sin embargo, en él en caso de éxito. De esta forma, aunque los empresarios no constituyen *per se* una clase social, la clase burguesa los absorbe, así como a sus familias y parientes, rejuveneciéndose y revitalizándose con ello de un modo permanente, mientras que al mismo tiempo las familias que se apartan de su relación activa con los "negocios" salen de ella al cabo de una generación o dos. Entre ellos está la masa de lo que llamamos industriales, comerciantes, financieros y banqueros, que se encuentran en la etapa intermedia entre la aventura de los empresarios y la mera administración corriente de una posición heredada. Los rendimientos de los que vive esta clase son producidos por el éxito de este sector más o menos activo —que puede representar, por supuesto, como ocurre en los Estados Unidos, más del noventa por ciento del estrato burgués— y de los individuos que están a punto de elevarse a esta clase, éxito sobre el cual descan-

sa también la posición social de la clase. Por tanto, la burguesía depende económica y sociológicamente, directa e indirectamente, del empresario y, como clase, vive y morirá con él, aunque es muy probable que tenga lugar una etapa de transición más o menos prolongada, en cuya etapa la burguesía puede sentirse en definitiva igualmente incapaz para morir y para vivir, como ocurrió efectivamente en el caso de la civilización feudal.

Para resumir esta parte de nuestra tesis: si la evolución capitalista —el “progreso”— deja de existir o se automatiza por completo, la base económica de la burguesía industrial se reducirá en definitiva a salarios análogos a los que se pagan por el trabajo administrativo corriente, a excepción de los residuos de cuasi-rentas y ganancias monopoloides, que es de esperar que se prolonguen, si bien decreciendo, durante algún tiempo. Como la empresa capitalista tiende, en virtud de sus propias prestaciones, a automatizar el progreso, concluimos de ello que tiende a hacerse a sí misma superflua, a saltar en pedazos bajo la presión de su propio éxito. La unidad industrial gigante, perfectamente burocratizada, no solamente desaloja a la empresa pequeña y de volumen medio y “expropia” a sus propietarios, sino que termina también por desalojar al empresario y por expropiar a la burguesía como clase, que en este proceso está en peligro de perder no sólo su renta, sino también, lo que es infinitamente más importante, su función. Los verdaderos monitores del socialismo no han sido los intelectuales o agitadores que lo predicaron, sino los Vanderbilts, los Carnegies y los Rockefellers.

Este resultado puede no ser en absoluto del gusto de los socialistas marxistas, y aun menos del gusto de los socialistas de una especie más popular (Marx habría dicho vulgar), pero, por lo que se refiere a la prognosis, no se diferencia de la de ellos.

II. LA DESTRUCCIÓN DE LOS ESTRATOS PROTECTORES¹

Hasta aquí hemos considerado los efectos de la evolución capitalista sobre las bases económicas que sostienen los estratos superiores de la sociedad capitalista, así como sobre su posición y su prestigio sociales. Pero estos efectos se extienden, además, al cuadro institucional que los protegía. Al poner esto de manifiesto utilizamos la expresión en su acepción más amplia, aplicándola no sólo a las instituciones legales, sino también a la actitud de la opinión pública y de los partidos políticos.

1. La evolución capitalista comenzó por destruir o hizo mucho para destruir las ordenaciones institucionales del mundo feudal: la

hacienda feudal, la aldea, el gremio de artesanos. Los hechos y el mecanismo de este proceso son demasiado conocidos para detenernos en ellos. La destrucción se efectuó de tres maneras. El mundo del artesano fue destruido, ante todo, por los efectos automáticos de la competencia que partía del empresario capitalista; la acción política, al suprimir las organizaciones y ordenanzas atrofiadas, no hizo más que confirmar los resultados. El mundo del señor y del aldeano fue destruido, principalmente, por la acción política —en algunos casos revolucionaria—, y el capitalismo no hizo más que encauzar las transformaciones adaptativas, como, por ejemplo, la de las organizaciones agrícolas feudales alemanas en unidades de producción agrícola en gran escala. Pero, junto con estas revoluciones industrial y agraria, se operaba un cambio no menos revolucionario en la actitud general de la autoridad legislativa y de la opinión pública. Juntamente con la antigua organización económica se desvanecían los privilegios económicos y políticos de las clases o grupos que solían desempeñar el papel directivo de ella, especialmente la exención de impuestos y las prerrogativas políticas de la nobleza de la tierra alta y baja y del clero.

Económicamente, todo esto significó, para la burguesía, el rompimiento de otras tantas cadenas y la supresión de otros tantos obstáculos. Políticamente, significó la sustitución de un régimen, en el que el burgués era un súbdito humilde, por otro régimen que respondía mejor a su mentalidad racionalista y era más propicio a sus intereses inmediatos. Pero, al contemplar esta evolución desde el punto de vista de nuestros días, el observador podría, muy bien, preguntarse si en último término esta completa emancipación ha sido beneficiosa para el burgués y su mundo. Pues aquellas cadenas que se rompieron no solamente le servían de entorpecimiento, sino también de protección. Antes de seguir más adelante debemos aclarar con cuidado este punto y apreciar su significación.

2. Los procesos correlativos del surgimiento de la burguesía capitalista y del surgimiento de los Estados nacionales crearon, en los siglos XVI, XVII y XVIII, una estructura social que puede parecernos ambigua, aunque no era más ambigua ni más transitoria que otra cualquiera. Considérese el ejemplo revelador que ofrece la monarquía de Luis XIV. El poder real había sometido a la aristocracia de la tierra y al mismo tiempo se había reconciliado con ella ofreciéndole empleos y pensiones y aceptando condicionalmente su pretensión a una posición de clase dominante o directiva. El mismo poder real había sometido al clero y se había aliado con él.² Finalmente, había vigorizado su influjo sobre la burguesía, su antigua aliada en la lucha contra los magnates territoriales, protegiendo y estimulando su espíritu de

² El galicanismo no fue más que el reflejo ideológico de esta política.

empresa para explotarla, a su vez, de un modo más efectivo. Los labriegos y el pequeño proletariado industrial fueron dirigidos, explotados y protegidos de una manera análoga por el poder público (aunque la protección en el caso del *ancien régime* francés era mucho menos manifiesta que, por ejemplo, en el de la Austria de María Teresa o de José II) o, en su delegación, por los terratenientes o los industriales. Esto no era, simplemente, un gobierno en el sentido que le daba el liberalismo del siglo XIX, es decir, un organismo social que existe para la realización de algunas funciones estrictamente limitadas que han de financiarse con un mínimo de impuestos. En principio, la monarquía lo gobernaba todo, desde la conciencia hasta los modelos de seda de las fábricas de Lyon, y financieramente aspiraba a un máximo de recaudación fiscal. Aunque el rey no fue nunca totalmente absoluto el poder público lo abarcaba todo.

Para nuestro objeto es de la mayor importancia la diagnosis correcta de este sistema. El rey, la corte, el ejército, la Iglesia y la burocracia vivían en creciente medida de la imposición creada por el proceso capitalista, e incluso las fuentes de renta puramente feudales se hincharon a consecuencia del desarrollo capitalista contemporáneo. También la política nacional y extranjera y las reformas institucionales fueron configuradas en creciente medida para adaptarse a este progreso y para impulsarlo. *Siendo esto así*, los elementos feudales que subsistían en la estructura de la llamada monarquía absoluta solamente encuadran bajo el título de atavismo, que, de hecho, es la diagnosis que se adoptaría maquinalmente a primera vista.

Contemplándolos más de cerca, sin embargo, vemos que estos elementos significan algo más que atavismos. La armazón de acero de esta estructura seguía siendo el material humano de la sociedad feudal y este material seguía comportándose conforme a las reglas precapitalistas. La nobleza ocupaba las oficinas del Estado, proveía de oficiales al ejército, ideaba las medidas políticas; funcionaba, en fin, como una *classe dirigeante*, y, aunque tomaba en consideración los intereses burgueses, tenía buen cuidado de distanciarse de la burguesía. La pieza angular del sistema, el rey, era rey por la gracia de Dios, y la raíz de su posición era feudal no sólo en el sentido histórico, sino también en el sociológico, no obstante las muchas ventajas que obtenía de las posibilidades económicas que le ofrecía el capitalismo. Todo esto era más que atavismo. Fue una simbiosis activa de dos estratos sociales, uno de los cuales servía, sin duda, económicamente de apoyo al otro, pero era, a su vez, sostenido políticamente por el mismo. Sea lo que fuere lo que pensemos de los éxitos o de las deficiencias de esta ordenación, sea lo que fuere lo que la misma burguesía pensase en-

tonces o después de la misma, así como de los aristócratas perdidos u holgazanes, esta simbiosis era esencial a aquella sociedad.

3. ¿De *aquella* sociedad solamente? El curso posterior de las cosas, ilustrado perfectamente por el caso inglés, sugiere la respuesta. El elemento aristocrático continuó ejerciendo el mando *precisamente hasta el final del período del capitalismo intacto y vital*. Sin duda, este elemento absorbió —aunque en ninguna parte tan efectivamente como en Inglaterra— los cerebros salidos de los demás estratos y los encauzó hacia la política; se arrogó la representación de los intereses burgueses y libró las batallas de la burguesía; tuvo que renunciar a sus últimos privilegios legales; pero, con estas limitaciones y para fines que ya no eran los suyos propios, continuó suministrando los dirigentes de la máquina política, conduciendo el Estado, gobernando.

La parte económicamente activa del estrato burgués no ofreció mucha oposición a esto. En conjunto, esta especie de división del trabajo les convenía y les agradaba. Allí donde se rebelaron contra ella o se encaramaron en la cumbre política sin tener que rebelarse no tuvieron un éxito de gobierno digno de mención ni se mostraron capaces de mantenerse por sí solos. La cuestión se plantea, pues, acerca de si puede admitirse con plena garantía que estos fracasos fuesen debidos simplemente a una falta de oportunidad de la burguesía para adquirir experiencia y, con la experiencia, la actitud de una clase políticamente dominante.

La respuesta es que no. Hay una razón más fundamental para esos fracasos, de los que ofrecen buenos ejemplos las experiencias alemana y francesa en sus ensayos de gobiernos burgueses, razón que se verá de nuevo con la mayor claridad contrastando la figura del industrial o del comerciante con la del señor medieval. La “profesión” de este último no solamente le cualificaba admirablemente para la defensa de sus propios intereses de clase, no sólo era capaz de combatir por ellos físicamente, sino que le rodeaba de una aureola y hacía de él un dominador de hombres. Lo primero era importante, pero lo eran más el prestigio místico y la actitud señorial, esa capacidad y ese hábito para mandar y hacerse obedecer que inspiran respeto en todas las clases de la sociedad y en todas las situaciones de la vida. Ese prestigio era tan grande y esa actitud dominadora era tan eficaz que la posición de clase de la nobleza sobrevivió a las condiciones sociales y técnicas que la habían hecho nacer, y se mostró susceptible de adaptarse, mediante la transformación de su función de clase, a condiciones sociales y económicas completamente diferentes. Los señores y caballeros se metamorfosearon con la mayor facilidad y gracia en cortesanos, funcionarios administrativos, diplomáticos, políticos y en oficiales militares de un tipo que no tenía nada que ver con el del caballero

medieval. Y el fenómeno que más sorprende cuando nos ponemos a pensar en esto es que un residuo de ese antiguo prestigio sobrevive aún en nuestros días y no solamente entre los señores.

Con el industrial y el comerciante ha sucedido lo contrario. Seguramente, no hay ni huella de ningún esplendor místico alrededor de ellos, que es lo importante para la dominación de los hombres. La bolsa es un pobre sustituto del Santo Grial. Ya hemos visto que el industrial y el comerciante, en tanto que empresarios, desempeñaban también una función de caudillaje. Pero el caudillaje económico de este tipo no tiene esa aptitud para extenderse, como el caudillaje militar de los señores medievales, al caudillaje de las naciones. Por el contrario, el libro mayor y el cálculo de costos le absorben y le aprisionan.

He calificado a la burguesía de racionalista e inheroica. Para defender su posición o para doblegar a una nación a su voluntad tan sólo puede emplear medios racionales e inheroicos. Puede ejercer una influencia a través de aquello que la gente puede esperar de su prestación económica, puede argumentar su defensa, puede prometer pagar dinero o amenazar con negarlo, puede alquilar los servicios de un *condottiero* o de un político o de un periodista. Pero esto es todo, lo cual es grandemente supervalorado en cuanto a su valor político. Tampoco son sus experiencias y hábitos de vida de índole apropiada para desarrollar una fascinación personal. Un genio de los negocios puede ser, y lo es a menudo, completamente incapaz, fuera de su oficina, para ahuyentar un ganso, lo mismo en el salón que en la tribuna. Como sabe esto, desea quedarse solo y dejar en paz la política.

Nuevamente vendrán excepciones a la imaginación del lector. Pero tampoco son de mucha importancia. La aptitud de los burgueses para la administración municipal y su interés y su éxito en dicha actividad constituyen la única excepción importante que puede citarse en Europa y que, como veremos, refuerza nuestra tesis en vez de debilitarla. Antes del advenimiento de la metrópolis moderna, que ya no es cosa burguesa, la administración de las ciudades era análoga a la de los negocios. La comprensión de sus problemas y la autoridad dentro de sus recintos recaía naturalmente en el fabricante y los intereses locales de la industria y el comercio constituían el objeto principal de la política municipal, que se prestaba por lo mismo a ser llevada conforme a los métodos y al espíritu de la oficina mercantil. En condiciones excepcionalmente favorables salían de estas raíces brotes que adquirían un desarrollo excepcional, como el de las repúblicas de Venecia y Génova. El caso de los Países Bajos entra dentro de la misma categoría, pero es especialmente aleccionador a causa del hecho de que esta república de comerciantes fracasó invariablemente

en el gran juego de la política internacional y, prácticamente en toda situación de necesidad, tuvo que entregar las riendas del poder a un señor militar de carácter feudal. Por lo que respecta a los Estados Unidos sería fácil enumerar las circunstancias singularmente favorables —si bien en rápida decadencia— que explican la hegemonía de los hombres de negocios.³

4. La conclusión es obvia; prescindiendo de tales condiciones excepcionales, la clase burguesa está mal equipada para hacer frente a los problemas interiores e internacionales con que normalmente tiene que enfrentarse todo país de alguna importancia. Los mismos burgueses se dan cuenta de ello, a pesar de toda la fraseología con que parecen negarlo, y otro tanto les ocurre a las masas. Dentro de un marco protector no hecho de material burgués la burguesía puede tener éxito político no sólo en la defensiva, sino también en la ofensiva, especialmente como oposición. Durante un cierto tiempo se sintió tan segura como para darse el lujo de atacar al mismo cuadro que la protegía; la oposición burguesa, tal como la que hubo en la Alemania imperial, ilustra esto a la perfección. Pero, sin la protección de algún grupo no burgués, la burguesía está políticamente desamparada y es incapaz no sólo de dirigir su nación, sino incluso de defender sus propios intereses de clase, lo cual significa tanto como decir que necesita un amo.

Pero el proceso capitalista, tanto por su mecanismo económico como por sus efectos psicosociológicos, se ha desembarazado de este amo protector y no le ha dejado nunca, ni a él ni a un sustituto del mismo, una oportunidad de desenvolverse, como en los Estados Unidos. Las conclusiones que pueden inferirse de aquí se vigorizan por otra consecuencia del mismo proceso. La evolución capitalista elimina no sólo al rey *Dei Gratia*, sino también a los reductos políticos que, de haber podido mantenerse, se habrían formado por la aldea y el gremio de artesanos. Es evidente que ninguna de estas dos organizaciones era defendible en la forma precisa en que las encontró el capitalismo. Pero la política capitalista ha llevado su destrucción mucho más allá de lo que era inevitable. Atacó al artesano en los territorios reservados en que podría haber sobrevivido durante un tiempo indefinido. Al labriego le impusieron, por la fuerza, todas las bendiciones del liberalismo primitivo, o sea, la posesión libre, pero expuesta a todas las tempestades, y toda la cuerda individualista que necesitaba para colgarse.

Al romper el marco precapitalista de la sociedad el capitalismo rompió, por tanto, no sólo las barreras que impedían su progreso, sino también los arbotantes que impedían su colapso. Este proceso de

³ Esta línea de razonamiento volverá a adoptarse en la parte IV.

destrucción, impresionante por su inexorable necesidad, no consistía meramente en apartar la madera muerta de las instituciones, sino en apartar a los miembros del estrato capitalista, cuya simbiosis era un elemento esencial del sistema capitalista. Después de poner al descubierto este hecho, oscurecido por tantos tópicos, podemos muy bien preguntarnos si es completamente correcto considerar el capitalismo como una forma social *sui generis* o si, en realidad, no representa más que la última etapa de la descomposición de lo que hemos llamado feudalismo. En conjunto, yo me inclino a creer que sus peculiaridades bastan para hacer de él un tipo propio de sociedad y a aceptar como regla más bien que como excepción esa simbiosis de clases, que debe su existencia a diferentes épocas y procesos, pues, al menos, ha sido la regla durante los últimos seis mil años, esto es, desde que los primitivos cultivadores del suelo fueron sometidos por los nómadas a caballo. Pero tampoco veo ninguna gran objeción que pueda oponerse al criterio opuesto a que acabo de aludir.

III. LA DESTRUCCIÓN DEL CUADRO INSTITUCIONAL DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA

Volvemos de nuestra digresión con una carga de hechos alarmantes que casi son suficientes, aunque no por completo, para fundamentar nuestro punto siguiente, a saber: que el proceso capitalista, del mismo modo que ha destruido el cuadro institucional de la sociedad feudal, está minando también el suyo propio.

Hemos indicado más arriba que el mismo éxito de la empresa capitalista tiende paradójicamente a menoscabar el prestigio o el peso social de la clase ligada principalmente a ella y que la empresa gigante tiende a desalojar a la burguesía de la función a la cual debe su importancia social. El cambio correspondiente en la significación de las instituciones del mundo burgués y en su actitud típica, así como la pérdida de vitalidad que ha llevado consigo este cambio, es fácil de describir.

De una parte, el proceso capitalista ataca inevitablemente la base económica del pequeño productor y del pequeño comerciante. Lo que hizo con el estrato precapitalista lo hace también con el estrato inferior de la industria capitalista, y, en realidad, en virtud del mismo mecanismo de la competencia. Marx gana aquí, por supuesto, muchos puntos. Es cierto que los fenómenos de la concentración industrial no concuerdan plenamente con las ideas que se enseñan al público a este respecto (véase capítulo XIX). El proceso no ha ido tan lejos y está menos libre de retrocesos y de tendencias compensatorias de lo

que se deduce de muchas exposiciones de vulgarización. En particular, la empresa en gran escala no sólo aniquila, sino que también crea, en cierta medida, espacio para la pequeña empresa de producción y especialmente para la pequeña empresa comercial. También en el caso de los campesinos y agricultores el mundo capitalista ha mostrado, al fin, voluntad y capacidad para seguir una política de conservación costosa, pero eficaz en su conjunto. A la larga, sin embargo, apenas puede haber duda acerca del fenómeno de la concentración progresiva ni de sus consecuencias. Por lo demás, fuera del campo de la agricultura la burguesía ha demostrado poco conocimiento del problema⁴ y de su importancia para la supervivencia del orden capitalista. Los beneficios que pueden obtenerse mediante la racionalización de la organización de la producción y especialmente mediante el abaratamiento del tortuoso camino que recorren las mercancías desde la fábrica hasta el último consumidor pesan demasiado para que la imaginación del hombre de negocios pueda resistir tan atrayente perspectiva.

Ahora es importante descubrir en qué consisten precisamente estas consecuencias. Un tipo muy común de crítica social con la que ya nos hemos encontrado lamenta "la decadencia de la competencia" y la compara con la decadencia del capitalismo a causa de las virtudes que atribuye a la competencia y de los vicios que atribuye a los "monopolios" industriales modernos. Conforme a este esquema de interpretación, la monopolización desempeña el papel de la arterioesclerosis y reacciona sobre las posibilidades del orden capitalista a través de una prestación económica cada vez más insatisfecha. Ya hemos visto las razones por las que debe rechazarse esta tesis. Económicamente ni las ventajas de la competencia ni los inconvenientes de la concentración del dominio económico son tan considerables como implica esta tesis. Y, ya sean débiles o firmes, pasan por alto el punto más saliente. Aun cuando los *concerns* gigantes estuviesen todos regidos con tanta perfección que arrancasen el aplauso a los ángeles del cielo, las consecuencias políticas de la concentración no dejarían de ser las que son. La estructura política de una nación resulta profundamente afectada por la eliminación de una hueste de empresas pequeñas y medianas, cuyos gerentes-propietarios, juntamente con sus dependientes, servidores y parientes, pesan cuantitativamente en las urnas electorales y ejercen sobre lo que podemos denominar la clase de los cuadros una influencia que no han podido tener nunca los gerentes de una gran empresa; los mismos fundamentos de la propiedad privada y de la

⁴ Sin embargo, algunos gobiernos lo han comprendido; el gobierno de la Alemania imperial hizo mucho para combatir esta especie particular de racionalización y en los Estados Unidos hay ahora una fuerte tendencia en el mismo sentido.

libertad de contratación se resquebrajan en una nación en la cual desaparecen del horizonte moral del pueblo las manifestaciones más vivas, más concretas y más significativas de estos derechos.

Por otra parte, el proceso capitalista ataca también a su propia armazón institucional (sigamos considerando la "propiedad" y la "libertad de contratación" como *partes pro toto*) dentro de los recintos de las grandes empresas. A excepción de los casos, que son todavía de considerable importancia, en que una sociedad es prácticamente propiedad de un solo individuo o de una familia, la figura del propietario, y con él el interés específico y directo del dueño, se han desvanecido del cuadro. En él encontramos los órganos ejecutivos asalariados y los gerentes y subgerentes asalariados. Hay los grandes accionistas, así como también los pequeños accionistas. El primer grupo tiende a adquirir la actitud del empleado y rara vez se identifica, si es que llega a identificarse, con el interés de los accionistas ni siquiera en los casos más favorables, esto es, en los casos en que se identifica con el interés del *concern* en cuanto tal. El segundo grupo, aun cuando considera su relación con el *concern* como permanente y aun cuando se comporta efectivamente como tendrían que comportarse los accionistas según la teoría financiera, está alejado al mismo tiempo de las funciones y de la actitud de un propietario. En cuanto al tercer grupo, los pequeños accionistas no se preocupan casi nunca mucho de lo que para la mayoría de ellos no es más que una pequeña fuente de renta y, se preocupen o no, no se tomarán por ello ninguna molestia, a no ser en los casos en que tratan de explotar, directamente o por personas interpuestas, los medios de que disponen para incomodar a los administradores; como con frecuencia son muy mal tratados y con mayor frecuencia aún se creen mal tratados, adoptan de una manera casi regular una actitud hostil a "sus" sociedades, hacia la gran empresa en general. Y, especialmente cuando las cosas van mal, hacia el orden capitalista como tal. Ningún elemento de estos tres grupos, en que he esquematizado la situación típica de las sociedades, adopta incondicionalmente la actitud característica de ese curioso fenómeno tan lleno de sentido y en vías de desaparición tan rápida que se comprende con la expresión "propiedad".

La libertad de contratación adolece del mismo mal. En la época de su vitalidad plena significaba contratación individual regulada por una elección individual entre un número indefinido de posibilidades. El contrato estereotipado, desindividualizado, despersonalizado y burocratizado de hoy —esto tiene una aplicación mucho más general, pero *a posteriori* podemos atribuirlo al contrato de trabajo— que no ofrece más que una libertad de elección restringida y que casi siempre se reduce a un *c'est à prendre ou à laisser*, no conserva ninguno de sus

rasgos antiguos, los más importantes de los cuales resultan incompatibles con la existencia de *concerns* que tratan con otros *concerns* gigantes o con masas impersonales de obreros o de consumidores. El vacío se llena por una selva tropical de nuestras construcciones legales, y un poco de reflexión muestra que difícilmente podría ser esto de otro modo.

Así, pues, la evolución capitalista arrastra hasta el fondo todas esas instituciones, especialmente la propiedad y la libertad de contratación, que responderían a las necesidades y a las prácticas de una actividad económica verdaderamente "privada". Allí donde no las deroga, como ya ha derogado la libertad de contratación en el mercado de trabajo, alcanza el mismo resultado desplazando la importancia relativa de las formas legales existentes —como, por ejemplo, las formas legales propias de la sociedad anónima frente a las que pertenecen a la sociedad en participación o a la empresa individual— o cambiando su contenido o significado. La evolución capitalista, al sustituir los muros y las máquinas de una fábrica por un simple paquete de acciones, desvitaliza la idea de propiedad. Menoscaba el poder del arma que en otro tiempo fue tan fuerte, esto es, el poder del propietario sobre sus bienes, debilitando primero la posibilidad efectiva para hacer lo que a uno le plazca con lo que le pertenece, y después porque el tenedor de un título abstracto pierde la voluntad de combatir económica, física y políticamente por "su" fábrica y por el dominio directo sobre la misma, hasta morir si es preciso sobre sus peldaños. Y esta evaporación de lo que podemos denominar la sustancia material de la propiedad —su realidad visible y tangible— afecta no sólo a la actitud del poseedor de acciones, sino también a la de los obreros y a la del público en general. Una propiedad desmaterializada, desfuncionalizada y despersonalizada no imprime ni impone ninguna subordinación moral, como ocurría con la forma vital de la propiedad. Terminará por no quedar *nadie* que realmente se preocupe de defenderla ni de dentro ni de fuera de los recintos de los grandes *concerns*.

LA HOSTILIDAD AUMENTA

I. LA ATMÓSFERA SOCIAL DEL CAPITALISMO

Después del análisis de los dos capítulos precedentes no debe resultar difícil comprender cómo la evolución capitalista ha creado esa atmósfera de hostilidad casi universal hacia su propio orden social a que he hecho alusión al comienzo de esta parte. El fenómeno es tan sorprendente y las explicaciones marxista y popular del mismo son tan insuficientes que considero deseable desarrollar un poco más su teoría.

1. La evolución capitalista, como hemos visto, empequeñece a la larga la importancia de la función que constituye la razón de ser de la clase capitalista. Hemos visto también que tiende a eliminar a los estratos protectores, a derrumbar sus propias defensas, a dispersar las guarniciones de sus trincheras. Y hemos visto, finalmente, que el capitalismo crea una configuración mental crítica que, después de haber destruido la autoridad moral de múltiples instituciones no capitalistas, al final se vuelve contra las suyas propias; el burgués descubre con asombro que la actitud racionalista no se detiene ante las credenciales de los reyes y los papas, sino que llega hasta atacar a la propiedad privada y todo el sistema de valores burgueses.

La fortaleza burguesa llega así a quedar políticamente desmantelada. Las fortalezas indefensas invitan a la agresión, especialmente si hay en ellas un rico botín. Los agresores, como ocurre siempre, actúan en una situación de hostilidad racionalizadora.¹ Sin duda, es posible librarse de ellos durante algún tiempo mediante el soborno. Pero este último recurso falla tan pronto como descubren que pueden tomarlo todo. Esto explica, en parte, por qué la atmósfera del capitalismo se hace cada vez más irrespirable. En la medida en que es válido —ya que, por supuesto, no explica por completo el fenómeno—, este elemento de nuestra teoría se verifica por el alto grado de corre-

¹ Es de esperar que no surgirá confusión por el uso que hago del verbo "racionalizar" en dos sentidos diferentes. Una instalación industrial es "racionalizada" cuando se aumenta su eficiencia de producción por unidad de gasto. "Racionalizamos" una acción nuestra cuando nos damos a nosotros mismos y damos a los demás razones en su apoyo que satisfagan nuestra pauta de valores, independientemente de la verdadera naturaleza de nuestros ingresos.

lación que existe históricamente entre la indefensión burguesa y la hostilidad hacia el orden capitalista: en tanto que la posición burguesa era fuerte había poca hostilidad de principio, aunque entonces había mucha más razón para ella; esta hostilidad se ha extendido *pari passu* con el desmoronamiento de los muros protectores.

2. Sin embargo, podría muy bien preguntarse —y de hecho se preguntan con ingenuo aturdimiento muchos industriales que creen sinceramente que cumplen su deber con todas las clases de la sociedad—: ¿por qué ha de necesitar el orden capitalista ninguna protección por parte de fuerzas extracapitalistas o de lealismos extrarracionales? ¿No es capaz de salir de la prueba con banderas desplegadas? ¿No muestran nuestros argumentos anteriores, de un modo suficiente, que tiene bastantes credenciales utilitarias que presentar? ¿No puede hacerse de él una defensa perfecta? Y esos industriales no dejarán de señalar, con toda seguridad, que un trabajador consciente, al ponderar el pro y el contra de su contrato con uno de los grandes *concerns* del acero o del automóvil, por ejemplo, puede muy bien llegar a la conclusión de que, teniendo en cuenta todas las circunstancias, no sale tan mal librado y que las ventajas de su trato no están todas de un solo lado. Sí, ciertamente; sólo que todos estos argumentos son completamente irrelevantes para el problema que nos ocupa.

Pues, en primer lugar, es un error creer que el ataque político surge primordialmente de un agravio y que puede ser detenido mediante una justificación. La crítica política no puede ser refutada eficazmente con una argumentación racional. Del hecho de que la condenación del orden capitalista proceda de una actitud de espíritu, esto es, de una actitud que rechaza la sumisión a los valores extrarracionales, no se sigue que los enemigos del régimen hayan de aceptar una refutación racional. Tal refutación puede rasgar la vestidura racional de los asaltantes; pero nunca puede alcanzar a la fuerza propulsora extrarracional que se esconde detrás de la misma. La racionalidad capitalista no es capaz de contener estos impulsos subracionales o superracionales. Por el contrario, los deja en libertad al suprimirles el freno de la tradición sagrada o semisagrada. En una civilización a la que faltan los medios e incluso la voluntad para disciplinar y conducir tales impulsos éstos se rebelarán. Y una vez rebelados poco importa que, en una cultura racionalista, sus manifestaciones se racionalicen, en general, de una manera u otra. Del mismo modo que a los reyes, a los señores y a los papas no se les han exigido justificaciones utilitarias por súbditos dotados de un espíritu de jueces dispuestos a aceptar una respuesta satisfactoria, el capitalismo plantea su litigio ante jueces que tienen ya la sentencia de muerte en sus bolsillos. Esta sentencia han de dictarla cualquiera que sea la defensa que puedan oír; la única defensa

que posiblemente lograría prosperar con éxito sería una modificación de la acusación. El razonamiento utilitario es, en todo caso, débil como móvil principal de una acción colectiva, y en ningún caso puede entrar en competición con las determinantes extrarracionales de la conducta.

En segundo lugar, el éxito en la acusación se hace plenamente comprensible tan pronto como nos damos cuenta de lo que implicaría la aceptación de la defensa del capitalismo. Esta defensa, aun cuando fuese mucho más vigorosa de lo que es en realidad, no podría hacerse nunca con facilidad. Y para comprenderla el público en general tendría que estar en posesión de un discernimiento y de un poder de análisis que está más allá de sus posibilidades. Por lo demás, no hay prácticamente ningún disparate de los que se han dicho acerca del capitalismo que no haya encontrado campeón en algún economista profesional. Pero aun prescindiendo de esto, el reconocimiento racional de las realizaciones económicas del capitalismo y de las esperanzas que ofrece para el futuro exigiría una proeza moral casi imposible que parte de los desposeídos. Estas realizaciones solamente se hacen visibles si las miramos desde una perspectiva lejana; todo argumento procapitalista tiene que apoyarse sobre consideraciones a largo plazo. A corto plazo predominan en el cuadro los beneficios y las ineficiencias. Para resignarse con su destino el igualitarista y el cartista de antaño tendrían que haberse contentado con la esperanza de una vida mejor para sus bisnietos. Para identificarse con el sistema capitalista el parado de hoy tendría que olvidarse por completo de su propio destino, y el político de hoy, de su ambición personal. Los intereses a largo plazo de la sociedad están tan profundamente incrustados en los estratos superiores de la sociedad burguesa que es perfectamente natural que el pueblo los considere como intereses exclusivos de esta clase. Para las masas lo que cuenta es la perspectiva a corto plazo. Lo mismo que Luis XV estiman que *après nous le déluge*, y desde el punto de vista del utilitarismo individualista este sentimiento es, desde luego, perfectamente racional.

En tercer lugar están las inquietudes cotidianas y la amenaza de las dificultades con las que todo el mundo tiene que combatir en todo sistema social, esto es, las fricciones y contratiempos, los sucesos desagradables mayores o menores que perjudican, molestan y contrarían. Ya supongo que cada uno de nosotros está más o menos habituado a atribuirles plenamente a aquella parte de la realidad que está fuera de su propia piel, y para superar el impulso hostil con el que reaccionamos ante estas dificultades se necesita una adhesión *emocional* al orden social, es decir, precisamente el sentimiento que el capitalismo es incapaz de producir, dada su estructura. Si no hay adhesión

emocional, entonces este impulso se desarrolla libremente y termina por convertirse en un elemento permanente de nuestro sistema psíquico.

En cuarto lugar, el nivel de vida en mejora siempre creciente y especialmente el ocio que el capitalismo moderno procura al trabajador que disfruta de plena ocupación... ¡Bien! No tengo necesidad de terminar el párrafo ni de elaborar uno de los argumentos más gastados, más farragosos que, desgraciadamente, es demasiado cierto. El progreso secular, que se da, por supuesto, unido a la inseguridad individual que se siente de una manera aguda, es, desde luego, la mejor receta para alimentar la agitación social.

II. LA SOCIOLOGÍA DEL INTELECTUAL

Sin embargo, ni la oportunidad de ataque ni los agravios reales o fingidos son suficientes para crear por sí solos una hostilidad activa contra un orden social, por mucho que puedan favorecerla. Para desarrollar una atmósfera tal es necesario que haya grupos que estén interesados en estimular y organizar el resentimiento, en alimentarlo, hacerse intérpretes del mismo y conducirlo. Como se pondrá de manifiesto en la parte IV, la masa del pueblo no elabora nunca opiniones determinadas por su propia iniciativa. Todavía es menos capaz de articularlas y de convertirlas en actitudes y acciones coherentes. Lo único que puede hacer es seguir o negarse a seguir al caudillaje de un grupo que se ofrezca a conducirlo. Por consiguiente, hasta que hayamos descubierto los grupos sociales que están cualificados para este papel de excitadores nuestra teoría de la atmósfera de hostilidad hacia el capitalismo permanecerá incompleta.

Hablando en términos generales, las condiciones favorables para una hostilidad general hacia un sistema social o para un ataque específico al mismo tenderán, invariablemente, a dar vida a grupos dispuestos a explotarlos. Pero en el caso de la sociedad capitalista hay que observar, además, otro hecho: en contraposición a cualquier otro tipo de sociedad, el capitalismo, en virtud de la lógica misma de su civilización, tiene por efecto inevitable crear, instruir y mantener profesionales de la agitación social.² La explicación de este fenómeno, que es tan curioso como importante, se deduce de nuestra argumen-

² Todo sistema social es vulnerable a la rebelión y en todo sistema social la excitación a la rebelión es un negocio que rinde en caso de éxito y por ello atrae tanto a los cerebros como a los músculos. Esto ya ocurría en gran medida en los tiempos feudales. Pero los nobles guerreros que se rebelaban contra sus superiores atacaban a personas o a posiciones singulares, pero no atacaban al sistema feudal en cuanto a tal. Y la sociedad feudal en su conjunto no desplegaba tendencias a alentar —intencionada o inintencionadamente— ataques contra el conjunto de su propio sistema social.

tación del capítulo XI, pero puede hacerse más precisa mediante una incursión en el dominio de la Sociología del Intelectual.

1. Este tipo social no es fácil de definir. Esta dificultad es, en realidad, uno de los síntomas del carácter de la especie. Los intelectuales no constituyen una clase social en el sentido en que la constituyen los campesinos o los obreros industriales; proceden de todos los rincones del mundo social y una gran parte de sus actividades consiste en combatir entre sí y formar las vanguardias de intereses de clase que no son los suyos. No obstante, despliegan actitudes e intereses de grupo con fuerza suficiente para hacer que gran número de ellos se comporten de la manera que se asocia usualmente al concepto de clase social. Tampoco pueden ser definidos simplemente como la suma total de todas las personas que han tenido una educación superior; esto desdibujaría los rasgos más importantes del tipo. Y, no obstante, todo el que haya disfrutado de esta educación es un intelectual en potencia y, salvo casos excepcionales, no lo es nadie que la haya tenido; además, el hecho de que sus mentes estén equipadas de un modo similar facilita su comprensión mutua y forma un vínculo entre ellos. Tampoco serviría a nuestro propósito equiparar el concepto de intelectual a la cualidad de miembro de las profesiones liberales; los médicos y los abogados, por ejemplo, no son intelectuales en el sentido que aquí importa destacar, a no ser que hablen o escriban de materias que estén fuera de su competencia profesional, lo cual hacen, sin duda, con frecuencia, especialmente los abogados. No obstante, hay una estrecha relación entre los intelectuales y las profesiones liberales. Pues *algunas* de estas profesiones —especialmente si contamos entre ellas el periodismo— están, he hecho, reservadas casi por completo a los intelectuales; los miembros de *todas* estas profesiones tienen la oportunidad de hacerse intelectuales, y muchos intelectuales se consagran, para vivir, a una de estas profesiones. Finalmente, una definición, por medio del contraste con el trabajo manual, sería demasiado amplia.³ Sin embargo, la expresión “clan de emborronadores”, del Duque de Wellington, parece ser demasiado estrecha,⁴ como también lo es el sentido de la fórmula *hommes de lettres*.

Pero podríamos hacer algo peor que seguir al Duque de Hierro. Los intelectuales son, en efecto, los que ejercen el poder de la palabra hablada y escrita, y una de las peculiaridades que los distingue de los

³ He descubierto para mi pesar que el *Oxford English Dictionary* no recoge el sentido que yo deseo atribuir a la palabra intelectual. Da la acepción de la frase “un banquete de intelectuales”, pero en relación con las “potencias superiores del intelecto”, lo cual indica una dirección muy distinta. Esto me ha desconcertado, como es natural; pero no he podido descubrir otra expresión que sirviera igualmente bien a mi propósito.

⁴ La frase del duque se encuentra en *The Croker Papers* (ed. L. J. Jennings, 1884).

demás oradores y escritores es la ausencia de responsabilidad directa en lo relativo a los negocios prácticos. Esta peculiaridad explica, por lo general, otra, a saber: la falta de aquel conocimiento de primera mano de los mismos que sólo puede dárselo la experiencia. Una tercera característica del intelectual la constituye su actitud crítica, que surge no menos de su posición de observador —en la mayoría de los casos también como extraño— que del hecho de que su principal oportunidad para afirmarse está en su valor efectivo o potencial para incomodar. ¿Es la profesión del no profesional? ¿Es diletantismo profesional? ¿La gente que habla de todo porque no entiende nada? ¿El periodista de Bernard Shaw en *The Doctor's Dilemma*? No, no. Yo no he dicho eso ni he querido darlo a entender. Eso sería aún más incierto que ofensivo. Renunciemos a buscar una definición verbal y reemplacémosla por una definición demostrativa, “epidíctica”; en el museo griego podemos ver tal objeto con una bonita etiqueta. Los sofistas, los filósofos y los retóricos de los siglos v y iv a. de J. C., ilustran de un modo ideal lo que quiero decir; por mucha energía con que hayan rechazado ser confundidos con ellos, pertenecen, sin embargo, al mismo género. El que prácticamente todos ellos fuesen maestros no destruye el valor de la ilustración.

2. Cuando analizaba la naturaleza racionalista de la civilización capitalista (capítulo XI) indicaba que el desarrollo del pensamiento racional ha precedido, por supuesto, al nacimiento del orden capitalista en millares de años; el capitalismo no hizo sino dar un nuevo impulso y una inclinación particular a este proceso. De un modo semejante —dejando a un lado el mundo grecorromano—, encontramos intelectuales en tiempos completamente precapitalistas: por ejemplo, en el reino de los francos y los países en que se dispersó este reino. Pero eran pocos en número, eran eclesiásticos, en su mayoría monjes, y su aportación escrita era accesible tan sólo a una parte infinitesimal de la población. Es indudable que hubo fuertes individualidades capaces de desarrollar, en ocasiones, opiniones heterodoxas e incluso comunicarlas a auditorios populares. Sin embargo, esto implicaba, por lo general, ponerse en antagonismo con un medio organizado de una manera muy severa —del que al mismo tiempo era difícil desasirse— y correr el riesgo de sufrir la suerte del hereje. Incluso así, apenas era posible tal temeridad sin la ayuda o connivencia de algún gran señor o jefe militar, como muestra suficientemente la táctica de los misioneros. En conjunto, por lo tanto, los intelectuales eran fácilmente sometidos, y no era ninguna broma que les siguieran los pasos, aun en tiempos de excepcional desorganización y licencia, como durante la peste negra (en 1348 y después).

Pero si el monasterio dio nacimiento al intelectual del mundo medieval fue el capitalismo el que le dio libertad y lo obsequió con la prensa de imprimir. La lenta evolución del intelectual laico fue meramente un aspecto de este proceso general; la coincidencia del surgimiento del humanismo con el del capitalismo es muy sorprendente. Los humanistas eran primeramente filósofos, pero invadieron rápidamente los campos de las costumbres, la política, la religión y la filosofía; lo que constituye un excelente ejemplo de un fenómeno indicado más arriba. Esto no era debido solamente al contenido de las obras clásicas, que ellos interpretaban juntamente con su gramática, pues de la crítica de un texto a la crítica de una sociedad el camino es más corto de lo que parece. Sin embargo, al intelectual típico no le agradaba la idea de la hoguera, que todavía aguardaba al hereje. Por regla general, le satisfacían mucho más los honores y el bienestar. Y éstos, después de todo, sólo podían obtenerlos de los príncipes temporales o espirituales, por más que los humanistas hayan sido los primeros intelectuales que tuvieron un público, en el sentido moderno. La actitud crítica se hizo más fuerte cada día. Pero la crítica *social* —más allá de la que iba implicada en ciertos ataques a la Iglesia Católica y especialmente a su cabeza— no floreció bajo tales condiciones.

Los honores y emolumentos pueden obtenerse, sin embargo, por más de un camino. La adulación y el servilismo son, a menudo, menos remunerativos que sus opuestos. Este descubrimiento no fue hecho por el Aretino,⁵ pero ningún mortal le ha superado en el arte de explotarlo. Carlos V era un marido afectuoso; pero durante sus campañas, que le tenían alejado de su casa por espacio de muchos meses seguidos, vivió la vida de un caballero de su época y de su clase. Ahora bien: el público —y lo que a Carlos le importaba especialmente, la emperatriz— podía ser mantenido en la ignorancia de esto siempre que se entregasen puntualmente al gran crítico de la política y de la moral argumentos de buena calidad y de buen peso. Carlos los pagaba. Pero lo importante es que esto no era un simple chantaje, que, por lo general, beneficia tan sólo a una parte e inflige pérdidas sin compensación a la otra. Carlos sabía por qué pagaba, aunque, sin duda, habría sido posible asegurar el silencio por métodos menos costosos, pero también más drásticos. Pero Carlos no manifestó ningún resentimiento. Por el contrario, incluso se desvió de su camino para honrar al hombre. Es evidente que quería de él algo más que el silencio y, en realidad, recibió la plena contrapartida de sus dádivas.

3. En cierto sentido, por consiguiente, la pluma de Aretino fue, en verdad, más fuerte que su espada. Pero, tal vez por ignorancia, no

⁵ Pietro Aretino, 1492-1556.

conozco ejemplos de este tipo durante los ciento cincuenta años siguientes,⁶ en el curso de los cuales los intelectuales no parecen haber desempeñado ninguno gran papel fuera e independientemente de las profesiones consagradas, principalmente las de la justicia y la Iglesia. Ahora bien: este retroceso coincide, en términos generales, con el retroceso en la evolución capitalista que tuvo lugar en la mayoría de los países de la Europa continental en aquel agitado período. Y la recuperación subsiguiente de la empresa capitalista favoreció igualmente a los intelectuales. El libro más barato, el periódico o panfleto barato, juntamente con la ampliación del público —que era, en parte, producto de esta baja de precios; pero, en parte también, un fenómeno independiente, debido al acceso de la burguesía industrial a la riqueza y la influencia y al aumento consiguiente de la importancia política de una opinión pública anónima—, todos estos sucesos afortunados, así como la creciente liberación de trabas, son subproductos de la organización capitalista.

En los tres primeros cuartos del siglo XVIII el protector individual fue perdiendo poco a poco la importancia capital que en un principio había tenido para la carrera del intelectual. Pero en los éxitos culminantes, al menos, percibimos claramente la importancia creciente del nuevo elemento, a saber: el apoyo de un protector colectivo, del público burgués. En éste, lo mismo que en todos los demás aspectos, Voltaire ofrece un ejemplo de valor inapreciable. Su misma superficialidad, que le hizo posible abarcar todo, desde la religión hasta la óptica de Newton, unida a una vitalidad indomable, a una curiosidad insaciable, a una completa falta de trabas, a un instinto infalible para las corrientes de su tiempo, a las que estaba plenamente adherido, todo esto permitió a este crítico desprovisto de método crítico y poeta e historiador mediocre fascinar a sus contemporáneos y vender sus libros. También especuló, timó, aceptó regalos y emolumentos, pero siempre disfrutó de una independencia, fundada sobre la sólida base de su éxito, con el público. Y, aunque completamente distinto, sería aún más instructivo discutir el caso y el tipo de Rousseau.

En los últimos decenios del siglo XVIII un episodio singular puso de manifiesto la naturaleza del poder de un francotirador intelectual que no contaba para su trabajo con más instrumento que el mecanismo sociopsicológico llamado opinión pública. Esto sucedió en Inglaterra, el país que más había avanzado en el camino de la evolución capitalista. Los ataques de John Wilkes al sistema político de Inglaterra fueron lanzados, en realidad, en circunstancias excepcionalmente favorables; además, no puede decirse que derribase efectivamente al

⁶ En Inglaterra, sin embargo, la extensión e importancia de la literatura panfletaria aumentó grandemente en el siglo XVII.

gobierno del conde de Bute, puesto que éste no tuvo nunca ninguna probabilidad de mantenerse y tenía que caer por una docena de razones distintas; pero el *North Briton*, de Wilkes, fue, no obstante, la última paja que rompió la... espina dorsal política de Lord Bute. El número 45 del *North Briton* fue la primera descarga en una campaña que aseguró la abolición de las órdenes de prisión generales y dio un gran paso hacia la libertad de prensa y de elecciones. Esto no quiere decir que cambiase el curso de la Historia o que crease las condiciones para una reforma de las instituciones sociales, pero sí quiere decir que desempeñó el papel, digamos, de comadrona en este parto político.⁷ La incapacidad de los enemigos de Wilkes para contrarrestarlo es el hecho más significativo de todo esto. Evidentemente, tenían a su disposición todo el poder del gobierno organizado. No obstante, hubo algo que les hizo retroceder.

En Francia los años anteriores a la Revolución y los de la Revolución misma dieron nacimiento a los ardores de los agitadores de la plebe (Marat, Desmoulin), los cuales, sin embargo, no lanzaron por la borda completamente, como los nuestros, el estilo y la gramática. Pero tenemos que apresurarnos. El Terror y, de un modo más sistemático, el Primer Imperio, pusieron fin a estas licencias de prensa. Después siguió un período, interrumpido por el gobierno del *roi bourgeois*, de represión más o menos firme que duró hasta que el Segundo Imperio se vio obligado, hacia 1865, a soltar las riendas. En la Europa Central y del Sur este período de previa censura duró también otro tanto, y en Inglaterra predominaron condiciones análogas desde el comienzo de las guerras revolucionarias hasta la subida de Canning al poder.

4. Hasta qué punto es imposible remontar la corriente dentro del cauce de la sociedad capitalista se pone de manifiesto en el fracaso de los intentos —algunos de ellos prolongados y decididos— hechos durante ese período prácticamente por todos los gobiernos europeos para asegurarse la adhesión de los intelectuales. La historia de estos gobiernos no es más que una repetición, en otras tantas versiones diferentes, de la del gobierno inglés con Wilkes. En la sociedad capitalista —o en una sociedad que contenga un elemento capitalista de decisiva importancia—, todo ataque contra los intelectuales tiene que

⁷ No abrigó el temor de que algún historiador de la política encuentre que he exagerado la importancia del éxito de Wilkes. Pero sí temo que se me objete el haberle llamado francotirador y el haber afirmado que lo debió todo al protector colectivo y nada al protector individual. En sus comienzos no hay duda de que era estimulado por un *corrillo*. Sin embargo, en un examen más detenido creo que hay que admitir que esto no era de decisiva importancia y que el apoyo y todo el dinero y honores que obtuvo después no fueron más que una consecuencia y una recompensa de su éxito anterior y de la posición independiente adquirida con respecto al público.

dirigirse contra las fortalezas privadas de las economías burguesas, las cuales, o parte de las cuales, ofrecerán protección a los perseguidos. Además, un ataque tal tendría que realizarse conforme a los principios burgueses del procedimiento legislativo y administrativo, que indudablemente puede dilatarse y retorcerse, pero impedirá una persecución más allá de cierto punto. El estrato burgués puede aceptar, e incluso aplaudir, la violencia fuera de la ley cuando esté completamente excitado o aterrorizado, pero sólo temporalmente.. En un régimen puramente burgués, como el de Louis Philippe, las tropas pueden hacer fuego contra los huelguistas, pero la Policía no puede apresar a los intelectuales o tiene que soltarlos inmediatamente; de lo contrario, el estrato burgués, aunque desaprobe violentamente algunos de sus hechos, los respaldará, porque la libertad que desaprovecha no puede ser destruída sin destruir también la libertad que aprueba.

Obsérvese que yo no estoy atribuyendo a la burguesía una dosis irreal de generosidad o idealismo. Ni tampoco estoy realzando desmesuradamente lo que la gente piensa, y siente, y quiere, sobre cuya importancia casi estoy de acuerdo con Marx, aunque no del todo. Al defender a los intelectuales como grupo —no a cada individuo, por supuesto—, la burguesía se defiende a sí misma y a su forma de vida. Solamente un gobierno de carácter no burgués y de filiación no burguesa —en las modernas circunstancias solamente un gobierno socialista o un gobierno fascista— tiene fuerza suficiente para disciplinar a los intelectuales, y para ello tendría que cambiar las instituciones típicamente burguesas y que reducir drásticamente la libertad individual de *todos* los estratos de la nación. Y un gobierno tal no es probable —ni podría siquiera— que se detuviera ante la empresa privada.

De esto se sigue tanto la aversión como la incapacidad del orden capitalista para dominar de un modo efectivo su sector intelectual. La aversión de que se trata es una aversión para utilizar de un modo sistemático métodos que son incompatibles con la mentalidad configurada por la evolución capitalista; la incapacidad es la incapacidad para hacer esto dentro del cuadro de las instituciones modeladas por la evolución capitalista y sin someterse a reglas no burguesas de gobierno. Así, de una parte, la libertad de discusión pública, que encierra en sí la libertad para criticar los fundamentos de la sociedad capitalista, es, a la larga, inevitable. De otra parte, el grupo intelectual no puede dejar de criticar, porque vive de la crítica y toda su posición depende de su crítica corrosiva, y la crítica de las personas y de los acontecimientos corrientes ha de desembocar fatalmente en una situación en que no hay nada de sacrosanto, en crítica de las clases y de las instituciones.

5. Unas pocas pinceladas completarán el cuadro moderno. Como tales podemos citar: el mayor volumen de recursos; el progreso en el nivel de vida y en el ocio de las masas, que han modificado y continúan modificando la composición del protector colectivo, a cuyos gustos tienen que amoldarse los intelectuales; el abaratamiento, cada vez mayor, del libro y del periódico, y el *concern* periodístico en gran escala, y ahora, la radio; finalmente, había, y hay, la tendencia hacia la completa supresión de restricciones, aplastando invariablemente los intentos de resistencia de corto alcance, en los que la sociedad burguesa se manifiesta como disciplinadora tan incompetente y en ocasiones tan infantil.

Hay, sin embargo, otro factor. Uno de los rasgos más importantes de las últimas etapas de la civilización capitalista es la expansión vigorosa del aparato educativo y especialmente de las facilidades para la educación superior. Este desarrollo era y es no menos inevitable que el desarrollo de la unidad industrial en gran escala;⁹ pero en con-

* El surgimiento y la carrera hasta la fecha del *concern* periodístico en gran escala ilustra dos puntos que quisiera subrayar: los múltiples aspectos, relaciones y efectos de cada elemento concreto del sistema social, que impiden formular tesis rectilíneas y en sentido único, y la importancia de la distinción de los fenómenos a corto y a largo plazo, respecto de los cuales resultan verdaderamente proposiciones diferentes y a veces opuestas. El *concern* periodístico en gran escala es en la mayoría de los casos simplemente una empresa mercantil capitalista. Esto no implica que defienda los intereses capitalistas u otros cualesquiera intereses de clase. Puede ser así solamente por uno o varios de los motivos siguientes, cuya importancia limitada es obvia: porque esté subvencionado por un grupo capitalista para el preciso propósito de defender sus intereses o doctrinas (cuanto mayor sea el *concern* y sus ventas menos importancia tiene este elemento); porque quiera vender sus periódicos a un público de gustos burgueses (este motivo, muy importante hasta 1914, aproximadamente, actúa ahora en una dirección cada vez más opuesta); porque los anunciantes prefieren utilizar un medio con el que tienen afinidad (pero casi siempre adoptan un criterio sobre esta cuestión en consonancia exclusivamente con los negocios); porque los propietarios insisten en una cierta dirección, independientemente de su interés por las ventas (hasta cierto punto obran así y, sobre todo, han obrado; pero la experiencia enseña que no se han mantenido firmes si sus convicciones comprometen demasiado gravemente sus intereses pecuniarios en las ventas). En otras palabras: el *concern* periodístico en gran escala es un instrumento poderosísimo para elevar la posición y aumentar la influencia del grado intelectual, pero ni aun hoy está completamente bajo su dirección. Significa empleo y un público más amplio, pero también significa "cadenas". Estas son especialmente importantes en los fenómenos a corto plazo; a luchar por una mayor libertad para obrar como le plazca, el periodista individual puede fácilmente encontrar la derrota. Pero este aspecto a corto plazo — y el recuerdo colectivo de las condiciones pasadas — es el que entra en la mente del intelectual y el que determina los colores del cuadro de esclavitud y martirio con que se presenta al público. En realidad, debería ser un cuadro de conquistas. Conquistas y victorias son en este caso, como en tantos otros, un mosaico compuesto con derrotas.

⁹ En la actualidad este desarrollo lo aprecia casi todo el mundo desde el punto de vista del ideal de hacer accesibles las facilidades para la educación de todos los tipos a todos los que se sientan inclinados para hacer uso de ellas.

traposición con este último ha sido y está siendo alimentado por la opinión pública y por las autoridades públicas, debido a lo cual ha progresado mucho más que si sólo se hubiese movido por su propio impulso. Sea lo que fuere lo que pensemos de este fenómeno, desde otros puntos de vista, y cualquiera que haya sido su causa precisa, hay varias consecuencias que recaen sobre el volumen y la actitud del grupo intelectual.

En primer lugar, en la medida en que la educación superior aumenta así la oferta de servicios de las profesiones liberales y cuasi liberales y, en definitiva, en todas las de "cuello blanco", más allá del punto determinado por consideraciones de costo-rendimiento de la educación, puede crear un caso especialmente importante de paro parcial de un sector.

En segundo lugar, haya o no paro de intelectuales, su multiplicación crea condiciones insatisfactorias de empleo: empleo en trabajos menos calificados o con salarios inferiores a los de los obreros manuales mejor pagados.

En tercer lugar, la multiplicación de los intelectuales puede crear una inempleabilidad de un tipo especialmente desconcertante. El hombre que ha pasado por un instituto o una universidad se convierte con facilidad en físicamente inempleable para las ocupaciones manuales, sin adquirir necesariamente una empleabilidad en las profesiones liberales, por ejemplo. Su fracaso en este sentido puede ser debido o a falta de capacidad natural —perfectamente compatible con el aprobado de las pruebas académicas— o a una enseñanza insuficiente, y ambos riesgos se multiplicarán cada vez más, en cifras absolutas y relativas, cuanto mayor sea el número de los que se dedican a la educación superior y cuanto más aumente el volumen de enseñanza exigida, independientemente del número de profesores y alumnos que la naturaleza haya dotado a este respecto. Los resultados de no tener esto en cuenta y de obrar apoyándose en la teoría de que las escuelas, institutos y universidades son una cuestión simplemente de dinero, son demasiado evidentes para insistir sobre ellos. Casos en que habiendo una docena de solicitantes para un empleo, todos ellos formalmente calificados, no hay ninguno que pueda desempeñarlo satisfactoriamente.

Este ideal se mantiene con tanto vigor que el ponerlo en duda se considera casi universalmente como algo que está cerca de lo indecente, situación que no se mejora por los comentarios, casi siempre petulantes, de los disidentes. En realidad, rozamos aquí una serie de problemas sumamente complejos relativos a la sociología de la educación y a los ideales de la educación, que no podemos acometer dentro de los límites de este bosquejo. He aquí por qué he limitado el apartado de más arriba a recoger dos lugares comunes, irrecusables y neutros, con los que basta para nuestro propósito. Pero no resuelven, por supuesto, los problemas mayores, que hemos tenido que dejar a un lado y cuya ausencia atestigua lo incompleto de mi exposición.

te, son conocidos por todo el que tenga algo que ver con los nombramientos de personal, etc., esto es, por todo el que esté calificado para juzgar en esta materia con conocimiento de causa.

Todos los graduados que están parados o empleados de un modo insatisfactorio, o son inempleables, fluyen a los oficios, cuyas exigencias son menos precisas o en los que cuentan aptitudes y conocimientos de otro orden. Engrosan la hueste de los intelectuales, en el estricto sentido de la palabra, cuyo número aumenta, por tanto, desproporcionadamente. Entran a formar parte de ella en una situación espiritual de pleno descontento. El descontento engendra el resentimiento. Y a menudo éste se racionaliza en aquella crítica social que, como ya hemos visto, constituye en todo caso la actitud típica del espectador intelectual hacia los hombres, las clases y las instituciones, especialmente en una civilización racionalista y utilitaria. Pero recapitulemos: tenemos una situación de grupo bien definida de matiz proletario y un interés colectivo configurando a una actitud colectiva que explicará de un modo mucho más realista la hostilidad hacia el orden capitalista que la teoría (que en sí es una racionalización en el sentido psicológico), según la cual la justa indignación del intelectual por las injusticias del capitalismo representa simplemente la inferencia lógica de los hechos afrentosos y que no es mejor que la teoría de los amantes, según la cual sus sentimientos no representan más que la inferencia lógica de las virtudes de la persona amada.¹⁰ Por lo demás, nuestra teoría explica también el hecho de que esta hostilidad aumenta, en vez de disminuir, con cada aportación de la evolución capitalista.

Es evidente que la hostilidad del grupo intelectual —que llega hasta la desaprobación moral del orden capitalista— es una cosa y la atmósfera general de hostilidad que rodea al sistema capitalista es otra. La última es el fenómeno realmente significativo, y no es simplemente producto de la primera, sino que fluye, en parte, de fuentes independientes, algunas de las cuales han sido mencionadas anteriormente, y, en cuanto tal, proporciona al grupo intelectual la materia prima con la que trabaja. Hay entre ambas hostilidades relaciones de dar y tomar que exigirían más espacio para descifrarlas del que yo puedo disponer. Los contornos generales de un análisis tal son, sin embargo, bastante claros, y creo que bastará con repetir que el papel del grupo intelectual consiste, primordialmente, en estimular, en dar

¹⁰ El lector observará que todas estas teorías serían irrealistas aun cuando los hechos del capitalismo o las virtudes de la persona amada fuesen, efectivamente, todo lo que cree que son el crítico social o el amante. También es importante observar que en la inmensa mayoría de los casos tanto los críticos como los amantes son evidentemente sinceros; ni el mecanismo psicosociológico ni el psicofísico actúan, por lo general, más allá del umbral del Ego, a no ser bajo la máscara de las sublimaciones.

energía y expresión verbal y en organizar este material constituido por los descontentos y sólo en segundo término en acrecentarlo. Algunos aspectos particulares ilustrarán el principio.

6. La evolución capitalista da lugar a un movimiento obrero que no es, evidentemente, creación del grupo intelectual. Pero no es sorprendente que se encuentren este movimiento y el demiurgo intelectual. El obrero no ha implorado nunca el caudillaje intelectual, pero los intelectuales han invadido la política obrera. Tenían una importante contribución que hacer: dieron una expresión verbal al movimiento, le suministraron teorías y consignas —la guerra de clases es un ejemplo excelente—, le hicieron adquirir conciencia de sí mismo y con ello cambiaron su significado. Al desempeñar su cometido desde su propio punto de vista los intelectuales han radicalizado naturalmente este movimiento y han terminado por dar a las prácticas sindicales más burguesas una orientación revolucionaria, orientación que la mayoría de los dirigentes no intelectuales tomaban en un principio muy a mal. Pero había también otra razón para esto. Al escuchar a un intelectual el obrero se siente casi invariablemente separado de él por un abismo infranqueable y experimenta una desconfianza terminante hacia el mismo. Para captarlo y entrar en competencia con los dirigentes no intelectuales el intelectual tiene que conducirse en una dirección completamente innecesaria para los no intelectuales, que pueden permitirse hablarles con crudeza. Como no tiene una verdadera autoridad y se siente siempre en peligro de que se le mande sin cumplidos a ocuparse de sus propios asuntos, el intelectual tiene que adular, prometer e instigar; alimentar las alas izquierdistas y las minorías resentidas, defender casos dudosos o submarginales, apelar a secesionismos, declararse dispuesto a obedecer; en resumen: tiene que comportarse con las masas lo mismo que sus predecesores se habían comportado primeramente frente a sus superiores eclesiásticos, después frente a los príncipes y otros protectores individuales y últimamente frente al dueño colectivo de matiz burgués.¹¹ Así, pues, aunque los intelectuales no han creado el movimiento obrero, lo han configurado de una forma que difiere sustancialmente de la que habría tenido sin ellos.

La atmósfera social, para cuya teoría hemos reunido piedra y mortero, explica por qué la política se hace cada vez más hostil hacia los intereses capitalistas y acabará por negarse, por principio, a tomar en consideración las exigencias del régimen capitalista y por convertirse en un serio impedimento para su funcionamiento. Las actividades del grupo intelectual tienen, sin embargo, con la política anticapitalista, una relación más inmediata de lo que se deduce de la participa-

¹¹ Todo esto será ilustrado y desarrollado más detenidamente en la parte V.

ción que ha tenido en su formulación. Los intelectuales rara vez entran en la política profesional y más rara vez todavía llegan a ocupar puestos de responsabilidad. Pero forman los estados mayores de los *bureaus* políticos, escriben los panfletos y discursos de partido, actúan como secretarios y asesores, crean la reputación periodística del político individual, que, aunque no es todo, pocos hombres pueden permitirse el lujo de prescindir de ella. Al hacer todo esto imprimen, en cierto grado, su mentalidad en casi todas las medidas políticas.

La influencia efectiva ejercida varía grandemente, según la situación del juego político, desde una mera formulación hasta hacer posible o imposible, políticamente, una medida. Pero siempre hay bastante campo de acción para ella. Cuando decimos que los políticos individuales y los partidos son exponentes de los intereses de clase subrayamos, en el mejor de los casos, una mitad de la verdad. La otra mitad, tan importante, si no más, que la primera, se nos muestra cuando observamos que la política es una profesión que despliega intereses propios, intereses que lo mismo pueden chocar que conformarse con los de los grupos que "representa" un hombre o un partido.¹² La opinión del político individual y la de partido son más sensibles que a nada a aquellos factores de la situación política que afectan directamente a su carrera o a su posición. Algunos de estos factores están bajo el dominio del grupo intelectual, que ha establecido a este efecto, en cierta medida y para una época dada, un código moral que exalta la causa de algunos intereses y sume en el olvido la de otros.

Finalmente, esta atmósfera social o código de valores afecta no sólo a la política —el espíritu de la legislación—, sino también a la práctica administrativa. Pero de nuevo tenemos aquí una relación más directa entre el grupo intelectual y la burocracia. Las burocracias de Europa son de origen precapitalista y extracapitalista. Pero por mucho que haya podido cambiar su composición en el transcurso de los siglos nunca se han identificado plenamente con la burguesía, con sus intereses o con su escala de valores, ni se le ha reconocido mucho más que un activo que había que administrar en interés del monarca o en el de la nación. A excepción de ciertas inhibiciones debidas a su capacitación y a su experiencia profesionales los burócratas están, pues, expuestos a una conversión por los intelectuales modernos, con los que tienen mucho de común por su similar educación,¹³ a la vez

¹² Esto es, por supuesto, igualmente aplicable a la actitud de los intelectuales mismos con relación a la clase de que proceden o a la que pertenecen económica y culturalmente. Esta cuestión volverá a ser tratada en el capítulo XXIII.

¹³ Para ejemplos véase el capítulo XXVI.

que el espíritu de casta de los funcionarios, que en muchos casos solía levantar una barrera entre ellos y los intelectuales, ha ido desvaneciéndose durante las últimas décadas. Además, en las épocas de rápida expansión de la esfera de la administración pública gran parte del personal adicional que se ha hecho necesario tiene que ser tomado directamente del grupo intelectual, como se ha puesto de manifiesto en los Estados Unidos.

DESCOMPOSICION

1. Enfrentados con la creciente hostilidad del medio ambiente y con la práctica legislativa, administrativa y judicial nacida de dicha hostilidad, los empresarios y capitalistas —de hecho todo el estrato social que acepta la forma de vida burguesa— terminarán por dejar de desempeñar sus funciones. Sus fines normales pronto llegan a ser inalcanzables y sus esfuerzos inútiles. Lo más espectacular de las ambiciones burguesas, la fundación de una dinastía industrial, ha llegado ya a ser inalcanzable en la mayoría de los países, e incluso fines más modestos son tan difíciles de alcanzar que se puede dejar de considerarlos dignos de luchar por ellos, a medida que se vislumbra, cada vez con mayor claridad, la permanencia de estas condiciones.

Al considerar el papel de los móviles determinantes de la actividad burguesa en la explicación de la historia de la economía de los dos o tres siglos últimos, su asfixia por las reacciones desfavorables de la sociedad o su debilitamiento por el desuso constituyen, indudablemente, factores que bastan para explicar el colapso del régimen capitalista, factores que tendremos que observar alguna vez como fenómenos permanentes y que son mucho más importantes que cualquiera de los que presenta la teoría de la desaparición de la oportunidad para la inversión. Por ello es interesante observar que dichos móviles no sólo están amenazados por fuerzas exteriores a la mentalidad burguesa, sino que también tienden a perecer por causas internas. Hay, por supuesto, una estrecha interdependencia entre ambas fuerzas desvitalizadoras. Pero para llegar a una diagnosis verdadera tenemos que intentar primero desembrollarlas.

De una de esas "causas internas" nos hemos ocupado ya. La he denominado "evaporación de la sustancia de la propiedad". Hemos visto que el hombre de negocios moderno, ya sea empresario o mero director gerente, pertenece normalmente a la categoría de apoderado. Por la lógica de su situación adquiere algo de la psicología del empleado a sueldo que trabaja en una organización burocrática. Lo mismo si es accionista que si no lo es su voluntad para luchar y para mantenerse no es, ni puede ser, la que tenía el hombre que conocía la propiedad y sus responsabilidades en el más pleno sentido de estas

palabras. Su sistema de valores y su concepto del deber sufren un cambio profundo. Los meros accionistas ya no cuentan nada, por supuesto, independientemente por completo del cercenamiento de su participación por un Estado reglamentador y extractor de impuestos. Así, pues, la sociedad anónima moderna, aunque producto del proceso capitalista, socializa la mentalidad burguesa, reduce implacablemente la esfera de acción de los móviles capitalistas, y no sólo eso, sino que termina por matar las raíces mismas del capitalismo.¹

2. Hay, sin embargo, otra "causa interna" de debilitamiento aún más importante, a saber: la desintegración de la familia burguesa. Los hechos a que me refiero son demasiado conocidos para que necesiten una exposición detallada. Para los hombres y las mujeres de la sociedad capitalista moderna la vida de familia, la paternidad y la maternidad significan menos de lo que significaba antes, y, por ello, los patrones de su conducta son menos rígidos; el hijo o la hija rebeldes que manifiestan su desprecio por las normas "victorianas" expresan, aunque de modo imperfecto, una verdad incontrovertible. El peso de estos hechos no sufre quebranto por nuestra incapacidad para medirlos estadísticamente. El porcentaje de matrimonios no prueba nada, porque la expresión "matrimonio" tiene tantas acepciones sociológicas como la expresión "propiedad", y la especie de alianza que solía formarse mediante el contrato de matrimonio puede extinguirse por completo sin que haya variado la construcción legal o la frecuencia del contrato. Tampoco es más significativo el porcentaje de divorcios. Es indiferente el número de matrimonios que se disuelvan por sentencia judicial; lo que interesa es a cuántos falta el contenido esencial del modelo antiguo. Si en nuestra era estadística insisten los lectores en una medida numérica la proporción de matrimonios que no engendran hijos o sólo procrean uno —aunque esta proporción sigue siendo inadecuada para expresar cuantitativamente el fenómeno a que me refiero— podría aproximarse a indicar su importancia numérica tanto como pueda esperarse. Por ahora el fenómeno se extiende, más o menos, a todas las clases sociales. Pero apareció primeramente en el estrato burgués (e intelectual) y en esto radica por completo su valor sinto-

¹ Muchos negarán esto. Ello es debido al hecho de que quienes lo niegan obtienen su impresión de la historia pasada y de los tópicos engendrados por dicha historia, durante la cual no se había aún manifestado la transformación institucional que trajo consigo la gran sociedad anónima. También puede que piensen en las facilidades que la manipulación de las sociedades anónimas solía conceder para la satisfacción ilegal de las ambiciones capitalistas. Pero esto me despejaría a mí el camino; el hecho de que en las sociedades anónimas no puedan obtener los órganos ejecutivos ninguna ganancia personal más allá del sueldo y la gratificación, a no ser mediante prácticas ilegales o semiilegales, muestra precisamente que la idea estructural de la sociedad de capitales es contraria a ello.

mático y causal para nuestro propósito. Puede atribuirse, ante todo, a la racionalización de todos los aspectos de la vida, que ya hemos visto que es uno de los efectos de la evolución capitalista. En realidad, no es más que uno de los resultados de la extensión de esa racionalización a la esfera de la vida privada. Todos los demás factores que se aducen usualmente para esta explicación pueden reducirse fácilmente a éste.

Tan pronto como los hombres y las mujeres aprenden la lección utilitaria y se niegan a aceptar la vigencia de las convenciones tradicionales que su medio social crea para ellos, tan pronto como adquieren el hábito de ponderar las ventajas y desventajas individuales inherentes a tal o cual línea de conducta eventual —o, como también podríamos decir, tan pronto como introducen en su vida privada una especie de sistema inarticulado de cálculo de costos—, no pueden dejar de tener conciencia de los pesados sacrificios personales que imponen, en las circunstancias actuales, los vínculos familiares y especialmente el de la paternidad, así como también el hecho de que, al mismo tiempo, a excepción de los casos de los campesinos y los labradores, los hijos han dejado de ser un activo económico. Estos sacrificios no consisten solamente en las partidas que son susceptibles de ser medidas en dinero, sino que comprenden, además, una cantidad inconmensurable de pérdida de confort, de libertad, de preocupaciones y de oportunidad para disfrutar de alternativas cada vez más atrayentes y variadas, alternativas que tienen que ser comparadas con los goces de la paternidad que nuestros contemporáneos someten a un análisis crítico de un rigor siempre creciente. La consecuencia de esto no se debilita, sino que se fortalece por el hecho de que el balance de estas ventajas e inconvenientes sea, probablemente, incompleto, incluso tal vez fundamentalmente falso. Pues el mayor de estos activos familiares, esto es, la contribución realizada por la paternidad a la salud física y moral, a la “normalidad”, que podríamos decir, especialmente en el caso de las mujeres, escapa casi invariablemente a la esfera de la reflexión racional de los individuos modernos, que, tanto en la vida privada como en la vida pública, tienden a enfocar la atención sobre los detalles comprobables de importancia utilitaria inmediata y a morarse de la idea de las necesidades profundas de la naturaleza humana o del organismo social. Lo que yo quiero decir creo que está claro, sin necesidad de más explicaciones. Puede resumirse en la cuestión que se plantea tan claramente en la mente de muchos padres potenciales: “¿Por qué hemos de cercenar nuestras ambiciones y empobrecer nuestras vidas para ser insultados y despreciados en nuestra vejez?”

Mientras el proceso capitalista, en virtud de la actitud psicológica que crea, oscurece progresivamente los valores de la vida de familia

y allana los obstáculos de conciencia que una antigua tradición moral habría puesto en el camino hacia una forma diferente de vida, fomenta al mismo tiempo los nuevos gustos. Respecto a la no procreación la inventiva capitalista produce medios anticonceptivos de eficacia cada vez mayor que permiten superar la resistencia que hubiera podido oponerle el más fuerte de los impulsos humanos. Respecto al estilo de vida la evolución capitalista disminuye la deseabilidad del hogar familiar burgués y ofrece en su lugar otras posibilidades. He llamado antes la atención sobre la "evaporación de la propiedad industrial"; ahora tengo que llamarla sobre la "evaporación de la propiedad de los bienes de consumo".

En las últimas décadas del siglo XIX la casa de ciudad y la casa de campo eran, en todas partes, no sólo reductos agradables y cómodos de la vida privada para las clases que disfrutaban de niveles superiores de renta, sino que les eran indispensables. No sólo la hospitalidad de todas las escalas y de todos los estilos, sino también el confort, la dignidad, la tranquilidad y el refinamiento de la familia, dependían de la posesión de un *foyer* adecuado, propio, que estuviese dotado de suficiente servidumbre doméstica. Las convenciones que se compendian en la expresión "hogar" eran aceptadas, consiguientemente, como cosas incontrovertibles por el hombre medio y la mujer media de los círculos burgueses, exactamente igual que consideraban como incontrovertibles el matrimonio y los hijos, o sea, la "fundación de una familia".

En la actualidad, de una parte, las amenidades del hogar burgués resultan menos manifiestas que sus cargas. Para el ojo crítico de una edad crítica es probable que aparezca, ante todo, como una fuente de fatigas y de gastos que a menudo resultan injustificados. Esto sería así incluso independientemente de los impuestos y de los salarios modernos y de la actitud del servicio doméstico moderno, todo lo cual son resultados típicos del proceso capitalista y aumenta, por supuesto, la repugnancia frente a un modo de vida que, en el futuro próximo, será reconocido casi universalmente como pasado de moda y antieconómico. En este respecto, lo mismo que en otros, estamos viviendo una etapa de transición. La familia media de cuño burgués tiende a reducir las dificultades de la administración de una casa grande y de una casa de campo grande, sustituyéndolas por la casa pequeña y mecanizada, utilizando al máximo los servicios externos y haciendo en lo posible vida fuera de casa, desplazándose la hospitalidad especialmente, cada vez en mayor medida, hacia el restaurante o el club.

De otra parte, el hogar del tipo antiguo ya no es un requisito indispensable de vida confortable y refinada en la esfera burguesa. El apartamento y la residencia representan un tipo racionalizado de vi-

vienda y otro estilo de vida que, cuando esté plenamente desarrollado, resolverá, sin duda, la nueva situación y ofrecerá todo lo esencial en confort y refinamiento. Ciertamente, ni ese estilo ni su almacén exterior están plenamente desarrollados en ninguna parte, y por ahora sólo ofrecen ventaja en el costo, si tomamos en cuenta las molestias y el engorro que lleva consigo en nuestros días la dirección de una casa. Pero hay otras ventajas que ofrecen ya, a saber: la facilidad de utilizar plenamente la variedad de distracciones modernas, de viajar, de rápida movilidad, de desplazar la carga de las nimiedades diarias de la existencia a los poderosos hombros de organizaciones altamente especializadas.

Es fácil ver cómo esta evolución de la vivienda afecta a su vez al problema de los hijos en los estratos superiores de la sociedad capitalista. Hay aquí de nuevo una influencia recíproca: la paulatina desaparición del hogar espacioso —único en el que puede desplegarse la vida rica de una familia numerosa²— y las fricciones cada vez mayores con que funciona constituyen otro motivo para evitar las preocupaciones de la paternidad, pero la decadencia del deseo de procreación hace a su vez menos deseable la casa espaciosa.

Ya he dicho que el nuevo estilo de vida burguesa no ofrece hasta ahora ninguna ventaja decisiva de costo. Pero esto se refiere solamente a los costos corrientes que entraña la satisfacción de las necesidades de la vida privada. En cuanto a los gastos generales es ya manifiesta la ventaja pecuniaria. Y en la medida en que los desembolsos que recaen sobre los elementos más duraderos de la vida casera —especialmente sobre la casa, los cuadros, los muebles— solían ser financiados principalmente con las ganancias anteriores podemos decir que la necesidad de acumulación de “capital de bienes de consumo” se reduce drásticamente en este proceso. Esto no quiere decir, por supuesto, que la demanda de “capital de bienes de consumo” sea en la actualidad, ni aun relativamente, menor que antes; la creciente demanda de artículos de consumo duradero, procedente de las rentas pequeñas y medianas, compensa, efectivamente, con creces este efecto. Pero lo que sí quiere decir es que, en la medida en que interviene el elemento hedonista en el sistema de móviles de enriquecimiento, se reduce la deseabilidad de rentas por encima de un cierto nivel. Para convencerse de esto no tiene el lector más que contemplar la situación con un espíritu completamente práctico: el hombre o la pareja afortunados o el hombre o pareja de “sociedad” que pueden pagar el mejor alojamiento posible en hotel, barco y tren, y los objetos de uso y con-

² Las relaciones modernas entre padres e hijos están, por supuesto, condicionadas parcialmente por el desmoronamiento de aquel firme cuadro de vida familiar.

sumo personal de la mejor calidad —cuyas calidades provienen cada vez en mayor medida de la correa de la producción en serie³— tendrán, por lo general, en las circunstancias actuales, todo lo que deseen para sí con alguna intensidad. Y es fácil ver que un presupuesto elaborado sobre estas líneas directrices estará muy por debajo de las exigencias de un estilo de vida “señorial”.

3. Para aclarar lo que todo esto significa para la eficiencia del sistema de producción capitalista no tenemos más que recordar que la familia y el hogar familiar solían constituir los resortes principales del móvil de lucro típicamente burgués. Los economistas no han dado siempre la debida importancia a este hecho. Cuando miramos más de cerca su noción del autointerés de los empresarios y capitalistas no podemos dejar de reconocer que los resultados que se suponía había de producir este móvil no eran en absoluto los que se esperaban del autointerés racional de los individuos aislados o de las parejas sin hijos que ya no contemplan el mundo a través de las ventanas de un hogar familiar. Consciente o inconscientemente, estos economistas han analizado el comportamiento de un hombre cuyos puntos de vista y móviles están configurados por tal hogar y que piensa ante todo en trabajar y en ahorrar para su mujer y sus hijos. Tan pronto como estos móviles se desvanecen del horizonte moral del hombre de negocios tenemos ante nosotros una especie diferente de *homo oeconomicus*, que se mueve por preocupaciones diferentes y obra con arreglo a directrices diferentes. Para él, y desde el punto de vista de su utilitarismo individualista, el comportamiento del tipo que le precedió sería, en realidad, completamente irracional. La única especie de romance y heroísmo que queda aún en el seno de la civilización antirromántica e inheroica del capitalismo, esto es, el heroísmo del *navigare necesse est, vivere non necesse est*,⁴ ha perdido todo sentido para él y se desliza de la ética capitalista que prescribe trabajar para el futuro, independientemente de si se va a recoger o no la cosecha.

El último punto puede expresarse de un modo más explícito. En el capítulo precedente se observaba que el orden capitalista confía los intereses a largo plazo de la sociedad a los estratos superiores de la burguesía. En realidad, son confiados al móvil familiar operante en estos estratos. La burguesía trabajaba en primer término para invertir y luchaba menos por un nivel de consumo que por un nivel de acu-

³ Los efectos de la utilidad cada vez mayor de los artículos producidos en masa sobre los presupuestos de los consumidores se hacen más enérgicos a causa de la diferencia de precio que hay entre éstos y los artículos correspondientes hechos de encargo, cuya diferencia aumenta a causa de la elevación de los salarios *pari passu* con el descenso de la deseabilidad relativa de los últimos; el proceso capitalista democratiza el consumo.

⁴ “Navegar es necesario; vivir no es necesario.” Inscripción en una antigua casa de Bremen.

mulación, que es lo que trataba de defender frente a los gobiernos inspirados por consideraciones a corto plazo.⁵ Con el debilitamiento de la fuerza propulsora que proporcionaba el móvil familiar se reduce el horizonte temporal del hombre de negocios hasta quedar reducido, *grosso modo*, a sus esperanzas de vida. Y ahora podría desear menos que antes cumplir la función de ganar, ahorrar e invertir, aunque no viese razón para temer que los resultados de su esfuerzo no harían más que engrosar la cuantía de sus impuestos. Se inclina hacia una actitud espiritual contraria al ahorro y acepta con creciente facilidad las teorías contrarias al ahorro características de una filosofía de corto plazo.

Pero las teorías del antiahorro no son lo único que acepta. Con una actitud diferente hacia el *concern* para el que trabaja y con un programa de vida privada diferente tiende a adquirir otro punto de vista respecto de los valores y pautas del orden de cosas capitalista. Tal vez el rasgo más sorprendente del cuadro es la extensión en que la burguesía, además de educar a sus propios enemigos, se deja, a su vez, ser educada por ellos. Absorbe los tópicos del radicalismo corriente y parece deseosa de dejarse convertir a un credo hostil para su misma existencia. Vacilante y con repugnancia, se resigna en parte, sin embargo, a las consecuencias de este credo. Esto sería de lo más sorprendente, y realmente muy difícil de explicar, si no fuese por el hecho de que el burgués típico pierde la fe en su propio credo con una rapidez cada vez mayor. Y esto se hace, a su vez, perfectamente comprensible tan pronto como nos demos cuenta de que están desapareciendo las condiciones sociales que han dado origen a dicho credo.

Esta tesis se confirma en la manera tan característica con que se comportan los intereses capitalistas particulares y la burguesía en su conjunto cuando se enfrentan con un ataque directo. Hablan y argumentan o alquilan gente para que lo haga por ellos; se asen a toda posibilidad de compromiso; están siempre dispuestos a ceder; no luchan nunca bajo la bandera de sus propios ideales e intereses (en los Estados Unidos, por ejemplo, no ha habido en ninguna parte ninguna resistencia efectiva contra la imposición de cargas financieras ruinosas durante la década de 1930-40 o contra la legislación laboral incompatible con la dirección eficaz de la industria). Ahora bien: como el lector sabrá ya a esta altura, estoy lejos de sobreestimar el poder político de la gran empresa o de la burguesía en general. Además, estoy dispuesto a tener muy en cuenta el factor cobardía. Pero a la burguesía no le han faltado todavía por completo medios de defensa y la

⁵ Se ha dicho que en cuestiones económicas "el Estado puede adoptar el punto de vista de plazo más largo". Pero, exceptuando ciertas cuestiones ajenas a la política de partido, como, por ejemplo, la conservación de los recursos naturales, apenas hará el Estado tal cosa.

Historia está llena de ejemplos de éxitos de grupos pequeños que con una firme fe en su causa estaban dispuestos a sostenerse por sus fusiles. La única explicación que encontramos a la resignación que observamos es la de que el orden burgués no tiene ya sentido para la burguesía misma y que le es indiferente, por cuanto que lo único que hace es hablar sin hacer nada por defenderse.

Así, pues, la misma evolución económica que mina la posición de la burguesía, disminuyendo la importancia de las funciones de los empresarios y capitalistas, dislocando sus estratos y sus instituciones protectoras, creándole una atmósfera de hostilidad, destruye también desde dentro las fuerzas motrices del capitalismo. Ninguna otra cosa muestra tan bien que el orden capitalista no sólo descansa sobre pilares hechos de material extracapitalista, sino que también extrae su energía de normas de conducta extracapitalistas, a las que al mismo tiempo está abocado a destruir.

Hemos redescubierto un principio que ya se había descubierto muchas veces antes desde puntos de vista diferentes y con base insuficiente en mi opinión, a saber: hay en el sistema capitalista una tendencia inherente hacia la autodestrucción, que, en sus primeras etapas, puede tomar la forma de una tendencia hacia el retardo del progreso.

No me voy a detener en repetir cómo contribuyen a este resultado factores objetivos y subjetivos, económicos y extraeconómicos, que se refuerzan recíprocamente en un concierto imponente. Ni me voy a detener en mostrar lo que ya debe estar claro y aun se aclarará más en los capítulos siguientes, a saber: que estos factores actúan no sólo para destruir al capitalismo, sino también para engendrar una civilización socialista. Todos ellos están orientados en esta dirección. El proceso capitalista no sólo destruye su propia armazón institucional, sino que crea también las condiciones para otra evolución. Destrucción tal vez no es, después de todo, la palabra apropiada; quizá debería haber hablado de transformación. El resultado del proceso no es simplemente un vacío que podría llenarse con cualquier cosa que se presentase; las cosas y las almas se transforman de tal modo que se encaminan de una manera cada vez más resuelta hacia la forma de vida socialista. Con cada punto de apoyo que se quita a la base sustentadora del edificio capitalista se desvanece una "imposibilidad" del plan socialista. En estos dos respectos fue acertada la *visión* de Marx. Podemos también estar de acuerdo con él en asociar la transformación social especial que se realiza al alcance de nuestra vista con un proceso económico que hace de fuerza propulsora de la misma. Lo que nuestro análisis refuta, si es correcto, es, después de todo, de importancia secundaria, por esencial que pueda ser el papel que desempeña en el credo socialista. En último término, no hay tanta diferencia como pudiera creerse

entre decir que el ocaso del capitalismo es debido a su éxito y decir que es debido a su fracaso.

Pero nuestra respuesta a la pregunta que encabeza esta parte plantea más problemas de los que resuelve. Para la consideración de lo que sigue en este libro debería tener presente el lector:

Primero, que hasta aquí no hemos aprendido nada acerca de la naturaleza del socialismo que parece alborear en el futuro. Para Marx y para la mayoría de sus seguidores —y esto era y es una de las deficiencias más graves de su teoría— el socialismo significaba una cosa perfectamente determinada. Pero esta precisión no nos lleva, en realidad, más allá de lo que nos llevaría la noción de la nacionalización de la industria, la cual es compatible, como veremos, con una variedad infinita de posibilidades económicas y culturales.

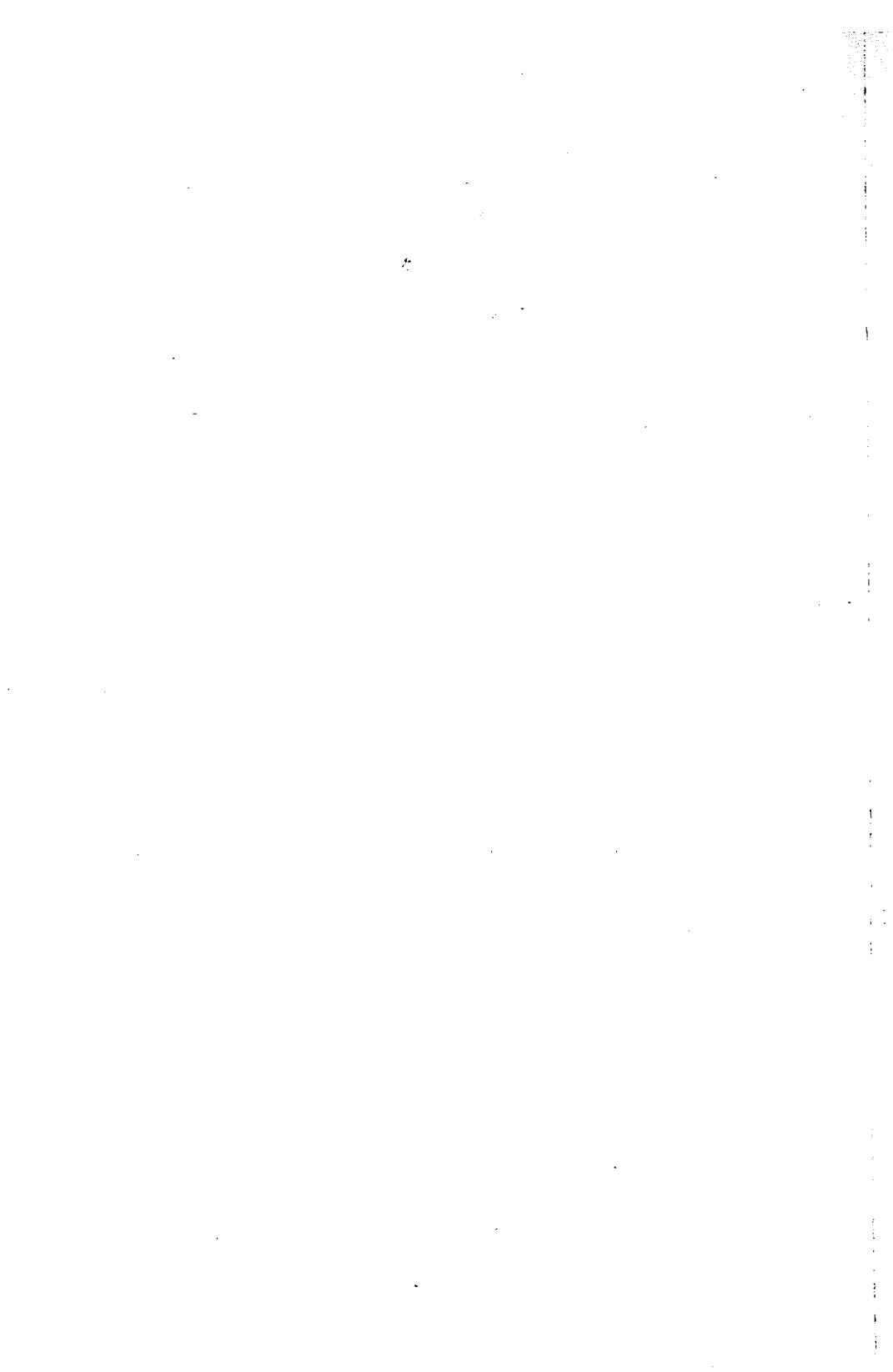
Segundo, que no sabemos nada tampoco, hasta el momento, acerca del camino preciso por el que pueda esperarse que llegue el socialismo, excepto que tiene que haber una gran cantidad de posibilidades, que van desde una burocratización gradual hasta la revolución más espectacular. Hablando en términos estrictos, no sabemos siquiera si el socialismo llegará, efectivamente, a prevalecer. Pues, para repetirlo, percibir una tendencia y vislumbrar su meta es una cosa, y predecir que esta meta será efectivamente alcanzada y que el estado de cosas resultantes será viable, sin hablar de su duración, es otra cosa completamente distinta. Antes de que la Humanidad se asfixie (o se asolee) en la mazmorra (o en el paraíso) del socialismo puede muy bien consumirse en los horrores (o en las glorias) de guerras imperialistas.⁶

Tercero, que los diversos componentes de la tendencia que hemos tratado de describir, aunque perceptibles por todas partes, no se han revelado hasta ahora plenamente en ninguna parte. Las cosas han progresado hasta una altura diferente en los distintos países; pero en ningún país han progresado bastante para permitirnos decir, con cierta confianza, hasta dónde llegará precisamente ni para afirmar que su "tendencia subyacente" se ha hecho demasiado fuerte para estar sujeta a algo más grave que retrocesos temporales. La integración industrial está lejos de haber llegado a su término. La competencia, efectiva y potencial, sigue siendo un factor de importancia en toda situación económica. El espíritu de empresa sigue siendo activo y el caudillaje del grupo burgués sigue siendo la fuerza motriz principal del proceso económico. La clase media sigue siendo una potencia política. Las normas burguesas y los móviles de acción burgueses, aunque sufren un menoscabo cada vez mayor, siguen todavía con vida. La supervivencia de tradiciones —y la propiedad familiar de los paquetes de acciones que aseguran la dirección de tales o cuales sociedades— siguen haciendo

⁶ Escrito en el verano de 1935.

comportarse a muchos directores de empresa lo mismo que un gerente-propietario de antaño. La familia burguesa no ha perecido hasta ahora; de hecho, se apega a la vida con tal tenacidad que ningún político responsable ha osado hasta ahora tocarla por ningún método que no sea la imposición de tributos. Tanto desde el punto de vista de la práctica inmediata como para los fines de una predicción a corto plazo —y en estas cosas un siglo es un “corto plazo”⁷— todos estos fenómenos de superficie pueden ser más importantes que la tendencia hacia otra civilización que se desarrolla lentamente en la profundidad.

⁷ He aquí por qué los hechos y argumentos presentados en éste y los dos capítulos anteriores no invalidan mi razonamiento acerca de los posibles resultados económicos de otros cincuenta años de evolución capitalista. Pudiera muy bien suceder que el tercer decenio de este siglo haya sido el último estertor del capitalismo, cuya probabilidad se robustece, por supuesto, en gran medida a causa de la guerra actual. Pero repito que esto puede no ser así. En todo caso no hay razones *puramente económicas* por las que el capitalismo no haya de poder franquear con éxito otra etapa, que es lo único que he querido demostrar.



PARTE TERCERA

¿PUEDE FUNCIONAR EL SOCIALISMO?

ACLARACIONES PREVIAS

¿Puede funcionar el socialismo? Por supuesto que puede. No hay duda posible acerca de esto una vez que admitimos, primero, que se ha alcanzado el grado necesario de desarrollo industrial y, segundo, que los problemas de la transición pueden resolverse con éxito. Se puede, naturalmente, sentirse muy turbado por estas hipótesis en sí mismas o por las cuestiones acerca de si la forma socialista de la sociedad será de naturaleza democrática y de si tal sociedad, democrática o no, tiene probabilidades de funcionar más o menos bien. Todo esto será discutido más adelante. Pero si admitimos estas hipótesis y descartamos estas dudas, la respuesta a la pregunta que queda en pie es claramente un sí.

Antes de intentar demostrarlo me gustaría despejar nuestro camino de algunos obstáculos. Hasta aquí no nos hemos preocupado gran cosa de ciertas definiciones y ahora tenemos que reparar este descuido. Tenemos que considerar simplemente dos tipos de sociedad y mencionar otros incidentalmente tan sólo. Llamaremos a estos tipos "sociedad mercantil" y "sociedad socialista".

La sociedad mercantil se define por un sistema institucional del que sólo necesitamos mencionar dos elementos: la propiedad privada de los medios de producción y la regulación del proceso de producción por el dominio privado (o por la gestión privada o la iniciativa privada). Tal tipo de sociedad no es, sin embargo, puramente burgués, por lo general. Pues, como hemos visto en la parte II, una burguesía industrial y comercial no podrá existir, por lo general, excepto en simbiosis con un estrato no burgués. Tampoco es la sociedad mercantil idéntica a la sociedad capitalista. La última, un caso especial de la primera, se define por el fenómeno adicional de la creación del crédito, por la práctica —que da lugar a tantos rasgos distintivos de la vida económica moderna— de financiar las empresas mediante créditos bancarios, esto es, mediante dinero (billetes o depósitos) elaborado para este propósito. Pero como la sociedad mercantil, en cuanto alternativa del socialismo, aparece siempre en la práctica en la forma particular de capitalismo, puede el lector, si lo prefiere, atenerse al contraste

tradicional entre capitalismo y socialismo, sin que esto suponga una gran diferencia.

Por sociedad socialista queremos designar un sistema institucional en el que el dominio sobre los medios de producción y la dirección de la producción misma están investidos en una autoridad central, o bien, expresándonos en otra forma, un sistema en el que los asuntos económicos de la sociedad pertenecen, en principio, a la esfera pública y no a la esfera privada. El socialismo ha sido llamado un Proteus intelectual. Hay muchas maneras de definirlo —muchas maneras aceptables, además de las maneras ingenuas, como la de que el socialismo significa pan para todos—, y la nuestra no es necesariamente la mejor. Pero hay algunos puntos de la misma de los que tal vez sea conveniente hacernos eco, aun arrojando el peligro de ser acusados de pedantería.

Nuestra definición excluye el socialismo gremial, el sindicalismo y otros tipos. La razón de ello es que el que puede denominarse “socialismo centralista” es, a mi entender, tan superior a los demás que analizar otras formas sería perder el tiempo. Pero si empleamos esta designación para indicar la única especie de socialismo que vamos a tomar en consideración hemos de tener cuidado de evitar un malentendido. La expresión “socialismo centralista” se emplea únicamente con la intención de excluir del socialismo la existencia de una pluralidad de unidades de dirección económica tal que cada una de ellas representaría en principio un interés peculiar propio, especialmente la existencia de una pluralidad de sectores territoriales autónomos que permitirían la reproducción de los antagonismos de la sociedad capitalista. Esta exclusión de intereses regionales puede parecer ajena a la realidad. No obstante, es esencial.

Pero nuestra denominación no intenta sugerir la idea de centralización ni en el sentido de que la autoridad central, que llamaremos “Oficina central” o “Ministerio de Producción”, sea necesariamente absoluta, ni en el sentido de que todas las iniciativas de ejecución estén reservadas a ella. Respecto del primer punto, la oficina o ministerio puede tener que someter su plan a la aprobación de un congreso o parlamento. Puede haber también una autoridad supervisora o de comprobación, una especie de *cour des comptes*, que es concebible que tuviese incluso el derecho de veto contra decisiones particulares. En cuanto al segundo punto, debería conservarse alguna libertad de acción, y a los “hombres que están en la brecha”, por ejemplo, a los gerentes de las diferentes industrias o fábricas, se les podría conceder una libertad de acción casi ilimitada. Por el momento voy a hacer la temeraria suposición de que el margen racional de libertad se habrá fijado experimentalmente y se habrá concedido efectivamente a los ge-

rentes, de suerte que la eficiencia no sufra ni por las desenfrenadas ambiciones de los subordinados ni por la acumulación de informes y preguntas sin contestar sobre la mesa del ministro, ni por las órdenes de este último que hagan recordar las directivas de Mark Twain sobre la recolección de las patatas.

No he definido el colectivismo por separado del comunismo. La primera expresión no la empleo en absoluto y la última la emplearé sólo incidentalmente al referirme a los grupos que se llaman a sí mismos comunistas. Pero si tuviera que emplear estas dos expresiones las haría sinónimas de socialismo. Al analizar su uso histórico la mayoría de los autores han tratado de darles distintos significados. Es cierto que la expresión "comunista" ha servido con bastante regularidad para designar ideas más enérgicas o radicales que las otras. Por ello uno de los documentos clásicos del socialismo se titula el *Manifiesto "Comunista"*. Además, las diferencias de principio entre éstos no han sido nunca fundamentales, y las que hay dentro del campo socialista no son menos pronunciadas que las que existen entre éste y el comunista. Los bolchevistas se llaman a sí mismos comunistas y al mismo tiempo se titulan los verdaderos y únicos socialistas. Y, sean o no los verdaderos y los únicos, lo cierto es que son socialistas.

He evitado las expresiones "apropiación estatal de" o "propiedad estatal de" los recursos naturales, de las fábricas y los equipos de producción. Esta exclusión es de cierta importancia desde el punto de vista de la metodología de las ciencias sociales. Hay, sin duda, conceptos que no guardan relación con ninguna época particular o mundo social, tales como los de "necesidad" o "elección" o "bien económico". Hay otros que, aunque tienen tal relación en su significado corriente, han sido refinados por el analista hasta el punto de perderla. Los conceptos de precio y de costo pueden servir de ejemplos.¹ Pero hay todavía conceptos que, a causa de su naturaleza, no pueden sufrir trasplante y conservar siempre el sabor de un cuadro institucional especial. Es sumamente peligroso utilizarlos fuera del mundo social o cultural a que pertenecen y podría llegarse, en realidad, a desfigurar la descripción histórica. Ahora bien: las expresiones apropiación y propiedad —a mi entender también la de tributación— pertenecen al mundo de la sociedad mercantil, exactamente igual que las expresiones caballero y feudo pertenecen al mundo feudal.

Esto ocurre también con la expresión Estado. Podríamos definirlo, por supuesto, a través del criterio de la soberanía y hablar entonces de un Estado socialista. Pero si ha de haber carne en el concepto y

¹ El precio se define, en la teoría moderna, como un mero coeficiente de transformación. El costo, en el sentido de costo de reposición (*opportunity cost*), es una categoría lógica general. Pero pronto volveremos sobre esto.

no meramente un vaho legalista o filosófico no debería introducirse esta expresión en discusiones acerca de la sociedad feudal o la sociedad socialista, puesto que ninguna de ellas ha establecido ni podría establecer aquella línea divisoria entre la esfera pública y la privada que da a este concepto su significado esencial. Para conservar ese significado con toda su riqueza de funciones, métodos y actitudes, lo mejor es decir que el Estado, producto de los choques y compromisos entre los señores feudales y la burguesía, formará parte de las cenizas de las que ha de surgir el fénix socialista. Por esta razón no he utilizado esta expresión en mi definición de socialismo. Es evidente que el socialismo puede implantarse por un acto del Estado. Pero yo no veo ningún inconveniente en decir que el Estado perece al realizar este acto, como ya ha sido señalado por Marx y repetido por Lenin.

En un aspecto, por último, nuestra definición está de acuerdo con todas las demás con que me he tropezado, y es en que gira en torno de un soporte exclusivamente económico. Todo socialista desea revolucionar la sociedad desde el ángulo económico y todas las bendiciones que espera han de venir a través de la transformación de las instituciones económicas. Esto implica, por supuesto, una teoría de la causación social, a saber: la teoría según la cual el sistema económico constituye el elemento realmente operante en la suma total de los fenómenos que llamamos sociedad. Aquí se imponen, sin embargo, dos observaciones.

En primer lugar, se ha señalado en la parte anterior, con referencia al capitalismo, y debe señalarse ahora, con referencia al socialismo, que, ni para nosotros los observadores ni para los hombres que tienen que poner su confianza en el socialismo, es el aspecto económico el único que hay que tener en cuenta, ni siquiera el más importante. Al definirlo como lo he definido no he tratado de negar esto. Y para hacer justicia a todos los socialistas cultivados que yo he encontrado o que he leído debe afirmarse que para ellos es también esto mismo, y, si subrayan la importancia del elemento económico a causa del papel causativo que su credo le atribuye, no tratan de sugerir que no hay nada digno por lo que luchar aparte de los bistecs y las radios. Hay, en realidad, materialistas insufribles que opinan precisamente eso. Y muchos socialistas que no andan a ras del suelo subrayan, sin embargo, la promesa económica, a causa de su fuerza de atracción inmediata, cuando se ponen en campaña para la captura de votos. Al hacer esto desfiguran y degradan su credo. No haremos nosotros lo mismo. En vez de eso tendremos presente que el socialismo aspira a fines más elevados que llenar los estómagos, lo mismo que el cristianismo significa algo más que los valores en cierto modo hedonistas del cielo y el infierno. El socialismo significa ante todo y sobre todo un nuevo

mundo cultural. Por ello puede concebirse que un hombre sea un ferviente socialista aun creyendo que el orden socialista sea, probablemente, inferior al capitalista desde el punto de vista de su aportación económica.² De ahí que ningún argumento meramente económico en pro o en contra del socialismo sea nunca decisivo, por muy afortunado que sea de por sí.

Pero, en segundo lugar, ¿qué mundo cultural? Podríamos intentar contestar a esta pregunta examinando las manifestaciones efectivas de socialistas reconocidos a fin de ver si surge de ellas un cuadro de la civilización socialista. A primera vista parece haber material abundante de esta naturaleza. Algunos socialistas están siempre dispuestos, con las manos juntas y una sonrisa beatífica en los labios, a entonar un cántico a la justicia, la igualdad, la libertad en general y a la liberación de la "explotación del hombre por el hombre" en particular; a la paz y el amor, a las cadenas rotas y a las energías culturales desencadenadas, a los nuevos horizontes abiertos, a las nuevas dignidades descubiertas. Pero eso es Rousseau adulterado con algo de Bentham. Otros proclaman simplemente los intereses y apetitos del ala radical del sindicalismo. Otros, sin embargo, son notablemente reticentes. ¿Por qué? ¿Tal vez porque desprecian los tópicos baratos, pero no son capaces de imaginar ninguna otra cosa? ¿Porque, aunque imaginan alguna otra cosa, tienen dudas acerca de su atractivo popular? ¿Porque saben que discrepan sin remedio de sus camaradas?

Por este camino no podemos, pues, adelantar nada. En lugar de esto tenemos que enfrentarnos con lo que podría denominar "indeterminación cultural del socialismo". De hecho, según nuestra definición y según la mayoría de las demás definiciones, una sociedad puede ser plena y auténticamente socialista y ser, no obstante, regida por un gobernante absoluto o estar organizada de la manera más democrática posible; puede ser aristocrática o proletaria; puede ser teocrática y hierática o atea o indiferente en cuanto a religión; puede estar mucho más severamente disciplinada que un ejército moderno o carecer por completo de disciplina; puede ser ascética o de espíritu eudemonista, enérgica o débil; pensar sólo en el futuro o sólo en el presente; belicosa y nacionalista o pacífica e internacionalista, igualitaria o antiigualitaria; puede tener la ética de los señores o la de los esclavos; su arte puede ser subjetivo u objetivo;³ sus formas de vida,

² Lo contrario también es, por supuesto, verdad; se pueden admitir las pretensiones económicas del socialismo y, no obstante, aborrecerlo por razones culturales.

³ Por paradójico que pueda parecer individualismo y socialismo no son necesariamente opuestos. Puede argumentarse que la forma socialista de organización garantizará de una manera "auténtica" la realización individualista de la personalidad. Esta tesis estaría, en realidad, dentro de la línea marxista.

individualistas o unificadas por un patrón único, y, lo que para algunos de nosotros bastaría por sí para asegurar nuestra adhesión o para suscitar nuestro desprecio, puede reproducirse por sus mejores o por sus peores capas y engendrar, según los casos, superhombres o infra-hombres.

¿Por qué es esto así? El lector puede decidirlo por sí mismo. Puede decir que Marx está equivocado y que el sistema económico no determina una civilización, o bien, en lugar de ello, que el sistema económico en su integridad podría determinarla, pero que el elemento económico que constituye el socialismo en nuestro sentido no la determina sin la ayuda de otros datos y presupuestos económicos. Nada mejor nos habría sucedido con el capitalismo, dicho sea de paso, si hubiésemos intentado reconstruir su mundo moral únicamente con los hechos contenidos en nuestra definición del mismo. En este caso tenemos, indudablemente, la impresión de una determinación y creemos posible razonar sobre la tendencia inherente a la civilización capitalista. Pero esta posibilidad se debe solamente a que tenemos ante nosotros una realidad histórica que nos proporciona todos los datos adicionales que necesitamos y excluye *via facti* un número ilimitado de otras posibilidades.

Sin embargo, hemos usado la palabra determinación en un sentido más bien estricto y técnico, y, además, con referencia a todo un mundo cultural. La indeterminación, en este sentido, no constituye un obstáculo absoluto para intentar descubrir ciertos rasgos o tendencias que el orden socialista, como tal, puede tener más probabilidad de producir que otros órdenes, especialmente rasgos y tendencias relativos a ciertos puntos determinados del organismo cultural. Tampoco es imposible idear hipótesis adicionales razonables. Basta, para convencerse de ello, referirse a la lista anterior de posibilidades. Si, por ejemplo, creemos, como creen muchos socialistas —equivocadamente, a mi entender—, que las guerras no son más que una de las formas del conflicto entre los intereses capitalistas, se sigue, sin más, que el sería pacifista y no belicoso. O si admitimos que el socialismo se desarrolla paralelamente a un cierto tipo de racionalismo del que es inseparable concluiremos que es probable que sea irreligioso, si no anti-religioso. Probaremos suerte aquí y allá en este juego, aunque, en definitiva, sería mejor ceder el campo al único gran maestro en este terreno: Platón. Todo esto no anula, sin embargo, el hecho de que el socialismo es, en realidad, un Proteus *cultural* y de que sus posibilidades culturales sólo pueden hacerse más definidas si nos resignamos a hablar de casos especiales dentro del género socialista, cada uno de los cuales será, tal vez, el único socialismo verdadero para el que lo defiende; pero cualquiera de ellos puede ser admitido por nosotros.

EL PLAN BASICO SOCIALISTA

En primer término, tenemos que ver si hay o no algo incoherente en la pura lógica de una economía socialista. Pues aunque ninguna prueba de la solidez de esta lógica convertirá nunca a nadie al socialismo ni de hecho permitirá afirmar con seguridad que el socialismo es una proposición practicable, una prueba de una incoherencia lógica o incluso un fracaso de una tentativa de probar su incoherencia lógica, bastaría por sí para convencernos del absurdo que supone.

Nuestra pregunta puede formularse, de un modo más preciso, como sigue: dado un sistema socialista de la especie considerada, ¿es posible deducir únicamente de sus datos y de los principios de su comportamiento racional decisiones determinadas relativas a qué producir y cómo producir? O, para expresar esto mismo en el lenguaje de los economistas matemáticos, ¿conducen estos datos y principios, en las condiciones de una economía socialista, a ecuaciones que sean independientes, compatibles —esto es, libres de contradicción— y suficientes en número para determinar unívocamente las incógnitas del problema ante la oficina central o ministerio de producción?

1. La respuesta es afirmativa. No hay nada incoherente en la pura lógica del socialismo. Y esto es tan evidente que no se me habría ocurrido insistir en ello si no fuese por el hecho de que ha sido negado y por el hecho aún más curioso de que los socialistas ortodoxos no han sido capaces de dar una respuesta afirmativa, con exigencias científicas suficientes, hasta que han sido aleccionados por economistas de opiniones y simpatías marcadamente burguesas.

La única autoridad digna de mención que sostiene una negativa es el profesor L. von Mises.¹ Partiendo de la afirmación de que el comportamiento económico racional presupone cálculos de costo racionales y, por lo tanto, precios de los factores de costo y mercados formadores de precios, concluye que en una sociedad socialista, como no habría tales mercados, faltarían los jalones orientadores de la producción racional, con lo que el sistema tendría que funcionar

¹ "Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen", en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, abril 1920. Véase también su *Gemeinwirtschaft*, Jena, 1922.

dependiendo totalmente del azar. A esta y a otras críticas semejantes, o tal vez a algunas dudas propias, los exponentes acreditados de la ortodoxia socialista no tenían en un principio mucho que oponer, a no ser el argumento de que la gerencia socialista podría partir del sistema de valores desarrollado por su predecesora capitalista (lo cual es, sin duda, importante para una discusión de las dificultades prácticas, pero no para la de la cuestión de principio) o entonar un himno de alabanza a las glorias milagrosas de su paraíso, en el que sería fácil prescindir de todas las supercherías capitalistas, tales como la racionalidad del costo, y en el que todos los problemas los resolverían los camaradas ayudándose con los dones que fluyen inagotablemente de los almacenes sociales. Pero esto significa aceptar la crítica de Von Mises, y algunos socialistas parecen aceptarla, efectivamente, incluso hoy.

El economista que resolvió la cuestión de una manera que dejó poco por hacer, aparte de la elaboración y aclaración de puntos de importancia secundaria, fue Enrico Barone, a cuya argumentación remito a los lectores que deseen una demostración rigurosa.² Aquí bastará con un breve bosquejo de su tesis.

Desde el punto de vista de los economistas la producción —incluyendo el transporte y todas las operaciones que tienden a poner las mercancías en condiciones de venta— no es más que la combinación racional de los “factores” existentes dentro de los límites impuestos por las condiciones técnicas. En una sociedad mercantil la tarea de combinar estos factores supone comprarlos o alquilarlos y las rentas individuales que caracterizan tal sociedad se originan precisamente en este proceso de compra o alquiler. Es decir, la producción y la “distribución” del producto social no son sino aspectos diferentes de un mismo proceso que afecta simultáneamente a estos dos fenómenos. Ahora bien: la diferencia lógica —o puramente teórica— más impor-

² Más de una docena de economistas habían insinuado la solución antes que Barone. Entre ellos había autoridades tales como F. von Wieser (*Der Natürliche Wert*, 1889) y Pareto (*Cours d'Economie politique*, vol. II, 1897). Ambos percibieron el hecho de que la lógica fundamental del comportamiento económico es la misma en la sociedad mercantil que en la sociedad socialista, de cuya similitud se deduce la solución del problema. Pero Barone, un seguidor de Pareto, fue el primero que la elaboró. Véase su artículo titulado “Il Ministro della Produzione nello Stato Collettivista”, en *Giornale degli Economisti*, 1908.

No es posible ni necesario hacer justicia a la rica cosecha producida por el último trabajo. Solamente voy a mencionar, como especialmente importantes en una u otra dirección, los siguientes: Fred M. Taylor: “The Guidance of Production in a Socialist State”, en *American Economic Review*, marzo, 1929; K. Tisch: *Wirtschaftsrechnung und Verteilung im sozialistischen Gemeinwesen*, 1932; H. Zassenhaus: “Theorie der Planwirtschaft”, en *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 1934; especialmente Oskar Lange: “On the Economic Theory of Socialism”, en *Review of Economic Studies*, 1936-7, reeditado como libro por Lange y Taylor, bajo el mismo título, en 1938, y A. P., Lerner, cuyos artículos citaré en una nota posterior.

tante entre una economía mercantil y una economía socialista es que en la última esto ya no es así. Como *prima facie*, los medios de producción no son evaluados por un mercado, y, lo que es aún más importante, como los principios de una sociedad socialista no permitirán convertir estos valores en criterio de distribución, aun cuando existiesen, en una sociedad socialista falta el automatismo distributivo de la sociedad mercantil. El vacío tiene que llenarse mediante un acto político, digamos mediante la Constitución de la comunidad. La distribución se convierte así en una operación peculiar, y, lógicamente al menos, totalmente separada de la producción. Esta decisión o acto político tendría que ser el resultado del carácter económico y cultural de la sociedad, de su comportamiento, de sus fines y de sus realizaciones, y, a su vez, determinaría todo esto en gran medida; pero, desde el punto de vista económico, tendría un carácter completamente arbitrario. Como se ha señalado antes, la comunidad puede adoptar una norma igualitaria —y esto en cualquiera de los muchos significados que se pueden atribuir a los ideales igualitarios— o admitir desigualdades hasta el grado que se desee. Incluso podría aceptarse organizar la distribución con vistas a producir una prestación máxima en cualquier dirección deseada, caso especialmente interesante. Puede estudiar los deseos de los camaradas individuales o resolver darles lo que una u otra autoridad crea lo mejor para ellos; el tópico “a cada uno según sus necesidades”, puede tener uno de estos dos significados. Pero *alguna* norma tiene que ser establecida. Para nuestro propósito será suficiente considerar un caso muy especial.

2. Supongamos que la convicción ética de nuestra comunidad socialista es plenamente igualitaria, pero que al mismo tiempo prescribe que los camaradas deben tener libertad para elegir lo que les plazca entre todos los bienes de consumo que el ministerio puede y quiere producir, ya que la comunidad puede rehusar, por supuesto, producir ciertas mercancías, como, por ejemplo, las bebidas alcohólicas. Supongamos, además, que el ideal igualitario particular adoptado se satisface entregando a cada persona —los niños y posiblemente otros individuos pueden computarse como fracciones de persona por decidirlo así la autoridad competente— un resguardo que represente su derecho a una cierta cantidad de bienes de consumo equivalente al cociente de dividir el producto social disponible en el período de cómputo en curso entre el número de pretendientes, siendo anulados todos estos resguardos al final de tal período. Estos resguardos pueden ser considerados como pretensiones a la equisava parte de todos los artículos alimenticios, de vestido y domésticos, de las casas, automóviles, representaciones de cine, etc., que se han producido o se están produciendo para el consumo (con el fin de ser entregados a los con-

sumidores) durante el período que se considere. La finalidad de estos resguardos es tan sólo evitar una masa compleja e innecesaria de actos de cambio que en otro caso habría de tener lugar entre los camaradas; por ello expresamos las pretensiones no en bienes, sino en cantidades de unidades convenientemente elegidas, pero sin un significado concreto —podemos llamarlas simplemente unidades, o lunas, o soles, o incluso dólares—, y regulamos las unidades de cada mercancía que hay que entregar al recibo de un número determinado de resguardos. En nuestras hipótesis los “precios” marcados por los almacenes sociales tendrían siempre que cumplir la condición de que cada uno de ellos, multiplicado por la cantidad existente de la mercancías a que se refiere, daría por resultado, sumando todos estos productos parciales, el total (de otra forma arbitrario) de los derechos de los camaradas. Pero el ministerio no necesita fijar los “precios” singulares, excepto mediante sugerencias iniciales. Dados gustos y “rentas en dólares” iguales los camaradas revelarán por su reacción ante estas sugerencias iniciales a qué precios estarían dispuestos a adquirir la totalidad del producto social, aparte de aquellos artículos que no interesan a nadie, y el ministerio debería entonces aceptar esos precios si deseaba vender las existencias de sus almacenes. Esto se hará de un modo conveniente y el principio de iguales participaciones se llevará a cabo en un sentido muy plausible y de una manera determinada con toda claridad.

Pero esto presupone, naturalmente, que se ha producido ya una cantidad determinada de cada artículo. El problema auténtico, cuya resolubilidad ha sido negada, consiste precisamente en descubrir cómo puede realizarse racionalmente esta producción prevista, esto es, de una manera que dé por resultado una máxima satisfacción de los consumidores,³ dentro de los límites impuestos por los recursos disponibles, las posibilidades técnicas y demás condiciones del medio exterior. Pero es evidente que una decisión sobre el plan de producción tomada por un voto de mayoría de los camaradas, por ejemplo, dejaría en absoluto de cumplir este requisito,⁴ porque, en este caso, algunas personas, con toda seguridad, y posiblemente todos los consumidores, no obtendrían lo que desean y lo que aun sería posible darles, sin reducir la satisfacción de los demás. Sin embargo, es igualmente claro que la racionalidad económica en este sentido puede lo-

³ Si los teóricos modernos pusiesen objeciones a este giro de la frase permítaseme suplicarles que consideren la cantidad de circunlocuciones completamente innecesarias que supondría emplear un modo de expresión más correcto sin ofrecer en compensación ninguna ventaja para los fines de este argumento.

⁴ Esto no quiere decir que este procedimiento no cumpliría los requisitos desde el punto de vista de otra definición de la racionalidad. No se hace aquí ninguna afirmación derivada de la comparación del sistema discutido con otros sistemas. Pronto se dirá algo acerca de esto.

grarse de otra manera. Para los teóricos esta posibilidad resulta de la afirmación elemental de que los consumidores, al evaluar ("demandar") los artículos de consumo, evalúan también, *ipso facto*, los medios de producción que entran en la producción de estos bienes. Para el profano la prueba de la posibilidad de un plan racional de producción en nuestra sociedad socialista puede presentarse de la manera siguiente:

3. Para facilitar las cosas supondremos que los medios de producción existen en cantidades dadas y, por el momento, inalterables. Supongamos ahora que la oficina central se convierte en una comisión para una industria particular; mejor aún, que establezca para cada industria una autoridad encargada de regir y cooperar con la oficina central, la cual dirige y coordina todos estos gerentes de industria o juntas de gestión. La oficina central desempeña esta función, asignando las fuerzas de producción —todas las cuales están colocadas bajo su dirección— a estas gerencias de industria, con arreglo a ciertas reglas. Supongamos que la oficina prescribe que las gerencias de industria pueden tener cualesquiera cantidades de bienes y servicios de producción que decidan solicitar, con sujeción a tres condiciones: 1ª, tienen que producir lo más económicamente posible; 2ª, se les exige transferir a la oficina central, por cada unidad de bienes de producción o servicios de producción solicitados, un número determinado de los dólares de consumo que han adquirido mediante entregas anteriores de bienes de consumo, o, como también podríamos decir, la oficina central se declara dispuesta a "vender" a cualquier gerencia de industria cantidades ilimitadas de bienes de producción y de servicios de producción a los "precios" establecidos; 3ª, se exige a las gerencias solicitar y utilizar las cantidades que puedan utilizar (y no menos), siempre que produzcan de la manera más económica, sin tener que "vender" ninguna parte de sus productos por menos "dólares" de los que tienen que transferir a la oficina central por las cantidades correspondientes a medios de producción. En un lenguaje más técnico, esta condición significa que la producción de todas las ramas debe alcanzar un volumen tal que los "precios" resulten iguales (no simplemente proporcionales) a los costos marginales.⁵

⁵ Este principio, que se deriva de la lógica general de la elección, no fue universalmente aceptado hasta que lo subrayó Mr. A. P. Lerner y lo defendió en una serie de notas y artículos publicados principalmente en la *Review of Economic Studies* (también en el *Economic Journal*, septiembre 1937), que constituyen una contribución importante a la teoría de la economía socialista sobre la que aprovecho esta oportunidad para dirigir la atención del lector. También es correcto decir, como proposición de esa lógica de la elección, que la condición indicada más arriba debería prevalecer sobre la regla de la igualdad de los precios con el costo total por unidad dondequiera que entre en conflicto con ella. Pero la relación entre ambas ha sido oscurecida en cierto modo por una confusión de cosas diferentes y requiere una aclaración.

La tarea de cada junta de industria queda así determinada con toda claridad. Del mismo modo exactamente que hoy, en una industria que funciona en régimen de competencia perfecta, sabe cada empresa qué y cuánto debe producir y cómo producirlo tan pronto como le sean dadas las posibilidades técnicas, las reacciones de los consumidores (sus gustos y rentas) y los precios de los medios de producción, también las gerencias industriales, en nuestra comunidad socialista, sabrán qué deben producir, cómo producirlo y qué cantidad de factores de producción tienen que "comprar" a la oficina central tan pronto como se publiquen los "precios" de esta última y los consumidores hayan manifestado sus "demandas".

El concepto de costo marginal, que significa el incremento del costo total que hay que soportar si ha de ser aumentada la producción en una pequeña cantidad, permanece indeterminado en tanto que no lo pongamos en relación con un período de tiempo determinado. Por ejemplo, si la cuestión es de si se ha de transportar o no un viajero adicional en un tren, que ha de realizar su recorrido de todos modos, el costo marginal a considerar podría ser igual a cero, y, en todo caso, es muy pequeño. Esto puede expresarse diciendo que, desde el punto de vista de un período muy corto —una hora o un día o incluso una semana—, todo elemento de costo, incluso los lubricantes y el carbón, entra prácticamente en los "gastos generales", y que esos gastos generales no entran en el costo marginal. Pero cuanto más largo sea el período considerado más elementos de costo entran en el costo marginal; en primer lugar, todo lo que se comprende usualmente en la noción de costo "primario" y después, en proporción cada vez mayor, lo que los hombres de negocios llaman gastos generales, hasta que, para un plazo muy largo o desde el punto de vista de la planificación de una unidad industrial aún inexistente, no queda nada (o prácticamente nada) en la categoría de gasto general, y todo elemento de gasto, incluyendo la depreciación, hay que tenerlo en cuenta en el cálculo del costo marginal, siempre que este principio no sea modificado en el caso de algunos factores, tales como el trazado de un ferrocarril, por el hecho técnico de que estos factores solamente puede disponerse de ellos o sólo pueden emplearse en unidades muy grandes ("indivisibilidad"). Los costos marginales deben ser, por tanto, distinguídos siempre de los costos primarios (marginales).

Ahora bien: nosotros vinculamos a menudo la condición que se discute con el principio de que las gerencias socialistas —exactamente igual que las capitalistas— deberían en todo momento olvidar el pasado si han de obrar racionalmente, es decir, que en sus decisiones no han de tener en cuenta los valores reflejados en los libros de las inversiones existentes. Pero ésta es solamente una regla de comportamiento a corto plazo en una situación dada. No quiere decir que estas gerencias deban hacer caso omiso *ex ante* de aquellos elementos que han de cristalizar en costos fijos o en gastos generales. Prescindir de éstos significaría un comportamiento irracional con respecto a las horas de trabajo y a las unidades de las fuerzas naturales de producción absorbidas en los gastos generales, siempre que haya un empleo alternativo para estos elementos. Pero tomarlos en consideración implicará, por lo general, igualar los precios al costo total por unidad del producto en tanto que las cosas se desarrollen de conformidad con los planes, y como las excepciones se deben principalmente al obstáculo técnico que se opone a la racionalidad que representa la indivisibilidad o a desviaciones del curso efectivo de las cosas respecto de los planes, la lógica de estos planes no está expresada mal del todo, en definitiva, por el principio de hacer abstracción del pasado. Aunque en una situación a corto plazo puede ser lo más racional, esta lógica no impone, sin embargo, el funcionamiento de una industria con déficit. Esta reserva es importante observarla por dos razones.

En cierto sentido estos “precios” de los factores de producción, a diferencia de los “precios” de los bienes de consumo, serían fijados unilateralmente por la oficina central. Sin embargo, también puede decirse que los gerentes de industria despliegan una demanda claramente determinada de bienes de producción muy semejante a la que formulan los consumidores respecto de los bienes de consumo. Para completar nuestra prueba lo único que nos falta descubrir es una regla para esta actividad fijadora de precios de la oficina central que esté de conformidad con el criterio del máximo. Pero esta regla está a la vista. La junta no tiene más que establecer un solo precio para cada especie y calidad de bienes de producción (si la junta discrimina, esto es, carga diferentes precios para artículos de la misma especie y calidad a las diferentes gerencias tal discriminación tendría que ser justificada, por lo general,⁶ por razones no económicas) y que procurar que ese precio “deje vacío el mercado”, esto es, que no queden en sus manos cantidades de bienes de producción sin utilizar ni sean demandadas cantidades adicionales a esos “precios”. Esta regla bastará normalmente para asegurar un cálculo racional del costo y, por tanto, una asignación económicamente racional de las fuerzas de producción —pues lo primero no es más que un método para asegurar y comprobar la segunda y, por tanto, la racionalidad del plan de producción en las sociedades socialistas—. La demostración de este aserto resulta de la consideración del hecho de que, en tanto que se observe esta regla, ningún elemento de la producción puede desviarse hacia otra rama de la producción sin causar la destrucción de tantos (o más) valores de consumo (expresados en términos de dólares de consumo)

En primer lugar, porque esto ha sido negado. Incluso se ha sugerido que aumentaría el bienestar (a la larga) si los precios se igualasen siempre a los costos marginales a *corto plazo*, excluyendo la depreciación, y que los gastos generales (por ejemplo, el costo de un puente) deberían ser financiados mediante impuestos. Nuestra regla, tal como se expone en el texto, no quiere decir esto y tal comportamiento no sería racional.

En segundo lugar, porque, en un decreto de marzo de 1936, la autoridad central rusa, al abolir para una serie de industrias el sistema de subvenciones hasta entonces en vigor, prescribía que los precios deberían ser regulados de forma que resultasen iguales al costo total medio por unidad, más un recargo por acumulación. Respecto de la primera parte de esta regla puede decirse que, aunque no es estrictamente correcta, se aparta menos de la corrección de lo que pudieran hacer suponer las formulaciones incorrectas de este principio; en cuanto a la segunda parte, hay que decir que la objeción a la misma se debilita mucho tan pronto como tenemos en cuenta las condiciones o exigencias de un desarrollo económico rápido —el lector recordará el argumento expuesto en la parte II en favor de la causa capitalista—, y que es perfectamente concebible que el gobierno soviético tuviese razón *tanto* al embarcarse en su política de subvenciones, que llegaba a la financiación de inversiones con pérdida, como al abolir parcialmente esta práctica en 1936.

⁶ Hay excepciones a esta regla que son importantes, pero que no afectan al rumbo de nuestra argumentación.

que los que dicho elemento crearía en su nuevo empleo. Esto equivale a decir que la producción se lleva, en todas las direcciones que permiten las condiciones generales del medio exterior a la sociedad, hasta donde pueda llevarse racionalmente y no más allá, y esto completa también nuestra defensa de la racionalidad de la planificación socialista en un proceso estacionario de vida económica en el que todo está correctamente previsto y se repite periódicamente y en el que no sucede nada que eche abajo el plan.

4. Pero tampoco surgen grandes dificultades si salimos de los recintos de la teoría del proceso estacionario y tomamos en consideración los fenómenos que lleva consigo la transformación industrial. En la medida en que entra en consideración la lógica económica no puede afirmarse que el socialismo de la especie considerada, aunque teóricamente capaz de desempeñar los cometidos de la administración que se repiten en una economía estacionaria, fracasaría necesariamente en la solución de los problemas planteados por el "progreso". Ya veremos más adelante por qué es importante, a pesar de todo, para el éxito de una sociedad socialista, que ésta inicie su carrera no sólo dotada lo más ricamente posible, por su predecesora capitalista, en experiencia y procedimientos técnicos, así como en recursos materiales, sino también que la inicie después que la sociedad capitalista haya salido de su infancia, haya realizado el grueso de su labor y se haya aproximado a una situación estacionaria. Pero la razón para ello no está en que seamos incapaces de concebir un método racional y claramente determinado, cuya aplicación permitiese a la sociedad socialista aprovechar todas las oportunidades de perfeccionamiento de su aparato industrial que se le ofrecieran.

Supongamos que para el proceso de producción de la industria X se ha descubierto una máquina nueva y más eficiente. A fin de excluir los problemas que trae consigo la financiación de la inversión —que han de ser considerados dentro de poco— y de aislar una serie claramente determinada de fenómenos, supondremos que la nueva máquina puede ser producida por las mismas fábricas que hasta ahora han producido la máquina menos eficiente y al mismo costo exactamente, expresado en términos de fuerza de producción. La gerencia de la industria X, en cumplimiento de la primera cláusula de sus instrucciones (es decir, la de producir lo más económicamente posible), adoptará la nueva máquina y producirá así la misma cantidad de mercancías con una cantidad menor de medios de producción. En consecuencia, estará en lo sucesivo en situación de transferir al ministerio u oficina central una cantidad de dólares de consumo menor que la cantidad recibida de los consumidores. Llamemos como gusten a la diferencia, por ejemplo, D, o "paletada", o "beneficio". La gerencia

violaría, en realidad, la condición impuesta por la tercera cláusula de sus instrucciones si realizase ese "beneficio", y si cumple esta cláusula y produce inmediatamente la cantidad mayor adicional que implica esta condición, no surgirán nunca dichos beneficios. Pero la existencia potencial de estos beneficios, que habían de ser tenidos en cuenta, bastaría para hacerles cumplir la única función que tendrían bajo nuestra hipótesis, a saber: la función de indicar, de una manera claramente determinada, la orientación y extensión a dar a la redistribución de las fuerzas de producción que en tal caso sería racional llevar a cabo.

Si en un momento en que las fuerzas de producción disponibles de la sociedad están plenamente empleadas en la tarea de mantener un nivel dado de consumo se sugiere una mejora —tal como un puente nuevo o un ferrocarril nuevo— que requiera el empleo de factores adicionales, o, como también podremos decir, una inversión adicional, los camaradas deberían o bien trabajar más horas de las que hemos supuesto que se han fijado por la ley o bien restringir su consumo o ambas cosas a la vez. En este caso, nuestras hipótesis, ideadas para el objeto de resolver el problema fundamental de la manera más simple posible, impiden una solución "automática", esto es, una decisión a la que podrían llegar la oficina central y las gerencias de industria simplemente dejándose guiar de una manera pasiva, por indicaciones objetivas, sin dejar de cumplir las tres reglas. Pero esta imperfección es, por supuesto, una imperfección de nuestro esquema especial y no de la economía socialista. Si deseamos obtener tal solución automática no tenemos que hacer más que revocar la ley que invalida todas las pretensiones sobre los artículos de consumo que no se han utilizado durante el período para el que se expidieron, renunciar al principio de la igualdad absoluta de las ventas y conceder facultad a la junta central para ofrecer premios por horas extraordinarias de trabajo y —¿cómo llamarlo?— bien, digamos por el ahorro. La condición de que las mejoras o inversiones posibles sean emprendidas en tal extensión que la menos tentadora de ellas proporcione un "beneficio" igual a los premios que tienen que ofrecerse para atraer las cantidades de horas de trabajo extraordinarias o de ahorro (o de ambas cosas) necesarias para efectuar esta inversión marginal determina entonces, claramente, todas las nuevas variables que introduce nuestro problema, siempre que las horas extraordinarias de trabajo y el ahorro sean, en los intervalos que hay que tomar en consideración, funciones univalentes de los premios respectivos.⁷ Los "dólares" que

⁷ Debe observarse que el problema se plantea solamente con las inversiones nuevas. Las inversiones corrientes que se necesitan para mantener en marcha una economía estacionaria podrían y deberían ser cubiertas exactamente igual que todos los demás elementos del costo. Especialmente no deven-

se entregan como contravalor de estos premios es conveniente considerarlos como adicionales a los dólares de renta emitidos antes. No necesitamos detenernos aquí en los reajustes que esto impondría en diversas direcciones.

Pero este argumento acerca de la inversión hace aún más claro que el esquema que hemos considerado como el mejor adaptado a las necesidades de nuestro análisis no es ni el único plan básico posible de una economía socialista ni, necesariamente, el que se recomendaría para una sociedad socialista. El socialismo no necesita ser igualitario; pero tampoco puede esperarse que una sociedad socialista haya de tolerar un grado de desigualdad de *ventas* suficientemente acentuado para obtener el tipo de inversión que alcanza la sociedad capitalista en el promedio de las fases cíclicas. Ni aun las desigualdades capitalistas son suficientes para esto, y su efecto tiene que ser reforzado por los de la acumulación de reservas por las sociedades anónimas y de la "creación" de crédito bancario, métodos que no son particularmente automáticos ni están determinados unívocamente. Por consiguiente, si una sociedad socialista desea lograr un tipo de inversión real similar o, incluso, mayor —no lo necesita, por supuesto—, tendrá que recurrir a métodos distintos del ahorro. Entonces sería plenamente factible una acumulación de beneficios que podrían dejarse materializar en lugar de mantenerlos tan sólo en estado potencial, o como se sugiere más arriba, algo análogo a la creación de crédito. Sin embargo, sería mucho más conveniente dejar la cuestión a la oficina central y al congreso o parlamento, quienes podrían liquidarla de común acuerdo como parte del presupuesto social; mientras que el voto que recae sobre la parte "automática" de las operaciones económicas de la sociedad sería puramente de carácter formal, o, tal vez, de supervisión, el voto que recae sobre las partidas de inversión —al menos sobre su cuantía— supondría una decisión efectiva y estaría en pie de igualdad con el voto sobre gastos militares, etc. La coordinación de esta decisión con las decisiones "automáticas" acerca de las cantidades y calidades de bienes de consumo singulares no presentaría dificultades insuperables. Pero al aceptar esta solución nos apartaríamos del principio básico de nuestro esquema en un punto muy importante.

Otros rasgos de nuestro plan básico pueden ser alterados, incluso, dentro de su cuadro general. Por ejemplo, yo no he dejado a los camaradas individuales la facultad de decidir cuánto van a

garían interés. Podría aprovechar esta oportunidad para observar que la actitud de los socialistas hacia el fenómeno del interés no es uniforme. St. Simón lo admitía casi como una cosa incontrovertible. Marx lo excluía de la sociedad socialista. Algunos socialistas modernos lo admiten de nuevo. La práctica rusa lo admite.

trabajar, con una excepción condicional por lo que se refiere a las horas extraordinarias, aunque como votantes y en otros conceptos puedan ejercer tanta influencia sobre esta decisión como la que ejercen sobre la distribución de las rentas, etc. Tampoco les he dejado más libertad de elección de ocupación que la que la oficina central pueda y quiera concederles, dentro de las exigencias de su plan general. Esta ordenación puede uno representársela haciendo uso de una analogía con el servicio militar obligatorio. Tal plan se aproxima bastante a la consigna "a cada uno según sus necesidades, de cada uno según su capacidad", o, en todo caso, podría acomodarse a la misma con sólo modificaciones de poca importancia. Pero, en lugar de esto, también podemos dejar a los camaradas individuales la facultad de decidir la cantidad y calidad de trabajo que han de prestar. La distribución racional de las fuerzas de trabajo tendría, entonces, que ser intentada por medio de un sistema de estímulos, ofreciéndose nuevamente premios, en este caso, no sólo por las horas extraordinarias, sino por todo trabajo, a fin de asegurar, en todas partes, una "oferta" de trabajo de todos los tipos y grados de capacitación apropiados a la estructura de la demanda de los consumidores y al programa de inversión. Estos premios tendrían que guardar una relación manifiesta con el atractivo o engorro de cada empleo y con la pericia que se necesita tener para desempeñarlo, y, por tanto, también con la escala de salarios de una sociedad capitalista. Aunque la analogía entre esta escala de salarios y el sistema socialista de premios no debe llevarse demasiado lejos, podríamos hablar, dentro de este sistema, de un "mercado de trabajo". La inserción de esta pieza del mecanismo modificaría, por supuesto, considerablemente nuestro plan básico. Pero no afectaría a la determinabilidad del sistema socialista. Su racionalidad formal se acentuaría, en realidad, todavía con mayor vigor.

5. Lo mismo ocurriría con el parecido de familia entre la economía mercantil y la economía socialista, que el lector no puede haber dejado de observar a lo largo de nuestro análisis. Como esta semejanza parece haber complacido a los no socialistas y a algunos socialistas, y haber enojado a otros socialistas, tal vez sea conveniente dejar sentado con toda claridad en qué consiste y a qué es debida. Se verá entonces qué poco motivo hay tanto para la complacencia como para el enojo. Al tratar de construir un esquema racional de una economía socialista hemos hecho uso del mecanismo y de los conceptos especificados tradicionalmente por expresiones que nos son familiares por las exposiciones de los procesos y de los problemas de la economía capitalista. Hemos descrito un mecanismo cuyos resortes se comprenden inmediatamente en cuanto pronunciamos las palabras "mercado", "compra y venta", "competencia", etc. Al pare-

cer, hemos empleado, o rara vez hemos tratado de no emplear, expresiones de sabor capitalista tales como "precios", "costos", "rentas" e, incluso, "beneficios", mientras que las de "renta de la tierra", "interés", "salarios" y otras, entre ellas la de "dinero", por así decirlo, nos han rondado a cada vuelta de nuestro camino.

Consideremos lo que a la mayoría de los socialistas les parecería, seguramente, uno de los casos peores: el de la "renta" en sentido ricardiano, esto es, en el sentido de rendimiento obtenido por el empleo productivo de las fuerzas de la Naturaleza; por ejemplo, de la "tierra". Nuestro esquema no puede implicar, evidentemente, que haya que pagar una "renta de la tierra" a ningún terrateniente. ¿Qué quiere decir entonces? Simplemente, que toda especie de tierra de riqueza suficiente para satisfacer todas las exigencias de un futuro previsible tiene que ser utilizada económicamente, o destruida racionalmente, exactamente igual que la mano de obra o cualquier otro tipo de fuerzas de producción, y que para este fin tiene que establecerse un índice de rendimiento económico, con el cual tiene que ser comparado todo nuevo uso de la tierra que pueda sugerirse y por medio del cual entra ésta en el proceso de contabilidad social. De no hacerse tales comparaciones la comunidad se comportaría irracionalmente. Pero hacerlas no implica ninguna concesión al capitalismo ni al espíritu del capitalismo. Todo lo que hay de mercantil o capitalista en la renta de la tierra, tanto desde el punto de vista económico como sociológico y todo lo que pueda complacer a los defensores de la propiedad privada (renta privada, alquileres, etc.) ha sido excluido por completo.

Las "rentas" que hemos asignado inicialmente a los camaradas no son salarios. En un análisis se vería, efectivamente, que son compuestas de elementos económicos dispares, de los que solamente uno puede ser puesto en conexión con la productividad marginal del trabajo. Los premios que hemos introducido más adelante presentan más analogía con los salarios de la sociedad capitalista. Pero el equivalente de estos últimos no existe, en realidad, más que en los libros de la oficina central y consiste de nuevo en un mero índice de referencia, asociado, para los fines de una distribución racional, a cada tipo y grado de capacitación de trabajo; índice del que ha desaparecido todo un haz de significaciones que pertenecen al mundo capitalista. De pasada podemos observar que, puesto que podemos denominar como nos plazca a las unidades en que dividimos los resguardos representativos de las pretensiones de los camaradas sobre los bienes de consumo, podríamos también llamarlas horas de trabajo. Y como el número total de estas unidades, dentro de los límites establecidos por la conveniencia no es menos arbitrario, podríamos hacerlo igual al de horas de trabajo efectivamente prestado, ajustando igual las

especies y grados de capacitación de trabajo a una calidad tipo, a la manera de Ricardo y de Marx. Finalmente, nuestra comunidad puede adoptar, lo mismo que otra cualquiera, el principio de que las "rentas" deben ser proporcionales a las horas de trabajo tipo con que contribuye cada camarada. Entonces tendríamos un sistema de billetestrabajo. Y lo interesante de ello, prescindiendo de las dificultades técnicas que ahora no nos conciernen, es que tal sistema resultaría completamente practicable. Pero es fácil ver por qué, ni aun entonces, estas "rentas" serían "salarios". No es menos evidente que la practicabilidad de tal ordenación no prueba nada en favor de la teoría del valor le trabajo.

Apenas es necesario realizar la misma operación con las nociones de beneficio, interés, precios y costos. La causa de aquel parecido de familia es ahora claramente visible sin necesidad de realizarla; nuestro socialismo no toma nada del capitalismo, sino que es el capitalismo quien toma mucho de la lógica de la opción, de alcance perfectamente general. Todo comportamiento racional tiene que mostrar, por supuesto, ciertas semejanzas formales con cualquier otro comportamiento racional, y así sucede que, en la esfera del comportamiento económico, la influencia configuradora de la mera racionalidad va mucho más allá, al menos en lo que se refiere a la teoría pura. Los conceptos que expresan el sistema de comportamiento racional están, pues, impregnados de todas las significaciones especiales que les da una época histórica y, en la mente del profano, tienden a retener los matices así adquiridos. Si nuestro conocimiento histórico de los fenómenos económicos hubiese sido adquirido en un mundo socialista nos parecería que, al analizar un proceso capitalista, tomamos concepto del socialismo.

Hasta aquí no hay nada de que puedan congratularse los economistas de mentalidad capitalista por el descubrimiento de que el socialismo no podría utilizar, después de todo, más que los mecanismos y las categorías capitalistas. Para los socialistas debe haber también muy pocos motivos para poner reparos. Pues solamente el espíritu más ingenuo puede sentirse desilusionado por el hecho de que el milagro socialista no cree una lógica propia y solamente las más toscas y estúpidas variantes del credo socialista pueden peligrar por una demostración a este efecto, es decir, solamente aquellas variantes con arreglo a las cuales el proceso capitalista no es más que un embrollo feroz sin ninguna lógica ni orden. Las personas razonables de ambas convicciones pueden estar de acuerdo en esta analogía, tal como existe, y seguir estando tan apartados como siempre. Una objeción podría, sin embargo, oponerse a la terminología: puede argumentarse que no es conveniente emplear términos que están cargados de significado que, por ser accidental, no deja de ser muy importante y que no puede

esperarse que todo el mundo sepa eliminar. Además, no debemos olvidar que uno puede aceptar las conclusiones a que hemos llegado acerca de la igualdad esencial de la lógica económica de la producción socialista y la de la producción mercantil y, no obstante, poner objeciones al esquema o modelo particular por medio del cual hemos llegado a las mismas (véase más adelante).

Esto no es todo, sin embargo. Algunos economistas, tanto socialistas como no socialistas, no sólo han querido, sino que han ansiado reconocer un parecido de familia particularmente fuerte entre una economía mercantil del tipo de competencia perfecta. Casi podríamos hablar de una escuela del pensamiento socialista que tiende a glorificar la competencia perfecta y a propugnar el socialismo sobre la base que ofrece el único método por el que pueden alcanzarse en el mundo moderno los resultados de la competencia perfecta. Las ventajas tácticas que pueden conseguirse colocándose en este punto de vista son, en realidad, lo bastante evidentes para explicar una actitud que, a primera vista, parece implicar una amplitud de espíritu sorprendente. Un socialista capacitado que vea tan claramente como cualquier otro economista toda la debilidad de los argumentos marxistas y populares puede así admitir todo lo que crea que debe admitirse, sin sacrificar en nada sus convicciones, porque lo que admite se refiere a una etapa histórica que (por mucho que haya existido) está seguramente muerta y sepultada; limitando juiciosamente su veredicto condenatorio al caso de las empresas que no están en competencia, puede prestar un apoyo restringido a algunas acusaciones —tales como la de que en el capitalismo moderno la producción está al servicio del lucro y no al del consumo del pueblo— que, de otra forma, serían meramente idiotas, y puede desconcertar y confundir al buen burgués diciéndole que el socialismo no hará más que lo que ellos han deseado siempre en realidad y lo que siempre les han enseñado sus propios ulemas de la economía. Pero las ventajas de subrayar este parecido de familia no son ya tan grandes para el analista.⁸

Como ya hemos visto, el concepto exangüe de la competencia perfecta, que la teoría económica ha configurado para sus propios fines, gira en torno a la cuestión de si las empresas singulares pueden o no ejercer una influencia, mediante su acción aislada, sobre los precios de sus productos y de sus factores de costo. Si no pueden —esto es, si cada empresa es una mera gota en un océano y tiene, por tanto, que aceptar los precios que impone el mercado—, el teórico habla de competencia perfecta. Y puede demostrarse que en este caso el efecto masivo de las reacciones pasivas de todas las empresas singulares conducirá a precios de mercado y a volúmenes de producción que mos-

⁸ Véase cap. VIII.

trarán ciertas propiedades formales similares a las de los índices de significación económica y a los volúmenes de producción de nuestro plan básico para una economía socialista. Sin embargo, en todo lo que realmente interesa —en los principios que rigen la formación de las rentas, la selección de los dirigentes industriales, la distribución de la iniciativa y la responsabilidad, la definición de éxito y fracaso—, en todo lo que constituye la fisonomía del capitalismo de competencia, el plan básico socialista es lo contrario precisamente de la competencia perfecta y está mucho más alejado de ella que del tipo del capitalismo de gran empresa.

Por consiguiente, aunque yo no creo que a nuestro plan básico puedan ponerse objeciones basadas en que está tomado de la sociedad mercantil o en que desperdicia el santo óleo socialista en ungir ese sistema profano, simpatizo mucho, no obstante, con los socialistas que le ponen objeciones por otras causas. Es cierto que he indicado que el método para construir un “mercado” de bienes de consumo y para orientar la producción según las indicaciones suministradas por el mismo se aproximará más que ningún otro (más, por ejemplo, que el método de decisión por mayoría de votos) a dar a cada camarada singular lo que necesita —no existe ninguna institución más democrática que un mercado—, y que, en este sentido, dará por resultado un “máximo de satisfacción”. Pero este máximo es, tan sólo, un máximo a corto plazo⁹ y se refiere, además, a los deseos efectivos de los camaradas, tal como los sienten en el momento. Sólo el socialismo abiertamente de bistec puede contentarse con una meta como ésta. Yo no puedo condenar a ningún socialista por despreciarla y soñar con nuevas formas culturales para el barro humano, tal vez con un barro nuevo también; si hay alguna promesa auténtica del socialismo, está en esa dirección. Los socialistas que son de este modo de pensar pueden permitir aún a su comunidad ser conducida por los gustos efectivos de los camaradas en las cuestiones que sólo presentan un aspecto hedonista. Pero adoptarán un “Gosplan” no sólo para llevar a cabo su política de inversión, como nosotros hemos dicho condicionalmente, sino también para todos los fines que presenten otros aspectos. También pueden dejar a los camaradas elegir, como gusten, entre guisantes y judías. Pueden titubear también respecto a la leche o el *whisky* y a las drogas y las mejoras domésticas. Pero no permitirán a los camaradas elegir entre amasar pan y levantar templos, si a esto es a lo que los alemanes llaman de un modo inelegante, pero expresivo, “Kulturmanifestationen”, esto es, manifestaciones objetivas de la cultura.

⁹ Es, sin embargo, un máximo demostrable, y como tal confirma la racionalidad económica de este tipo de socialismo, exactamente igual que el máximo

6. Es necesario, por tanto, preguntarse si, en caso de que lancemos por la borda nuestros "mercados", no lanzaremos también por la borda la racionalidad y la determinabilidad económicas. La respuesta es obvia. En ausencia de mercados tendría que haber una autoridad para hacer la evaluación, esto es, para determinar los índices de significación para todos los bienes de consumo. Siéndole dado un sistema de valores dicha autoridad podría hacer esto de una manera perfectamente determinada, exactamente igual que puede hacerlo un Robinson Crusoe.¹⁰ Y el resto del proceso de planificación podría, entonces, seguir su curso en condiciones muy semejantes a las de nuestro plan básico originario. Los resguardos, los precios y las unidades abstractas seguirían sirviendo para los fines de dirección y cálculo de costos, pero dejarían de guardar relación con las rentas disponibles y sus unidades. Todos los conceptos derivados de la lógica general de la acción económica reaparecerían nuevamente.

Toda especie de socialismo centralista puede, por tanto, salvar con éxito el primer obstáculo —la determinabilidad y la coherencia lógicas de la planificación socialista— y nosotros podemos también salvar el siguiente. Este consiste en la "imposibilidad práctica" a que parecen ahora inclinados a retirarse la mayoría de los economistas antisocialistas después de haber sufrido una derrota en el terreno puramente lógico. Afirman que nuestra oficina central habría de enfrentarse con un cometido de una complicación insuperable,¹¹ y algunos de ellos añaden que el funcionamiento del orden socialista presupondría una reforma total de las almas o del comportamiento —como prefiramos denominarlo— en la que la experiencia histórica y el sentido común demuestran que no hay ni que pensar. Aplazando la consideración del último punto podemos fácilmente resolver el primero.

En primer lugar, una ojeada a nuestra solución del problema teórico bastará para convencer al lector de que es eminentemente practicable, es decir, que no sólo establece una posibilidad lógica, sino que, al hacerlo así, muestra los pasos por los que esta posibilidad puede ser realizada en la práctica. Esto tiene aplicación, aun cuando, para enfrentarnos convenientemente con el problema, exijamos que el plan de producción sea elaborado *ab ovo*, esto es, sin ninguna experiencia previa en cuanto a las cantidades y valores y sin más base de partida que una inspección de los recursos y procedimientos técnicos dis-

de competencia confirma la racionalidad de la economía de competencia. Pero ni en uno ni en otro caso significa mucho esto.

¹⁰ He aquí tal vez por qué mostraba Marx un interés tan considerable por la economía de Crusoe.

¹¹ Esta es la línea de repliegue adoptada por la mayoría de los autores que, sin tener una convicción socialista, aceptan, sin embargo, las credenciales lógicas del socialismo. Como principales autoridades que mantienen este criterio pueden citarse los profesores Robbins y Von Hayek.

ponibles y un conocimiento general de la mentalidad de los camaradas. Además, hay que tener presente que, en las condiciones modernas, una economía socialista requiere la existencia de una enorme burocracia o, al menos, de unas condiciones sociales favorables para su desarrollo y su funcionamiento. Este requisito constituye una de las razones por las que los problemas económicos del socialismo no deben ser nunca discutidos sin referencia a situaciones dadas del medio social o a situaciones históricas. Tal aparato administrativo puede merecer o no todos los comentarios depredatorios que algunos de nosotros acostumbramos hacer acerca de la burocracia —pronto la vamos a comentar nosotros mismos—; pero en este instante no nos interesa la cuestión de si es de esperar que la burocracia cumpla bien o mal su cometido; lo único que nos importa es que, si existe, no hay razón para creer que se haya de derrumbar bajo el peso de su tarea.

En toda situación normal la burocracia socialista dispondría de información suficiente para permitir evaluar al primer golpe con bastante aproximación las cantidades correctas de producción en las principales ramas de la misma y el resto sería una cuestión de ajustes a fuerza de tanteos metódicos. De modo que, en este respecto, no hay ninguna diferencia fundamental¹² entre las economías socialista y mercantil ni en cuanto al problema con que tropiezan los teóricos al demostrar cómo un sistema económico progresa hacia una situación que podría calificarse de “racional” u “óptima” en el sentido de que cumple ciertas condiciones máximas ni en cuanto a los problemas con que los directores de empresa se encuentran en la práctica efectiva. Si admitimos una experiencia previa de la que partir, como admiten la mayoría de los socialistas y particularmente admitió Karl Kautsky en todo momento, la labor del socialismo se simplifica grandemente, por supuesto, especialmente si se trata de una experiencia del tipo de la gran empresa.

Pero, en segundo lugar, de un nuevo examen de nuestro plan básico se deriva algo más, a saber: la solución de los problemas con que se enfrenta la generación socialista sería no sólo tan posible como la solución práctica de los problemas con que se enfrentan las gerencias mercantiles, sino que sería aún más fácil. De esto podemos convencernos fácilmente observando que una de las dificultades de la dirección de una gran empresa —la dificultad que absorbe la mayor parte de la energía de un director afortunado— consiste en las incertidumbres que rodean a toda decisión. Una clase muy importante de éstas consiste,

¹² Algunos autores parecen opinar que el proceso mediante el cual se alcanza el equilibrio sería el mismo que en una situación de competencia perfecta. Sin embargo, esto no es así. Un ajuste efectuado paso a paso como reacción tan sólo a las variaciones de los precios podría fácilmente errar la meta por completo. He aquí por qué en el texto hablaba de tanteos metódicos.

de una parte, en las incertidumbres acerca de la reacción de los competidores efectivos y potenciales, y de otra parte, acerca de cómo va a evolucionar la situación económica general. Aunque en una comunidad socialista persistirían, indudablemente, incertidumbres de otras clases, estos dos grupos puede esperarse, razonablemente, que desaparezcan casi por completo. Las gerencias de las industrias y obras socializadas estarían en situación de saber exactamente lo que las demás se proponen hacer y nada les impediría unirse para una acción concertada.¹³ La oficina central podría actuar, y en cierto grado actuaría inevitablemente, como un centro de intercambio de información y coordinación de decisiones, al menos en la misma medida que la oficina de un cuartel general dotada de plenos poderes. Esto reduciría enormemente la cantidad de trabajo que los cerebros dirigentes tienen que realizar en los talleres, de forma que, para dirigir tal sistema, sería necesaria mucha menos inteligencia de la que se necesita para pilotear un *concern* de alguna importancia a través de las olas y rompientes del mar capitalista. Esto basta para confirmar nuestra afirmación.

¹³ En tanto que estos procedimientos son aplicados en las economías capitalistas su puesta en práctica es un paso muy importante hacia el socialismo. De hecho reduce progresivamente las dificultades de transición y constituye por sí un síntoma de la proximidad de la etapa de transición. Combatir esta tendencia incondicionalmente es tanto como combatir al socialismo.

COMPARACION DE PLANES BASICOS

I. OBSERVACIÓN PRELIMINAR

El lector que me haya seguido hasta aquí esperará, naturalmente, de mí que emprenda una apreciación comparativa del plan socialista. Tal vez fuera acertado frustrar esa esperanza. Pues nadie a quien no falte por completo el sentido de la responsabilidad puede dejar de reconocer que una comparación entre un sistema que hemos vivido y un sistema que no es aún más que una imagen mental —ningún socialista admitirá que la experiencia rusa es una plena realización— tiene que ser sumamente aventurada. Pero corremos ese riesgo sin dejar de tener presente un sólo instante que más allá del reino de los hechos y argumentos que vamos a atravesar está el reino de las profecías, de las convicciones y de las estimativas individuales, en el que nos está vedado penetrar. Y aumentaremos nuestras probabilidades de éxito limitando estrictamente nuestro objetivo y reconociendo con franqueza las dificultades y las trampas que encontraremos en nuestro camino.

En particular, no hemos de comparar los mundos culturales de las sociedades mercantil y socialista. El fenómeno que he denominado indeterminabilidad cultural del socialismo es por sí suficiente para impedir esta tentativa. Pero tenemos también otra razón para desistir de ello. Aun cuando la civilización socialista significase una sola forma cultural bien determinada su apreciación comparativa sería, no obstante, algo lleno de incertidumbre. Hay idealistas y monomaniacos que no perciben las dificultades de tales juicios comparativos y que adoptan, alegremente, como pauta de comparación, algún rasgo que ellos valoran con exclusión de todo lo demás y que esperan que ha de mostrar su socialismo. Pero si queremos hacer algo mejor que eso y ver, hasta donde pueda alcanzar nuestra visión, todas las facetas de una civilización a la luz con que ha nacido y que debe extinguirse con ella tenemos que reconocer, al instante, que toda civilización es un mundo en sí misma e incommensurable con cualquier otra civilización.

Hay un punto, sin embargo, que tolera la comparación de las prescripciones culturales efectivas y posibles, y que entra, además, dentro del ámbito de nuestro tipo de análisis. Se ha pretendido a menudo que la

planificación socialista, al quitar la preocupación económica de los hombros de los individuos, liberará incalculables energías culturales que ahora se pierden en la lucha por el pan de cada día. Hasta cierto punto esto es verdad, pues cualquier sociedad "planificada" puede conseguir esto, así como puede también, por otras razones y otros aspectos, asfixiar ciertas posibilidades culturales. Podría objetarse que las autoridades públicas, tal como las conocemos, apenas están en situación de cargar con la responsabilidad de descubrir talentos y fomentarlos hasta el grado que hubieran apreciado a Van Gogh algo más pronto de lo que le apreció la sociedad capitalista. Pero esta objeción se desvía del punto esencial, ya que la autoridad pública no necesita llegar tan lejos. Lo único que se necesita es que un Van Gogh perciba su "renta" lo mismo que todo el mundo y que no se vea obligado a trabajar demasiado fuerte; esto bastaría en cualquier caso normal para dar la necesaria oportunidad para desplegar su capacidad creadora, si bien, cuando me pongo a pensar en ello, ya no estoy seguro de si habría bastado o no en el caso de Van Gogh.

Pero hay otra objeción de más peso. En esta cuestión, lo mismo que en otras, el defensor del socialismo pasa por alto, con facilidad, —a veces está resueltamente decidido a no admitir— el grado en que ciertos ideales suyos están ya satisfechos en el mundo moderno. El capitalismo proporciona al talento, en una extensión mayor de lo que la mayoría de nosotros creemos, los peldaños que necesita para elevarse. Hay un elemento de verdad en el tópico brutal del burgués típico que muchos hombres de valía encuentran tan irritante, a saber: que los que no pueden elevarse por estos peldaños no merecen que se sienta preocupación por ellos. Puede que estos peldaños no sean de un modelo cómodo como pudiéramos desear, pero no puede decirse que no existen. No sólo ofrece sistemáticamente el capitalismo moderno los medios para proteger y fomentar casi toda especie de capacidad en los primeros grados de su desarrollo —tanto que en algunas ramas la dificultad no está en encontrar los medios para los talentos, sino en cómo encontrar algo que pueda pretender llamarse talento para que pueda utilizar los medios ofrecidos—, sino que, por la misma ley de su estructura, tiende a elevar al individuo capacitado y, mucho más efectivamente, a la familia capacitada. Así, pues, aunque puede haber pérdidas sociales,¹ especialmente en la categoría de los genios semipatológicos, no es probable que sean muy grandes.

¹ Hay ejemplos que dan lugar a exageraciones por medio de una generalización abusiva, aun cuando no se derrumben en una investigación, como sucede con frecuencia. Además, algunas de estas pérdidas tienen lugar independientemente de la organización particular de la sociedad; no toda pérdida de esta clase en el orden capitalista es también una pérdida por causa del orden capitalista.

II. ANÁLISIS DE LA EFICIENCIA COMPARATIVA

Permanezcamos, sin embargo, dentro de la esfera económica, aunque espero haber dejado totalmente aclarado que no le atribuyo más que una importancia secundaria.

1. Los límites de nuestro objetivo son perfectamente claros y, por lo tanto, los escollos menos peligrosos mientras permanezcamos en este primer estudio que aún no tiene que ver más que con los planes básicos. Aplazando de nuevo la discusión de las dificultades de transición, para tratar de ellas por separado, y suponiendo provisionalmente que han sido superadas con éxito, no necesitamos más que echar una ojeada a las implicaciones de nuestra prueba de la posibilidad y practicabilidad del sistema socialista para comprobar que hay un caso forzado para creer en la superioridad de su eficiencia económica.

Esta superioridad solamente necesita probarse con respecto al capitalismo de gran empresa o "monopolista", porque la superioridad sobre el capitalismo "de competencia" se deduce entonces *a fortiori*, como resulta evidente de nuestro análisis del capítulo VIII. Muchos economistas, basándose en el hecho de que, en condiciones completamente irreales, pueden hacerse toda clase de afirmaciones halagüeñas acerca del capitalismo de competencia, han adquirido un hábito de ensalzarlo a expensas de su sucesor el capitalismo "monopolista". Quiero repetir, por tanto, que, aun cuando estas alabanzas estuviesen totalmente justificadas —que no lo están—, y aun cuando la competencia perfecta de los teóricos hubiese sido alguna vez realizada en el campo de la industria y el transporte —que nunca lo ha sido—, y aun cuando, finalmente, todas las acusaciones que se han lanzado contra la gran empresa estuviesen plenamente justificadas —que están lejos de serlo—, todavía sería un hecho que la eficiencia efectiva del mecanismo de producción capitalista en la era de las unidades en gran escala ha sido mucho mayor que en la era precedente de las empresas pequeñas o medianas. Para convencerse de ello basta con remitirse al material recogido por la estadística. Pero si recordamos la explicación teórica de este hecho resultará más claro para nosotros que el creciente volumen de las unidades de dirección económica, y toda la estrategia económica que se ha desarrollado al mismo tiempo, no sólo fueron incidentes inevitables inherentes a esta evolución, sino también, en un grado considerable, condiciones para la realización reflejada en esa estadística; en otras palabras que las posibilidades técnicas y de organización abiertas a las empresas del tipo que es compatible con una competencia aproximadamente perfecta no podrían nunca haber producido resultados similares. Por consiguiente, preguntarse cómo fun-

cionaría el capitalismo moderno en condiciones de competencia perfecta es hacerse una pregunta sin sentido. Pues, prescindiendo por completo del hecho de que el socialismo ha de heredar a un capitalismo "monopolista" y no a un capitalismo de competencia, no tenemos que preocuparnos por el caso de la competencia, excepto incidentalmente.

La eficiencia económica de un sistema la reduciremos a la eficiencia productiva. Incluso ésta no es, en modo alguno, fácil de definir. Las dos alternativas que hay que comparar tienen que referirse, por supuesto,² al mismo momento, esto es, al pasado o al presente o al futuro. Pero esto no es suficiente, pues la cuestión relevante no es lo que la gerencia socialista podría hacer, *ex visu*, de un momento dado con el aparato capitalista existente en ese momento —esto no es para nosotros mucho más interesante que lo que podría hacer la gerencia socialista con una provisión dada de bienes de consumo—, sino la de qué aparato de producción existiría o habría existido si en su construcción hubiese imperado una gerencia socialista en vez de una gerencia capitalista. La masa de información acerca de nuestras fuerzas de producción efectivas y potenciales que ha sido acumulada durante los últimos veinte años, por valiosa que pueda ser para otros fines, no presta sino una pequeña ayuda en nuestra lucha con esta dificultad. Y lo único que podemos hacer es registrar tales diferencias entre los mecanismos económicos de una sociedad socialista y los de una sociedad mercantil, tal como las percibimos, y apreciar su importancia como mejor podamos.

Presupondremos que el número, calidad, gusto y distribución por edades de la población, en el período elegido para la comparación, sean los mismos en ambos casos. Entonces llamaremos sistema relativamente más eficiente a aquel que tengamos razones para esperar que produciría *a largo plazo* una corriente mayor de bienes de consumo por igual unidad de tiempo.³

² Esta regla debería ser evidente por sí misma, pero es violada con frecuencia. Por ejemplo, la realización económica de la Rusia soviética en la época actual es, a menudo, comparada con la del régimen zarista al comienzo de la primera Guerra Mundial. Pero el transcurso de un cuarto de siglo ha desprovisto a esta comparación de todo significado. La única comparación que pudiera ser significativa sería la comparación de la realización soviética con los valores establecidos, por extrapolación de una tendencia secular, a partir de los datos numéricos del período de 1890-1914, por ejemplo.

³ Como las corrientes capitalista y socialista de rentas reales tienen que consistir, hasta cierto grado, en mercancías diferentes y contienen las mercancías comunes a ambas en proporciones en cierto modo diferentes —aunque, a falta de hipótesis adicionales acerca de la variación en la distribución de las rentas disponibles, es imposible estimar la importancia de estas diferencias—, tal comparación plantea delicadas cuestiones teóricas. Si en la sociedad capitalista se produce más vino y menos pan de lo que se produciría en la sociedad socialista, ¿cuál de las dos corrientes será más potente? En todo intento para contestar tal interrogante se encuentran en una escala grandemente ampliada

2. Esta definición requiere un comentario. Se verá que no identifica la eficiencia económica con el bienestar económico o con un grado dado de satisfacción de necesidades. Aun cuando *toda* economía socialista imaginable fuese con seguridad menos eficiente, en nuestro sentido, que *cualquier* economía mercantil imaginable, la mayoría de la población —de hecho toda la que importa para el socialista típico— se encontraría “más a gusto” o “más feliz” o “más contenta” en un régimen socialista que en un régimen capitalista. Mi primera y principal respuesta es que la eficiencia relativa conserva, incluso en tales casos, un significado independiente y que constituye en todos los casos un factor que ha de ser tenido muy en cuenta. Pero, en segundo lugar, no creo que perdamos mucho con adoptar un criterio que no tenga en cuenta estos aspectos subjetivos del problema. Esta, sin embargo, es una cuestión muy discutible, en la que también es conveniente ser un poco más explícito.

Para comenzar, los socialistas convencidos obtendrán satisfacción del mero hecho de vivir en una sociedad socialista.⁴ El pan socialista puede saberles más dulce que el pan capitalista simplemente por ser pan socialista, y sería así aun cuando encontrasen ratones en el mismo. Si, además, el sistema socialista particular adoptado resulta estar de acuerdo con los principios morales de ciertas personas, como lo estaría, por ejemplo, el socialismo igualitario con los principios morales de muchos capitalistas, este hecho y la satisfacción consiguiente dada al sentido de la justicia, tal como la conciben dichas personas, figurarían, por supuesto, entre los títulos de superioridad de aquel sistema.

las dificultades que lleva consigo la comparación de las corrientes de rentas en un mismo cuadro social de un año para otro (para construir un índice de producción total, por ejemplo). Para nuestro propósito, sin embargo, la siguiente definición satisface suficientemente las exigencias *teóricas*: una de las corrientes se dirá que es más fuerte que la otra si —y solamente en este caso— rinde una renta monetaria total mayor que la otra, utilizando uno cualquiera de los dos sistemas de precios para la evaluación de ambas. Si una corriente rinde una cifra más elevada cuando ambas están evaluadas con arreglo al sistema de precios capitalista, por ejemplo, y al mismo tiempo arroja una cifra menor cuando ambas están evaluadas según el sistema de precios socialista, entonces diremos que las dos corrientes son iguales, exactamente lo mismo que si rindiesen efectivamente totales iguales con ambos sistemas de precios, lo cual significa simplemente que creemos que la diferencia no será, por lo general, muy importante en ese caso. El problema *estadístico* no se resuelve, por supuesto, con esta definición, porque no podemos tener las dos corrientes ante nosotros al mismo tiempo.

La razón por la que se han insertado las palabras *a largo plazo* en el párrafo del texto debería resultar manifiesta de nuestro análisis del capítulo VIII.

⁴ A veces estamos, en realidad, tentados a pasar por alto deficiencias reconocidas del plan socialista en atención a la compensación que ofrecería el privilegio de hacerse miembros de una sociedad socialista. Este argumento, al expresar, como expresa, el sentimiento verdaderamente socialista, no está, en modo alguno, tan fuera de razón como pudiera parecer. En realidad, hace superfluos a todos los demás argumentos.

Para el funcionamiento del sistema no es en modo alguno indiferente tal adhesión moral; de su importancia, incluso para la eficiencia, en el sentido que le damos nosotros, tendremos que tratar más adelante. Pero, aparte de esto, mejor sería que admitiésemos que nuestra fraseología acerca de la justicia, etc., se reduce, en gran medida, a que nos guste o no una cierta forma de sociedad.

Parece haber, sin embargo, un argumento puramente económico en favor del socialismo igualitario o de cualquier socialismo cuya estructura admita una mayor igualdad de rentas. Al menos aquellos economistas que no sienten remordimiento de conciencia por tratar las satisfacciones de las necesidades como cantidades mensurables ni por comparar ni sumar las satisfacciones de diferentes personas, tienen razón al sostener que una provisión o una corriente dada de bienes de consumo producirá, en general, el máximo de satisfacción si se distribuye igualitariamente. Un sistema igualitario tan eficiente como su equivalente mercantil llevará, por lo tanto, a un nivel más elevado de bienestar. Incluso un sistema igualitario en cierto modo menos eficiente podría también conseguirlo. La mayoría de los teóricos modernos rechazarían este argumento basándose en que las satisfacciones no son mensurables o en que la comparación y adición de las satisfacciones de personas diferentes carecen de sentido. Nosotros no necesitamos ir tan lejos. Nos basta con señalar que el argumento igualitario está especialmente expuesto a la objeción que surgió en nuestro análisis de la práctica monopolista, a saber: el problema no consiste en cómo distribuir una cantidad dada, independientemente de los principios de la distribución de las rentas. Las rentas por salarios podrían perfectamente ser más elevadas en una sociedad mercantil que admita desigualdades ilimitadas que las mismas rentas en un socialismo igualitario. En tanto que no resulte razonablemente cierto que la máquina socialista de producción sea, por lo menos, casi tan eficiente como es o era o será la máquina mercantil en el momento de la comparación, el argumento sobre la distribución no es concluyente --en realidad, da por supuesto lo que trata de demostrar--, aun cuando decidamos aceptarlo.⁵ Y tan pronto como se plantee el problema de la eficiencia productiva el argumento de la distribución será superfluo en la mayoría de los casos; a no ser que se base exclusivamente sobre los ideales morales, sólo inclinaría la balanza en casos límite.

3. Todavía hay otra razón por la que podrían asociarse niveles similares de eficiencia de producción a niveles diferentes de bienestar.

⁵ El argumento que así hemos dejado a un lado podría enunciarse diciendo que, siendo todo lo demás igual, el máximo socialista es mayor que el máximo de competencia. Sin embargo, dada la naturaleza puramente formal de ambos máximos no tiene sentido compararlos, como debe resultar evidente por las consideraciones anteriores.

La mayoría de los socialistas afirmarían que una renta nacional dada daría más de sí en una sociedad socialista que en una sociedad capitalista, porque la primera haría un uso más económico de la misma. Estos ahorros serían una consecuencia del hecho de que ciertos tipos de sociedad pueden ser, en virtud de su organización, indiferentes u hostiles respecto de ciertos fines a los que otros tipos dedican partes considerables de sus recursos, en virtud también de su organización. Un socialismo pacifista, por ejemplo, economizaría en armamentos; un socialismo ateo, en iglesias, y ambos podrían tener, por lo tanto, más hospitales en lugar de las mencionadas cosas. Esto es evidente, por supuesto. Pero como implica estimativas que no pueden atribuirse sin más al socialismo en general, aunque sí a muchos socialistas individuales, no debemos preocuparnos de ello por ahora.

Casi toda sociedad socialista —aunque no la de tipo platónico— llevaría a cabo, seguramente, otro tipo de ahorro, a saber: el ahorro procedente de la eliminación de la clase ociosa, del “holgazán rico”. Como desde el punto de vista socialista es completamente apropiado hacer caso omiso de las satisfacciones de las necesidades de los individuos pertenecientes a este grupo y estimar en cero sus funciones culturales —si bien los socialistas cultos guardan siempre las apariencias, añadiendo: en el mundo de hoy— hay, evidentemente, una ganancia neta a conseguir por el régimen socialista. ¿Qué error cometeremos si empleamos una prueba de eficiencia que no tenga en cuenta tal ganancia?

Por supuesto, los impuestos modernos sobre la renta y sobre la herencia están reduciendo rápidamente el problema a una insignificancia cuantitativa, incluso independientemente de los métodos fiscales aplicados para la financiación de la guerra actual. Pero este mismo sistema de imposición es la expresión de una actitud anticapitalista y posiblemente la precursora de la eliminación total de las fuentes de renta típicamente capitalistas. Por tanto, tenemos que plantear nuestro problema con relación a una sociedad capitalista no atacada aún en sus raíces económicas. Para los Estados Unidos parece razonable elegir la fecha de 1929.⁶

Definamos los ricos como aquellas personas que tienen una renta de 50,000 dólares en adelante. En 1929 recibían éstos unos 13 mil millones de dólares de un total nacional de unos 93 mil millones de renta.⁷ De estos 13 mil millones tenemos que deducir impuestos, aho-

⁶ Los Estados Unidos es el país que mejor se presta para esta prueba. En la mayoría de los países europeos se complicaría el problema, al menos en cuanto al siglo XIX o incluso hasta 1914, por la existencia de rentas elevadas de origen precapitalista, pero que habían sido engrosadas por la evolución capitalista.

⁷ Véase H. G. Moulton, M. Levin y C. A. Warburton *America's Capacity*

ros y donativos para fines públicos, porque un régimen socialista no puede realizar economías eliminando estas partidas; sólo se "ahorraría", en el sentido apropiado de la palabra, el gasto de los ricos para su propio consumo.⁸ Este gasto no puede estimarse con precisión. Lo único que podemos conseguir es una idea acerca del orden de magnitud que implica. Como la mayoría de los economistas que han querido correr este riesgo lo han calculado en menos de un tercio de los 13 mil millones sería bastante acertado decir que este gasto no ascendía a más de 4,333 millones o a un 4,6 por 100 del total de renta nacional. Ahora bien: este 4,6 por 100 incluye todos los gastos de consumo procedente de las rentas de los negocios y de las profesiones liberales de nivel superior; de forma que el rico holgazán no puede haber absorbido más del 1 o el 2 por 100 como máximo, aparte de las rentas de éstos. Y en tanto que el ascenso social de las familias siga siendo un germen vivo de iniciativas y de esfuerzos ni siquiera podría considerarse la totalidad de este gasto como irrelevante para las prestaciones individuales que han contribuido al rendimiento de la máquina económica del capitalismo.

Algunos lectores estimarán, sin duda, que el límite de 50,000 dólares es demasiado elevado. Es desde luego claro que podría economizarse más eliminando o reduciendo a un nivel mínimo de subsistencia las rentas de todos los que, ya sean ricos o pobres, son ociosos, económicamente hablando.⁹ Todavía podría creerse que se podría economizar más racionalizando la distribución de todas las rentas más elevadas de forma que se les pusiese en una correspondencia más estrecha con sus prestaciones. Pero los argumentos que han de exponerse en la sección siguiente sugieren que las grandes esperanzas puestas en esta consideración han de sufrir, probablemente, un desengaño.

to Consume (1934), pág. 206. Estas cifras son, indudablemente, muy sumarias. Comprenden rentas procedentes de trabajo e inversiones, así como productos procedentes de ventas de propiedades y de los alquileres calculados de las casas habitadas por sus dueños.

⁸ Se verá que el hecho de que la autoridad socialista utilizase, presumiblemente, esos ahorros y donativos para fines diferentes, no afecta al argumento.

⁹ Debe observarse, sin embargo, que una renta consistente exclusivamente en rendimientos de inversiones no es un síntoma de ociosidad económica de quien la obtiene, porque en sus inversiones puede estar incorporado trabajo suyo. El ejemplo clásico de los manuales para ilustrar esto serviría tan bien como un argumento más desarrollado; supongamos que un hombre rotura un pedazo de tierra con el trabajo de sus manos; el rendimiento que recogerá después es un "rendimiento de una mejora hecha por el hombre", o, como lo llaman los economistas, una cuasi renta. Si la mejora es permanente, esta cuasi renta ya no se distinguirá de la renta de la tierra propiamente dicha y, por lo tanto, parecerá la misma encarnación de una renta no ganada, mientras que, en realidad, no es más que una forma de salario, si definimos el salario como el rendimiento que se confiere al esfuerzo personal productivo. Generalizando, podemos decir que puede sobrelevarse un esfuerzo a fin de asegurar rendimientos que pueden adoptar, aunque no de una manera necesaria, la forma de salarios.

Sin embargo, no quisiera insistir más en este punto. Pues si el lector concede más importancia a estas economías de lo que yo creo justificado la conclusión a que vamos a llegar la aplicará *a fortiori*.

III. FUNDAMENTO DE LA SUPERIORIDAD DEL PLAN BÁSICO SOCIALISTA

Así, pues, nuestro criterio de superioridad o inferioridad abarca, después de todo, más terreno del que parece. Pero si nos atenemos a él, ¿cuál es el caso forzado que puede ser invocado en favor de la superioridad del plan socialista del que he hablado antes?

El lector que haya repasado el análisis del capítulo VIII *puede* muy bien extrañarse de esto. La mayoría de los argumentos aducidos usualmente en apoyo del régimen socialista, y en contra del capitalista, fracasan, como hemos visto, en cuanto se toman debidamente en cuenta las condiciones creadas para los negocios por un tipo rápido de progreso. Algunos de esos argumentos, en un examen más detenido, incluso se vuelven en la dirección opuesta. Muchos fenómenos que se consideran patológicos se está viendo que son, en realidad, fisiológicos, en el sentido de que desempeñan funciones importantes en el proceso de la destrucción creadora. Muchos despilfarros tienen compensaciones que invalidan las inferencias que hacen de ellos los críticos a veces por completo y, en otros casos, parcialmente. La asignación de fuerzas de producción, socialmente irracional, no es ni con mucho tan frecuente ni tan importante como se afirma. En algunos casos, además, no es menos probable que tenga lugar en una economía socialista. El exceso de capacidad, también inevitable en parte en una economía socialista, tolera una interpretación que excluye toda crítica. E incluso las faltas inexcusables no son, a menudo, sino incidentes de una prestación que es lo suficientemente grande para cobijar una multitud de pecados.

La respuesta a nuestro problema se deriva del último apartado del capítulo anterior. Su validez podría ser dudosa en tanto que la evolución capitalista esté en pleno auge, pero será decisiva en cuanto remita de un modo *permanente*, ya sea por motivos inherentes a su mecanismo económico o por motivos ajenos al mismo.

Hay casos en que las industrias capitalistas se encuentran en tales circunstancias que sus precios y su producción resultan teóricamente indeterminados. Esto puede suceder, aunque no siempre sucede, cuando haya oligopolio. En una economía socialista todos los fenómenos funcionales están determinados con claridad, exceptuando únicamente ciertos casos límite sin importancia práctica. Pero aun cuando exista una situación teóricamente determinada, es mucho más difícil de al-

canzar en la economía capitalista de lo que sería en la economía socialista. En la primera son necesarios movimientos y contramovimientos sin fin y hay que tomar las decisiones en una atmósfera de incertidumbre que embota el filo de la acción, mientras que esa estrategia y esa incertidumbre no existirían en la última. Estos inconvenientes son, por lo demás, inherentes no sólo al capitalismo "monopolista", sino más aún, aunque por otras razones, al capitalismo de competencia, como lo demuestra el caso del ciclo del cerdo¹⁰ y el comportamiento de las industrias de competencia más o menos perfecta en las depresiones generales o en sus vicisitudes propias.

Pero esto significa más de lo que parece a primera vista. Aquellas soluciones determinadas de los problemas de la producción son racionales u óptimas desde el punto de vista de los datos que las condicionen, y todo lo que acorte, allane o salvede el camino que nos conduce a ellas ahorrará energía humana y recursos materiales y reducirá los costos con los que se obtiene un resultado dado. A no ser que los recursos así ahorrados sean totalmente desperdiciados, tiene que aumentar, necesariamente, la eficiencia, en el sentido en que nosotros la entendemos.

Bajo este ángulo algunas de las acusaciones esgrimidas contra el sistema capitalista que han sido examinadas más arriba parecen relativamente justificadas. Tomemos como ejemplo el exceso de capacidad. No es cierto que se reabsorbería por completo en el socialismo; sería absurdo para la oficina central insistir en la plena utilización de un ferrocarril nuevo a través de un país todavía deshabitado. Tampoco es cierto que el exceso de capacidad signifique una pérdida en todos los casos. Pero hay tipos de exceso de capacidad que sí significan pérdidas y que tales pérdidas pueden ser evitadas mediante una administración socialista, cuyo caso principal es el de la capacidad de reserva creada para fines de guerra económica. Cualquiera que sea la importancia de este caso particular, que no creo que sea muy considerable, muestra un punto sobre el que ya he llamado la atención; hay cosas que, en las condiciones de la evolución capitalista, son o pueden ser perfectamente racionales e incluso necesarias y, por lo tanto, no han de constituir necesariamente una falta *ex visu* del orden capitalista; tampoco han de constituir por necesidad debilidades del capitalismo "monopolista" en comparación con el capitalismo de competencia, si van ligadas, como condiciones, a prestaciones del primero, que están fuera del alcance del segundo; pero aun siendo esto así, estos fenómenos pueden constituir debilidades del sistema capitalista en relación con el plan básico socialista.

¹⁰ Véase cap. VIII.

Esta observación es particularmente aplicable a la mayoría de los fenómenos que forman parte del mecanismo de los ciclos económicos. A la empresa capitalista no le faltan reguladores, algunos de los cuales pueden encontrarse también en la práctica de un ministerio socialista de la producción. Pero la planificación del progreso, especialmente la coordinación sistemática y la distribución ordenada por períodos de las creaciones de empresas en todas las ramas, sería incomparablemente más eficaz, para evitar alzas repentinas en algunos períodos y reacciones depresivas en otros, de lo que puedan ser las variaciones automáticas o manipuladas del tipo de interés o de la oferta de crédito. De hecho eliminaría la causa de las alzas y bajas cíclicas, mientras que en el orden capitalista tan sólo es posible mitigarlas. Y el proceso de eliminación de todo lo anticuado, que en el capitalismo —especialmente en el capitalismo de competencia— significa parálisis temporal y pérdidas que se deben en parte a falta de funcionamiento, podría reducirse a las reformas estrictamente indispensables que la expresión “eliminación de lo anticuado” quiere decir efectivamente para la mente del profano, y ello dentro de un plan comprensivo que prevea que se destinen a otros usos los elementos no anticuados de las fábricas o pertrechos anticuados.

Concretamente: una crisis que tenga su centro en la industria del algodón puede, en el orden capitalista, paralizar la construcción de viviendas; en un orden socialista puede suceder también, por supuesto, que la producción de artículos de algodón tenga que ser restringida drásticamente en corto plazo, si bien no es tan probable que suceda; pero esto sería una razón para acelerar la construcción de viviendas en vez de paralizarla.

Cualesquiera que sean los objetivos económicos deseados por quien esté en condiciones de hacer efectivos sus deseos, la gerencia socialista podría conseguirlos con menos perturbaciones y menos pérdidas, sin incurrir, necesariamente, en las desventajas que acompañarían a los intentos de planificar el progreso dentro del marco de las instituciones capitalistas. Un aspecto de esta diferencia podría expresarse diciendo que la gerencia socialista podría mantener un rumbo que se aproximase a la tendencia a largo plazo de la producción, desarrollando así una política que, como hemos visto, no es extraña a las grandes empresas capitalistas. Y todo nuestro argumento podría meterse en una cáscara de nuez diciendo que la socialización consiste en dar un paso más allá de la gran empresa en el camino que ha sido trazado por ella, o, lo que viene a ser lo mismo, que puede concebirse que la gerencia socialista se muestre tan superior al capitalismo de gran empresa como el capitalismo de gran empresa ha demostrado serlo respecto al capitalismo de competencia, del que era el prototipo la industria inglesa

de hace unos cien años. Es perfectamente posible que las generaciones futuras consideren nuestros argumentos acerca de la inferioridad del plan socialista del mismo modo que nosotros consideramos los argumentos de Adam Smith sobre las sociedades anónimas (los cuales tampoco eran falsos sin más).

Todo lo que he dicho hasta aquí se refiere, por supuesto, exclusivamente a la lógica de los planes básicos y, por tanto, a las posibilidades "objetivas" que el socialismo tal vez sea incapaz de realizar en la práctica. Pero, desde el punto de vista plenamente lógico, es innegable que el plan básico socialista se ha llevado a un nivel más elevado de racionalidad. Esta creo que es la manera correcta de plantear la cuestión. No se trata de un litigio de racionalidad contra irracionalidad. El campesino, cuya reacción frente a los precios del cerdo y del maíz da lugar al ciclo del cerdo, actúa de una manera completamente racional desde su punto de vista individual y teniendo en cuenta las condiciones del momento. Lo mismo ocurre con la gerencia de un *concern* que maniobra en una situación de oligopolio. Y lo mismo sucede con la empresa que se expansiona en el alza y se restringe en la contracción. Es la especie y el alcance de la racionalidad lo que constituye la diferencia de un régimen respecto del otro.

Esto no es, ciertamente, todo lo que puede aducirse en favor del plan socialista. Pero en tanto que afecten a la lógica pura de una economía socialista la mayoría de los argumentos que no sean probablemente falsos están, de hecho, implícitos en el que aquí se expone.

El paro ofrece un ejemplo de primordial importancia. Hemos visto, en la parte II, que una sociedad capitalista que ha alcanzado un estadio suficientemente avanzado para ofrecer una oportunidad para una socialización afortunada no habría de dejar mucho que desear ni, probablemente, lo dejaría por lo que se refiere a los intereses de los mismos parados. Pero por lo que se refiere a la pérdida sufrida por la sociedad el argumento anterior implica que, en una sociedad socialista, el paro será menor, principalmente como consecuencia de la eliminación de las depresiones, y que allí donde tenga lugar, principalmente a consecuencia de mejoras técnicas, el ministerio de la producción estará en situación —cualquier cosa que sea la que haga en realidad— de reenviar a los parados a otros empleos que estarían dispuestos en cada caso para ellos si la planificación agota todas sus posibilidades.

Una ventaja de menor importancia, que también va implícita en la racionalidad superior del plan socialista, resulta del hecho de que, en el orden capitalista, las mejoras tienen lugar, por regla general, en los *concerns* singulares, y su generalización lleva tiempo y tropieza con resistencias. Si el ritmo del progreso es rápido hay, a menudo, un gran número de empresas que se aferran a los métodos antiguos o cuya efi-

ciencia queda por otras causas por debajo de lo normal. En el orden socialista toda mejora podría difundirse teóricamente mediante decreto y las prácticas infranormales podrían eliminarse rápidamente. Llamo a esto ventaja de menor importancia, porque el capitalismo muestra también, por regla general, una gran eficiencia con la ineficacia. Por supuesto, es una cuestión distinta el que la probabilidad de esta ventaja particular, ya sea grande o pequeña, sea llevada a la práctica por una burocracia; puede confiarse en que una burocracia honrada pueda imponer su norma a todos sus agentes, pero esto no dice nada acerca de lo que sea esta norma misma. Hay que tener siempre presente que aquellas posibles superioridades podrían convertirse, en la práctica, en inferioridades efectivas.

También los directores o directores propietarios de los *concerns* pequeños o medianos son primordialmente, por regla general, o bien ingenieros o vendedores u organizadores, y, aun cuando sean buenos en cuanto tales, será raro que hagan todas las cosas igualmente bien. Vemos, a menudo, que incluso negocios prósperos son administrados medianamente en un aspecto o en otro —sirvan como testimonio los informes de los expertos en eficiencia de dirección—, y que sus directores están, por lo tanto, parcialmente fuera de lugar. La economía socialista podría utilizarlos, como la empresa moderna en gran escala, con mayor provecho empleándolos, exclusivamente, en lo que saben realmente hacer. Pero consideraciones evidentes, en las que no necesitamos detenernos, no nos permitirán poner mayores esperanzas en este aspecto.

Hay, sin embargo, una ventaja de gran importancia que no aparece en nuestro plan básico tal como lo hemos delineado. El rasgo prominente de la sociedad mercantil es la separación de la esfera pública y la esfera privada, o, si se prefiere, el hecho de que en la sociedad mercantil hay una esfera privada de un contenido mucho mayor del que le asigna la sociedad feudal o la sociedad socialista. Esta esfera privada está separada de la pública no sólo conceptualmente, sino también en la realidad de los hechos. Las dos están dotadas de personal en extremo diferente —la historia de la autonomía local ofrece la excepción más notable—, y están organizadas y manejadas conforme a principios diferentes, y a menudo contradictorios, que dan lugar a normas diferentes y a menudo incompatibles.

Sólo temporalmente puede faltar la fricción en tal ordenamiento, cuya naturaleza paradójica sería para nosotros una fuente de maravilla si no estuviésemos acostumbrados a ella. De hecho la fricción existía mucho antes de que desarrollase su antagonismo a consecuencia de las guerras de conquista emprendidas con éxito creciente contra el dominio burgués por los hombres de la esfera pública. Este antagonismo

da lugar a una lucha incesante. La mayoría de las actividades del Estado en el campo económico aparecen entonces bajo una luz que está bien caracterizada por la frase de los antiguos economistas burgueses: "interferencia estatal". Estas actividades interfieren, en efecto, en todos los sentidos de la palabra, especialmente en el sentido de que obstaculizan y paralizan el mecanismo de producción privada. No puede sostenerse que tenga éxito con frecuencia, pues, incluso, aumentan la eficiencia de la producción. Pero en tanto que sea esto así la actividad de la oficina central tendría una oportunidad aún mayor de éxito, a pesar de que los costos y pérdidas que llevan consigo la lucha entre las dos esferas serían evitados por completo en un régimen socialista. Y estas pérdidas son considerables, especialmente si contamos entre ellas todas las desazones causadas por las incesantes investigaciones y persecuciones y los consiguientes efectos desalentadores sobre las energías que sirven de impulso a la vida económica.

Un elemento de estos costos debe mencionarse específicamente. Consiste en la absorción de capacidad para actividades puramente defensivas. Una parte considerable del total del trabajo realizado por los abogados se invierte en la lucha de las empresas contra el Estado y sus órganos. Importa poco que llamemos a tal actividad obstrucción viciosa del bien común o defensa del bien común contra la obstrucción viciosa. En todo caso queda el hecho de que en una sociedad socialista no habría necesidad ni cabría esta parte de la actividad legal. El ahorro resultante no puede medirse satisfactoriamente por los honorarios de los abogados ocupados en este menester, cuya cuantía es inapreciable. Pero lo que no es inapreciable es la pérdida social producida por un empleo tan improductivo de muchos de los mejores cerebros. Considerando lo terriblemente escasos que están los buenos cerebros su transferencia a otros empleos podría ser de importancia más que infinitesimal.

La fricción, o antagonismo entre la esfera privada y la esfera pública, fue intensificada desde un principio por el hecho de que, desde que las rentas feudales de los príncipes dejaron de ser de gran importancia, el Estado ha vivido de unos ingresos que obtenía en la esfera privada para fines privados y que tenían que ser desviados de estos fines por el poder político.¹¹ Por una parte, la imposición es un atributo esencial de la sociedad mercantil —o, si aceptamos la concepción del Estado a que se aludía en el capítulo primero, un atributo esencial del Estado—, y, por otra parte, tiene casi inevitablemente

¹¹ La teoría que asimila los impuestos a cuotas de club o a la adquisición de los servicios, por ejemplo, de un médico, solamente prueba lo alejada que está esta parte de las ciencias sociales de la aplicación de métodos científicos.

el carácter ¹² de un traumatismo causado al proceso de producción. Hasta 1914, aproximadamente —si convenimos en considerar tan sólo los tiempos modernos—, los efectos de este traumatismo estaban confinados dentro de estrechos límites. Pero desde entonces los impuestos han aumentado de un modo gradual hasta convertirse en el elemento predominante de los presupuestos de empresa y familiares y en un factor de mayor importancia para la explicación de la insatisfactoria prestación económica. Además, para arrancar las cantidades siempre crecientes a un organismo mal predispuesto se ha creado un enorme aparato administrativo que no hace más que luchar con la burguesía por cada dólar que le cobra. Como réplica ese organismo ha desarrollado órganos de defensa que realizan una enorme cantidad de trabajo de autoprotección.

Nada pone mejor de relieve los despilfarros que resultan del conflicto de principios estructurales en un cuerpo social. El capitalismo moderno está basado en el principio de lucro para su pan de cada día, pero se niega a permitirle que prevalezca. En una sociedad socialista no existiría tal conflicto ni, por consiguiente, tales despilfarros. Como dominaría todas las fuentes de renta, los impuestos podrían desaparecer al mismo tiempo que el Estado o, si mi concepción del Estado no encuentra aprobación, al mismo tiempo que el Estado burgués. Pues, con arreglo al sentido común, sería manifiestamente absurdo que la oficina central pagase las rentas primero y, después de haberlo hecho, recurriese a sus perceptores para recobrar parte de las mismas. Si los radicales no fuesen tan aficionados a burlarse de los burgueses hasta el punto de no ver más falta en los impuestos que el ser demasiado bajos, habría sido reconocido hace mucho tiempo que la supresión de los impuestos constituye uno de los títulos de superioridad más significativos que se pueden reconocer al plan socialista.

¹² Existen excepciones, pero carecen de importancia práctica.

EL ELEMENTO HUMANO

UNA ADVERTENCIA

Es muy posible que muchos adversarios del socialismo acepten la conclusión a que yo acabo de llegar. Pero su sentimiento adoptará en la mayor parte de los casos la forma siguiente: "Muy bien, desde luego; si tuviese semidioses para dirigir la máquina socialista y arcángeles para manejarla entonces todo eso podría ser así. Pero lo malo es que no los tiene y que, siendo como es la naturaleza humana, la alternativa capitalista, con su sistema de motivaciones y su distribución de responsabilidades y de recompensas, ofrece, después de todo, si no el orden mejor que pueda concebirse, sí, al menos, el mejor orden practicable."

Y hay algo de verdad en esta respuesta. De una parte, tenemos que guardarnos no sólo de los peligros que se ocultan tras todo intento de comparar una realidad dada con una *idea*, sino también del error o estratagema inherente a toda comparación de una realidad dada con un *ideal*.¹ De otra parte, aunque creo que he dejado suficientemente claro que en la naturaleza de las cosas no puede nunca

¹ Una idea, o un esquema, o un modelo, o un plan básico, lleva también incorporado un ideal, pero solamente en el sentido lógico; tal idea significa tan sólo ausencia de elementos no esenciales, esto es, el proyecto inadulterado, como podríamos decir. Desde luego sigue siendo discutible la cuestión de qué es lo que debe incluirse exactamente dentro del mismo y qué es lo que debe considerarse consiguientemente como una desviación. Aunque ésta debería ser una cuestión de técnica analítica pueden entrar en ella, sin embargo, el amor y el odio: los socialistas tenderán a incluir en el plan básico del capitalismo todos los rasgos posibles que ellos consideren depredatorios; los anti-socialistas harán lo mismo respecto del plan básico socialista, y ambos partidos tratarán de "enjalbogar" el suyo incluyendo cuantas "faltas" sea posible entre las desviaciones inesenciales y, por lo tanto, evitables. Aun cuando estuviesen de acuerdo unos y otros en algún caso dado para catalogar ciertos fenómenos como desviaciones pueden todavía discrepar en cuanto al grado en que su propio sistema y el de sus adversarios están sujetos a desviaciones. Por ejemplo, los economistas burgueses tenderán a atribuir a la "interferencia política" todo aquello que no les guste del capitalismo, mientras que los socialistas mantendrán que esas medidas políticas son la consecuencia inevitable del proceso capitalista y de las situaciones creadas por el modo como funciona la máquina capitalista. Aunque reconozco todas estas dificultades no creo que afecten a mi exposición, que, como observará el lector profesional, ha sido concebida con vistas a evitarlas.

encontrarse una defensa general para el socialismo, sino solamente una defensa con referencia a condiciones sociales dadas y a etapas históricas dadas, esta relatividad se hace ahora mucho más importante que mientras nos hemos estado moviendo entre los planes básicos.

I. RELATIVIDAD HISTÓRICA DEL ARGUMENTO

Ilustraremos este punto mediante una analogía. En la sociedad feudal muchos servicios que todos nosotros —incluso los más firmes defensores de la propiedad privada— creemos que son del dominio exclusivo de la administración pública eran prestados mediante un concierto que nos da la impresión de haber hecho a aquellas funciones públicas objeto de propiedad privada y fuentes de ganancia privada; todo caballero o señor feudal mantenía su feudo, en una jerarquía de relaciones de vasallaje, para el lucro y no como pago de los servicios que prestase *al administrarlo*. Las funciones llamadas ahora públicas que llevaba asociadas el feudo no eran sino una recompensa por servicios prestados a algún señor feudal superior. Ni aun esto expresa la situación de una manera completamente correcta: poseía su feudo porque, por el hecho de ser caballero o señor, tenía derecho a poseer uno, independientemente de lo que hiciese o dejase de hacer. Los que carecen del sentido de la medida para lo histórico se inclinan a considerar este estado de cosas como un conglomerado de “abusos”. Pero esto es un absurdo. En las circunstancias de su propia época (el feudalismo, lo mismo que todo cuadro institucional, ha sobrevivido a la que fue verdaderamente “su” época), este ordenamiento era el único practicable y llevaba incorporado el único método mediante el cual podían ser desempeñadas esas funciones públicas. Si Karl Marx hubiera hecho su aparición en el siglo XVI, por ejemplo, y si hubiese sido tan temerario como para propugnar otro método de administración pública, entonces se habría expuesto a la réplica de que tal sistema era un medio admirable para llevar a cabo lo que sin él no podría haberse hecho en modo alguno y especialmente que, “siendo como es la naturaleza humana”, el móvil del lucro era indispensable para el funcionamiento de la administración pública; su eliminación habría significado, en efecto, el caos y podría haberse calificado de sueño impracticable.

De un modo semejante, en la época en que la hilatura de algodón inglesa ocupaba el lugar más elevado de la economía capitalista —hasta 1850, aproximadamente—, el socialismo no era una proposición practicable y ningún socialista razonable cree ahora ni creía entonces que lo fuese. El ojo del amo que engorda al ganado y convierte la

arena en oro, la gallina que pone los huevos de oro y otras frases vulgares por el estilo no eran entonces sino la expresión de una verdad innegable, pronunciada por y para personas sencillas y torpes. Me permito sugerir a mis amigos socialistas que hay un medio mejor de combatirlos que la burla, esto es, que burlarse de ellos con la esperanza de que el adversario, un intelectual vanidoso y susceptible como ellos mismos, deje de argumentar tan pronto como tenga la sensación de que puede hacer el ridículo: Es mejor reconocer la justa pretensión de aquellos simples dentro de su propio marco histórico y limitar su refutación a las ocasiones en que se los encuentra en otros marcos históricos. Entonces nos enfrentamos, al menos, con la cuestión relevante —esto es, la de determinar qué es lo que subsiste ahora de ellos— y conservamos todavía bastante espacio libre para nuestros desacuerdos.

Como hemos de tener a la vista una forma determinada de capitalismo si ha de tener algún significado la comparación de la realidad capitalista con las probabilidades de éxito socialista, permítasenos elegir el capitalismo de nuestra propia época, es decir, el capitalismo *sujeto a trabas* de las grandes empresas. Y observamos primero que, aunque esto define una época y un sistema, no se refiere a ningún período particular, ni siquiera en términos de décadas, porque la cuestión de hasta dónde ha desarrollado y estabilizado sus rasgos el sistema del capitalismo sujeto a trabas en una época dada, en la actual, por ejemplo, tendría aún que esperar a una investigación de los hechos; en segundo lugar, que para esta parte de nuestro argumento resulta irrelevante que esas trabas, cualesquiera que sean, hayan sido creadas por el proceso capitalista mismo o puedan ser consideradas como algo impuesto al mismo por un agente exterior a él; en tercer lugar, que, aunque vamos a tratar de problemas en cierto modo más prácticos —especialmente el de hasta qué punto puede esperarse que el socialismo recoja la cosecha que existe potencialmente en su plan básico—, solamente hablaremos de probabilidades, y que tendremos que operar con hipótesis para poner remedio a nuestra ignorancia acerca de la especie de socialismo que nos reservará el destino.

II. DE LOS SEMIDIOS Y ARCÁNGELES

Volviendo a nuestro burgués que hablaba de semidioses y arcángeles podemos prescindir, fácilmente, de los primeros; para dirigir la máquina socialista no se necesitarán semidioses, porque, como ya hemos visto anteriormente, el problema a resolver, una vez que hayan sido superadas las dificultades de transición, será no ya más difícil, sino más fácil que el cometido con que se enfrenta un capitán de

industria en el mundo moderno. La apelación a los arcángeles responde a la conocida afirmación de que la forma socialista de existencia presupone un nivel ético que no puede esperarse que alcancen los hombres tal como son.

Los socialistas tienen que culparse a sí mismos si argumentos de este tipo han servido para dar más importancia a sus adversarios. Han hablado de los horrores de la opresión y de las explotaciones capitalistas, que sólo tenían que ser suprimidas para mostrar a la naturaleza humana en toda su belleza o, en todo caso, para iniciar un proceso de educación que reformaría las almas humanas y las conduciría hasta el nivel ético requerido.² De esta manera se exponen no sólo a la acusación de adular a las masas hasta un grado ridículo, sino también a la de propugnar un rousseaunianismo que debería estar suficientemente desacreditado. Pero es completamente innecesario hacer esto, puesto que sin necesidad de ello puede hacerse una buena defensa del socialismo a base de sentido común.

A este fin adoptaremos una distinción que ha demostrado ser útil, si bien los psicólogos pueden ponerle objeciones. En primer lugar, una serie dada de inclinaciones a sentir y a obrar puede ser modificada por cambios sobrevenidos en el medio social, mientras que el sistema fundamentalmente subyacente a las mismas (la "naturaleza humana") permanece lo mismo. Denominaremos este fenómeno "modificación por reconocimiento". En segundo lugar, dentro todavía de este sistema fundamental, el reacondicionamiento puede chocar con las inclinaciones a sentir y a obrar, que, aunque susceptibles de ser modificadas por las alteraciones ambientales —especialmente si estas alteraciones se llevan a cabo racionalmente—, resisten todavía durante algún tiempo y crean una perturbación mientras resisten. Este hecho puede asociarse a la expresión "hábitos". En tercer lugar, el sistema fundamental mismo puede ser modificado, bien dentro del mismo género de material humano o bien por medio de la eliminación de los elementos refractarios del mismo; la naturaleza humana es, ciertamente, maleable hasta cierto grado, especialmente en los grupos cuya composición puede ser cambiada. Hasta dónde llega esta maleabilidad es una cuestión que requiere una investigación seria y no una investigación precipitada o una negación igualmente precipitada. Pero no necesitamos tomar partido en uno ni otro sentido, porque ahora no sería necesaria ninguna reforma fundamental del alma humana para poner en marcha el socialismo.

² Entre los neo-marxistas el principal culpable de estas ingenuidades ha sido Max Adler (que no hay que confundirlo con los otros dos Adler vieneses que ocupan un lugar destacado en la historia del socialismo austriaco: Víctor Adler, el gran organizador y dirigente del partido, y su hijo, Fritz Adler, el asesino del primer ministro conde Stürgkt).

De esto podemos convencernos fácilmente. En primer lugar, podemos dejar a un lado el sector agrario, que pudiera esperarse que fuera el que ofreciese las dificultades más serias a los reformadores. Nuestro socialismo no dejaría de ser socialismo aun cuando la gerencia socialista se limitase a una especie de planificación agraria que difiriese tan sólo en grado de la práctica que ya se está desarrollando. Establecer un plan de producción; racionalizar la localización (el empleo del suelo); suministrar a los agricultores maquinaria, semillas, sementales, fertilizantes, etc.; fijar los precios de los productos y comprarlos a los agricultores a estos precios, he ahí todo lo que sería necesario, y, no obstante, tal política dejaría sustancialmente intacto al mundo agrario y a su actitud espiritual. Hay otros caminos posibles. Pero lo que nos interesa es que haya uno que pueda ser seguido con muy poca fricción y que pueda ser seguido indefinidamente sin que la sociedad pierda por ello sus títulos a ser llamada socialista.

En segundo lugar, está el mundo del obrero y del empleado. De ellos no se exigiría ninguna reforma de almas ni ninguna adaptación penosa. Su trabajo permanecería igual en lo sustancial y daría lugar a actitudes y hábitos semejantes a los que ahora se observan, con una importante reserva que se añadirá más adelante. De su trabajo regresaría el obrero o empleado a un hogar y a ocupaciones que la fantasía socialista puede denominar como le plazca —puede, por ejemplo, jugar al foot-ball proletario, mientras que ahora juega al foot-ball burgués—, pero que seguirían siendo la misma especie de hogar y la misma especie de ocupaciones. En este sector social no necesitan surgir grandes dificultades.

En tercer lugar, está el problema de los grupos que no sin razón esperan ser víctimas del sistema socialista, o sea, hablando, *grosso modo*, el problema del estrato superior o directivo. No puede ser resuelto de acuerdo con la doctrina consagrada que se ha convertido en artículo de fe mucho más allá del campo socialista, a saber: la doctrina de que este estrato no consta sino de animales de rapiña cebados, cuya presencia en sus posiciones económicas y sociales es explicable sólo por la suerte y la falta de escrúpulos y que no desempeñan otra "función" que la de expoliar a las masas trabajadoras —o a los consumidores, como puede ser el caso— los frutos de su trabajo; que estos animales rapaces estropean, además, su propio juego por incompetencia y (para añadir un rasgo más moderno) dan lugar a depresiones por su hábito de atesorar la mayor parte de su botín y que la comunidad socialista no necesitará preocuparse de ellos, después que haya logrado que sean desalojados rápidamente de esas posiciones, más que para evitar que cometan actos de sabotaje. Cualesquiera que sean las virtudes políticas de esa doctrina y, en el caso de los indi-

viduos infranormales, sus virtudes psicoterapéuticas, no puede ser tenida por buen socialismo. Pues todo socialista civilizado que, por su buen comportamiento y actitud ha de ser tomado en serio por las personas serias, tiene que admitir muchos hechos acerca de la calidad y de las prestaciones del estrato burgués que son incompatibles con tal doctrina, y argumentará, además, que sus capas superiores no deben ser inmoladas, sino que, por el contrario, deben ser también liberadas de las cadenas de un sistema que los oprime moralmente en no menor grado del que oprime económicamente a las masas. Desde este punto de vista, que está de acuerdo con la teoría de Karl Marx, no queda mucho camino para llegar a la conclusión de que una cooperación de los elementos burgueses podría constituir la condición esencial para el éxito del régimen socialista.

El problema se plantea, pues, de esta manera. He aquí una clase que, en virtud del proceso de selección de que es resultado, contiene un material humano de calidad supernormal³ y constituye, por tanto, un activo nacional que es racional utilizarlo por toda organización social. Esto solo implica ya algo más que una abstención de exterminarlo. Además, esta clase desempeña funciones vitales que también tendrán que ser desempeñadas en una sociedad socialista. Hemos visto que ha sido asociada y se asocia, causalmente, con prácticamente todas las aportaciones culturales de la época capitalista y con todas las

³ Véase capítulo VI. De una manera más precisa el individuo típico de la clase burguesa es superior en capacidad de inteligencia y de voluntad al individuo típico de todas las demás clases de la sociedad industrial. Esto no ha sido nunca comprobado estadísticamente y difícilmente puede serlo, pero se deduce de un análisis de ese proceso de selección social en la sociedad capitalista. La naturaleza del proceso determina también el sentido en que hay que entender la expresión "superioridad". Mediante un análisis similar de otros medios sociales puede demostrarse que lo mismo sucede en todas las clases directivas de las que tenemos información histórica. Es decir, puede demostrarse en todos los casos, primero, que las moléculas humanas se elevan y descienden dentro de la clase en la que han nacido en condiciones que se adaptan a la hipótesis de que tales movimientos son debidos a sus aptitudes relativas, y, en segundo lugar, puede también demostrarse que se elevan y caen de la misma manera traspasando las líneas fronterizas de su clase. Esta elevación a clases superiores y este descenso a clases inferiores requiere, por lo general, más de una generación. Estas moléculas son, por lo tanto, familias más bien que individuos. Y esto explica por qué los observadores que enfocan su atención sobre los individuos dejan con tanta frecuencia de encontrar relación entre la capacidad y la posición de clase y se inclinan a llegar hasta poner en oposición ambas cosas. En efecto: los individuos aparecen tan diferentemente dotados que, excepto en casos de prestaciones personales inusitadas, esa relación —que se refiere, además, tan sólo a un término medio y deja espacio para muchas excepciones— se revela con mucha menos claridad si dejamos de examinar el conjunto de la cadena de la que cada individuo es un eslabón. Estas indicaciones no demuestran, por supuesto, mi argumento, sino que únicamente sugieren cómo llegaría yo a demostrarlo si fuese posible hacerlo dentro del marco de este libro. Sin embargo, puedo remitir al lector a mi "Theorie der sozialen Klassen im ethnisch homogenen Milieu", en *Archiv für Sozialwissenschaft*, 1927.

aportaciones económicas que no son debidas al crecimiento de la población trabajadora, es decir, con todo el provecho que usualmente se denomina productividad del trabajo (producción por hora de trabajo).⁴ Ahora bien: esta aportación ha sido asociada, a su vez, con un sistema de premios y castigos de eficacia indudable que el socialismo está obligado a abolir. Por tanto, la cuestión consiste, de una parte, en determinar si el material humano burgués puede ser o no uncido al servicio de la sociedad socialista, y, de otra parte, si aquellas funciones de entre las desempeñadas por la burguesía y de las que el socialismo debe desalojarla pueden ser o no desempeñadas por otros agentes o por otros métodos burgueses o por ambas cosas.

III. EL PROBLEMA DE LA GERENCIA BUROCRÁTICA

La explotación racional del material humano burgués es, indudablemente, el problema más difícil de resolver para un régimen socialista y haría falta cierto optimismo para afirmar que será resuelto con éxito. Sin embargo, esto no se debe primordialmente a las dificultades inherentes al mismo, sino más bien a la dificultad que experimentarán los socialistas para reconocer su importancia y para enfrentarse con él con una disposición espiritual razonable. La doctrina acerca de la naturaleza y de las funciones de la clase capitalista a que se ha aludido más arriba constituye por sí misma un síntoma de una fuerte aversión a esta actitud y puede considerarse como una preparación psicotécnica para negarse a adoptarla. Tampoco es esto sorprendente. El socialista individual, ya sea un particular o un funcionario del partido o del Estado, considera el advenimiento del socialismo de una manera ingenua, pero natural, como *su* ascenso personal al poder. La socialización significa para él que "nosotros" vamos a subir al poder. La sustitución de las gerencias existentes es una parte importante, tal vez la más importante de la representación. Y confieso que al conversar con socialistas militantes he sentido con frecuencia dudas de si algunos de ellos, o incluso la mayoría, se interesarían por un régimen socialista, por perfecto que fuese en todos los demás aspectos, si hubiese de ser regido por otras personas. Al mismo tiempo tengo que añadir que la actitud de otros militantes era irreprochable.⁵

En si la solución afortunada del problema requiere ante todo que se permita a los elementos burgueses realizar el trabajo para el que están capacitados por su aptitud y su tradición, y, por tanto, que se

⁴ Como se apuntaba en la parte I esto ha sido reconocido por el mismo Marx en un *locus classicus* del *Manifiesto Comunista*.

⁵ Sobre esto véanse los comentarios a las deliberaciones de la Comisión de Socialización alemana, cap. XXIII, pág. 396.

adopte un sistema de selección para los puestos directivos que esté basado en la capacidad y no haga discriminación en contra de los ex burgueses. Tales métodos son perfectamente concebibles y algunos de ellos, incluso, pueden compararse ventajosamente con el método capitalista, tal como funciona en la era de las grandes sociedades anónimas. Sin embargo, permitirles realizar su trabajo supone algo más que un nombramiento para un puesto apropiado. Al nombrarlos es preciso darles también libertad para obrar bajo su propia responsabilidad. Y esto plantea el problema de la burocratización de la vida económica, que constituye el tema de tantas homilías antisocialistas.

Por mi parte, no puede representarme, en las condiciones de la sociedad moderna, una organización socialista de forma distinta de la de un aparato burocrático enorme y que llegue a todas partes. Todas las demás posibilidades que yo puedo concebir significarían un fracaso y un derrumbamiento. Pero, seguramente, no causará esto horror a nadie que se dé cuenta de lo lejos que ha llegado ya la burocratización de la vida económica —y de la vida en general— y que sepa abrirse paso entre la maleza de frases que ha crecido alrededor del tema. Lo mismo que en el caso del "monopolio", gran parte de la influencia que estas frases ejercen sobre nuestro espíritu arranca de su fuente histórica. En la época del nacimiento del capitalismo la burguesía se afirmaba, en primer término, luchando contra los poderes territoriales representados por una burocracia monárquica, a través de la cual actuaban. La mayor parte de las medidas que el mercader o el fabricante consideraba como una interferencia irritante o torpe se asociaban en la mente colectiva de la clase capitalista a esta burocracia o cuerpo de funcionarios civiles. Una asociación mental de esta naturaleza es algo sumamente duradero; esta asociación de ideas particulares se mostró tan duradera que incluso los mismos socialistas tienen miedo a ese coco y se apartan a menudo de su camino para asegurarnos que no hay nada más alejado de sus planes que la idea de un régimen burocrático.⁶

En la parte siguiente veremos que la burocracia, lejos de ser un obstáculo para la democracia, es un complemento inevitable para la misma. De un modo semejante constituye un complemento inevitable para el desarrollo económico moderno y será más esencial que nunca en una comunidad socialista. Pero el reconocimiento de la inevitabilidad de una burocratización comprensiva no resuelve los problemas

⁶ En Rusia hay una razón adicional para tales profesiones de fe. El coco se convirtió en la víctima obligada que todos los dirigentes, pero especialmente Trotsky, sabían cómo emplear. Especulando muy bien con la irreflexión del público, tanto nacional como extranjero, todo lo que no consideraban digno de admiración lo cargaban en Rusia a la "burocracia".

que plantea y es conveniente aprovechar esta oportunidad para explicar en qué consisten.

La eliminación de los beneficios y las pérdidas como móviles de la acción económica, que a menudo se subraya de un modo exclusivo, no constituye el punto esencial. Además, la responsabilidad pecuniaria, en el sentido de tener que pagar los errores propios con el dinero propio, está desapareciendo en cierto modo (aunque no tan rápidamente como pudiera hacernos creer nuestro deseo), y la especie de responsabilidad que existe en la sociedad anónima en gran escala podría reproducirse, indudablemente, en una sociedad socialista (véase más abajo). El método de selección de los funcionarios directivos, que es peculiar de una burocracia o administración civil, tampoco es necesariamente tan ineficaz como se afirma a menudo. Las reglas para el nombramiento y ascenso de la administración civil no están desprovistas de una cierta medida de racionalidad. También ocurre que a veces funcionan en la práctica mejor de lo que parece en el papel; especialmente el elemento de la opinión corporativa de los funcionarios acerca de un hombre determinado, si se le da la importancia debida, contribuye, en mucho, para favorecer la capacidad, al menos la capacidad de cierto tipo.⁷

Mucho más importante es otro punto. El método burocrático de llevar los negocios a la atmósfera moral que difunde ejercen, sin duda, frecuentemente, una influencia depresiva sobre los espíritus más activos. Esto es debido, principalmente, a la dificultad, inherente a la máquina burocrática, de reconciliar la iniciativa individual con el mecanismo de su funcionamiento. Con frecuencia esta máquina deja poco lugar para la iniciativa y mucho lugar para los intentos malintencionados destinados a asfixiarla. De esto puede resultar en los funcionarios un sentimiento de frustración y de futilidad que induce, a su vez, a una mentalidad que se revela en la crítica esterilizadora de los esfuerzos de los demás. Esto no es necesariamente así; muchas burocracias ganan con el conocimiento íntimo de su trabajo. Pero es difícil de evitar y no hay ninguna receta sencilla para evitarlo.

No es difícil, sin embargo, insertar el elemento humano de procedencia burguesa en su lugar apropiado dentro de la burocracia socialista y reconfigurar sus hábitos de trabajo. Más adelante veremos que, al menos en el caso de la socialización realizado cuando haya llegado su sazón, las condiciones para la aceptación moral del orden de cosas socialista y para una transferencia de lealtades al mismo pueden, probablemente, cumplirse sin que sea preciso que haya ningún comisario a quien contrariar e insultar. Un tratamiento racional de los elementos ex burgueses con vistas a asegurar un rendimiento máximo no requie-

⁷ Véase más adelante cap. XXIV.

rirá entonces nada que no sea igualmente necesario en el caso del personal directivo de cualquier otra procedencia. La cuestión que implica este tratamiento racional ha sido contestada por algunas autoridades socialistas de un modo razonable y tan no demagógico que bastará una breve ojeada sobre los puntos importantes.

Convendrá reconocer desde el comienzo que confiar exclusivamente en un sentimiento del deber puramente altruista es tan irreal como la negación total de su importancia y de sus posibilidades. Aun cuando tomemos en consideración los diversos elementos que están vinculados al sentimiento del deber, como, por ejemplo, la satisfacción que proporciona el trabajo y su dirección, es de presumir que se muestre ventajoso un sistema de recompensas, al menos en la forma de reconocimiento social y de prestigio social. Por una parte, la experiencia corriente enseña que es difícil encontrar un hombre o una mujer, por muy elevado de espíritu que sea, cuyo altruismo o sentimiento del deber funcione con absoluta independencia de esa especie de auto-interés, al menos, o, si se prefiere, de su vanidad o deseo de autoafirmación. Por otra parte, es claro que la actitud que yace bajo este deseo, a menudo patéticamente notorio, está más profundamente enraizada que el sistema capitalista y pertenece a la lógica de la vida dentro de todo grupo social. De ahí que no pueda eliminarse mediante frases acerca de la peste del capitalismo, que inficiona las almas y tergiversa sus inclinaciones "naturales". Sin embargo, es muy fácil tratar este tipo de egoísmo individual de forma que resulte explotado en servicio de la sociedad. Y una comunidad socialista está en una situación particularmente favorable para hacerlo.

En la sociedad capitalista el reconocimiento social de los servicios prestados o el prestigio social tiene un carácter económico acentuado, tanto porque la ganancia pecuniaria constituye el índice típico del éxito, conforme a las normas capitalistas, como porque la mayoría de las galas del prestigio social —especialmente el más sutil de todos los bienes económicos, la distancia social— tienen que ser comprados. Este valor de prestigio o de distinción de la riqueza privada ha sido reconocido siempre, por supuesto, por los economistas. John Stuart Mill, que no era ningún mago de la intuición ni la penetración, lo vio. Y está claro que, entre los incentivos para la prestación supernormal éste es uno de los más importantes.

En la parte II se ha puesto de manifiesto que la evolución capitalista misma tiende a debilitar este móvil de deseo de riqueza, lo mismo que todos los demás. De ahí que el socialismo no necesite imponer a los elementos actuales de la clase dominante una revaloración de los valores de la vida tan grande como lo que hubiera necesitado imponer hace un centenar de años. Además, el móvil del pres-

tigio, más que ningún otro, puede ser modelado mediante un simple reconocimiento; puede concebirse que los hombres que han realizado prestaciones afortunadas se sientan casi tan satisfechos con el privilegio —si se concede con una prudente economía— de permitirles pegarse un sello de un penique en los pantalones como lo estarían de recibir un millón de dólares al año. Tampoco sería esto irracional. Pues, suponiendo que el sello de un penique impresione lo suficiente al público para inducirlo a comportarse de un modo diferente con el que lo lleva, proporcionará a éste muchas de las ventajas que hacen apreciar en la actualidad el millón de dólares. Este argumento no pierde nada por el hecho de que una práctica tal no haría más que revivir un recurso que en el pasado ha sido usado ampliamente con resultados excelentes. ¿Por qué no? El mismo Trostky aceptó la Orden de la Bandera Roja.

En cuanto al trato preferente expresado en términos de renta real debe observarse antes que nada que hasta en cierto grado es una cuestión de comportamiento respecto de la provisión existente de recursos sociales, independientemente por completo del aspecto del estímulo. Del mismo modo que los caballos de raza y los toros premiados son los receptores agradecidos de atenciones que no sería racional ni posible otorgar a todos los caballos y a todos los toros, así también al hombre que realiza una prestación supernormal debe concederse un trato preferente si han de prevalecer las reglas de la racionalidad económica. Claro está que no necesitan prevalecer. La comunidad puede decidir llevar a efecto ideales que excluyen estas preferencias y negarse a dedicar a los hombres los cuidados que prodiga a las máquinas. Y lo único que tiene derecho a decir un economista acerca de esto es que la comunidad no debería actuar en ignorancia del hecho de que esos ideales son costosos. Este punto es de considerable importancia. Muchas rentas lo bastante elevadas para suscitar comentarios desfavorables no procuran a sus perceptores más que las condiciones de vida y de trabajo —incluidas distancias y liberación de molestias menores— justamente suficientes para mantenerse en forma para la especie de trabajo que realizan.

En tanto que este punto sea tenido en cuenta se resolverá simultáneamente, al menos en parte, el problema de proporcionar estímulos puramente económicos. Pero creo que la comunidad socialista, colocándose nuevamente desde el punto de vista de la racionalidad, ha de ganar considerablemente yendo más allá de los límites impuestos por las analogías del caballo de raza o de la máquina. Una vez más la razón de esto fluye, de una parte, de la observación del comportamiento humano, y, de la otra, del análisis de la economía y de la civilización del capitalismo, por el que consta que carece de fundamento

la concepción de que el estímulo que la sociedad puede explotar mediante un trato de preferencias es una fuerza impulsora de esfuerzos de gran valor social. Si se niega a dicho estímulo toda oportunidad de satisfacción los resultados serán en cierto modo menores de lo que habrían podido ser, si bien es imposible decir en cuánto y aunque la importancia de este elemento será menor cuanto más estacionario sea el proceso económico en el momento en que el socialismo se implante.

Esto no quiere decir que, para aprovechar las posibilidades de estímulos de esta clase, hayan de llegar las rentas nominales a una altura semejante a la actual. En la actualidad comprenden impuestos, ahorro, etc. La eliminación de estas partidas bastaría por sí para reducir drásticamente las cifras que son tan inofensivas a la mentalidad pequeño burguesa de nuestro tiempo. Además, como ya hemos visto anteriormente, los que están en las categorías superiores de renta se habitúan progresivamente a ideas más modestas y, de hecho, están perdiendo la mayoría de los móviles —distintos del prestigio— para desear aquellos niveles de renta que solían permitir el gasto en una escala señorial; sus ideas serán aún más modestas cuando llegue el momento en que el socialismo tenga probabilidades de alcanzar su éxito.

Naturalmente, los fariseos económicos se llevarán las manos a la cabeza con santo horror. Para beneficio suyo me permito indicar que ya se dispone de medios para aplacar sus escrúpulos. Estos medios han surgido en el mundo capitalista, pero han sido desarrollados grandemente en Rusia. En lo esencial consisten en una combinación de pagos en especie con una provisión liberal del dinero destinado, teóricamente, a cubrir los gastos que lleva consigo el desempeño de ciertos deberes. En la mayoría de los países las categorías más elevadas de la burocracia están pagadas de una manera muy modesta, indudablemente, a menudo irracionalmente pagadas, y los grandes cargos políticos perciben sueldos en dinero decorosamente pequeños. Pero, al menos en muchos casos, esto es compensado en parte y en algunos con mucha amplitud, no sólo con los honores, sino también con residencias oficiales mantenidas a expensas del erario público, asignaciones para hospitalidad "oficial", el uso de *yachts* del almirantazgo y otros, asignaciones especiales para el servicio en las comisiones internacionales o en los cuarteles generales de un ejército, etc.

IV. AHORRO Y DISCIPLINA

Finalmente, ¿qué puede decirse de las funciones desempeñadas en la actualidad por la burguesía y de las que el régimen socialista debería desplazarla? Bajo este encabezamiento discutiremos el ahorro y la disciplina.

Respecto de la primera función (desempeñada casi enteramente por la burguesía y especialmente por sus categorías superiores) no voy a argumentar que ahorrar es innecesario o antisocial. Tampoco voy a pedir al lector que confíe en la inclinación al ahorro de los camaradas individuales. Su contribución no tiene que ser olvidada, pero sería suficiente a no ser que se imagine a la economía socialista como cuasi estacionaria. La autoridad central, como hemos visto, puede realizar mucho más eficazmente todas las inversiones que ahora se hacen a través del ahorro privado, asignando directamente parte de los recursos nacionales a la construcción de nuevas fábricas y equipos. La experiencia rusa puede no ser concluyente en muchos puntos, pero sí lo es en esta materia. En Rusia han sido impuestas privaciones y "abstinencia" en un grado que no habría podido nunca imponer ninguna sociedad capitalista. En un estadio más avanzado del desarrollo económico no sería necesario imponer tantos privilegios para asegurar un progreso al ritmo capitalista. Cuando se hubiese alcanzado por el predecesor capitalista un estado cuasi estacionario podría bastar, incluso, el ahorro voluntario para las necesidades de la inversión. Este problema, aunque siempre resoluble, muestra una vez más que situaciones diferentes requieren socialismos diferentes y que el tipo idílico solamente puede tener éxito si se le desinteresa del progreso económico, en cuyo caso deja de ser relevante el criterio económico, o si, aun apreciando el progreso económico pasado, se admite que ha llegado bastante lejos para que no sea tomado en cuenta en el futuro.

En cuanto a la disciplina, hay una relación obvia entre la eficiencia del sistema económico y la autoridad sobre los empleados que la sociedad mercantil le confiere al patrono burgués por medio de las instituciones de la propiedad privada y de la "libre" contratación. Esto no es simplemente un privilegio conferido a los poseedores a fin de posibilitarles explotar a los no poseedores. Tras el interés privado afectado de un modo inmediato está el interés social por el funcionamiento sin trabas del aparato de producción. Puede haber opiniones bastante diferentes en cuanto al punto en que, en una situación dada, el interés social es servido efectivamente por el interés patronal y en cuanto al grado en que el método consistente en basarse en el autointerés de los patronos para promover el interés social ha impuesto privaciones in-

útiles a los que estaban bajo su poder. Pero históricamente no puede haber ninguna diferencia de opinión ya en cuanto a la existencia de ese interés social bien en cuanto a la efectividad general de ese método, que, además, durante la época del capitalismo intacto, era el único posible. De ahí que tengamos que responder a dos preguntas. ¿Persistirá ese interés social en el medio socialista? De ser así, ¿puede el plan socialista proporcionar la cuantía necesaria de autoridad, cualquiera que pueda ser?

Será conveniente sustituir la expresión autoridad por la más precisa "disciplina autoritaria", que se emplea para designar el hábito, inculcado por agentes distintos de los mismos individuos sujetos a la disciplina, de obedecer y de aceptar la supervisión y la crítica. Partiendo de ella distinguimos la autodisciplina (observando que, en parte al menos, es debida al hecho de haber estado sometido el obrero anteriormente, incluso por herencia, a la influencia disciplinadora de la autoridad) de la disciplina de grupo, que es el resultado de la presión de la opinión del grupo sobre cada miembro del mismo y que se debe en parte, de una manera semejante, a los hábitos de sumisión adquiridos en el pasado.

Ahora bien: hay dos hechos que pueden esperarse que contribuyan a una autodisciplina y a una disciplina de grupo más estricta en el orden socialista. Esta concepción sólo ha sido desfigurada, como tantas otras, por necias idealizaciones, especialmente por el cuadro absurdo de los obreros que se supone que llegan, por medio de la discusión inteligente (mientras descansan de los juegos de distracción), a decisiones que después llevan a la práctica con una emulación gozosa. Pero estas cosas no nos deben cegar frente a los hechos y consecuencias de los hechos que nos sirven de apoyo para fundar esperanzas favorables más razonables.

En primer lugar, es de presumir que el orden socialista obtendrá aquella lealtad moral que se niega cada vez más al capitalismo. Apenas es necesario destacar que este consentimiento inspirará al obrero una actitud más saludable respecto de sus deberes que la que puede tener bajo un sistema que ha llegado a desaprobado. Además, su desaprobación es en gran medida resultado de las influencias a que está sometido. El obrero desaprueba el capitalismo porque se le dice que lo haga. Sistemáticamente se le disuade de su lealtad hacia la empresa y de su orgullo por una buena prestación. Toda su concepción de la vida está desfigurada por el complejo de la lucha de clases. Pero lo que en una ocasión anterior he llamado interés profesional de la agitación social desaparecerá en gran medida —o se hará desaparecer, como veremos pronto— al mismo tiempo que todos los demás intereses profesionales. Pero a esto hay que contraponer, por supuesto, la elimina-

ción de la influencia disciplinadora ejercida por el hecho de que, en un régimen capitalista, cada uno es responsable de su propio destino económico.

En segundo lugar, uno de los méritos principales del orden socialista consiste en el hecho de que pone de manifiesto la naturaleza de los fenómenos económicos con una claridad inconfundible, mientras que en el orden capitalista tienen la cara cubierta con la máscara del interés del lucro. Podemos pensar lo que queramos acerca de los crímenes y necesidades que los socialistas sostienen que se perpetran tras esa máscara, pero no podemos negar la importancia de la máscara misma. Por ejemplo, en una sociedad socialista nadie podría dudar un solo instante que la ventaja que una nación obtiene del comercio internacional la constituyen las importaciones y que las exportaciones representan el sacrificio que hay que hacer para procurarse las importaciones, mientras que en la sociedad mercantil este criterio de sentido común es una regla que se oculta por completo al hombre de la calle, que soporta, por tanto, con júbilo medidas proteccionistas que van en perjuicio suyo. O, por muchos que sean los despropósitos de una gerencia socialista, es indudable que no pagará ningún premio a nadie para el fin expreso de inducirlo a *no* producir. Ni nadie podrá enunciar impunemente absurdos acerca de los peligros del ahorro. La política económica será racionalizada desde un punto de vista mucho más general y serán evitadas algunas de las peores fuentes de despilfarro simplemente porque resultará patente para cada camarada la significación económica de las medidas y los procedimientos puestos en práctica. Entre otras cosas cada camarada comprobará la verdadera significación de la indisciplina en el trabajo y especialmente en las huelgas. No importa lo más mínimo que condene por este motivo *ex post facto* las huelgas del período capitalista con tal que llegue a la conclusión de que las huelgas no serían "ahora" sino ataques antisociales al bienestar de la nación. Si, a pesar de todo, se declara en huelga, se daría cuenta de su error y encontraría la reprobación pública. Ya no habría, en particular, ningún burgués bien intencionado de uno u otro sexo que encontrase excitante aplaudir a los huelguistas y a los promotores de huelgas.

V. LA DISCIPLINA AUTORITARIA EN EL SOCIALISMO; UNA LECCIÓN DE RUSIA

Pero estos dos hechos nos llevan a pensar que, en la medida que tienen lugar, podría haber más autodisciplina y más disciplina de grupo en una sociedad socialista, y, por tanto, menos necesidad de disci-

plina autoritaria que en la sociedad del capitalismo sujeto a trabas. También sugieren que la coacción de la disciplina será más fácil para las autoridades, siempre que sea necesario imponerla.⁸ Antes de dar las razones que tengo para hacer esta afirmación tengo que dar las que creo que incitan a pensar que la sociedad socialista no podrá prescindir de una disciplina autoritaria.

En primer lugar, en tanto que la autodisciplina y la disciplina de grupo son, al menos en una considerable extensión, resultado de una formación anterior, posiblemente ancestral, creada por la disciplina autoritaria, llegarán a extinguirse si esa formación se interrumpe un lapso de tiempo suficientemente prolongado, independientemente por completo de si el orden socialista ofrece o no razones adicionales para conservar el tipo de comportamiento requerido, apelando a consideraciones racionales o la adhesión moral de los individuos o los grupos. Tales razones y su aceptación son factores importantes para inducir a la gente a someterse a esa educación y a un sistema de sanciones más bien que a capacitarlas para desplegar sus propias características. Este aspecto adquiere mayor importancia si consideramos que estamos examinando la disciplina en la rutina de la vida cotidiana, no aureolada por el entusiasmo, engorrosa en algunos detalles, si no en todos, y que el orden socialista eliminará algo, por no decir más, la presión del móvil de supervivencia que motiva en gran medida la autodisciplina en la sociedad capitalista.

En segundo lugar, íntimamente relacionada con la necesidad de capacitar constantemente al obrero normal, está la necesidad de estimular la capacidad del obrero que realiza una prestación infranormal. Esta expresión no se refiere a casos patológicos aislados, sino a un margen amplio, de tal vez el 25 por 100 de la población. En tanto que la capacidad de prestación infranormal sea debida a defectos morales o de voluntad es completamente irreal esperar que esta enfermedad social desaparezca con el capitalismo. El gran problema y el gran enemigo de la Humanidad, el hombre infranormal, seguirá existiendo entre nosotros lo mismo que existe ahora. Dificilmente puede resolverse tan sólo mediante la disciplina de grupo *sin más ayuda*, aunque, como es natural, el mecanismo de la disciplina autoritaria

⁸ En caso de que pueda demostrarse que es razonable esperar que se mantenga, al menos en algunos tipos de sistema socialista, la importancia de esto difícilmente puede ser exagerada. No es sólo que la disciplina mejore la calidad y, en caso necesario, aumente el volumen del trabajo; independientemente de esto, la disciplina es un factor esencial de economía de recursos. Lubrifica los rodamientos de la máquina económica y reduce grandemente el desperdicio y el esfuerzo total por unidad de prestación. La eficiencia de la planificación, así como la de la administración corriente en particular, pueden ser elevadas hasta un nivel muy superior a todo lo que es factible en las condiciones actuales.

puede ajustarse de forma que funcione, al menos en parte, a través del grupo del que forma parte el elemento infranormal.

En tercer lugar, aunque puede esperarse que desaparezca en parte el interés profesional de la agitación social, hay motivo para creer que no desaparecerá por completo. Los arrivistas seguirán haciendo carrera escalando, promoviendo la inquietud y metiendo bastones entre las ruedas de la maquinaria; estas prácticas seguirán siendo en el futuro, no menos que ahora, la reacción natural tanto de los idealistas como de los egoístas descontentos con su situación o con las cosas en general. Además, en una sociedad socialista habrá muchas cosas por las que luchar. En definitiva, solamente se eliminará una de entre todas las grandes fuentes de controversia. Prescindiendo de la verosimilitud evidente de la supervivencia parcial de los intereses localistas —geográficos e industriales—, puede haber colisiones de opiniones; por ejemplo, acerca de la importancia relativa que hay que atribuir al disfrute inmediato frente al bienestar de las generaciones futuras, y una gerencia que defienda la causa del último podría muy bien verse frente a una actitud de incomprensión no enteramente distinta a la actitud actual de los obreros y del público en general frente a la gran empresa y a su política de acumulación. Finalmente, sólo con recordar lo que se ha dicho a propósito de la indeterminación cultural del socialismo tiene que resultar claro para nosotros que muchos de los grandes problemas de la vida nacional estarán tan pendientes de solución como siempre y que hay poco motivo para esperar que los hombres hayan de dejar de luchar por ellos.

Ahora bien: para apreciar la capacidad de la gerencia socialista para contender con las dificultades que pueden surgir en estos tres aspectos hemos de tener presente que la comparación ha de hacerse con el capitalismo tal como es en nuestros días, o incluso con el capitalismo como puede esperarse que funcione en una etapa aún más avanzada de desintegración. Cuando discutíamos la importancia de la subordinación incondicional dentro de la empresa individual,⁹ tan completamente pasada por alto por muchos economistas desde la época de Jeremy Bentham, vimos que la evolución capitalista tiende a minar sus propias bases sociopsicológicas. La disposición del obrero para obedecer órdenes no se ha debido nunca a una convicción racional de las virtudes de la sociedad capitalista ni a una percepción racional de las ventajas que esta actitud le proporcione personalmente. Se debía a la disciplina inculcada por el predecesor feudal de su amo burgués. El proletariado transfirió a este amo parte del respeto —en modo alguno todo él— que sus antepasados prestaban en todos los casos normales a sus señores feudales, cuyos descendientes facilitaron también

⁹ Véase cap. XI, págs. 175-176

bastante la tarea de la burguesía al permanecer en el poder político durante la mayor parte de la historia capitalista.

Al combatir al estrato protector, al aceptar la igualdad en la esfera política, al enseñar a los obreros que eran ciudadanos de tanto valor como cualesquiera otros, la burguesía ha sacrificado aquella ventaja heredada del régimen feudal. Durante algún tiempo subsistió bastante autoridad para disimular la transformación gradual, pero incesante, que había de disolver la disciplina de la fábrica. Ahora ha desaparecido ya casi toda ella. Han desaparecido la mayoría de los medios para mantener la disciplina y, aún más, la posibilidad de utilizarlos. Ha desaparecido el apoyo moral que la comunidad había acostumbrado conceder al patrono que reprimía las infracciones a la disciplina. Finalmente, ha desaparecido la antigua actitud de los organismos del gobierno, en gran parte como consecuencia de la desaparición de este apoyo; paso a paso podemos rastrear el camino que va desde el tiempo en que respaldaban al amo hasta su actitud de neutralidad, y, después de pasar por diversos matices de neutralidad, hasta defender el derecho del obrero a ser considerado como una parte en pie de igualdad con las demás en las negociaciones, y, de aquí, a respaldar al sindicato tanto frente a los patronos como frente a los obreros individuales.¹⁰ El cuadro se completa con la actitud de los altos empleados a sueldo que, sabiendo que si dijese que estaban luchando por un interés público, no causaría indignación, sino únicamente hilaridad, llegan a la conclusión de que es más agradable hacerse felicitar por su progresividad —o por tomarse vacaciones— que incurrir en la maledicencia o correr el peligro de hacer lo que nadie admita que sea su deber.

Considerando este estado de cosas no necesitamos proyectar las tendencias inherentes al mismo sobre un porvenir muy lejano para vislumbrar situaciones en las que *el único medio de restablecer la disciplina social sería el socialismo*. Pero es evidente que, en todo caso, las ventajas que una gerencia socialista reportaría en este respecto son

¹⁰ Una tolerancia que equivalga a un estímulo de prácticas tales como formar piquetes de huelguistas puede servir como un punto de referencia útil en un proceso que no discurre en línea recta. La legislación y, mucho más aún, la práctica administrativa de los Estados Unidos son particularmente interesantes, porque los problemas con que aquí se tropieza se han presentado con claridad incomparable a causa del hecho de que sus soluciones, después de haber sido diferidas durante tanto tiempo, se han acumulado en un plazo muy breve. El desconocimiento completo de que el Estado pueda tener en cuenta, al adoptar su actitud frente a los problemas del trabajo, otros intereses sociales aparte del interés a corto plazo de la clase obrera, es tan característico como la adopción fría, pero significativa, de la táctica de la lucha de clases por los sindicatos americanos. Mucho de esto puede ser explicado por una configuración política peculiar y por la imposibilidad típicamente americana de encuadrar de cualquier otra manera al proletariado en una organización eficaz. Pero el valor ilustrativo de la situación obrera americana no se debilita esencialmente por estas circunstancias.

lo bastante considerables para pesar grandemente en la balanza de los rendimientos de producción.

En primer lugar, la gerencia socialista tendrá a su disposición muchos más instrumentos de disciplina autoritaria de los que pueda haber tenido nunca una gerencia capitalista. La amenaza de destitución es prácticamente el único instrumento de disciplina que le queda —conforme a la idea de Bentham de un contrato que se pacta y se disuelve racionalmente por iguales sociales—, y el mango mismo de ese instrumento está configurado de tal forma que corta la mano que intenta usarlo. Pero la amenaza de destitución por la gerencia socialista puede significar la amenaza de retirar el sostenimiento al obrero recalcitrante, sin que puede asegurárselo por ningún otro empleo. Además, mientras en la sociedad capitalista no hay, por regla general, término medio entre la destitución o nada —porque la opinión pública reprueba por principio la misma idea de que una parte de un contrato pueda imponerse a la otra—, la gerencia socialista puede aplicar esa amenaza en cualquier grado que le parezca racional, así como aplicar también otras sanciones. Entre las menos drásticas de éstas se encuentran algunas que una gerencia capitalista no puede emplear a causa de su falta de autoridad moral. Pero, en una atmósfera social nueva, la mera admonición puede tener una eficacia que no podría, ciertamente, tener ahora.

En segundo lugar, la gerencia socialista encontrará mucho más fácil emplear cualesquiera instrumentos de disciplina autoritaria que pueda tener a su disposición. No habrá ningún gobierno que lo interfiera. Los intelectuales como grupo no serán ya hostiles y la hostilidad de tal o cual de ellos, individualmente, será contenida por una sociedad que volverá a creer en sus propias normas. Una sociedad tal se mostrará especialmente firme en la guía de la juventud. Y, para repetirlo, la opinión pública no soportará por más tiempo prácticas que ella misma considera semicriminales. Una huelga sería calificada seguramente de motín.

En tercer lugar, el grupo dirigente tendrá infinitamente más razones para apoyar a los gerentes de empresa que al gobierno en una democracia capitalista. En la actualidad la actitud de los gobiernos hacia las empresas es semejante a la actitud que en la vida política asociamos con la oposición: es crítica, paralizadora y fundamentalmente irresponsable. Eso no podría ser así en el socialismo. El ministerio de producción será responsable del funcionamiento del sistema. Esa responsabilidad sería, por supuesto, política tan sólo y una buena oratoria podría tapar muchos pecados. No obstante, el interés que puede tener un gobierno por tomar partido contra las empresas tendrá que ser eliminado por necesidad y sustituido por un móvil poderoso para

tender a conseguir su éxito. Las necesidades económicas dejarían de ser cosa de risa. Los intentos de paralizar el trabajo y de indisponer a la gente contra su trabajo equivaldrán a atacar al gobierno. Y puede esperarse razonablemente que éste reaccionaría contra esto.

Pero aquí, lo mismo que en el caso del ahorro, las diversas objeciones que pueden dirigirse contra las generalizaciones de la experiencia rusa no pueden tampoco menoscabar el valor de sus lecciones en una materia que, en una sociedad socialista más madura o más aproximada a lo normal, presentarían no ya más, sino menos dificultades. Por el contrario, apenas podemos esperar una ilustración mejor de los puntos principales del argumento anterior.

La Revolución bolchevista de 1917 completó la desorganización del poco numeroso, pero altamente concentrado proletariado industrial de Rusia. Las masas se fueron de la mano por completo y llevaron a la práctica su concepción de un nuevo orden de cosas mediante innumerables huelgas, del mismo modo que si hicieran fiestas, y tomando posesión de las fábricas.¹¹ La dirección de las fábricas por medio de los consejos de obreros o de los sindicatos estuvo a la orden del día y fue aceptada por muchos dirigentes como cosa indiscutible. Fue difícil asegurar un mínimo de influencia a los ingenieros y al Consejo Supremo mediante un compromiso a que se llegó al principio de 1918, cuyo funcionamiento completamente insatisfactorio fue uno de los principales motivos que decidieron la implantación de la Nueva Política Económica (N. E. P.) en 1921. Los sindicatos reincidieron entonces por espacio de algún tiempo en funciones y actitudes semejantes en cierto modo a las que se observan en un capitalismo sujeto a fuertes trabas. Pero el Primer Plan Quinquenal (1928) cambió todo eso; en 1932 el proletariado industrial estaba ya más disciplinado que bajo el último zar. Por muchos fracasos que hayan tenido los bolcheviques en otras cosas, en este respecto han tenido desde entonces un fuerte éxito indudable. El procedimiento de que se sirvieron para llegar a este resultado es altamente instructivo.

Los sindicatos no fueron suprimidos. Por el contrario, fueron favorecidos por el gobierno; el número de sus miembros aumentó a saltos y ya en 1932 había casi 17 millones. Pero de exponentes de los intereses de grupo y de obstáculos para la disciplina y el rendimiento se convirtieron en exponentes de los intereses sociales y en instrumentos de disciplina y rendimiento, adquiriendo una actitud tan completamente diferente de la que representan los sindicatos en los

¹¹ Hasta aquí derrumbamientos tales de la disciplina han tenido lugar en casi todos los casos históricos de revolución. Por ejemplo, fueron la causa inmediata del fracaso de los experimentos cuasi socialistas intentados en París durante la revolución de 1848.

países capitalistas que algunas representaciones obreras occidentales se negaron a reconocerlos en absoluto como sindicatos propiamente dichos. Ya no se oponen a las privaciones que lleva consigo un ritmo acelerado de la industrialización. Aceptaron de buen grado la extensión de la jornada de trabajo sin remuneración adicional. Renunciaron al principio de la igualdad de salarios y propugnaron un sistema de premios y otros alicientes para el esfuerzo: el *stajanovismo* y otros similares. Reconocieron el derecho del director de la industria para despedir obreros *a voluntad* o bien se resignaron a ello, frustraron la "asambleomanía democrática", esto es, la práctica de los obreros de discutir las órdenes recibidas y no ejecutarlas hasta haberlas aprobado, y, en cooperación con los "tribunales de camaradas" y las "comisiones de depuración", adoptaron medidas más bien rigurosas contra los indolentes y los infranormales. No se volvió a oír hablar del derecho a la huelga ni del de intervenir la producción.

Ahora bien: ideológicamente, no había ninguna dificultad para esto. Nos hace reír la singular terminología que etiquetaba como contrarrevolucionario y contrario a la teoría de Marx a todo lo que no estaba plenamente de acuerdo con el interés del gobierno en la plena utilización de la mano de obra. Pero, en realidad, no hay nada de antisocialista en esta actitud; no puede considerarse sino completamente lógico que, con la desaparición de la lucha de clases, desaparecieran también las prácticas obstruccionistas y cambiase el carácter de los convenios colectivos. Yerran los críticos al no prestar atención a la cantidad de autodisciplina y de disciplina de grupo que el sistema pudo desarrollar y que confirma plenamente las esperanzas que nos hemos formado acerca de esta cuestión. Al mismo tiempo no es menos erróneo desconocer el papel desempeñado en la actual prestación por el tipo autoritario de disciplina que sirve de poderoso apoyo y de no menos poderoso complemento a las demás especies de disciplina.

Los sindicatos singulares, así como su órgano central, el Consejo General, han sido sometidos a la intervención del gobierno y del partido comunista. Lo que solía denominarse oposición obrera en este último ha sido suprimida y los dirigentes obreros que persistían en reconocer la existencia de intereses peculiares de los obreros han sido separados de sus puestos. Así, desde la reorganización del gobierno de 1921, y con mayor seguridad desde 1929, los sindicatos apenas han estado ya en situación de decir o de hacer nada que pudiera ir en contra de los deseos del grupo gobernante. Se han convertido en órganos de disciplina autoritaria, hecho que ilustra bien un argumento expuesto más arriba.

En la medida en que la actitud malsana del obrero moderno respecto de su trabajo es debida a las influencias a que está sometido,

es esencial nuevamente observar la enorme diferencia que constituye que se le esté persuadiendo incesantemente del sentimiento del deber y del orgullo por su prestación en lugar de estarle disuadiendo incesantemente de ello. El hecho de que el Estado ruso, a diferencia del Estado capitalista, esté en una situación de exigir que la enseñanza y la guía de la juventud se adapten a sus objetivos y a sus ideas estructurales, aumenta incommensurablemente su capacidad para crear una atmósfera favorable a la disciplina de la fábrica. Los intelectuales no están, evidentemente, en libertad de inmiscuirse en ello. Y no hay opinión indulgente para las infracciones a estas normas.

Finalmente, la destitución, que significa privación; los traslados, que son sinónimos de deportación; las "visitas" de las brigadas de choque y en ocasiones también de camaradas del Ejército Rojo, constituyen procedimientos que el gobierno puede emplear prácticamente a su voluntad —cualquiera que sea su constitución legal— para asegurar la prestación. No faltan motivos para emplearlos y, como se reconoce universalmente, han sido empleados de una manera inflexible. Sanciones que ningún patrono capitalista pensaría siquiera en aplicar, aun cuando tuviera poder para ello, amenazan sombríamente tras las medidas psicotécnicas más suaves.

Sin embargo, estos aspectos siniestros de la política disciplinaria no son esenciales para nuestro argumento. No hay nada siniestro en lo que yo trato de poner en claro. Las crueldades contra los individuos y contra grupos enteros son atribuibles en gran medida a la inmadurez de la situación, a las circunstancias del país y a la condición de su personal gobernante. En otras circunstancias, en otros estadios de desarrollo y con otro personal gobernante, no serían necesarias. Si resultase innecesario aplicar en absoluto sanciones de ninguna especie las cosas irían mucho mejor. El punto esencial es que, al menos, un régimen socialista ha podido efectivamente alentar la disciplina de grupo e imponer una disciplina autoritaria. Es el principio lo único que importa y no las formas particulares en que se ha llevado a la práctica.

Así, pues, aun prescindiendo de los méritos o deméritos de los planes básicos, una comparación con el capitalismo sujeto a trabas no resulta desfavorable para la alternativa socialista. Hay que destacar nuevamente que hemos estado hablando de posibilidades solamente, si bien en un sentido diferente del que era relevante para nuestra discusión del plan básico. Para convertirlas en certidumbres o siquiera en probabilidades prácticas se necesitarían muchas hipótesis, y, sin duda, sería igualmente legítimo adoptar otras hipótesis que produjesen resultados diferentes. De hecho sólo necesitamos suponer que predominan las ideas que constituyen lo que he denominado so-

cialismo idílico, para convencernos de la probabilidad de su fracaso completo e incluso ridículo. Este no sería tampoco el peor resultado posible. Un fracaso tan patente como para resultar ridículo podría tener remedio. Pero sería mucho más insidioso, así como también más verosímil un fracaso no tan completo, que se hiciese creer a las gentes, mediante el empleo de la psicotecnia política, que había sido un éxito. Además, las desviaciones respecto del plan básico del sistema y de los principios que informan el sistema no son, por supuesto, menos probables que en una sociedad mercantil, y pueden resultar más graves y menos susceptibles de autocorrección. Pero si el lector dirige una vez más una ojeada sobre los pasos de nuestra argumentación creo que podrá convencerse de que las objeciones que tienen sus raíces en esta clase de consideraciones no perjudican nuestra tesis, o, de un modo más preciso, son objeciones no al socialismo *per se*, tal como lo hemos definido para nuestro propósito, sino a los rasgos característicos que pueden presentar tipos particulares de socialismo. Únicamente se deduce que luchar por el socialismo no significa nada determinado, a no ser que esta lucha lleve aparejada una representación de una especie de socialismo capaz de funcionar. Otra cuestión es si tal socialismo es compatible o no con lo que usualmente entendemos por democracia.

TRANSICION

I. DISTINCIÓN DE DOS PROBLEMAS DIFERENTES

En mi opinión, está reconocido por todo el mundo, y en particular por todos los socialistas ortodoxos, que la transición del orden capitalista al orden socialista planteará siempre problemas *sui generis*, cualesquiera que sean las condiciones en que tenga lugar. Pero la naturaleza y gravedad de las dificultades que hay que esperar difieren tanto, según el estadio de la evolución capitalista en que se realice la transición y según los métodos que el grupo socializador pueda y quiera emplear, que será conveniente construir dos modelos diferentes a fin de tipificar dos conjuntos diferentes de circunstancias. Este procedimiento de exposición es bastante más fácil de aplicar, ya que existe una relación manifiesta entre el cuándo y el cómo. Sin embargo, ambos casos serán tratados con referencia tan sólo al capitalismo plenamente desarrollado y sujeto a trabas; no quiero malgastar espacio en considerar las posibilidades o imposibilidades que presentan las etapas anteriores. Teniendo esto en cuenta los denominaremos los casos de socialización madura y de socialización prematura.

La mayoría de los argumentos de la parte II pueden resumirse en la tesis de Marx de que el proceso económico tiende a socializarse a *sí mismo* y a socializar también al alma humana. Con esto queremos dar a entender que las condiciones previas de organización mercantiles, administrativas y sociológicas del socialismo tienden a cumplirse cada vez en mayor medida. Imaginémonos nuevamente el estado de cosas que se vislumbra en el futuro si se proyecta sobre el mismo esta tendencia. La vida económica está dominada, exceptuando el sector agrario, por un pequeño número de sociedades anónimas burocratizadas. El progreso ha amainado y se ha mecanizado y planificado. El tipo de interés converge hacia cero no sólo temporalmente, bajo la presión de la política del gobierno, sino de un modo permanente, a causa del agotamiento de las oportunidades para la inversión. La propiedad y la dirección de las industrias se han despersonalizado, esto es, la propiedad ha degenerado en la posesión de acciones y obligaciones, y los directores de las industrias han adquirido hábitos mentales semejan-

tes a los de los funcionarios civiles. Las motivaciones y las normas capitalistas se han marchitado casi por completo. La consecuencia de esto, en cuanto a la transición a un régimen socialista realizada en el transcurso de tanto tiempo, es obvia. Pero hay dos puntos que merecen mencionarse.

En primer lugar, los distintos hombres —incluso los distintos socialistas— diferirán unos de otros tanto en la apreciación del grado de evolución que crean que debe ser alcanzado para realizar el paso al socialismo de una manera satisfactoria como en su diagnóstico del grado de aproximación que haya alcanzado efectivamente la sociedad, en cualquier época dada, a tal estadio de la evolución. Estas diferencias de opinión son muy naturales, porque el progreso hacia el socialismo, que es inherente al proceso capitalista, marcha lentamente y no pasará nunca sin detenerse en ninguna señal de tráfico que sea perfectamente reconocible y muestre sin lugar a duda y con exactitud cuándo está el camino abierto. El espacio para diferencias honestas de opinión se ha ampliado grandemente por el hecho adicional de que las condiciones que se requieren para el éxito no se desenvuelven todas necesariamente *pari passu*. Por ejemplo, podría argumentarse plausiblemente que en 1913 la estructura industrial de los Estados Unidos, considerada en sí misma, estaba más cerca de la “madurez” que la de Alemania. No obstante, pocas personas pondrán en duda que, si se hubiese hecho el experimento en ambos países, las probabilidades de éxito habrían sido infinitamente mayores para los alemanes, estrujados por el Estado, guiados y disciplinados como estaban por la mejor burocracia que el mundo ha visto y por sus excelentes sindicatos. Pero prescindiendo de las diferencias sinceras de opinión —incluyendo entre ellas las que son explicables por diferencias de temperamento, semejantes a las que existen entre médicos igualmente competentes y honestos respecto de la aconsejabilidad de una operación—, siempre habrá una sospecha, a menudo demasiado bien fundada, de que una facción en la discusión no quiera ni querrá admitir nunca la madurez de la situación, porque, en realidad, no quiere el socialismo, y de que la otra facción, por razones que pueden proceder o no de bases idealistas, presume la madurez en todas las circunstancias, cualesquiera que éstas sean.

En segundo lugar, aun suponiendo que se haya alcanzado una situación inequívoca de madurez, la transición requerirá todavía una acción especial y planteará todavía una serie de problemas.

El proceso capitalista configura las cosas y las almas para el socialismo. En el caso límite podría llevar esta configuración a tal plenitud que el paso final no sería más que una formalidad. Pero aun entonces el orden capitalista no se convertiría por sí mismo en orden

socialista; tal paso final, esto es, la adopción oficial del socialismo como ley de vida de la comunidad, tendría todavía que ser dado en forma; por ejemplo, de una reforma constitucional. En la práctica, sin embargo, la gente no esperará al caso límite para su implantación. Tampoco sería racional para la gente esperar a ello, puesto que la madurez puede ser alcanzada para todos los fines y todos los efectos en una época en que los intereses y las actitudes capitalistas no se hayan desvanecido aún por completo de todos los rincones y todas las grietas de la estructura social. Y, en estas condiciones, la aprobación de la reforma constitucional sería algo más que una formalidad. Habría algunas resistencias y algunas dificultades que vencer. Antes de considerar esto vamos a introducir otra distinción.

Fundamentalmente, las cosas y las almas se configuran ellas mismas para el socialismo de una manera automática, esto es, independientemente de la voluntad de nadie y de cualesquiera medidas tomadas al efecto. Pero, entre otras cosas, ese proceso da lugar también a tales voluntades y, por tanto, a tales medidas: leyes, acciones administrativas, etc. El conjunto de estas medidas constituye una parte de la política de socialización que, por lo tanto, hay que pensar que tiene aún que recorrer un largo período de tiempo, en todo caso muchas décadas. Pero su historia se divide naturalmente en dos secciones, separadas por la ley de adopción y de organización del régimen socialista. Antes de la promulgación de esta ley la política de socialización, ya sea intencionada o inintencionadamente, es preparatoria; después de la promulgación, es constitutiva. La primera sección solamente será objeto de una corta discusión al final de este capítulo. Ahora vamos a concentrarnos en la segunda.

II. LA SOCIALIZACIÓN EN UNA SITUACIÓN DE MADUREZ

En el caso de la socialización en una situación de madurez las dificultades con las que tendrá que enfrentarse como primer cometido "la socialización después de la promulgación del socialismo" no solamente no son insuperables, sino que ni siquiera son muy graves. La madurez implica que la resistencia será débil y que se logrará una cooperación de la mayor parte de *todas* las clases, síntoma de la cual será precisamente la posibilidad de llevar a cabo la implantación mediante una reforma constitucional, esto es, por un medio pacífico, sin una ruptura de la continuidad legal. *Ex hypothesi*, la gente comprenderá la naturaleza de este paso, y aun la mayoría de aquellos a quienes no guste le concederán una *tolerari posse*. Nadie se sobresaltará ni sentirá que el mundo se derrumba a su alrededor.

Aun así, no está enteramente descartado, por supuesto, que pueda haber revolución. Pero no es muy grande el riesgo de que estalle. No sólo reducirán la oportunidad para un sesgo revolucionario, de una parte, la ausencia total o casi total de resistencia organizada, y, de otra parte, la de una excitación violenta, sino que también habrá un grupo de hombres experimentados y responsables, dispuestos a empuñar el timón, que puedan y quieran mantener la disciplina y emplear métodos racionales que reduzcan el choque a un mínimo. Estarán asistidos por las burocracias pública y privada, bien capacitadas, habituadas a acatar las órdenes de la autoridad legal, cualquiera que sea, y no muy parciales en favor de los intereses capitalistas.

Para empezar, simplificaremos los problemas de la transición planteados al nuevo ministerio u oficina central, del mismo modo que ya hemos simplificado sus problemas permanentes, es decir, suponiendo que en lo esencial se dejará en paz a los campesinos. Esto no sólo eliminará una dificultad que podría resultar fatal, ya que en nadie está tan vivo el interés de la propiedad como entre los agricultores o campesinos (el mundo agrario no está poblado en todas partes por campesinos *rusos*), sino que también se obtiene así un apoyo adicional a las autoridades, ya que nadie odia la industria en gran escala y los intereses específicamente capitalistas tanto como los campesinos. Puede esperarse también que la oficina concilie a los hombres pequeños de otros tipos; en torno a las industrias socializadas podría permitirse al pequeño artesano, durante algún tiempo por lo menos, trabajar en su oficio por el lucro, y al pequeño comerciante al por menor independiente, vender lo mismo que vende el estanco en la actualidad en los países en que el tabaco y sus productos están monopolizados por el Estado. Al otro extremo de la escala podrían ser tomados en consideración los intereses personales del hombre cuyo trabajo cuenta individualmente —del jefe de explotación, por ejemplo— en la dirección indicada anteriormente para evitar tropiezos serios en el funcionamiento del mecanismo económico. Una ejecución drástica de los ideales igualitarios podría, por supuesto, estropearlo todo.

¿Qué puede decirse de los intereses capitalistas? Habiéndose llegado a una época de sazón, como se indicaba más arriba, podemos equipararlos, *grosso modo*, a los intereses de los poseedores de acciones y obligaciones, comprendiendo entre los últimos a los poseedores de hipotecas y pólizas de seguros. Para el socialista que no sabe nada más que la Sagrada Escritura y que cree que este grupo está compuesto de un pequeño número de holgazanes inmensamente ricos podría resultar sorprendente el que, en la madurez, este grupo podría comprender muy bien la mayoría del electorado, que miraría entonces con poco favor las propuestas para la confiscación de sus títulos, por

pequeños que fuesen individualmente. Pero es indiferente que el régimen socialista pudiera o debiera expropiarlos o no sin indemnización. Lo único que nos interesa es que no sería económicamente necesario y que, si se decidía la confiscación, esta medida sería una libre decisión de la comunidad, en obediencia, por ejemplo, a los principios éticos que adoptase y no porque no haya otro camino. Pues el pago del interés por las obligaciones e hipotecas, en tanto que son propiedad de individuos, más el pago de los premios de seguro, más el pago de intereses, en lugar de dividendos, por las obligaciones emitidas por la oficina central para indemnizar a los antiguos accionistas— de forma que, aunque estos accionistas perdieran su derecho de voto, conservarían aún una renta aproximadamente igual a un promedio cuidadosamente determinado de los dividendos pretéritos—, no constituiría una carga insufrible, como demostrará una ojeada a las estadísticas correspondientes. En tanto que la comunidad socialista continúe haciendo uso de los ahorros privados podría ser una buena política soportar esa carga. Podría conseguirse su limitación en el tiempo, bien convirtiendo todos estos pagos en anualidades amortizables o bien mediante un uso apropiado de los impuestos sobre la renta y sobre la herencia, que podrían así prestar su último servicio antes de desaparecer para siempre.

Esto creo que caracteriza suficientemente un método factible de “socialización después de la promulgación del socialismo” que, en las circunstancias consideradas, podría esperarse que realizase la tarea de la transición de una manera firme, segura y tranquila, con un mínimo de pérdida de energía y de perjuicio para los valores culturales y económicos. Las gerencias de los *concerns* en gran escala solamente serían reemplazadas en caso de que hubiese razones específicas para ello. Si en el momento de la transición se encontrasen aún entre las empresas por socializar sociedades de tipo personal serían primeramente transformadas en compañías anónimas y después se socializarían de la misma manera que las demás. La fundación de nuevas empresas estaría prohibida, por supuesto. La estructura de las relaciones intersociales— de los *holdinges* en particular— sería racionalizada, esto es, reducida a aquellas relaciones que favorecen la eficacia administrativa.

Los bancos se convertirían todos en oficinas sucursales del banco central y en esta forma podrían aún conservar no sólo algunas de sus funciones mecánicas —les sería encomendada casi necesariamente una parte, al menos, de la contabilidad social—, sino posiblemente también algún poder sobre las gerencias de industria, que podría consistir en la facultad de conceder y de negar “créditos”; de ser así, el banco central podría permanecer independiente del ministerio de producción mismo y convertirse en una especie de inspección general.

Así, pues, yendo la oficina central lentamente al principio y tomando las riendas gradualmente y sin sacudidas, tendría tiempo de asentarse el sistema económico y de encontrar su orientación, y, entre tanto, podía ir resolviendo uno a uno los problemas menores que lleva consigo la transición. Al principio serían necesarios pocos ajustes de la producción, alrededor del 5 por 100 de la producción total a lo sumo. Pues, a menos que las ideas igualitarias se afirmen con mucho más vigor de lo que yo he supuesto, la estructura de la demanda no resultaría afectada muy esencialmente. El traslado de hombres, abogados por ejemplo, a otros empleos tendría lugar, evidentemente, en una escala en cierto modo mayor, porque hay funciones a desempeñar en la industria capitalista que ya no tendrán que desempeñarse en la economía socialista. Pero esto tampoco crearía ninguna dificultad grave. Los problemas más importantes que plantea la eliminación de las unidades de producción con prestación infranormal, la ulterior concentración en las mejores oportunidades de producción, la racionalización de la localización, así como la redistribución de la población que lleva consigo, la reducción a tipo único de los artículos de consumo y de producción, etc., no serían acometidos o, en todo caso, no necesitarían serlo antes que el sistema haya digerido su mutación orgánica y marche suavemente por la antigua dirección. De un socialismo de este tipo puede esperarse, sin caer en absurdo, que realizaría con el tiempo todas las posibilidades de prestación superior inherentes a su plan básico.

III. LA SOCIALIZACIÓN EN UNA SITUACIÓN DE INMADUREZ

1. Ninguna prognosis de este tipo es posible en el segundo caso, o sea, el de adopción prematura del principio del socialismo. Puede definirse este caso como una transición del orden capitalista al orden socialista en una época en que se ha hecho posible para los socialistas obtener el dominio de los órganos centrales del Estado capitalista, mientras que las cosas y las almas están, sin embargo, sin preparar todavía para el orden socialista. No vamos a discutir, repito, situaciones tan poco maduras que la esperanza de éxito pareciese quimérica a cualquier persona sensata y en las que el intento de conquistar el poder no podría ser más que un *putsch* ridículo. Por eso no voy a argumentar que la socialización prematura haya de terminar inevitablemente en un descalabro completo o que el orden resultante esté avocado a desmoronarse. Estoy todavía considerando el capitalismo sujeto a trabas de nuestros días, con referencia al cual puede, al menos, plantearse razonablemente el problema. En tales circunstancias es incluso probable que se plantee más tarde o más temprano.

La situación a largo plazo se hace cada vez más favorable para las ambiciones socialistas. Es todavía más importante que pueden sobrevenir situaciones a corto plazo en las que la parálisis temporal de los estratos capitalistas y de sus órganos ofrecería oportunidades tentadoras (la situación alemana de 1918 y 1919 es un buen ejemplo de esto; algunos señalarían también la situación americana de 1932).

2. El lector puede darse cuenta fácilmente de lo que significa esta impreparación o esta inmadurez de las cosas y las almas volviendo la mirada al cuadro de una situación madura que ha sido trazado unas páginas más atrás. Sin embargo, deseo añadir unos pocos toques para el caso particular de los Estados Unidos en 1932.

Un período de actividad industrial vigorosa —aunque no anormal con arreglo al ritmo de la progresión— había precedido a una depresión, cuya misma violencia demostraba la extensión de las adaptaciones que las consecuencias del “progreso” habían hecho necesarias. Este progreso no se completó, evidentemente, en sus ramas directrices; para convencerse de ello, basta con indicar las ramas de la electrificación rural y doméstica, de todas las novedades de la química y las posibilidades abiertas a la industria de la edificación.

De ahí que hubiera podido predecirse, con toda seguridad, que una socialización burocratizante se habría traducido en una pérdida considerable de energía de empresa, de eficiencia de producción y de bienestar futuro de las masas. Es divertido comprobar que la opinión general que los intelectuales de tendencias socialistas fueron capaces de infundir al público, en la historia de la depresión, fue exactamente la opuesta. Esto, sin embargo, pertenece más bien al campo de la diagnosis de la psicología social desarrollada por la depresión que a su interpretación económica.

La inmadurez se demostró también en la organización industrial y mercantil. No sólo era aún muy considerable el número de las empresas pequeñas y medianas y estaba muy lejos de ser perfecta su cooperación en las asociaciones sindicales, etc., sino que el desarrollo de la misma gran empresa, aunque objeto de mucha admiración y hostilidad, desprovistas de carácter crítico, no había progresado bastante para que nuestro método de socialización resultase de aplicación fácil y segura. Si establecemos el límite de la empresa en gran escala en las empresas que tengan un activo de 50 millones de dólares entonces solamente el 53.3 por 100 del total de los negocios nacionales era poseído por grandes compañías anónimas, sólo el 36.2 por 100 si excluimos los negocios financieros y de socorros mutuos y sólo el 46.3 por 100 en la rama de las fábricas.¹ Pero las sociedades anóni-

¹ Véase W. L. Crum: “Concentration of Corporate Control”, en *Journal of Business*, vol. VIII, pág. 275.

mas menores no se prestaban, por lo general, fácilmente a la socialización, y no puede esperarse que continuasen funcionando, en caso de socialización, en su forma actual. Si, no obstante, descendemos a un límite de 10 millones de dólares, no encontraremos aún más que el 67.5, el 52.7 y el 64.5 por 100, respectivamente. La simple tarea de "hacerse cargo" de un organismo estructurado como éste habría sido formidable. La tarea, más formidable aún, de hacerlo funcionar y perfeccionarlo habría tenido que ser emprendida sin una burocracia experimentada y con una mano de obra tan imperfectamente organizada y, en parte, tan dudosamente dirigida, que se escaparía, probablemente, de sus manos.

Las almas estaban aún menos preparadas que las cosas. A pesar de la conmoción causada por la depresión no solamente la gente de negocios, sino también una parte muy grande de los obreros y agricultores, pensaban y sentían en términos del orden burgués y no tenían *realmente* una clara concepción de ninguna alternativa; para ellos la concepción de la socialización e incluso de reformas mucho más modestas era aún "extraamericana". No había partido socialista eficiente ni se otorgaba de hecho ningún apoyo cuantitativamente importante a ninguno de los grupos socialistas oficiales, a excepción de los comunistas de convicciones stalinistas. A los agricultores les disgustaba el socialismo tan sólo muy poco menos que la gran empresa, en general, y los ferrocarriles, en particular, si bien se trabajaba bastante por convencerlos. Mientras el apoyo prestado a la socialización hubiese sido débil y, en la mayoría de los casos, ruidosamente interesado, o, por el contrario, tibio, la resistencia habría sido fuerte. Habría sido la resistencia de los que honestamente sentían que lo que hacían no podía hacerlo nadie tan bien como ellos, y menos aún el Estado, y que, al resistir a la socialización, luchaban no ya sólo por sus intereses, sino también por el bien común, esto es, por la luz absoluta y en contra de la oscuridad absoluta. La burguesía americana estaba perdiendo su vitalidad, pero no la había perdido por completo. Habría resistido con una clara conciencia y habría estado en situación de rehusar tanto el asentimiento como la cooperación. Un síntoma de la situación habría sido la necesidad de emplear la fuerza no contra los individuos aislados, sino contra los grupos y las clases; otro habría sido la imposibilidad de llevar a cabo la adopción del principio socialista mediante una reforma constitucional, es decir, sin romper la continuidad local; el nuevo orden habría tenido que establecerse mediante una revolución y una revolución con más probabilidades de ser sanguinaria que de no serlo. Este ejemplo particular de una situación inmadura está expuesto a la objeción de que entra en la categoría de los casos absurdamente desesperados. Sin embargo,

nuestro cuadro combina e ilustra los principales rasgos que presenta toda socialización prematura y servirá, por lo tanto, para los fines de una discusión del caso general.

Este caso es, por supuesto, el que toman en consideración los socialistas ortodoxos, la mayoría de los cuales serían incapaces de conformarse con algo menos fascinador que la muerte espectacular del dragón capitalista por el San Jorge proletario. Sin embargo, no es por esa desgraciada supervivencia de la primitiva ideología burguesa por lo que vamos a pasar revista a las consecuencias resultantes de la combinación de la oportunidad política con la impreparación económica, sino a causa de los problemas característicos del acto de socialización, tal como se entiende usualmente, que se plantean sólo en este caso.

3. Supongamos que el Pueblo Revolucionario —en la Revolución bolchevique se convirtió esta denominación en una especie de título oficial al modo de la de Rey Cristianísimo— ha conquistado las oficinas centrales del gobierno, los partidos no socialistas, la prensa no socialista, etc. e instalado en ellos sus hombres. El personal de estas oficinas, así como el personal de los *concerns* industriales y comerciales, se ve en parte arrastrado a una cooperación involuntaria —*ex hypothesi*— y reemplazado en parte por los dirigentes obreros y por los intelectuales que se precipitan desde el café a estas oficinas. A la nueva oficina central tendremos que concederle dos cosas: un ejército rojo lo bastante fuerte para sofocar la resistencia abierta y reprimir los excesos —las socializaciones improvisadas especialmente²—, cargando a derecha y a izquierda sin distinción, y bastante sentido para dejar en paz a los campesinos y agricultores de la forma indicada más arriba. No hacemos ninguna hipótesis en cuanto al grado de racionalidad o de humanidad en el trato reservado a los miembros del que ha sido estrato gobernante. En realidad, es difícil concebir cómo podría ser posible en tales circunstancias un trato que no fuese el más cruel. Los que saben que su acción no ha de ser estimada por sus adversarios más que como una agresión alevosa, y que están en peligro de seguir la suerte de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, pronto se lanzarán por los derroteros de la violencia, saltando por encima de toda intención original. Dificilmente serán capaces de dejar de comportarse con ferocidad criminal frente a sus adversarios, a los que considerarán como criminales feroces, ya se trate de los que todavía defienden el antiguo orden o de los que forman el nuevo partido izquierdista, que no puede dejar de surgir.

² Las socializaciones improvisadas o salvajes —expresión que ha adquirido estado oficial— consisten en las tentativas de los obreros de cada explotación para reemplazar a los directores y tomar la gestión por su propia mano. Son la pesadilla de todo socialista responsable.

Ni la violencia ni el sadismo resolverán, sin embargo, los problemas. ¿Qué ha de hacer la oficina central, aparte de quejarse del sabotaje y pedir poderes adicionales para acabar con los conspiradores y los saqueadores?

Lo primero que hay que hacer es llevar a cabo un inflación. Los bancos deben ser confiscados y combinados o coordinados con la tesorería, y la oficina central o ministerio debe crear depósitos y billetes bancarios utilizando los métodos tradicionales en cuanto sea posible. Creo que la inflación es inevitable, porque aún no he encontrado ningún socialista que niegue que, en el caso que se discute, la revolución socialista paralizaría el proceso económico, al menos temporalmente, y que, a consecuencia de ello, la tesorería y los centros financieros estarían escasos por el momento de medios líquidos. Al no estar aún en situación de funcionar el sistema socialista de contabilidad y de cálculo de las "unidades de renta", el gobierno no tendría otro recurso que seguir una política análoga a la de Alemania durante la primera Guerra Mundial y después de ella o la de Francia durante la revolución de 1879 y después de ella, a pesar del hecho de que en estos casos fue precisamente el no querer romper con el sistema de propiedad privada y con los métodos de la sociedad mercantil lo que impuso la inflación durante un tiempo tan considerable; sin embargo, para el "día después de la revolución socialista", cuando no haya aún nada configurado, esta diferencia carece de importancia.

Hay que añadir, sin embargo, que, además de la necesidad, el gobierno tendría otro motivo para seguir este camino. La inflación es de por sí un medio excelente para suavizar ciertas dificultades de transición y para efectuar una expropiación parcial. En cuanto a lo primero, es evidente, por ejemplo, que una elevación drástica en los tipos monetarios de salario servirá durante algún tiempo para evitar estallidos de indignación por la baja de los tipos de salario real que sería inevitable, al menos temporalmente. En cuanto a lo segundo, la inflación expropia al titular de créditos en dinero de una manera deliciosamente sencilla. La oficina central podría incluso facilitar la cuestión por sí misma pagando a los propietarios de capitales reales —fábricas, etc.— cualquier suma de indemnizaciones, si resuelve al mismo tiempo que éstas queden desvalorizadas antes de mucho. Finalmente, no hay que olvidar que la inflación asestaría potentes golpes a los bloques económicos privados que quedasen en pie de momento. Pues, como Lenin ha indicado, nada desorganiza tanto como la inflación: "Para destruir la sociedad burguesa debéis corromper su dinero."

4. Lo segundo que hay que hacer es, por supuesto, socializar. La discusión de los problemas de transición parte de la antigua con-

troversia mantenida entre los mismos socialistas —de un modo más preciso, entre los socialistas y los que más propiamente se llaman dirigentes obreros— acerca de la socialización total o de un golpe frente a la socialización parcial o gradual. Muchos socialistas piensan, al parecer, que, para respetar la pureza de la fe y la verdadera creencia en la eficacia de la gracia socialista, deben defender la socialización total en todas las circunstancias y despreciar a los débiles obreristas que, en este punto como en otros muchos, se encuentran embarazados por los residuos más inconvenientes de un sentido de la responsabilidad. Pero yo voy a votar por los verdaderos creyentes.³ No vamos a discutir ahora la política de transición en un sistema capitalista; ese es otro problema del que pronto se tratará cuando veamos que la socialización gradual *dentro del marco del capitalismo* no sólo es posible, sino incluso lo más factible. Aquí discutimos la política de transición completamente distinta que tiene que seguirse *después* de haberse establecido un régimen socialista mediante una revolución política.

En este caso, aun cuando no haya más que el mínimo de excesos inevitable y una mano fuerte imponga un proceder relativamente ordenado, es difícil imaginar una etapa en la que estén socializadas algunas de las grandes industrias y se espera al mismo tiempo que las demás continúen funcionando como si no hubiese sucedido nada. Bajo un gobierno revolucionario que tuviese que vivir de acuerdo, al menos, con algunas de las ideas difundidas en los días de irresponsabilidad, podría suceder perfectamente que todas las industrias privadas dejarasen de funcionar. No pienso primordialmente en la obstrucción que pudiera esperarse de los empresarios y de los intereses capitalistas en general. Su poder está ahora exagerado y dejaría de existir en gran medida bajo los ojos de los comisarios. Y no es propio de la burguesía negarse a cumplir deberes corrientes; lo propio de la burguesía es adherirse a ellos. Habría resistencia, pero sería una resistencia en la esfera política y fuera de la fábrica más bien que una resistencia dentro de ella. Las industrias no socializadas dejarían de funcionar simplemente porque les impedirían que funcionaran a su modo peculiar —el único modo de que puede funcionar una industria capitalista— los comisarios encargados de la vigilancia, así como la disposición de ánimo de sus obreros y del público.

Pero este argumento es aplicable únicamente a los casos de industria en gran escala y de aquellos sectores que pueden fundirse fácilmente en unidades de empresa en gran escala. No es aplicable

³ La Escritura no los apoya claramente, sin embargo. Si el lector busca en el *Manifiesto Comunista* encontrará un desconcertante "por grados" insertado en medio del pasaje más relevante.

por completo a todo el campo que hay entre la esfera agraria, que hemos excluido de la socialización, y las industrias en gran escala. En este caso, que consta principalmente de empresas pequeñas y medianas, podría presumiblemente maniobrar la oficina central conforme a sus conveniencias y avanzar o retroceder de acuerdo con la evolución de las circunstancias. Esto sería aún una socialización plena, en el sentido que nosotros le damos a la expresión.

Queda aún por añadir un punto. Debe resultar claro que una socialización realizada en condiciones tan faltas de madurez como para necesitar una revolución no sólo en el sentido de una ruptura en la continuidad legal, sino también en el sentido de un reinado subsiguiente del terror, no puede beneficiar a nadie ni a corto ni a largo plazo, a excepción de aquellos que la dirigen. Despertar entusiasmo por la revolución y glorificar el valor de arriesgarlo todo por ella puede ser uno de los deberes menos edificantes del agitador profesional. Pero por lo que se refiere al intelectual académico el único valor que puede registrarse en su haber es el valor para criticar, para poner en guardia y para refrenar.

IV. LA POLÍTICA SOCIALISTA ANTES DE LA PROMULGACIÓN DEL SOCIALISMO. EL EJEMPLO INGLÉS

¿Pero tenemos realmente que concluir que ahora y por espacio de otros cincuenta años no pueden los socialistas serios hacer otra cosa que predicar y esperar? Pues bien: el hecho de que esto sea más de lo que puede esperarse de todo partido que quiera conservar sus miembros y todos los argumentos —y todas las burlas— que manan de esta fuente demasiado humana, no pueden borrar el otro hecho de que hay un argumento importante para esta conclusión. Incluso podría argumentarse de una manera completamente lógica que los socialistas tienen un interés en promover el desarrollo que trabaja para ellos y, por lo tanto, en librar de trabas al capitalismo más bien que en crearle otras nuevas.

No creo, sin embargo, que esto signifique que los socialistas no tengan nada que hacer, al menos en las condiciones de nuestro tiempo. Aunque los intentos para establecer ahora el socialismo en la mayoría de las grandes naciones y en muchas de las pequeñas tendrían indudablemente por resultado un fracaso —tal vez no un fracaso del socialismo como tal, sino ciertamente un fracaso de los grupos socialistas responsables de la aventura, mientras que otro grupo no necesariamente socialista en el sentido usual podría entonces fácilmente apropiarse del intento socialista fracasado— y aunque, en consecuen-

cia, una política de socialización después de la promulgación del socialismo es, probablemente, una cuestión muy incierta, una política de socialización antes de la promulgación ofrece oportunidades de éxito mucho mejores. Lo mismo que los demás partidos, pero con una percepción más clara de la meta, los socialistas pueden tomar parte en ella sin comprometer el éxito final. Todo lo que yo tengo que decir sobre esta cuestión resaltará mejor revistiéndolo con un ejemplo especial.

Todos los rasgos que pudiéramos desear que mostrase nuestro ejemplo los presenta la Inglaterra moderna. De una parte, su estructura industrial y comercial no está evidentemente madura para una socialización afortunada de un solo golpe, especialmente porque la concentración del dominio sobre las empresas no ha llegado bastante lejos. En consecuencia, ni las gerencias, ni los capitalistas, ni los obreros están dispuestos a aceptarla; hay todavía mucho "individualismo" vivo, suficientemente vigoroso, en todo caso, para ofrecer resistencia y negar la cooperación. De otra parte, desde el comienzo del siglo, aproximadamente, ha habido un debilitamiento perceptible de la actividad de empresa, que, entre otras cosas, produjo el resultado de que la dirección estatal y la intervención estatal en ramas importantes como, por ejemplo, la producción de energía eléctrica, no sólo han sido aprobadas, sino pedidas por *todos* los partidos. Puede afirmarse, con más razón que en ningún otro caso, que el capitalismo inglés ha realizado con mucho la mayor parte de su misión. Además, el pueblo inglés en su totalidad se ha lanzado al estatismo. Los obreros ingleses están bien organizados y, por lo general, conducidos de una manera responsable. A una burocracia de un nivel cultural y moral irreproachable podría confiarse la misión de asimilar los nuevos elementos requeridos para una extensión de la esfera de acción del Estado. La incomparable integridad del político inglés y la existencia de una clase directiva que es única en capacidad y civismo allanaría muchas dificultades que serían insuperables en cualquier otra parte. Especialmente, este grupo dominante une, en las proporciones más armoniosas, el respeto por las tradiciones formales con una extrema adaptabilidad a los nuevos principios, situaciones y personas. Este grupo quiere gobernar, pero está completamente preparado para gobernar en nombre de intereses cambiantes. Dirige la Inglaterra industrial lo mismo que dirigió la Inglaterra agraria; la Inglaterra proteccionista lo mismo que la Inglaterra librecambista. Y posee un talento incomparable para apropiarse no sólo de los programas de las oposiciones, sino también de sus cerebros. Asimiló a Disraeli, que en otro sitio cualquiera se habría convertido en otro Lassalle. Si hubiese sido preciso, habría asimilado al mismo Trotsky o más bien al Conde de

Prinkipo K. G. (Knight of the Garter, Caballero de la Orden de la Jarretera), para darle el título que hubiera alcanzado.

En tales condiciones es concebible una política de socialización que, al llevar a cabo un amplio programa de nacionalizaciones, podría, de una parte, dar un gran paso hacia el socialismo y, de otra, haría posible dejar intactos y sin perturbación, durante un tiempo indefinido, todos los intereses y actividades no incluidos en ese programa. Estos podrían, en realidad, estar libres de muchas trabas y cargas, fiscales y de otra índole, que ahora los embarazan.

Las ramas siguientes de la actividad económica podrían ser socializadas sin pérdidas serias de eficacia y sin repercusiones graves en las ramas que han de mantenerse en régimen de gestión privada. La cuestión de las indemnizaciones podría resolverse sobre las líneas sugeridas en nuestra discusión de la socialización madura; con los tipos modernos de impuestos sobre la renta y la herencia esto no sería un asunto difícil.

En primer lugar, el aparato bancario de Inglaterra está, sin duda, completamente maduro para la socialización. El Banco de Inglaterra no es apenas más que un departamento de la Tesorería y su independencia es, de hecho, menor que la que pudiera desear una comunidad socialista bien ordenada para su órgano financiero. En la banca mercantil la concentración y la burocratización parece que han realizado por completo su labor. Los grandes *concerns* de crédito podrían hacer que se absorbiesen todos los bancos independientes que subsisten aún y fundirlos después con el Banco de Inglaterra en una Administración Bancaria Nacional, que podría absorber también a las cajas de ahorro, a las sociedades de crédito para la construcción, etc., sin que ningún cliente percibiese el cambio, a no ser por leerlo en su periódico. El beneficio reportado por la coordinación racionalizadora de los servicios bancarios podría ser sustancial. Desde el punto de vista socialista habría también una ganancia consistente en un aumento de la influencia del Estado sobre los sectores no socializados, a través de la intervención del crédito.

En segundo lugar, el ramo de los seguros es desde hace tiempo un candidato para la nacionalización, y en una gran extensión se encuentra ya mecanizado. Puede resultar factible la integración con alguna, al menos, de las ramas del seguro social; los costos de venta de las pólizas podrían reducirse considerablemente, y, en este caso, los socialistas podrían congratularse nuevamente por el aumento de poder que proporcionaría al Estado el dominio sobre los fondos de las compañías de seguros.

En tercer lugar, habría poca gente dispuesta a poner grandes dificultades a la nacionalización de los ferrocarriles o, incluso, de todo el

transporte. En realidad, el transporte interior es el campo más apropiado para una dirección estatal afortunada.

En cuarto lugar, la nacionalización de las minas, especialmente de las minas de carbón y de los productos del carbón, desde el alquitrán hasta el benzol, así como el comercio del carbón y de sus subproductos, podrían, incluso, dar como resultado una ganancia inmediata en eficiencia y resultaría un gran éxito, siempre que puedan tratarse satisfactoriamente los problemas obreros. Desde el punto de vista técnico y comercial el caso parece claro. Pero parece igualmente claro que, al seguir siendo activa la empresa privada en la industria química, no podría esperarse con la misma confianza que una tentativa de ir más allá del límite indicado (el benzol) tuviese el mismo éxito.

En quinto lugar, estando ya sustancialmente completada la nacionalización de la producción, transmisión y distribución de la corriente eléctrica, lo único que queda por decir bajo este epígrafe es que la industria electrotécnica constituye un ejemplo típico de lo que aún puede esperarse de la empresa privada, lo cual muestra el poco sentido, económicamente hablando, que tiene propugnar o rechazar una socialización general. Pero el caso de la producción de energía muestra también la dificultad de hacer funcionar con beneficio una industria socialista, el cual sería, sin embargo, una condición esencial de éxito si el Estado ha de absorber una parte tan grande de la vida económica de la nación y seguir desempeñando todos los cometidos del Estado moderno.

En sexto lugar, la socialización de la industria del hierro y del acero se sentirá como una proposición mucho más polémica que todas las que se han hecho hasta ahora. Pero esta industria ha llegado ya a la edad adulta y puede ser "administrada" de aquí en adelante, incluyendo, por supuesto, esta administración un servicio de investigación ampliamente dotado. Algunas ventajas pueden obtenerse de la coordinación y el riesgo de sacrificar los frutos de los impulsos de los empresarios no sería demasiado grande.

En séptimo lugar, con la posible excepción de la participación de los arquitectos en la cuestión, las industrias de la construcción y de los materiales de construcción podrían, en mi opinión, ser explotados con éxito por un organismo público apropiado. Hay en estas industrias tanto reglamentado, subvencionado e intervenido de una manera u otra que, incluso, podría haber una ganancia en eficiencia, quizá más que suficiente para compensar las fuentes de pérdidas que pudiera abrir.

Esto no es necesariamente todo. Pero todo paso más allá de este programa, de nacionalizaciones tendría que justificarse por razones es-

peciales, en su mayoría no económicas, siendo ejemplos posibles las industrias de armamentos o industrias clave, el cinematógrafo, la construcción naval, el comercio de artículos alimenticios. En todo caso, antes que esos siete grupos hayan podido ser suficientemente digeridos, habrá transcurrido bastante tiempo, y todo socialista responsable encargado de llevar a buen fin esta pesada carga, debería bendecir su obra, si la llevaba plenamente a efecto, y aceptar las concesiones que sería racional hacer al mismo tiempo en el sector no nacionalizado. Si insistiese también en nacionalizar la tierra —dejando, supongo, tal como está la situación del agricultor—, es decir, en transferir al Estado todo lo que subsiste de rentas de la tierra y de regalías, no tengo objeción que oponer como economista.⁴

La guerra actual alterará, por supuesto, los datos sociales, políticos y económicos de nuestro problema. Se harán posibles muchas cosas e imposibles otras muchas que no lo eran antes. Al final de este libro tratarán de este aspecto de la cuestión unas pocas páginas. Pero me parece esencial, en atención a la claridad del pensamiento político, considerar el problema independientemente de los efectos de la guerra. De otro modo no puede destacar nunca su naturaleza como debiera. Por tanto, dejo este capítulo, tanto en la forma como en el contenido, exactamente como lo escribí en el verano de 1938.

⁴ Este no es lugar para expresar mis preferencias personales. No obstante, quiero que se entienda que la afirmación de más arriba la hago a causa de mi conciencia profesional y no significa que yo esté entusiasmado con dicha proposición, a la que, si fuera inglés, me opondría, por el contrario, con todas mis fuerzas.

